



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

HOMBRES, VIOLENCIA Y ALTERNATIVAS: EXPERIENCIAS
EN LA CONSTRUCCIÓN DE EQUIDAD

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE
MAESTRIA EN ESTUDIOS POLITICOS Y SOCIALES

P R E S E N T A

LEONARDO FELIPE OLIVOS SANTOYO

ASESOR: DRA. MARCELA LAGARDE Y DE LOS RIOS

DRA. MARINA ARIZA CASTILLO



MEXICO, D.F.

2007



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

AGRADECIMIENTOS Y DEDICATORIAS

Después un largo y sinuoso camino, la presente tesis llega finalmente a puerto de arribo. Detrás de las cuartillas escritas, de los libros reseñados, de las entrevistas realizadas, de las correcciones y las interminables versiones es difícil no pensar en todo lo que sucede detrás de un proceso así de intenso y definitivo: amores y desamores, nacimientos y muertes, enfermedades y malestares, elecciones y resistencias. En suma, la vida misma a la cual es preciso arrancarle momentos para poder sentarse y seguir escribiendo. A lo largo de este trayecto innumerables personas han contribuido con sus saberes, su información, su asesoría pero también con su cariño y contención. No quisiera dejar de reconocer estos aportes y expresar mi agradecimiento.

Para Andrés Gutiérrez compañero de la vida y del amor, socio conviviente de mis días y mis noches.

Para mi madre por su amor, sus enseñanzas y por la satisfacción gallezca de la cual estoy seguro esta tesis contribuirá a emplumar.

Para con quienes comparto el placer de formar parte de un gran y disfuncional familia. Por su cariño y presencia en las duras y en las maduras a Aurora, Laura, Jesús, Nicolás, Olivia, Alejandro, Alejandra, Cecilia, Elena, Toño, Hadlyyn, Rodrigo, Leslie, Pablo, Gabriel. Por supuesto para las nuevas generaciones de Olivos, Santoyo y anexas, a César, Ximena, Andrea y a la pequeña Erandi.

Para mis camaradas, cuaderñas de doble raya e interlocutoras fundamentales de mis inquietudes, mis gozos y por supuesto mis atorones. Para Angélica Morales, Lucía Álvarez, Teresa Ordorika y Alicia Márquez.

Para mis carnalitos René, Pedro, Ariel y Michael.

Para mi familia argentina que todas las semanas seguían a la distancia las peripecias de esta tesis.

Para mi maestra de la vida, Marcela Lagarde y de los Ríos quien entre sus muchas enseñanzas auspició esta búsqueda intelectual, ética y política feminista siempre en clave democrática, libertaria e ilustrada.

Para Patricia Castañeda por su lectura, sus comentarios críticos y sus saberes invaluable.

A Daniel Cazés, Nelson Minello, Juan Guillermo Figueroa y Fernando Huerta por el regalo de su experiencia inaugural, por las horas robadas y por su ejemplo.

A Roberto Garda, Eduardo Liendro y Francisco Cervantes por abrirme las puertas a CORIAC, por sus esfuerzos y sus enseñanzas.

A mis compañeras y compañeros del CEIICH, lugar de mis pertenencias y adscripciones vitales, en particular a Guadalupe Valencia, a Norma Blázquez y a mis colegas del Programa de Investigación Feminista.

A Francisca Blanco, camarada madrileña quien con su auxilio esta tesis cobró mayor coherencia.

Finalmente para quienes más allá de mis expectativas y prejuicios compartieron sus saberes y más que eso sus experiencias íntimas así como sus búsquedas por desmontar el machismo, la violencia y la desigualdad.

ÍNDICE

Introducción

I Origen del tema de investigación	i
II La perspectiva de género y los estudios sobre los hombres y la masculinidad	vi
III Cambios cuantitativos. Algunos datos	xi
IV Objetivos, hipótesis y metodología	xx
V Exposición	xxxiv

CAPÍTULO 1. Hombres misóginos, mitopoéticos y profeministas. Los debates en torno a las masculinidades.

1.1 Forjando masculinidades alternativas.	5
1.1.1. La teoría de género y los hombres: algunas premisas	19
1.1.2. Poderes y masculinidades	23
1.1.3. La triada de la violencia	28
1.2 Los sujetos de la misoginia renovada	33
1.2.1 El Cristal de la Violencia	44
1.3 El regreso a los mitos esenciales: los hombres de Robert Bly	49
1.3.1. Los Hombres sin padre. Problemas de la paternidad moderna	52
1.3.2. El regreso del mito guerrero. El valor de la violencia	55

CAPÍTULO 2 Las corrientes críticas en México y el colectivo de hombres por relaciones igualitarias

60

2.1. Origen y desarrollo de las corrientes críticas en México	61
2.2. Los aportes al conocimiento de los hombres y las masculinidades mexicanas	69
2.3. El Colectivo de Hombres por Relaciones Igualitarias	82
2.3.1. Origen y desarrollo	82
2.3.2. La institucionalización	87
2.3.3. Ubicación política. Identidad y alianzas	90
2.3.4. Los pactos en contra de la violencia	99

CAPÍTULO 3 Hombres y relaciones de género; entre las inercias y las revoluciones de lo cotidiano

<u>CAPÍTULO 3 Hombres y relaciones de género; entre las inercias y las revoluciones de lo cotidiano</u>	112
3.1. Hombre, hombres, machismo y cambio	117
3.2. La violencia de género	126
3.2.1. Violencia, género y construcción política	126
3.2.2 Hombres y violencia de género	140
3.2.3 Conclusiones171
3.3. El trabajo	173
3.3.1 Trabajo e identidad de género	173
3.3.2. Crisis, reestructuración y cambios en la división social del trabajo	175
3.3.3. Hombres cambiantes y trayectorias laborales	184
3.3.4. Conclusiones204
3.4. La sexualidad	206

3.4.1. Sexualidad, identidad y poder masculino	206
3.4.2. Sexualidades y hombres cambiantes	215
3.4.3. Conclusiones242
3.5. La paternidad	244
3.5.1. Paternidades, identidad y cambios globales	244
3.5.2. Los hombres cambiantes y su condición paterna.	254
3.5.3. Conclusiones278
<u>CONCLUSIONES</u>	281

INTRODUCCIÓN

I Origen del tema de investigación.

Hace treinta años las ciencias sociales se vieron sacudidas por un movimiento intelectual y cultural, el cual develó que el mundo también le pertenecía a las mujeres. Esta producción de ideas y conocimientos, cuyos orígenes se remontan a los umbrales de la *Ilustración* (Amorós 2000), tuvo, a finales del siglo XX, un momento clave caracterizado por oleadas de actividad académica, política y cultural que, a contrasentido de los poderes imperantes, comenzaron a ganar notoriedad, reconocimiento y legitimidad dentro las universidades y los centros del conocimiento.

Desde múltiples campos disciplinarios como la sociología, la historia o la antropología, diversos estudios teóricos y metodológicos, algunos de carácter cuantitativo otros más cercanos a lo cualitativo contribuyeron a elaborar categorías y conceptos, a innovar métodos y a generar conocimientos para analizar y develar la existencia de mujeres en múltiples dimensiones y experiencias sociales. *Los estudios de la mujer*, tal como se reconocieron en un primer momento, buscaron sacar de la antiheurística esas realidades que signaron la vida de las mujeres. En ese acto de develar y explicar lo antes impensado, la producción de nuevos saberes y conocimientos politizó la realidad (Amorós Celia 2000). Las feministas académicas dotaron de nuevos contenidos y nuevas realidades conceptos tradicionales como la opresión, la marginación y la explotación, con ellos se explicó la condición femenina y se consagró en el *patriarcado*¹ el fundamento estructural que históricamente ha posibilitado la subordinación femenina y la primacía de lo masculino.

¹ El concepto de patriarcado fue resignificado por las feministas radicales para nombrar al ordenamiento social de género *metaestable* por el cual se institucionaliza la primacía de lo masculino y los hombres sobre lo femenino y las mujeres. Es una estructura de dominación que cruza transversalmente los ámbitos público y privado, cuyo sujeto paradigmático es el

Simultáneamente en las sociedades occidentales, los movimientos feministas en conjunción con otros elementos de índole económico, político y cultural contribuyeron a dislocar la dicotomía masculino/femenino y a transformar paulatina, pero decididamente, los lugares tradicionales de las mujeres. De esta forma, experiencias y espacios encarnados como deberes y atribuciones *naturales* del *sexo débil*, comenzaron a ser rebasados por las prácticas cotidianas de las mujeres en todas partes. A lo largo de ejes sociales como el trabajo, la sexualidad, la maternidad y la dicotomía público/privado, las mujeres trastocaron un orden que se creyó normal y eterno.

Así, en las últimas décadas, se aceleró la participación de las mujeres en el trabajo remunerado y se convirtieron en presencias constantes, tanto en tiempos de prosperidad como de recesión económica. Con independencia de las políticas laborales y sociales, el aumento del empleo femenino constituyó una tendencia que se verificó en distintos países del mundo. En América Latina de 1970 a 1990, la tasa de actividad de mujeres se incrementó notablemente de 22 a 34 por ciento (Rendón Teresa, 2003:60).

En la misma época el desarrollo científico y tecnológico, aunado a las políticas de control natal adoptadas en forma mayoritaria por los gobiernos del mundo, posibilitaron el empleo masivo de métodos anticonceptivos fundamentalmente entre las mujeres. Esto permitió que en pocas décadas se redujera de forma significativa las tasas de fecundidad. En México, de 1976 a 2004, el índice global se redujo de 5.7 a 2.2 (INEGI, www.inegi.gob.mx).

patriarca, quien detenta su poder en función de la subordinación, la explotación y la exclusión de las mujeres. Kate Millet es quien particularmente otorga preponderancia al enfoque del patriarcado y hace de él núcleo central de los estudios feministas (Millet, Kate, 1995). Posteriormente, la pertinencia del patriarcado ha sido cuestionada por feministas y corrientes dentro del feminismo, quienes objetan la validez heurística de un concepto acuñado para caracterizar sociedades pastoriles de los tiempos de la Biblia. Se subraya su arcaísmo y falso universalismo, de esta manera, muchas optan por aproximaciones distintas en donde se excluye al patriarcado en tanto categoría rectora. De hecho, parte de las motivaciones detrás de la emergencia de la perspectiva de género se encuentra la idea de trascender los límites del patriarcado como ordenador teórico de los estudios de la mujer (Barbieri Teresita, 1996).

Las consecuencias de estos fenómenos en la subjetividad e identidad de las mujeres comenzaron a ser objeto de reflexión y análisis por parte de las intelectuales feministas. Entre esos efectos, uno de los más notables se fraguó en torno a la condición materna. Por vez primera vez, para muchas mujeres, particularmente para las mujeres urbanas más jóvenes, la maternidad comenzó a ser asumida como parte de las posibilidades ofrecidas por un mundo más complejo, en donde a la par de ser madre se podía estudiar, trabajar e incluso invadir espacios masculinos como la política o el deporte. Las tecnologías reproductivas, brindaron los recursos para controlar la cantidad y el espaciamiento de hijos e hijas. Así, en el horizonte de imaginarios se vislumbró la maternidad como una opción voluntaria y no la función esencia de toda mujer. Para algunas, el imaginario se vindicó como experiencias probables de concretarse. En ese mismo acto las marcas esenciales del eterno femenino se pusieron en cuestión y sobre todo se desmotaron en la cotidianidad de miles y millones de mujeres quienes se sumaron a procesos largos y aún inconclusos por conquistar su individuación y plena ciudadanía.

De la misma forma en que el espacio del trabajo remunerado comenzó a poblarse de mujeres, la educación en todos los niveles pero con especial relevancia dentro de ámbitos superiores de enseñanza adquirió una importante cuota femenina. Las mujeres entraron masivamente a las instituciones superiores y comenzaron a ganar presencia aún en disciplinas donde se mantuvo arraigado el perfil masculino, como en las ingenierías o las ciencias agrícolas. De tal suerte, en nuestro país, mientras en 1990 el porcentaje de mujeres representó el 41% de la matrícula escolar en las licenciaturas universitarias y tecnológicas para el 2003 alcanzó niveles del 49%. (INEGI, www.inegi.gob.mx).

Otra de las fisuras más significativas se verificó en torno a uno de los ordenadores básicos de las sociedades modernas: la división público/privado. Por tradición, la modernidad

convirtió la dicotomía público/privado en vectores de organización social ligados inexorablemente a uno y otro sexo. Los hombres ocupados de los asuntos trascendentes de la cosa pública y las mujeres en el ámbito doméstico, ejerciendo labores que representaron un continuo de atribuciones dadas por su naturaleza: la maternidad y el cuidado de la familia. Esta división comenzó a fracturarse a partir de dos lógicas interconectadas.

En primer lugar por la politización que el movimiento feminista hizo de lo privado, develando y denunciando las relaciones dentro de la familia y dentro del ámbito íntimo como vínculos cargados de poder y en consecuencia exigiendo hacer de ellos, territorios del escrutinio normativo público (Amorós Celia 2000). La violencia doméstica se alzó como uno de los temas puntales de dichos esfuerzos por regular, a través de instrumentos normativos y públicos, la vida privada.

En segundo lugar, las grietas en las fronteras público/privado tuvieron otra de sus causas en los cambios protagonizados por las mujeres. Estos se materializaron como fugas cada vez más frecuentes hacia lo que entonces habían sido *territorios* hechos por y para los hombres. Así, las últimas décadas han atestiguado el arribo de mujeres a la política en forma de cargos de representación popular y de toma de decisión. En condición minoritaria, pero cada vez más normalizada, se vive la participación de las mujeres en asuntos públicos, tanto en los ámbitos institucionalizados de la política como en aquellos otros de la llamada política *contenciosa*. Pero no sólo la política sino otras actividades fuera del terreno de lo familiar y lo doméstico se transformaron en destinos probables de ser ocupados por presencias femeninas. El trabajo, la escuela, la cultura, la vida recreativa y hasta la deportiva devinieron en espacios signados cada vez más por la mixtura de sexos.

Por supuesto, estas rupturas chocaron frente a tendencias de larga duración que ha impedido la plena liberación de las mujeres y su disfrute de derechos en igualdad de

condiciones que los hombres. Si bien la equidad, la individuación y la ciudadanía de las mujeres se encuentran aún en construcción, los movimientos feministas se han constituido una fuerza que ha propiciado algunas de las transformaciones más significativas en las identidades y subjetividades no sólo de las mujeres sino también de los propios hombres.

Sin embargo, los efectos en la masculinidad, en los hombres concretos y en el hombre como simbólico permanecen como territorio poco explorado, por consiguiente como espacio lleno de preguntas para ser respondidas desde la diversidad de posturas teóricas y disciplinarias que ofrecen las ciencias sociales. Justamente de este campo vasto de posibilidades nacen las inquietudes que guían la presente investigación. Si se asume como cierto que la estructura de géneros por lo menos ha sido sacudida desde uno de los vectores, es decir desde lo femenino, las mujeres y la mujer, una pregunta se antoja necesaria ¿qué ha sucedido con los hombres?

A diferencia de las mujeres, los hombres hemos sido por excelencia fuente y destino del quehacer científico, filosófico, artístico y religioso, somos por antonomasia el sujeto del conocimiento. No obstante, esa condición ha sido factible por el monopolio que los hombres detentamos sobre la representación humana. El hombre, deliberadamente enunciado en tanto categoría absoluta se volvió sustancia de lo humano. De esta manera, en tanto sujeto universal, pretendidamente neutro en términos de clase, etnia y género, se alzó como el centro de la reflexión y el quehacer intelectual. No obstante, su existencia en tanto sujeto sexuado, con marcas y atribuciones sociales montadas sobre su condición de hombre, es decir sobre su ser de macho perteneciente a la especie humana, permanecieron por largo tiempo como punto ciego de toda reflexión que se presumió importante. Justamente una de las condiciones de la supremacía masculina y del orden desigual entre mujeres y hombres

descansó en hacer invisible una realidad, convertir en hechos impensados tanto la condición femenina como la masculina.

Justamente será a partir de los movimientos de mujeres y sobre todo de sus efectos dentro de la cultura y la creación intelectual que el hombre pierda esa condición absoluta y universal para ser pensados como sujetos del orden genérico, sujetos pensados a partir de su sexualidad y de las atribuciones sociales montadas sobre su cuerpo y su naturaleza.

II La perspectiva de género y los estudios sobre los hombres y la masculinidad

La perspectiva de género² hizo su aparición en las discusiones feministas como un intento de sobreponerse a los estudios de la mujer nucleados en torno a la noción de patriarcado. Entre los propósitos fundamentales y aportes más significativos ha estado el desesencializar y más claramente, desnaturalizar la identidad femenina. “Una no nace, sino que se hace mujer” apuntó Simone de Beauvoir en *El Segundo Sexo* (Citado en Lamas Marta, 2000). A partir de premisas como la antes expuesta, el feminismo anglosajón introdujo una perspectiva opuesta a la visión hegemónica de que la sociedad y la cultura sólo refuncionalizan, dentro de esquemas racionales, los papeles de género fundamentados en el plano de la biología (Conway Jill, et al, 2001). La sexualidad humana, sobre todo por lo que toca a las normas, los valores, las creencias y todo lo que conforma la identidad y la subjetividad de las mujeres se articula en una red intrincada de relaciones e instituciones sociales y culturales. De esta forma lo femenino, y por tanto también lo masculino, resultan construcciones sociales y no datos de la naturaleza.

² Gayle Rubin feminista estadounidense sistematiza la noción de género como concepto articulado en el sistema sexo/género. Para esta y otras autoras, el sistema sexo/género representó la posibilidad de comprender el carácter de las relaciones entre mujeres y hombres, más allá de lo que consideraron límites históricos y analíticos del patriarcado. (Rubin Gayle, 2000).

La categoría género entrañó una perspectiva relacional que dio pauta al desarrollo posterior de estudios e investigaciones centradas en los hombres. De esta manera, al reflexionar sobre la condición de las mujeres y los procesos implicados para llegar a ser mujer, se develó paulatinamente la necesidad de explorar ese otro universo constitutivo de la masculinidad y los hombres. Analizar los mecanismos sociales que posibilitaron la subordinación de las mujeres arrojó luz sobre las situaciones y los procesos históricos a través de los cuales se ha producido y reproducido el dominio de lo masculino y de los hombres en la sociedad.

En primera instancia, los estudios que situaron por vez primera la condición de género de los hombres, fueron realizados por las mujeres dentro de los programas académicos feminista. Paulatinamente, a la saga de las investigaciones realizadas por las mujeres, los hombres vislumbraron inquietudes propias y encontraron andamiajes teóricos y metodológicos para forjar nichos en las discusiones académicas y políticas donde los hombres emergieron como uno de los géneros de la humanidad.

A partir de entonces se hizo factible poner nombre a una serie *núcleos problemáticos* de la condición masculina generados al calor de las transformaciones promovidas por las mujeres y como respuesta a los cambios demográficos, culturales, educativos, políticos y económicos de las sociedades occidentales.

En su mayoría estas preocupaciones fueron elaboradas en forma de insumos teóricos y metodológicos por varones en países de habla inglesa. Michael Kaufman, Robert Connell, Michael Kimmel y Víctor Seidler, entre los más relevantes, crearon y resignificaron categorías y métodos de investigación de impronta feminista así como derivados de las corrientes críticas del pensamiento social. Conceptos como los de *modelo hegemónico de*

masculinidad; experiencias contradictorias del poder, escisión razón/naturaleza o triada de la violencia constituyeron algunos de sus legados a la discusión tanto teórica como empírica.

En América Latina, los estudios de género sobre los hombres han sido realizados principalmente por mujeres, son ellas quienes a partir de diversas problemáticas y disciplinas realizan las investigaciones mayoritarias sobre varones a lo largo de ejes temáticos tan diversos como la sexualidad, el trabajo, la violencia, el poder, la familia, la salud sexual y reproductiva, entre otros. Teresa Valdés y José Olavarría en Chile, Mara Viveros en Colombia, Norma Fuller en Perú, Luis Bonino y Mabel Burín en Argentina y Ondina Fachel en Brasil son algunas de las personalidades que han contribuido a repensar a los varones desde un contexto social caracterizado por la crisis. Crisis económicas, políticas y sociales que endémicamente azotan a la región y sirven como escenario compartido desde donde se fraguan consecuencias en la configuración de las relaciones de género. La crisis económica, especialmente por su impacto en el empleo y en la calidad del mismo resulta un elemento altamente significativo en los análisis de la masculinidad y los hombres del continente. A partir de estos datos, se reconocen y explican los efectos contrarios a los poderes tradicionales masculinos cifrados en el trabajo y la función proveedora de los hombres. Así, la crisis de la masculinidad, tal como se tematiza, tiene como fondo la crisis global de las sociedades latinoamericanas. (Viveros y Cañón, 2000 y Gutmann, 2003).

En nuestro país, las pautas de origen y desarrollo del este campo de estudio han ocurrido de manera similar a las del resto del continente. Por una parte, comparten un mismo marco temporal, son investigaciones y programas de estudio de muy reciente data. Vinculado a lo anterior, pero articulado por otros factores, los esfuerzos intelectuales por relevar la dimensión genérica en la vida de los hombres resultan esfuerzos minoritarios que parecen

tener un impacto pobre y una presencia más bien marginal dentro de las ciencias sociales y las humanidades en general.

Estos estudios se caracterizan también por la participación inaugural y numerosa de mujeres quienes desde los años ochenta comenzaron a reflexionar sobre la vigencia y las posibles erosiones del machismo, tal como lo hizo Teresita de Barbieri (1990). Sustantivamente parte de estas investigaciones se ha centrado en temas clave. En particular, las paternidades han concentrado numerosos de estos recursos de investigación tanto de mujeres como de hombres; entre las obras más significativas se pueden contar los trabajos de Lucero Jiménez, Benno de Keijzer, Brígida García, Orlandina de Oliveira y Olga Lorena Rojas. Otro de los asuntos que convoca al análisis y propicia investigaciones cualitativas y cuantitativas ha sido la sexualidad, entre los estudios que sobresalen aquí se pueden contar las investigaciones de Juan Guillermo Figueroa, Susana Lerner, Ma. Teresa Döring y Guillermo Nuñez.

La violencia constituye de igual forma otro de los ejes sobre el cual se discute y problematiza las masculinidades en México. El tema, una de las elaboraciones más acabadas del debate feminista, ha presenciado poco tiempo atrás el arribo de los hombres tanto en el lugar de quien genera la investigación como de los sujetos investigados. No obstante, pese a ser uno de los *locus* privilegiados para desentrañar la dimensión genérica de los hombres, en la tradición académica de nuestro país permanece como territorio poco explorado. Entre las pesquisas pioneras de este campo cabe mencionar los trabajos de Juan Carlos Ramírez, Antonio Ramírez, Roberto Garda y Francisco Cervantes, así como la coordinación de investigaciones de corte cuantitativo promovidas por Roberto Castro y Florinda Riquer.

Finalmente, en México, tanto hombres como mujeres, han emprendido esfuerzos propios por generar investigaciones globales de corte teórico así como reflexiones metodológicas para realizar estudios de género. Entre estos últimos se encuentran los aportes de Daniel Cazés, Nelson Minello, Ana Amuchástegui y Elsa Guevara.

Así, los estudios sobre los hombres y lo masculino, situados mayoritariamente dentro del campo académico fundado por el feminismo, han permanecido en la retaguardia de las investigaciones, hallazgos y conocimientos producidos en torno a las mujeres. Esta situación imperante dentro del campo de los saberes puede ser leída como un indicador de otra realidad acontecida dentro de las dinámicas sociales en los últimos treinta años. Esto significa que el protagonismo de las mujeres no es otra cosa que el reflejo de su papel central en las transformaciones ocurridas en las relaciones de género. En efecto, además de los factores de índole estructural, los cambios en las posiciones, prácticas e identidades de género han sido propiciados fundamentalmente por las mujeres.

No obstante, pese a que una de las partes de la relación de género es la que se ha movido significativamente, en la presente investigación se propone develar cómo y dónde se han trastocado los puntos referenciales en el otro lado de la ecuación, es decir, en la posición masculina. Estas interrogaciones nacen de la suposición, probablemente errónea y por lo pronto sujeta a discusión, de la imposibilidad de que las identidades y prácticas de género masculinas permanezcan inalteradas con todo lo sucedido y generado por las mujeres. Esta suposición, sin embargo, necesita al menos dos matices. En principio, la idea de cambios y transformaciones implica una gama más o menos amplia de opciones por las cuales optan o se colocan los hombres; éstas pueden tener las siguientes posibilidades: formas de acción reactivas frente a la pérdida de status, crisis paralizantes que refuerzan las masculinidades tradicionales o bien hombres que entran en procesos vindicativos de la equidad de género. El

matiz proviene también como prevención a las generalizaciones que, de forma consciente o inconsciente, se vierten a lo largo del presente escrito. Los cambios en sus distintas modalidades, lejos de ser tendencias globales, se expresan en formas concretas y varían de acuerdo a las condiciones y situaciones específicas dadas por la clase social, la edad, el espacio territorial, la etnicidad, la escolaridad, la religiosidad, el capital cultural, entre otros. De tal forma, como se verá más adelante, los cambios enunciados están acotados a un grupo específico y minoritario de la sociedad mexicana, un grupo de hombres cuyas características serán descritas y analizadas más adelante.

No obstante los límites de la investigación, la intención y el aporte estriban en descubrir y debatir justo desde el espectro de la relación de géneros menos analizado y problematizado: el espacio de la masculinidad y de los hombres.

III Cambios cuantitativos. Algunos datos

Con las salvedades anunciadas, la aproximación elegida para realizar esta tesis ha sido la de los cambios. Cambios relacionados en la condición de género en distintos niveles: a) en las prácticas y las conductas; b) en los discursos y las subjetividades; c) en las identidades. Transformaciones comprendidas en un espectro amplio de movimientos y desplazamientos desde la mítica ubicuidad a donde se fijaron inamovibles los contenidos tradicionales de hombría y virilidad. Es decir desde el *locus* donde emanaron las respuestas ampliamente aceptadas y tomada como garantía de lo que son los hombres y de su dominio en el mundo: el lugar de la *hegemonía* (Connell, 1997).

De tal suerte son movimientos cuya dirección bien puede ser incierta y abarcar acciones de resistencia que renueven y agudicen el sexismo y la misoginia pueden ser también acciones encaminadas a crear, desde las masculinidades críticas, posibilidades para

la equidad y la democratización de los vínculos de género. En el terreno de las ideas y la producción de conocimientos, estos movimientos se verifican en cada esfuerzo teórico o empírico que sitúe al hombre o a los hombres en una dimensión parcial dada por su sexo o bien por lo que otros reconocen como género. Ya sean de corte feminista o conservador, estas reflexiones perfilan rupturas con esa tradición monolítica y androcéntrica que ha hecho del hombre y la humanidad categorías con el mismo valor analítico y normativo.

La presente investigación busca dar cuenta de la existencia o no de cambios en los hombres, más específicamente cambios y permanencias concernientes a las prácticas, discursos e identidades en relación con las mujeres y en buena medida con otros hombres. Una aproximación epistemológica sobre los sujetos y las relaciones intersubjetivas cuyo eje central son las configuraciones de género y sus recomposiciones.

Sin embargo, los sujetos están anclados en estructuras sociales que los trascienden y en buena medida los condicionan. En ese sentido, es importante tener en cuenta algunos datos globales para contextualizar y trazar posibles consecuencias derivadas del movimiento demográfico, económico y social en el ámbito de lo subjetivo y relacional.

En nuestro país tenemos que para el año 2000, el índice de masculinidad, es decir, la relación numérica entre mujeres y hombres represento 95.4 de varones por cada 100 mujeres. El nivel histórico más bajo los últimos cien años en la historia del país. Tenemos entonces que existe un número relativamente mayor de mujeres (49 891 159) que de hombres (47 592 253). El conocido como sexo débil también aventaja a los varones en cuanto a la esperanza de vida se refiere, 71.55 para los segundos, 76.51 para ellas. De 1970 al 2000 la esperanza ha aumentado en promedio para ambos sexos alrededor de 14 años. (INEGI www.inegi.gob.mx).

Tenemos que de los más de 47 millones de varones 16 514 754 son niños (34.7%), mientras 13 716 737 (28.8%) son adultos, el segundo grupo de edad más numeroso. En el año 2000 los adultos representaron el segundo segmento de la población masculina más grande, este es un dato consistente con la apreciación cada vez más extendida en los estudios demográficos sobre el proceso de envejecimiento de la población mexicana, la cual ha dejado de ser joven para convertirse en adulta (INEGI www.inegi.gob.mx).

Otra de las modificaciones significativas de la población con fuertes implicaciones en materia de género ha sido el paso del campo a la ciudad. Hace cincuenta años más de tres cuartos de la población masculina vivía en zonas rurales, considerados como lugares con menos de 2,500 habitantes. Con ese perfil en mente, los ideólogos de lo *mexicano*, crearon y socializaron el estereotipo del mexicano: hombre bravío, macho, mujeriego y gran bebedor que el celuloide consagró para la memoria de todos. Ese modelo acartonado de masculinidad por mucho tiempo representación hegemónica del *verdadero hombre* fue perdiendo uno de sus vértices: el escenario rural. Para 1990, de acuerdo con datos proporcionados por Nelson Minello (2001), el 62.5% viven en localidades mayores de 15 mil. Es decir, el perfil de los varones en México es preponderantemente urbano. Para el año 2000, sólo el 25.7% son hombres de campo mientras el 74.2% vive en complejos urbanos, de estos 22 373 751 habita en conglomerados de más de 100 mil, representando el 47%.(INEGI www.inegi.gob.mx).

Por lo que refiere a su situación conyugal, existe una fuerte tendencia de los varones mexicanos a preferir el matrimonio por sobre los demás estados civiles, esta situación ha permanecido prácticamente inalterada por lo menos desde los años cincuenta del siglo XX (Minello, 2001). En el año 2000, el 45% de los hombres mayores de 12 años se encontraba casado, 39.9% soltero, 10.4% en unión libre, 1.4% separado, 0.6% divorciado, 1.9% viudo.

Resulta significativa la cifra pequeña de hombres separados y divorciados, sobre todo a la luz de los porcentajes registrados en el caso de las mujeres, 3.7 para el primer caso, 1.3 para el segundo, lo que puede indicar que, a diferencia de las mujeres, los hombres optan por volverse a unir después de una ruptura.

Según datos de 1995, los hombres siguen formando parejas a edades tempranas, ya sea vía el matrimonio o las uniones libres, así el promedio de la primera unión son los 22 años, mientras que en las mujeres la media es de 19 (INEGI, www.inegi.gob.mx). De acuerdo con datos proporcionados por Minello, la edad de unión ha permanecido estable las últimas cuatro décadas, sin embargo, la brecha de edades entre los contrayentes se ha ido reduciendo ligeramente; 3.3, en los sesenta, a 2.5 a principios de los noventa (Minello, 2001).

De acuerdo con los datos censales más recientes, los hombres continúan ejerciendo mayoritariamente la jefatura de los hogares. En el año 2000 se reportó en 79.4% de los hogares la presencia de hombres ostentando su jefatura; las mujeres, por su parte, comandan el 20.6%. Aunque dichos porcentajes han variado poco, todo indica que, de manera constante, se presenta un aumento de la participación femenina en contrapartida de una disminución en la masculina. El tamaño promedio de los hogares durante el 2000 promedio fue de 4.3 miembros (INEGI, www.inegi.gob.mx).

Por lo que respecta a su situación laboral, los hombres mexicanos continúan manteniendo las tasas más elevadas de participación económica aunque éstas mismas han variado hacia una tendencia donde se apunta una participación cada vez más significativa de las mujeres. En 1950 el 86.4% eran hombres frente al 13.6% mujeres, medio siglo después, el porcentaje se ha transformado de manera importante en relación a la participación femenina en la economía, mientras los hombres alcanzaron tasas de 76.8%, las mujeres aumentaron su participación para obtener una tasa del 36.4% (INEGI, www.inegi.gob.mx).

Por lo concerniente a su ocupación, hasta muy entrado el siglo XX (1960), los hombres se emplearon en actividades agrícolas y ganaderas en un 21.4% y como empleado/obrero en 37% (Minello, 2001). No obstante, las transformaciones en la economía se reflejaron en las dinámicas de empleo de la población masculina y femenina. De esta forma, a partir de datos generados por la Encuesta Nacional de Empleo durante el 2005, sólo el 21% de los varones se ocupó en actividades productivas del primer sector (agricultura, ganadería, selvicultura, caza y pesca); el 29.57% en el sector secundario (industria); mientras un porcentaje mayoritario, el 48.82%, en el sector de los servicios y el comercio. Estos datos muestran, desde la perspectiva laboral, la llamada *terciarización* de la economía mexicana, es decir la participación cada vez más preponderante de los servicios y el comercio en los procesos productivos y en la generación de riquezas. De acuerdo con la misma fuente y teniendo en cuenta los movimientos en la estructura laboral, sobre todo en dirección a lo que autoras como Teresa Rendón (2003) apuntan como efectos de la *precarización del trabajo*, los varones continúan siendo trabajadores asalariados en un 57.81%, mientras el 24.34% son trabajadores por cuenta propia, 6.12% empleadores y 7.48 trabajadores sin remuneración (INEGI, www.inegi.gob.mx). No obstante, el rango que más ha crecido es justo el de los empleados por cuenta propia, una categoría laboral privilegiada por las políticas económicas neoliberales, que ha apostado por la flexibilización laboral y el autoempleo en tanto fórmulas para intensificar la productividad. Esta situación ha generando paralelamente un empobrecimiento del trabajo; el trabajo se deprecia vía la contricción salarial, pero también por la reducción en las prestaciones y la desaparición de conquistas laborales relacionadas con la seguridad social. Los ingresos promedio en los hogares cuya jefatura descansa en el varón fueron, según informes recabados durante el 2002, de 7,017 pesos, dos mil más que aquellos jefaturados por mujeres (INEGI.www.inegi.gob.mx).

En lo referente a la producción de bienes y servicios en el espacio doméstico, una primera limitante para la observación cuantitativa de los cambios y/o las permanencias en las pautas del trabajo masculino y femenino dentro del hogar, se relaciona con la carencia de series históricas que permitan una evaluación de largo y mediano plazo, sólo recientemente el INEGI, así como otras instancias, se han ocupado de generar este tipo de datos. Una de las percepciones más aceptadas del ordenamiento de género naturalizó el trabajo como atribución y obligación masculina y las *tareas* de la casa como cuestión de las mujeres. En el seno de esta misma división, de acuerdo con múltiples estudios feministas, se origina y reproducen los privilegios masculinos y las desigualdades entre hombres y mujeres. La información cuantitativa de la que hoy se dispone, posibilita sostener la persistencia de dichas condiciones inequitativas y oprobiosas.

De tal suerte, se sabe que los hombres dedican tanto al trabajo doméstico como al extradoméstico un promedio de 54 horas semanales, mientras las mujeres que trabajan fuera los superan por ocho horas, invirtiendo 62. Por lo que respecta a las horas dedicadas exclusivamente a lo doméstico, mientras que los hombres laboran en promedio semanal 10.6, las mujeres lo hacen 31.28 horas. De acuerdo con las cifras para medir las tasas de participación doméstica por sexo, en el 2004 se tiene que el 65.2% de hombres mayores de 12 años interviene en tareas domésticas, en contraparte, prácticamente el total de las mujeres realizan estas actividades con un 96.2%. (INEGI, www.inegi.gob.mx)³. Por lo que respecta a las percepciones que tanto hombres como mujeres expresan respecto al trabajo doméstico, cabe destacar que un porcentaje minúsculo de varones está de acuerdo en

³ La información proporcionada por el INEGI sobreestima la participación de los hombres en el trabajo doméstico debido a la orientación de las preguntas que ayudaron a construir el dato. Es una medida que muestra el porcentaje de hombres y mujeres que realizan al menos una actividad doméstica durante la semana. Ello explica el porcentaje relativamente alto de hombres que afirman realizar quehaceres domésticos.

invertir la división sexual del trabajo y aceptar que el hombre sea quien se dedique al cuidado de la casa y la mujer a trabajar. Esta idea tiene mayor aceptación en hombres cuyas edades oscilan entre 18 y 24 años, con un 15.1%. Eso por lo que refiere a la variable edad y por lo que refiere al nivel de instrucción, este porcentaje mayoritario está en varones con educación secundaria y más con un 17. 2%.

En materia de educación, las diferencias entre hombres y mujeres permanecen dentro de esquemas de persistente desigualdad e inequidad, aunque también se registran algunas de las tendencias más significativas del *empoderamiento*⁴ femenino. Se tiene entonces que durante el 2000, la población mexicana alcanzó una tasa de alfabetismo del 90.2%, este dato desagregado por sexo dio los siguientes porcentajes: mientras los hombres alcanzan niveles del 92.5%, las mujeres obtienen un 88.6%. Acorde a la línea del tiempo, las tasas globales han ido en aumento, de 56.8 en 1950 a 74.2 en 1970 y 87.9 en 1990. Sin embargo, por lo que refiere a los últimos diez años el rango de disparidad entre hombres y mujeres se mantiene relativamente igual (INEGI.www.inegi.gob.mx).

Por lo que toca a la escolaridad promedio medida en años aprobados, la diferencia es pequeña, 7.6 para los varones, 7.1 para las mujeres. Las hombres mantienen niveles de reprobación más altos que las mujeres en todos los ciclos escolares, siendo el bachillerato el periodo más dramático para ambos sexos, con 44.5%, es decir, casi la mitad de varones reprobados y un 34.3 % de mujeres en esa condición. Los hombres, por tanto, son quienes

⁴ El empoderamiento *empowerment* es un concepto político que nace en los Estados Unidos durante los movimientos civiles de los años sesenta, y es empleado por los movimientos de mujeres en la década siguiente como clave en su lucha por generar cambios en las relaciones de poder entre los géneros. Se refiere al proceso por el cual las mujeres, históricamente carentes de poder, obtienen el control de sus decisiones y de sus acciones, a través de la conquista de espacios de autodeterminación individuales y colectivos, cuyo resultado final es la apropiación de los recursos políticos, económicos y culturales de la humanidad. Es por tanto un movimiento subjetivo de lucha por la autonomía personal que pasa por experiencias de concientización pero al mismo tiempo resulta un proceso de conquista de libertades colectivas que precisa de actuaciones públicas. Una compilación elaborada por Magdalena León contiene diversos artículos que, desde múltiples

presentan menores índices de eficiencia terminal en los distintos periodos lectivos, de nueva cuenta, el nivel bachillerato y nivel técnico registran los niveles más bajos, 55.3% en el primero, 46.5% en el segundo.

Del total de varones mayores de 15 años, el 8.8% no tiene ninguna instrucción, 17.8% son aquellos con primaria incompleta, 18.5% con primaria completa, 6.1% con secundaria incompleta, 19.8% con secundaria completa, 6.5% con bachillerato incompleto, 9.8% con bachillerato finalizado, 3.9%, licenciatura incompleta, 8% licenciatura terminada, finalmente el 0.8% cuenta con algún estudio de posgrado. Es sintomático que sea en los segmentos extremos: el de carencia de instrucción alguna y los de licenciatura y posgrado en donde la diferencia de porcentajes entre hombres y mujeres varíe a favor de los primeros, así, se tiene que 11.7% de mujeres adolece de instrucción, 5.7% finalizó sus estudios de licenciatura y 0.4% cuenta con estudios de posgrado. (INEGI, www.inegi.gob.mx).

Finalmente, en relación a la participación política algunos datos confirman la primacía de los varones en la vida pública de nuestro país. Si durante el 2004, las mujeres representaron el 51.82% del listado nominal, es decir más de la mitad del universo de posibles electores, la actividad política permanece como un campo mayoritario de hombres. Los partidos políticos ejemplifican con mucha claridad la persistente sobre representación masculina en sus órganos de decisión, así como en la composición de sus listas a puestos de representación popular. De esta forma, se tiene que en el Partido Acción Nacional (PAN), la conformación de su comité ejecutivo por sexo presenta una relación de 65.38% hombres y 34.62% mujeres; en el Partido de la Revolución Democrática el escenario no es más equitativo, de hecho se mantiene con mayor preponderancia la presencia masculina 73.91%

disciplinas y enfoques teóricos se analiza el empoderamiento. León Magdalena (Comp.), *Poder y empoderamiento de las mujeres*, Universidad Nacional de Colombia/Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1997.

hombres por 26.09% de mujeres al igual que en el Revolucionario Institucional, cuyos porcentajes son exactamente los mismos (INEGI, www.inegi.gob.mx).

Por lo que hace a sus candidaturas en el poder legislativo, los partidos, en el mejor de los escenarios, se limitan a cubrir la cuota normada de representación por sexo estipulada en los códigos electorales. De esta forma durante las elecciones del 2003, el 61% de las candidaturas a diputados en conjunto por todos los partidos recayeron en varones, mientras el 38.27% fueron para mujeres. Las cifras en la postulación para el senado aumentaron el porcentaje para los hombres en 75% y redujeron para las mujeres el 25% restante. Las diferencias se ahondan cuando se toma en cuenta el número de personas elegidas para integrar ambas cámaras. La diputación federal se compone por 76.61% de hombres y 23.39% de mujeres. Por su parte el senado se integra de un 77.34% de hombres y un 22.66% de mujeres.

En el poder ejecutivo las inequidades de género son aun más evidentes, de 18 secretarías de estado en 2003, 17 estuvieron a cargo de hombres y sólo en una de ellas, su titular es mujer. A nivel municipal, por lo que respecta a la titularidad de las presidencias, de los 2451 municipios existentes, 2354 están en manos de hombres, es decir, el 96.08%. En contraste, sólo el 3.43%, 84 presidencias son para mujeres (INEGI, www.inegi.gob.mx).

Finalmente en el poder judicial, específicamente la composición del Tribunal Superior de Justicia tiene la siguiente distribución: 84.6% hombres, 15.4% mujeres.

A partir de los datos proporcionados se puede contar con una panorámica general de los hombres en México por lo que respecta a su condición demográfica, conyugal, educativa, laboral y de participación política. Contar con esa información permite, desde una perspectiva global, dilucidar consecuencias en términos de cambios significativos en el perfil tradicional de los hombres pero al mismo tiempo ubicar puntos de resistencia donde las relaciones de

género siguen permeadas por la desigualdad. En este último sentido, la información generada sobre el trabajo doméstico y la participación pública proyectan claramente dos espacios en donde la desigualdad y la supremacía masculina presentan variaciones poco significativas. Una situación en la que pese a los movimientos sociales y las políticas públicas apenas son visibles los cismas en la configuración hegemónica de género que mandata la vida pública para los hombres y la privada para las mujeres.

De igual forma, los datos permiten entrever y contextualizar algunos puntos problemáticos de la masculinidad: la paternidad, el poder, la violencia, la sexualidad y el trabajo, que se recogen en discursos políticos y académicos, así como en las prácticas y las subjetividades de los hombres. Como se ha señalado, la tesis apunta en esa dirección, la dirección de los cambios y las resistencias respecto a la configuración hegemónica de género y más particularmente frente al modelo dominante de ser hombre en México.

IV Objetivos, hipótesis y metodología

El objetivo principal de la presente investigación es dar cuenta de la existencia o no de cambios en los hombres, más específicamente cambios y permanencias concernientes a las prácticas, discursos e identidades en relación con las mujeres y en buena medida con otros hombres.

La búsqueda de estos cambios y de las resistencias al cambio, plantea tres ámbitos interconectados en donde situar a los sujetos de la investigación, los hombres. Cada uno de estos ámbitos o dimensiones de la *experiencia*⁵, da lugar a un objetivo específico.

⁵ La experiencia entendida como lo plantea Teresa de Lauretis (1992) en tanto herramienta analítica o bisagra entre lo subjetivo y lo estructural, el proceso por el cual las relaciones, condiciones y situaciones sociales se perciben y se asumen como algo subjetivo e individual.

La primera dimensión o ámbito se expresa a través de las reflexiones y los discursos *académicos y políticos*, discusiones que inauguran una perspectiva para observar a los hombres a partir de centrar su condición de género como eje del análisis. Es una gama discursiva que guarda diversos niveles de elaboración en la línea de lo concreto / abstracto así como también por lo que respecta a las orientaciones políticas, cuyos extremos están dados por las posiciones pro feministas, de un lado, y las abiertamente misóginas del otro. Son discusiones que, a contrasentido de la tradición androcéntrica del pensamiento, descentran al hombre de la representación absoluta de la humanidad al reflexionar sobre situaciones particulares derivadas de sus vivencias en tanto hombres. La violencia y la paternidad representan los núcleos problemáticos que atraviesan el análisis y las propuestas de las distintas corrientes, tal como se verá en la exposición.

Esta producción intelectual, lejos de permanecer como reflexiones exclusivas del mundo académico son visiones que disputan los significados de lo masculino; las normas, los valores y los códigos que hoy configuran las identidades de los hombres, sus relaciones con las mujeres y con otros varones. Por tanto, son debates insertos en relaciones circulares, es decir *dialécticas*, con prácticas sociales de hombres y mujeres. Ello significa que las identidades y las dinámicas de género representan los desafíos que alimentan el trabajo intelectual pero, a su vez, éste proporciona información, conocimientos, incluso perspectivas innovadoras que permiten sustentar y dar dirección a las experiencias diversas de ser hombre en el mundo; individuales y colectivas.

El objetivo específico que se plantea en esta dimensión académico – política es describir, comparar y analizar los discursos y reflexiones de las distintas corrientes académicas y políticas con respecto al tema central de esta tesis: hombres, violencia y alternativas.

El segundo ámbito de análisis es el ámbito *individual*. En este nivel se busca analizar las transformaciones ocurridas en las identidades⁶, prácticas y relaciones de género a través de la recreación discursiva de hombres concretos, situados en un nicho particular. Se trata de hombres que a través de su discurso se puede asumir una apuesta por la *diferencia*, por su desidentificación con los valores tradicionales de hombría y virilidad y por el inicio de tránsitos hacia formas menos opresivas de relacionarse con las mujeres, con otros hombres y consigo mismos, al menos así lo enuncian y así se auto definen.

Hombres que, debido a múltiples circunstancias, se encuentran personal y profesionalmente insertos en relaciones, espacios y procesos sociales donde se gestan cuestionamientos y más aún, se producen innovaciones al orden tradicional de género. Es decir, sujetos colocados en la punta de esos procesos en donde se fraguan algunas de las alternativas al orden de géneros y a la masculinidad tradicional.

El objetivo específico de la investigación en esta dimensión es encontrar las motivaciones de los sujetos detrás de su postura crítica respecto a las normas, los valores y las prácticas de género, reconstruidas a través del discurso de los varones investigados. Develar la coherencia y las contradicciones en estos procesos de crítica al modelo tradicional de masculinidad en el marco de las recreaciones que hacen de su vida pública, por un lado y de su vida privada, por el otro.

Finalmente el tercer espacio del análisis tiene lugar en el terreno de *lo colectivo*. Se presenta y describe la experiencia inaugural que en el terreno público protagoniza el

⁶ La identidad como eje de análisis de esta investigación será entendida como un conjunto de significados e imágenes sobre sí mismas que las personas elaboran a lo largo de sus vidas y que les permiten percibirse como iguales así mismos, distintas de los otros y merecedoras por ello de ser reconocidas en su unicidad. Para una mayor discusión sobre la identidades se pueden consultar los trabajos del Gilberto Giménez “Culturas e identidades sociales”, *Revista Mexicana de Sociología*, Año LXVI / Número especial, “Territorio, cultura e identidades” *Estudios sobre las culturas contemporáneas*. Vol. 5, Núm. 9,

denominado “Colectivo de Hombres por Relaciones Igualitarias, A. C.” (CORIAC). El objetivo de analizar la experiencia de CORIAC es doble.

Por una parte, se busca exponer y dimensionar una experiencia caracterizada por ser la primera iniciativa colectiva que, desde la perspectiva de los hombres, realiza acciones e impulsa la generación de políticas en torno al tema de la violencia. Una experiencia que sintetiza los aportes de las posturas críticas que en el ámbito académico nacional e internacional se han generado. En síntesis, son experiencias sociales que en buena medida abren caminos inexplorados y fundan modelos de intervención en la realidad con impactos más allá de los nichos restringidos de la clase media ilustrada donde surgen los hombres críticos de las masculinidades tradicionales.

Por el otro lado, y derivado de la capacidad de incidir más allá de ámbitos acotados, se analiza la experiencia de CORIAC como experiencia institucional para comprender a los individuos que conforman la dimensión empírica de la investigación. Ello significa que esos procesos individuales de reflexión y confrontación crítica sobre el ejercicio de la violencia tienen como punto de partida este espacio único que ofrece CORIAC. Es decir, fuera de los círculos próximos al feminismo, algunos hombres encuentran en el Colectivo la posibilidad no sólo de renunciar a la violencia sino de confrontar en su propia historia las normas y valores que conforman el modelo hegemónico de masculinidad en México. De esta forma, sobre CORIAC se analizan los principios teóricos y metodológicos que guían el trabajo de los grupos de violencia, pero también se busca conocer las premisas éticas y políticas para comprender el sentido de las dinámicas grupales y sobre todo de los cambios que se persigue conseguir.

1999 y Fuller Norma, *Masculinidades: cambios y permanencias: varones de Cuzco, Iquitos y Lima*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2001.

La hipótesis que en esta tesis se sustenta y que atraviesa los tres escenarios de la investigación, es que *las experiencias, en términos de producción intelectual, de vivencias individuales de sujetos particulares así como de aquellas celebradas en el campo de las acciones colectivas, están signadas por las contradicciones entre la permanencia y el cambio, entre la apuesta por renunciar a los privilegios de género y las ganancias que se obtienen de perpetuar la supremacía masculina*. Especialmente dentro del espacio de las identidades individuales, el *sincretismo de género*⁷ (Lagarde, 2001) se expresa con nitidez como tensiones entre las convicciones y los discursos, por un lado, las prácticas y las acciones que se dejan entrever, por el otro. Es decir, desfases entre lo que se dice en función del cambio y los actos que lo acompañan. Pero también entre los acontecimientos protagonizados en la vida pública y aquellos celebrados en el ámbito privado. Contradicciones plasmadas en esas cuatro dimensiones de la identidad masculina elegidas como ejes para interpretar y analizar la condición de género de los hombres: la violencia, la paternidad, el trabajo y la sexualidad.

Paso ahora a presentar la metodología en la que se basan los distintos análisis y resultados de esta tesis.

En cada una de las tres dimensiones o ámbitos descritos con anterioridad se ha utilizado la metodología más adecuada para alcanzar el objetivo o los objetivos propuestos.

En el ámbito académico – político he llevado a cabo, por un lado, una revisión bibliográfica, recopilando, analizando y comparando los principales documentos y discursos

⁷ El sincretismo de género es una categoría acuñada por Marcela Lagarde para definir la condición moderna de las mujeres de hoy. Esta explica las tensiones entre la tradición, la modernidad, el conservadurismo y las tendencias libertarias que permean la identidad, la subjetividad y el actuar de las mujeres. En ese mismo sentido, dicha categoría nos será útil para comprender la especificidad de los hombres investigados, quienes se encuentran insertos en experiencias igualmente contradictorias entre su condición de hombres hechos para detentar poder y privilegios y sus compromisos de renuncia a la violencia y construir relaciones de equidad. Tensión que nunca termina por resolverse y permanece pulsando la identidad,

del debate sobre las masculinidades, tanto académicos como políticos. En la bibliografía aneja se presentan los libros, revistas, documentos y páginas web que han servido como fuentes de información. Y por otro, para completar esta información, realicé 9 entrevistas a profundidad a académicos, académicas, expertos y expertas en el tema de las masculinidades:

Marta Torres Falcón. Coordinadora del Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer. Especialista en temas de derechos humanos, mujeres y violencia de género. Entrevista realizada el 20 de septiembre de 2002.

Norma Banda Bustamante. Psicóloga, coordinadora del área de violencia de la Fundación para la Equidad, APIC, A. C. Entrevista realizada el 15 de octubre de 2002.

Daniel Cazés Menache. Director del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias Sociales y Humanidades, especialista en democratización en México, democratización de la vida cotidiana y género, y educación superior. Entrevista realizada el 5 de diciembre de 2002.

Fernando Huerta Rojas. Antropólogo, especialista en género, estudios de los hombres, deporte y recreación. Entrevista realizada el 13 de diciembre de 2002.

Roberto Garda. Sociólogo, coordinador del Programa Hombres y Violencia del Colectivo de Hombres por Relaciones Igualitarias. Entrevista realizada el 27 de enero de 2003.

Eduardo Liendro. Antropólogo, fundador y coordinador general del Colectivo de Hombres por Relaciones Igualitarias. Entrevista realizada el 27 de enero de 2003.

Juan Guillermo Figueroa Perea. Profesor-investigador del Colegio de México. Especialista en derechos reproductivos, salud y políticas públicas, procesos reproductivos de los varones. Entrevista realizada el 7 de febrero de 2003.

Nelson Minello Matini. Profesor-investigador del Colegio de México, especialista en sociología del poder, género y masculinidad. Entrevista realizada el 20 de junio de 2003.

Francisco Cervantes. Psicólogo, fundador y coordinador del Programa de Paternidades del Colectivo de Hombres por Relaciones Igualitarias. Entrevista realizada en enero de 2004.

La metodología utilizada para acceder a la información en la segunda dimensión, la dimensión de *lo individual*, fueron las *historias de vida*. Abordar el tema de las identidades y

las acciones, incluso los discursos de estos varones que se auto reconocen distintos a la mayoría. (Lagarde, 2001 y 2001-

los cambios precisaba de herramientas que permitieran trascender las valoraciones testimoniales de los hombres acerca de sus propios cambios. Es decir, ir más allá de las opiniones y los juicios de valor que éstos realizan de sí mismos, los cuales, más de las veces, pueden resultar en testimonios de auto elogio o en el compendio de respuestas guiadas por lo políticamente correcto. Las historias de vida nos permiten adentrarnos en los valores y las declaraciones de los sujetos, pero también en los procesos y hechos que explican los porqués de estos hombres, de sus formas de pensar, sentir y actuar poco convencionales respecto a las normas hegemónicas.

Las historias de vida se han complementado con el relato de un día común y rutinario así como la narración de un día extraordinario⁸. Al reconstruir un día en la vida, las entrevistas realizadas perdieron la solemnidad y la tensión inicial para dar paso a conversaciones de mayor confianza que permitieron abordar asuntos de mayor intimidad. Asimismo, elaborar un día en la vida ha permitido contrastar los discursos que los varones realizaron respecto a otros tópicos. Al referirse a los hechos cotidianos, la ilación del discurso no ocurría de manera lineal, circunscrita exclusivamente al presente. La vida ordinaria y extraordinaria remitían constantemente a hechos pasados y a perspectivas del futuro, sintetizaban descripciones de los acontecimientos y también reflexiones sobre el significado de los mismos. Así por ejemplo, como se verá en la exposición, la historia de un día en la vida permitió constatar, entre otros aspectos, la centralidad del trabajo público y remunerado en la vida de los hombres frente a la dedicación que invierten en las tareas del hogar y la vida familiar.

2002).

⁸ Esta metodología, propuesta por Marcela Lagarde para el estudio de las mujeres y sus cautiverios, es analizada y descrita en Lagarde Marcela (2001; 48-50).

Por su parte, las historias de vida se desarrollaron sobre cuatro ejes temáticos, a través de los cuales se construyó la biografía de cada uno. Estos ejes elegidos fueron la violencia, la paternidad, el trabajo, la sexualidad. Optar por estos campos fue resultado de dos razonamientos interconectados. En principio se buscó explorar en torno a los asuntos que, hoy en día, ponen en cuestión la supremacía masculina. De acuerdo con una amplia revisión bibliográfica, los temas que actualmente convocan la reflexión sobre los hombres y el cambio en el orden de géneros son justamente la violencia, la paternidad, el trabajo y la sexualidad. No son los únicos pero sí los miradores más socorridos por donde se contempla y reflexiona acerca de identidad de género, la crisis y las resistencias que atraviesan los hombres en México y en el mundo. Además de constituir los indicadores donde se esbozan las crisis, estos ejes resultan, en sí mismos, cuatro de las expresiones fundantes de la identidad de género, visto y dicho al revés, la identidad de género de los varones se expresa y articula a través del trabajo, la paternidad, la sexualidad y la violencia. Ser hombre se construye y define por los espacios que un individuo ocupa en el ámbito laboral, por tener una orientación precisa respecto a sus deseos eróticos, por el imperativo de la procreación y por el uso esperado y legítimo de la fuerza y la violencia.

La vida recreada a través de esos ejes analíticos permitió conocer las continuidades y los puntos de quiebre registrados en la historia de los varones. Ubicar las rupturas respecto a sus enseñanzas, valores y normas primarios o bien el reconocimiento de elementos ligados a la tradición patriarcal que perduran y se refuncionalizan bajo nuevos contextos. Igualmente mediante esta elección metodológica hizo factible detenerse en la dimensión de los valores y los significados asignados a los procesos de cambio y permanencia, en un intento de conjuntar información para rastrear las transformaciones tanto en su dimensión de prácticas y conductas así como de ideas y valores.

La primera parte de las sesiones se dedicó a reconstruir la experiencia de la violencia. Es decir, la historia de los hombres vista a través de expresiones y acontecimientos que suceden en la vida de todos desde tres posiciones: en tanto sujetos, como objetos y finalmente en calidad de testigos (involuntarios o cómplices). La intención en este apartado fue identificar y conocer las distintas expresiones de violencia vividas por los varones y ubicar las posiciones diversas que llegan a desempeñar frente a estos sucesos. Conocer los orígenes, el desarrollo y los grados que la violencia llega a representar para identificar los procesos por los cuales se problematiza y se vuelve objeto de miradas críticas. Revelar los mecanismos que disparan la necesidad de alternativas para poner freno y la búsqueda de vías paralelas para resolver los conflictos (todo ello aplicado exclusivamente a una muestra de usuarios de CORIAC). Finalmente, los cuestionamientos acerca de la violencia no sólo respondieron a la necesidad de evidenciar las formas en que los hombres la ejercen o padecen sino también para reconceptualizarla dentro de la propuesta lanzada por Kaufmann de observar estos sucesos en tanto tríada. En ese sentido, el trabajo de investigación con los hombres procuró relacionar la violencia contra las mujeres, la violencia ejercida contra otros hombres y aquella expresada en el descuido y la cultura de los excesos como aristas de un mismo fenómeno. Así considerada, podrá entenderse la función central que cumple como uno de los puntos de inflexión que conducen al replanteamiento de la masculinidad y a los procesos de tránsito

El segundo nivel de las entrevistas versó las trayectorias laborales, se puso especial atención al tiempo y otros recursos que los hombres invierten en el trabajo doméstico. Se intentó seguir los itinerarios con el fin de ubicar la trascendencia del trabajo público y remunerado en la identidad de los hombres, los procesos de cambio que se dan de manera estructural en el mercado laboral y las significaciones y representaciones que los sujetos

atribuyen a los mismos. Se pretendió develar los mandatos de género que prescriben ciertas actividades para cada uno, de acuerdo a la condición y posibilidades de su clase originaria, los disensos respecto a dichas normas o bien, su acatamiento. Finalmente las preguntas buscaron determinar la importancia del trabajo doméstico en la vida de estos hombres, las formas para consensuar o determinar ciertos arreglos de la vida privada, así como la asignación de valores de género a las distintas actividades realizadas en el hogar.

En la tercera sección se abordó la vida sexual de los protagonistas. Se indagó sobre la información que reciben de niños y adolescentes en el hogar, la escuela o la calle, sobre el ingreso a una vida sexualmente activa y las implicaciones que conlleva para su identidad y su lugar en el mundo ejercer un tipo de orientación sexual, en ciertos casos, alejada de la norma. Parte de las preguntas formuladas intentaron develar la posición de ellos frente al uso de anticonceptivos y de manera integral respecto a la salud sexual y reproductiva. Por último, la entrevista se orientó también para recoger las percepciones de estos varones respecto a temas controversiales como el aborto, la homosexualidad y el libre ejercicio sexual de las mujeres, a través de preguntas que los implicaban en situaciones cercanas y personales.

El último tema explorado fue el de las paternidades vistas a través de la experiencia de los protagonistas en una doble dimensión: la relación con sus padres y el ejercicio de su propia paternidad. Del primer momento se pretendió descubrir las transformaciones que sufre el vínculo con las figuras paternas a lo largo de su vida, deteniéndose en la valoración que hacen de las enseñanzas positivas y negativas y del legado que les deja haber sido hijos de padres con determinadas características. Respecto a su paternidad, se reconstruye la historia desde el primer embarazo y se indaga sobre las conductas y los sentimientos despertados durante la gestación, la lactancia y las distintas fases de crianza de hijos e hijas. A través de la narración se analizó el significado de ser padre en la vida de los hombres y se

estimó el grado de apego y responsabilidad respecto a esta condición. Al tener la recreación de esos dos momentos fue factible establecer los continuos parentales entre las particularidades ostentadas por sus progenitores y las que son empleadas con sus propios hijos. En sentido opuesto, se procuró encontrar los puntos de quiebre, las razones y momentos por los cuales los sujetos inician el camino de las rupturas con sus padres para emprender vías propias y distintas de paternidad. Finalmente, para los varones que por el momento o de forma definitiva han decidido por la no paternidad, la reconstrucción de su vida se centró en las causas detrás de esa decisión, la significación y las consecuencias que ello ha implicado para su auto percepción y para el lugar que ocupan en la sociedad.

La elección metodológica para investigar las identidades cambiantes puede presentar inconvenientes, sobre todo porque los ejes de análisis utilizados serán asimismo empleados para exponer los hallazgos. Uno de estos problemas está relacionado con la opción de diseccionar en partes lo que a sabiendas resulta un proceso integral. Al desarrollar la exposición, los cortes analíticos pueden generar la impresión de estancos perfectamente delimitados sin vínculos ni flujos los unos con los otros, ello, como puede suponerse, no resulta así. Esta aclaración es pertinente para dejar asentado que la forma de exposición se basó en criterios de conveniencia, con base en ello, la división analítica resultó el mejor camino. No obstante se reconoce que la realidad estudiada se expresa en una complejidad de procesos que se superponen unos con otros y se transforman a lo largo de la vida de estos hombres.

La investigación empírica se llevó a cabo en individuos con características *ad hoc* para el estudio de los cambios: varones que por distintas razones manifiestan transformaciones en su condición de género dentro de una perspectiva tendente a la democratización de sus relaciones con las mujeres y con otros hombres. De tal manera, el criterio para determinar la

elección de los sujetos fue justamente el carácter *cambiante* de sus valores y prácticas relacionadas a su identidad masculina, una cualidad expresada como intención consciente y propia de estos hombres, quienes viven los claro-oscuros de los tránsitos en calidad de promotores y en buena medida activistas de los mismos.⁹

El trabajo de campo se llevó a cabo con ocho varones ubicados en dos universos distintos pero relacionados. El primer conjunto se constituyó por usuarios de los servicios del Colectivo del Hombres por Relaciones Igualitarias, A. C. (CORIAC). Hombres asistentes al nivel último de los grupos de violencia. Es decir sujetos que encontraron un límite al ejercicio normalizado de la violencia y quienes hoy están por concluir un proceso donde el objetivo es re-aprender estrategias para resolver sus conflictos más allá del uso de la fuerza física, emocional o económica, especialmente con las mujeres. Varones que de manera voluntaria ingresaron a los grupos de reflexión de CORIAC y que de igual forma accedieron a ser entrevistados (Este es un rasgo particular, en su mayoría los hombres acuden a este lugar enviados por sus compañeras o por como resolutores de proceso penales). Uno de ellos además de concluir el programa se ha ido formando como facilitador y actualmente forma parte del equipo de apoyo del Colectivo.

El segundo grupo está constituido por lo que denomino promotores, ideólogos y activistas críticos de la masculinidad hegemónica. Se trata, en primer lugar, de hombres que se encuentran produciendo conocimientos en instituciones académicas y en segundo, por varones generando proyectos dentro de las organizaciones de la llamada sociedad civil.

⁹ Al utilizar el término de identidades *cambiantes*, Matthew Gutmann intenta explicar una condición generalizada en los hombres mexicanos por la cual los significados de ser hombre y (no ser mujer) son menos claros que antaño (Gutmann Matthew, 1993). La deconstrucción del término que aquí se propone busca dotar al concepto de intención, los sujetos cambiantes lo son porque intentan innovarse en tanto hombres y no simplemente porque su configuración identitaria esté cruzada por significados contradictorios de lo que hasta ahora podía identificarse como femenino o masculino. Cambiante hace también alusión a un proceso y no a un resultado concluyente, por tanto, es una categoría útil para dar cuenta de hombres concretos colocados en esos tránsitos complejos, escindidos entre la tradición y las aspiraciones igualitarias.

Estos últimos son sujetos que encabezan organismos no gubernamentales o bien coordinan programas dentro de los mismos en donde se llevan a cabo líneas de trabajo con hombres a través de enfoques de género cercanos al feminismo. Bajo esta perspectiva son varones que inauguran espacios en los cuales se ponen en cuestión e intentan desmontar asuntos tales como las paternidades tradicionales o el uso normalizado de la violencia.

El otro segmento se conforma por académicos que, a partir de las claves analíticas y metodológicas del feminismo, han comenzado a pensar al hombre en tanto constructo social dotado de género. Son varones que inauguran en nuestro país una pequeña tendencia no auto identificada como tal de investigadores y estudiosos de las masculinidades, críticos del dominio y de las relaciones desiguales entre hombres y mujeres. Investigadores que con su pensamiento contribuyen a desestabilizar la idea que ha hecho del hombre un sujeto universal y la representación absoluta de la humanidad.

En el siguiente cuadro se asientan algunas de las características sociales y demográficas que permitirán identificar y caracterizar a los sujetos de la presente investigación

<i>NOMBRE</i>	<i>EDAD</i>	<i>ORIGEN</i>	<i>ESCOLARIDAD</i>	<i>ESTADO CONYUGAL</i>	<i>PATERNIDAD</i>	<i>SITUACIÓN LABORAL</i>
Ricardo*	32	Urbano	Secundaria terminada, con estudios no profesionales.	Separado En unión libre de su segunda pareja, separado de su primera	Padre de dos hijas y dos hijos con su primera pareja. En espera un bebé con su segunda pareja	Trabajador del comercio informal
Bruno*	35	Urbano	Estudios de Posgrado	Soltero	Sin hijas/os	Socio de una empresa de servicios tecnológicos
Alejandro*	42	Urbano	Estudios Técnicos	Casado	Padre de dos hijos	Empleado de empresa privada
Santiago*	42	Urbano	Estudios de Posgrado	Unión libre	Padre de dos hijas	Académico universitario

* Asistentes a los grupos de violencia de CORIAC.

José	39	Rural	Estudios de Posgrado	Soltero	Sin hijas/os	Funcionario universitario y académico
Mariano	39	Urbano	Estudios de Posgrado	Unión libre con su pareja varón	Sin hijas/os	Directivo de organización no gubernamental
Rodrigo	38	Urbano	Estudios de Posgrado	Separado	Comparte la custodia de su único hijo	Directivo de organización no gubernamental
Francisco	42	Urbano	Estudios de Posgrado	Casado	Padre de una hija	Académico universitario

Las entrevistas se llevaron a cabo en distintos espacios por ellos elegidos: las oficinas de CORIAC, sus centros de trabajo, su casa, la calle y mi propio cubículo. Todos respondieron a la misma pauta de entrevista en jornadas que duraron de una a cuatro sesiones de trabajo. La extensión y profundidad dependió de su disposición de tiempo y del grado de confianza logrado. Debido a la naturaleza de los temas se procuró que el nivel de introspección e intimidad lo fijaran los propios entrevistados sin que en ningún momento se violentaran los límites por ellos establecidos. Parte de esos acuerdos que permitieron la confianza y la fluidez se refirieron al anonimato de los personajes. Si bien, algunos explícitamente aceptaron el uso de sus nombres, se convino asegurar la confidencialidad de todos, por tanto, se utilizaron nombres inventados, en su mayoría sugeridos por ellos mismos.

Es necesario precisar que, si bien las fuentes de información provienen de las narraciones hechas por los protagonistas, otros elementos para contrastar y contextualizar la información han sido los estudios e investigaciones que sobre la sexualidad, el trabajo, la paternidad y la violencia se han realizado en México y América Latina. Muchos de éstos, sobre todo aquellos que abordan los temas desde perspectivas más globales, posibilitan enmarcar los microprocesos de la presente investigación. Ayudan a ubicar las relaciones entre lo micro y lo macro, entre los cambios en las estructuras, las transformaciones en las

relaciones sociales y el campo de las subjetividades. Además de contribuir a historizar a los sujetos y sus procesos, brindan el contrapunto necesario para ponderar los discursos auto referenciales con los que se ha realizado la presente investigación.

Para alcanzar los objetivos propuestos en el ámbito o dimensión de *lo colectivo*, se han utilizado también diversas fuentes de información y de recogida de datos. Por un lado, una de las fuentes de información ha sido la documentación y los videos que CORIAC ha puesto a mi disposición para la parte descriptiva de los orígenes y las actividades llevadas a cabo por este colectivo desde su puesta en marcha:

CORIAC: Lineamientos Institucionales

CORIAC: Presentación ejecutiva en PowerPoint

CORIAC: Dossier. Carpetas de presentación

Videos 1 y 2: Qué ganamos con cambiar

Vídeo: Primer encuentro de hombres

Por otra, realicé un conjunto de entrevistas a profesionales que trabajan en los distintos programas de CORIAC:

Roberto Garda. Sociólogo, coordinador del Programa Hombres y Violencia del Colectivo de Hombres por Relaciones Igualitarias. Entrevista realizada el 27 de enero de 2003.

Eduardo Liendo. Antropólogo, fundador y coordinador general del Colectivo de Hombres por Relaciones Igualitarias. Entrevista realizada el 27 de enero de 2003.

Francisco Cervantes. Psicólogo, fundador y coordinador del Programa de Paternidades del Colectivo de Hombres por Relaciones Igualitarias. Entrevista realizada en enero de 2004.

V Exposición

Para desentrañar los problemas antes expuestos he organizado la argumentación de la tesis en tres capítulos. El primero de ellos versa sobre los debates de las masculinidades. Es una

panorámica de las principales corrientes que en el mundo analizan a los hombres y a sus problemáticas, en el marco de las transformaciones sociales contemporáneas y de los cambios protagonizados por las mujeres. Se trata de una síntesis de los discursos auto reflexivos los hombres, cuya factura presenta dos variaciones; una claramente articulada en forma de reivindicaciones políticas y otra de carácter académico-intelectual. A lo largo del capítulo se observarán las pretensiones y tonalidades elegidas por cada una de las corrientes que se disputan los significados de la masculinidad y se podrán vislumbrar ciertos traslapes en la argumentación que acercan posturas que parecerían, en muchos sentidos, irreconciliables.

En el primer inciso del capítulo presento una exploración del pensamiento de hombres cercanos al feminismo, ponderando la crítica al modelo hegemónico de hombre y a sus contenidos normativos entre los que se destacan el poder y la violencia. En el segundo apartado se exponen las tendencias que han codificado en términos de *guerra de sexos* las transformaciones en el ordenamiento de género. Se trata de las nuevas misoginias que, a la luz de las conquistas del movimiento feminista, postulan los daños causados a los hombres y subrayan las nuevas formas de discriminación en contra de éstos. En tercer lugar, se describen las propuestas realizadas por Robert Bly como parte sustancial de una de las tendencias que, en el mundo anglosajón, se presenta ampliamente difundida: hombres que eligen el camino de los mitos y la reconciliación con el padre para sanar sus dolores. Expresiones que suponen misoginias menos beligerantes cuyo origen se encuentra en los movimientos contraculturales, aparentemente libertarios pero cuya intención final es perpetuar la preeminencia masculina.

En el segundo capítulo se expone el origen y el desarrollo de lo que en México podría reconocerse como una corriente de hombres críticos de las masculinidades dominantes. El

análisis recoge la doble condición de dicha experiencia. Por un lado, las contribuciones realizadas al conocimiento de los varones en nuestro país, a los debates teóricos y metodológicos sobre la condición de género masculina, el hombre y los hombres. Pero igualmente sintetiza la expresión institucional más importante de varones en la acción cívica y política. Se trata del nacimiento y la presencia del Colectivo de Hombres por Relaciones Igualitarias en tanto sujeto presente en las discusiones sobre los contenidos y las orientaciones de la política de género en México, particularmente en materia de violencia y paternidad. Se hace énfasis en su contribución a las discusiones en torno a la violencia de género y sobre todo la creación de un programa dirigido a hombres con el propósito de enfrentarla críticamente y desmontarla con posterioridad. Se apuntan también elementos que permitirán delinear los denominadores comunes de los activistas de CORIAC; se subraya su tránsito institucional y se realiza un radiograma de sus principales líneas de trabajo, de sus logros, los obstáculos, las alianzas y la política de incidencia.

En el tercer y último capítulo se exponen las historias de vida de hombres que recrean sus cambios y también sus resistencias en torno a la posición tradicional del *ser* hombres. Varones concretos colocados en espacios *ad hoc* para el estudio de las transformaciones de género. Hombres ubicados, como se ha señalado, en procesos de frontera, analizados a partir de sus discursos con respecto a su vida laboral, su sexualidad, su paternidad y la violencia experimentada a lo largo de su vida.

La elección de estos ejes correspondió a dos razonamientos vinculados. El primero de ellos relacionado a una dimensión más bien *ontológica*, refiere a los elementos constitutivos de la masculinidad, es decir a los componentes más significativos por donde se articula aquello que se reconoce y se asume como lo masculino y se configura a los sujetos llamados hombres. Para ello se recupera la propuesta de Foucault que entiende al proceso de

subjetivación o proceso constitutivo de los sujetos como una articulación de múltiples posiciones. Así, el sujeto hombre será la expresión de una regularidad en las posiciones sociales que ocupan y desarrollan en diversos ámbitos y relaciones sociales tanto individuos como grupos específicos. En ese sentido, la sexualidad, el trabajo, la violencia, la paternidad resultan algunos de estos espacios y experiencias que se han significado por ser los más relevantes para configurar y definir los contenidos de la masculinidad así como la construcción de los sujetos hombres en México.

Dan testimonio de la importancia conferida a esto cuatro aspectos o dimensiones analíticas, la literatura especializada tanto académica como política que en el país y en el mundo se producen para comprender y discutir la condición masculina. La mayor parte de ésta piensa y debate con y sobre los varones a través de la sexualidad, el trabajo, la violencia y la paternidad. De esta forma, al mismo tiempo que dichos ejes representan componentes centrales de la subjetividad masculina son núcleos de discusión y problematización de las masculinidades.

Si bien no son las únicas, en estas dimensiones se tematizan los malestares, los cuestionamientos, las tensiones y los puntos de inflexión colectivos e individuales de ciertos hombres, cuya experiencia de vida se define por un trastocamiento. Así, a diferencia de sus predecesores y de la mayoría de sus contemporáneos para quienes la masculinidad y el lugar de los hombres en el mundo resultan hechos impensados, los varones investigados refieren una pérdida de certezas. De esta forma, en torno a la violencia, a la sexualidad, a la paternidad y al trabajo se producen, si bien no cambios definitivos, sí cuestionamientos al orden de género patriarcal y que, en ocasiones, conducen a la puesta en marcha de experiencias contradictorias y sincréticas para eliminar los aspectos opresivos y enajenantes de la condición masculina.

Para desarrollar la exposición de estos ejes, la primera parte del capítulo está destinada a ubicar al machismo como el punto de partida de los cuestionamientos a las visiones dominantes, desde una perspectiva en donde se busca trascender su sentido de mero estereotipo para otorgarle valor heurístico. El machismo se comprende como la expresión que, en nuestro país, ha asumido el modelo hegemónico de masculinidad, y es desde ahí donde se fraguan las experiencias que intentan otorgar sentidos alternativos a las masculinidades.

La primera dimensión de análisis para reconstruir estas experiencias se relaciona con la violencia y se parte de ella por ser al mismo tiempo la forma expresiva por antonomasia del machismo pero también uno de sus núcleos problemáticos. Es la historia de los hombres vista a través de la violencia, de las expresiones y acontecimientos que se suceden en la vida de todos desde tres posiciones: en tanto sujetos de ésta, como objetos y finalmente en calidad de testigos (involuntarios o cómplices). La intención del apartado es identificar y conocer las distintas expresiones de violencia vividas por los varones y ubicar las posiciones que llegan a desempeñar frente a ella. Conocer los orígenes, el desarrollo y los grados que llega a representar en su historia para identificar los procesos por los cuales se problematiza y se vuelve objeto de miradas críticas. Para ello se toma en consideración que, de todos los ordenadores de la masculinidad, la violencia históricamente se significa por ser la principal fuente reflexión y acciones críticas. Este principio general se retoma para observar en la experiencia particular de hombres concretos la función de ésta como punto catalizador de cuestionamientos, discursos y, sobre todo, acciones para desmontarla. Finalmente, las pesquisas en torno a la violencia no sólo respondieron a la necesidad de evidenciar las formas en que los hombres la ejercen o padecen sino también de reconceptualizarla bajo la propuesta lanzada por Kaufman de concebir la violencia de género como una tríada

indisoluble¹⁰. En ese sentido, el trabajo de investigación con los hombres procuró ubicar la violencia contra las mujeres, la violencia ejercida contra otros hombres y aquella expresada en el descuido y la cultura de los excesos como aristas de un mismo fenómeno. Así considerada, puede entenderse la función central que cumple como uno de los puntos de inflexión. Ya que, el ejercicio de la violencia, al mismo tiempo que procura el mantenimiento del poder, las jerarquías y la estructura de género, coloca a los hombres en situaciones de riesgo vital. Situaciones evidentes en las relaciones violentas que se traban frecuentemente entre varones pero también en las prácticas de abuso y peligro que rodean los deberes patriarcales. Incluso, las prácticas violentas contra las mujeres pueden ocasionar efectos contrarios, como lo demuestra la experiencia de los usuarios de CORIAC, quienes sus compañeras los enfrentan con límites a su ejercicio impune.

La segunda línea de exploración se centra en el trabajo, partiendo de la centralidad de éste en la constitución de la masculinidad y de los sujetos varones en la estructura tradicional de género. A partir de esa premisa, se recuperan las prácticas y valores recreadas discursivamente para analizar los dichos que develen las disidencias y simultáneamente aquellas donde se expresen los asentimientos con respecto estos valores y norma que han hecho de la división sexual del trabajo uno de los nichos generadores de poderes masculinos y desigualdades genéricas. De tal suerte, se exponen las historias laborales de los sujetos investigados destacando el tiempo así como otros recursos invertidos en el trabajo doméstico. Se intenta seguir los itinerarios con el fin de ubicar el papel del trabajo público y remunerado en la identidad de estos hombres, los procesos de cambio que se dan de

¹⁰ Bajo este concepto de tríada de la violencia, Kaufman comprende todo acto violento como parte de un mismo fenómeno ligado al poder patriarcal, histórica y culturalmente detentado por los hombres. La triada abre la posibilidad leer la violencia contra las mujeres, aquella generada contra otros hombres y la autoinfringida a través de prácticas de excesos, abusos y riesgo, constitutivas de la violencia de los hombres (Kaufman, 1978).

manera estructural en el mercado laboral y las significaciones y representaciones que los sujetos atribuyen a los mismos. Otro indicador contemplado en el rubro laboral son las percepciones de éstos respecto a la presencia de mujeres en espacios tradicionalmente masculinos, ocupando incluso jerarquías superiores. Develar los mandatos que prescriben ciertas actividades para cada uno, de acuerdo con la condición y posibilidades de su clase originaria, los disensos respecto a dichas normas o bien, su acatamiento. Finalmente, determinar la importancia del trabajo doméstico en la vida de estos hombres, las formas para consensuar o determinar ciertos arreglos de la vida privada, así como la asignación de valores de género a las distintas actividades realizadas en el hogar.

El tercer inciso de este capítulo versa sobre la vida sexual de los protagonistas. Se muestra la información que reciben de niños y adolescentes en el hogar, la escuela o la calle, sobre el ingreso a una vida sexualmente activa y las implicaciones que conlleva, para su identidad y su lugar en el mundo, ejercer un tipo de orientación sexual, en ciertos casos, alejada de la norma heterosexual. Se intenta develar la posición de ellos frente al uso de anticonceptivos y de manera integral respecto a la salud sexual y reproductiva, sobre el entendido de estar pisando uno los núcleos de resistencia de los hombres más ilustradores de la inequidad y el rechazo a la pérdida de privilegios. Por último, se recogen sus percepciones respecto a temas controversiales como el aborto, la homosexualidad y el libre ejercicio sexual de las mujeres.

En la última sección se aborda el tema de las paternidades vistas a través de la experiencia de los protagonistas en una doble dimensión: la relación con sus padres y el ejercicio de su propia paternidad. Del primer momento se descubren las transformaciones que sufre el vínculo con las figuras paternas a lo largo de su vida, deteniéndose en la valoración que hacen de las enseñanzas y del legado. Respecto a su paternidad, se

reconstruye la historia desde el primer embarazo y se indaga sobre las conductas y los sentimientos despertados durante la gestación, la lactancia y las distintas fases de crianza de hijos e hijas. A través de las narraciones de estos varones se analiza el significado de ser padre en su vida y se recoge su percepción respecto al grado de apego y responsabilidad respecto a sus hijas e hijos. Al tener la recreación de esos dos momentos es factible establecer los continuos entre las particularidades ostentadas por los progenitores y las que son empleadas con sus propios hijos. En sentido opuesto, se procuró encontrar los puntos de quiebre, las razones y momentos por los cuales los sujetos se diferencian de sus padres para emprender vías propias y distintas de ejercer su paternidad. Finalmente, para los varones que por el momento o de forma definitiva no adquieren esa condición, la reconstrucción de su vida se centra en las causas detrás de esa decisión, la significación y las consecuencias que ello implica para su autopercepción y para el lugar que ocupan en la sociedad.

CAPÍTULO 1. HOMBRES MISÓGINOS, MITOPOÉTICOS Y PROFEMINISTAS. LOS DEBATES EN TORNO A LAS MASCULINIDADES.

En el presente capítulo se pretende reconstruir el estado del debate académico y político sobre las masculinidades con la intención de ubicar el contexto histórico y la tradición teórica de los hombres que protagonizan la presente investigación. Se trata de conocer las distintas corrientes que hoy problematizan los contenidos de la masculinidad con el propósito de comprender el contexto y las condiciones que permiten la existencia de hombres críticos de los paradigmas hegemónicos de la masculinidad. Derivado de ello, son discusiones con una segunda consecuencia central; el reconocimiento del hombre y los hombres como fenómenos y categorías cruzadas por el género. En tercer lugar, son discusiones que, ante todo, tiene un vínculo directo con expresiones organizadas y políticas cuyo abanico surca desde el reposicionamiento de visiones misóginas hasta aquellas declaradas abiertamente como pro feministas. Corrientes que hoy se disputan los significados y la orientación histórica de la masculinidad, surgidas y hechas realidad por la existencia del feminismo.

Así, en calidad de aliados o bien de enemigos, estas diversas tendencias son las respuestas organizadas de los hombres ante el desafío lanzado por la cultura feminista y por los cambios en las posibilidades de ser mujer, ampliados con celeridad durante la segunda mitad de siglo XX.

A través de estos discursos y de las prácticas políticas que ellos encierran se dará cuenta de varias líneas por donde cada una de las corrientes enuncian y problematizan las masculinidades. A lo largo del capítulo se expondrán los planteamientos centrales, centrándose en dos de las preocupaciones que comparten las distintas tendencias y que se

pueden ubicar como los puntos de quiebre detrás de sus propuestas: la paternidad y la violencia.

Cabe señalar que estas corrientes han emergido y tienen a sus principales teóricos y representantes en países de habla inglesa. De tal suerte gran parte de sus reflexiones se entienden en contextos específicos, en muchos sentidos distintos al nuestro. No obstante han representado piedras angulares para el nacimiento y el desarrollo de las discusiones en México y el resto de América Latina. De ahí su relevancia en esta tesis.

Todas estas expresiones colectivas denominadas aquí como corrientes refieren no a estancamientos perfectamente delimitados, es decir a grupos cohesionados que se pueden reconocer tanto por quienes los integran como desde fuera. La utilidad del término responde a la necesidad de comprender más allá de la autoasignación y autoidentificación, procesos colectivos cuya singularidad se encuentra asociada a su novedad, y reside en esa redefinición constante de los límites de las identidades, con dinámicas de estabilidad, conflicto y readaptación que cada una sufre al interno. Pese a esta movilidad es factible ubicar los límites que permiten diferenciar y hablar con precisión de las distintas corrientes. Una de las pistas inequívocas para su reconocimiento se encuentra en la relación que guardan con el feminismo y las feministas; de la enemistad declarada de algunos a las alianzas complicadas de otros. Así el feminismo marca un sello de identidad que veremos también con más detalle en el desarrollo de la exposición.

La exposición de las discusiones sobre la masculinidad inicia con: a) las propuestas colocadas en el disenso, campo donde se inscriben los sujetos de nuestra investigación, los hombres críticos de las masculinidades violentas. Hombres promotores de alternativas teóricas y prácticas en el marco de derechos y libertades, de respeto a la autonomía y a la individualidad de todos los hombres y todas las mujeres; b) la segunda tendencia

corresponde a la nueva misoginia. Hombres que de manera abierta codifican en clave de guerra las transformaciones de las identidades femeninas y el posicionamiento en el espacio público de los temas agendados por el feminismo y c) la tercera corriente se conforma de una síntesis peculiar de remanentes contraculturales y libertarios, de crítica a la omnipresencia de la razón y la recuperación de mitologías y misticismos. Se trata de la tendencia inaugurada por Robert Bly, cuya particularidad se desprende justamente de esa combinación de lenguajes y posiciones que hacen de ésta una corriente aparentemente situada dentro de los sectores alternativos y progresistas pero que sin embargo entraña fuertes contenidos conservadores y misóginos, los cuales han logrado un impacto social de dimensiones considerables.

CUADRO 1
PRINCIPALES CORREINTES DE LA MASCULINIDAD

NOMBRE O DENOMINACIÓN	Origen e influencias	Principales rasgos	Propuestas sobre paternidad	Propuestas sobre violencia	Límites
<i>Feministas o pro feministas</i>	Nacen en los espacios inaugurados por las feministas. Particularmente, en la academia la creación de la categoría significó un importante impulso para el estudio de los varones desde una perspectiva crítica.	Abreva de los aportes teóricos y metodológicos del feminismo así como de sus recursos y espacios políticos. Incorpora al poder como dimensión estructural de las relaciones inter e intra genéricas. Reconoce masculinidades hegemónicas y otras subalternas y subordinadas.	Analiza las formas dominantes de paternidad y cuestiona sus expresiones irresponsables y autoritarias. En el ámbito de las acciones promueve paternidades afectivas y participativas de la crianza y educación de hijas e hijos. En términos analíticos reconoce e investiga la experiencia paterna en tanto eje fundamental de la masculinidad así como un evento crítico de la vida de ciertos hombres.	Reconoce en la violencia un recurso asociado al poder y a las relaciones desiguales entre mujeres y hombres. La violencia es un constructo ligado al modelo de masculinidad hegemónico. La violencia masculina se expresa también como violencia contra otros hombres y contra uno mismo. La violencia vista como proceso multidimensional sustenta la tesis que observa en el poder masculino la existencia de contradicciones, costos y pérdidas generadas a la par de ganancias y privilegios. En esta tesis reside una clave para la promoción de cambios en el modelo masculino y la relación entre los géneros.	En términos académicos, los estudios de hombres no han logrado la consistencia o la amplitud registrada por los estudios feministas en torno a la condición de la mujer. En el ámbito de las acciones políticas tampoco ha obtenido el grado de incidencia y de reconocimiento de que goza el feminismo. En suma, no han construido una tradición académica reconocible desde fuera y desde adentro. En lo social tampoco han logrado constituirse como sujeto social. Sin embargo, dentro del debate de las masculinidades es la corriente que aporta los recursos teóricos, analíticos y metodológicos más acabados tanto para la comprensión de la condición genérica de los hombres como para desmontar algunos de sus rasgos nocivos.
<i>Misóginos</i>	Corrientes de diverso cuño conservador, algunos con una impronta religiosa de corte cristiano. Son corrientes reactivas al feminismo que nacen en el mundo anglosajón extendiéndose al resto a fuerza de reivindicar los derechos perdidos por los varones.	Las corrientes misóginas no son expresiones académicas, sino políticas. El tono de sus argumentos es por tanto el de la demanda y las reivindicaciones. Son una respuesta de los hombres ante lo que consideran el avance del feminismo y de las mujeres. Lejos de análisis teóricos o empíricos son respuestas viscerales y confrontativas de las mujeres y del discurso feminista	Especialmente significativa son sus demandas para restituir los derechos de paternidad arrebatados a los hombres. Parte de una lectura del sistema familiar y legal donde se da por superior el valor de la maternidad sobre el de la paternidad. Ello se evidencia a la hora de los divorcios y las separaciones. Para estos, el espacio privado continua bajo la égida y el control de las mujeres y ellas no lo comparten. Reivindican también el derecho a decidir sobre una paternidad que se impone a las hombres por muchas veces por las mujeres.	Sostienen la existencia de una cifra oculta de violencia padecida por los hombres a manos de las mujeres. Dicha violencia nunca se denuncia por la vergüenza que embarga a los hombres y por la insensibilidad de las instituciones. Otro argumento acusa a las mujeres de ser las principales agentes de la violencia psicológica y emocional que se vive en los hogares. Desde otra posición, existen voces que legitiman la violencia masculina y la comprenden como parte de los recursos naturales para subsistir y lograr el éxito.	Las corrientes misóginas son expresiones con poca legitimidad académica justo porque carecen de toda pretensión de incertarse en ese ámbito. Sin embargo han ganado presencia utilizando la bandera de los derechos, especialmente los relacionados con la paternidad. Con ellos han tenido notoriedad pública y han intervenido en discusiones que buscan garantizar la patria potestad de los varones.
<i>Mitopoéticos</i>	Esta corriente se sostiene de los aportes de Robert Bly, poeta estadounidense, quien figura como su líder carismático. Este incorpora la tesis jungiana del inconsciente colectivo y la premisa de que los hombres son producto de patrones inconscientes. En términos metodológicos reconocen en los mitos y los cuentos los recursos para develar estos registros.	La corriente mitopoética está compuesta de grupos de hombres que reivindican los lazos entre varones en experiencias grupales insertas más en lo cultural que lo político. Representa una reacción menos virulenta y misógina pero parten de una lectura sobre la condición masculina atravesada por una crisis vital que apunta veladamente hacia las mujeres. Es una concepción sincrética de elementos contraculturales, psicoanálisis jungiano y pensamiento metafísico new age que en términos editoriales y de creación de grupos ha tenido un éxito relativo.	Reconocen en la modernidad un período donde los lazos entre padres e hijos se han roto. En un mundo de hijos sin padres, la paternidad es reconstruida por la mirada materna, muchas veces rencorosa y crítica del padre. Los problemas de autoridad en el mundo nacen de la falta de este lazos entre padres e hijos. El valor de los padres y la paternidad en la cultura moderna se encuentra disminuida y eclipsada por la omnipresencia materna. Se necesita rescatar la presencia de los padres y de los viejos en la crianza y la vida de los varones. Parte de las dinámicas grupales propuestas por los mitopoéticos consiste en resarcir la centralidad de los viejos en la transmisión de saberes, creencias y valores. Reestablecen ciertos ritos de iniciación y de pactos entre viejos y jóvenes.	La esencia de la violencia es dual, existe una violencia destructiva pero también constituye una fuerza creadora. Al erradicar la violencia por considerarse como una energía necesariamente negativa, la sociedad moderna genera hombres débiles y pusilánimes. La violencia es un recurso indispensable para la salvaguardar los límites vitales de los hombres, sin ella son avasallados y convertidos en siervos de la producción, los gobiernos y las grandes corporaciones. Para los mitopoéticos es necesario reivindicar y ejercer el lado luminoso de la violencia. Las dinámicas de los grupos recogen ritos donde la figura del guerrero bueno, conquistador se recrea.	Como la anterior, esta corriente no tiene pretensiones académicas ni científicas. En lugar de conceptos y categoría utiliza las metáforas para divulgar una salida a la crisis de la masculinidad. Es una perspectiva autocomplaciente de los hombre poco analítica y carente de visos críticos. Sin embargo, Hombres de Hierro es el libro más exitoso en la historia editorial de trabajos que aborde la condición de los hombres.

1.1 Forjando masculinidades alternativas.

A mediados de los años setenta del siglo pasado, en el marco de unas de las fases de mayor visibilidad del movimiento feminista, surgen en diversos países de habla inglesa pequeños núcleos de hombres que, recuperando formas de acción inauguradas por las protagonistas de la segunda ola, comienzan a reflexionar y a experimentar cuestionamientos centrales al ordenamiento de género. Impugnaciones formuladas tanto por la crítica feminista como por aquellos que participaron en el llamado movimiento de liberación homosexual. Se trata de grupos informales de *concientización* donde se experimentan formas de apropiación del universo a través de procesos intelectuales, resignificados emotivamente, partiendo de la experiencia personal de cada uno de los participantes (Flood Michael, mimeo).

A todas luces estas experiencias involucraron a una notable minoría de hombres, colocados previamente en los senderos de la crítica cultural y política al orden establecido. La mayor parte de éstos provenían de la militancia en organizaciones de izquierda, participaron como Robert Connell¹ (Connell Robert, mimeo) en las acciones en contra de la guerra de Vietnam o tenían experiencia como activistas en las luchas por los derechos civiles de los años sesenta y setenta. Es decir, eran hombres con una historia acumulada en las artes de la disidencia, ello los convertía en sujetos capaces de desarrollar una sensibilidad específica para aprehender un tipo de dominio que paradójicamente y *a priori* los colocaba en el campo de los opresores.

Las motivaciones concretas que orillaron a dichos hombres a cuestionar en primera persona los privilegios ganados a costa de la exclusión, la violencia y el abuso de las mujeres han sido diversas. “Podría ser la indignación ante la desigualdad; podría resultar de la

influencia de un colega, un familiar o una amistad; podría deberse a su sentido de la injusticia a manos de otros hombres; podría ser por un sentido de la opresión compartida, por ejemplo a causa de su orientación sexual; podría ser por su sentido de culpabilidad por los privilegios que disfruta como hombre; podría ser por horror ante la violencia de los hombres, o bien por simple decencia” (Kaufman Michael, 1997: 75-76). Sean cuales fuesen las razones, estos hombres instituyeron núcleos de acción y reflexión partidarios de la causa feminista, fundando los primeros espacios que de manera prioritaria abordaron las problemáticas del hombre descolocado de esa dimensión absoluta y universal para ser leído, analizado y puesto en cuestión bajo el tamiz de sus especificidades de género.

Estos grupos, reconocidos como la rama pro-feminista dentro del debate sobre las masculinidades, inician como experiencias el acompañamiento de las mujeres en su proceso de emancipación. De esta manera, amigos, compañeros o hermanos de estas mujeres se involucran en la política del género rechazando la violencia, pronunciándose en contra de las formas naturalizadas de discriminación o reivindicando el derecho a una maternidad libre y voluntaria. Al hacer consciente la división genérica y las relaciones de poder que ahí se gestaban, se abrió la posibilidad de abordar por primera vez la condición de género de los hombres. Se inició entonces una autorreflexión que se valió de las herramientas conceptuales del feminismo y de la cual se desprendieron acciones que partieron por desentrañar las consecuencias de una vida en el seno patriarcal que entronizaba a los hombres y les dotaba de innumerables privilegios, relevando, al mismo tiempo, un componente del poder, siempre insinuado, pero abordado superficialmente, referido a los costos negativos implícitos en su ejercicio.

¹ Connell, sociólogo australiano, ha sido activista sindical, pacifista y promotor de la reforma social y educativa. Pionero de las investigaciones sobre hombres y género, su libro *Masculindades* (2003) ha sido traducido a cuatro idiomas,

Así, este puñado de hombres edificó un tipo de subjetividad al parecer imposible. La de individuos pertenecientes al colectivo históricamente favorecido por las prerrogativas instituidas patriarcalmente pero al mismo tiempo hombres que elaboraron una visión ética, política e intelectual objetora del tal ordenamiento. Solidarios de aquellas a las que la historia confinaba a soportar la estructura de privilegios, generando paulatinamente formas alternativas a la norma masculina, a la que comenzaron por reconocer su factura eminentemente social.

De igual manera, tal como algunos burgueses se aliaron a las luchas de los obreros o ciertos blancos participaron de las movilizaciones en contra de la segregación racial, estos hombres se descolocaron de la versión dominante que prescribió una forma única del ser hombre. En su lugar, se dieron a la tarea de pactar con las mujeres en una serie de compromisos que necesariamente cruzaban los ámbitos públicos como los privados. Ello significó, en primera instancia, rechazar la idea prevaleciente, tanto en hombres como en mujeres, respecto a la competencia exclusiva de aquellas en las cuestiones feministas. La realidad mostraba a hombres preocupados por el malestar descrito en femenino; más allá, hombres cuyas reflexiones centrales se articulaban a través de las claves decodificadoras del universo proporcionadas por el movimiento feminista.

En segundo lugar, la presencia de estos hombres contravenía una visión ciertamente esencialista, sostenida por algunas corrientes del feminismo, en el sentido de que ningún hombre podía convertirse en aliado de la causa de las mujeres. El poder y los privilegios constituían razones suficientes, según esta perspectiva, para que los hombres mantuviesen, por principio, un rechazo abierto a cualquier tentativa emancipatoria de las mujeres. Pese al valor heurístico de dicha afirmación que dio cuenta de una condición de hostilidad

generalizada en los hombres ante el avance de las mujeres, los llamados pro-feministas expresaron en sí mismos la posibilidad de masculinidades diversas. Si el feminismo había debilitado los cimientos de la expropiación humana por parte del hombre, este ser absoluto, singularizado por el discurso moderno, comenzó a desbordarse desde sus propias filias, una disidencia expresa se encargó de develar la multiplicidad de significados del ser hombre. En donde se mostraba, al mismo tiempo, que el cuerpo no condenaba al dominio despótico, ni tampoco hacía de todos violadores potenciales.

Si bien el feminismo descubrió en el poder un elemento estructurante de los hombres y las masculinidades, posibilitó, al mismo tiempo, comprenderlos en una diversidad de posiciones que exceden al poder mismo, visto en tanto categoría ontológica que homogeniza y fija a todos a un mismo lugar. El poder y los privilegios, lejos de repartirse por igual, tal como si fuesen bienes perfectamente delimitados, resulta de procesos generados en la cotidianidad de relaciones sociales. El ejercicio del poder, por lo tanto, es producto, además del género, de experiencias entrecruzadas con la edad, la clase social, la condición étnica y religiosa, entre otras. Ello, de acuerdo con Víctor Seidler, ayuda a abrir el terreno teórico para reconocer masculinidades diferentes, así como la diversidad de vínculos que los hombres pueden establecer con respecto a las formas dominantes de la masculinidad (Seidler Víctor, 2000: 165). De tal manera es factible comprender la existencia de hombres cuyas circunstancias específicas hacen de ellos seres básicamente desempoderados, o bien, víctimas del poder de otros, por tanto, individuos que han vivenciado el dominio, la marginación o la explotación en carne propia². Hombres que pueden hacer conscientes las inequidades fundantes de las relaciones intergenéricas, cuyo camino los lleva de la teoría a

la conformación de espacios de acción política donde se desmontan los fundamentos patriarcales.

Uno de los rasgos distintivos de la corriente llamada pro-feminista es la pertenencia de gran número de sus activistas al mundo académico e intelectual. Ello dota a las acciones que desde aquí se emprenden de cualidades específicas. En términos discursivos sobresalen de las otras aproximaciones, tanto mitopoéticas como aquellas de talante misógino, por la profundidad de sus propuestas, el manejo elaborado de herramientas de análisis, la preocupación por emprender investigaciones tanto cuantitativas como cualitativas, teóricas y empíricas. Estudios en los cuales se observa una intención por trascender el lenguaje meramente reactivo e inmediatista característico, por ejemplo, de la opción conservadora.

De tal suerte, sin perder una intencionalidad claramente política, la producción autorreflexiva ostenta una factura hecha a todas luces de recursos ilustrados. Las críticas a esta corriente apuntan justo en esa dirección. Partidarios de las otras ramas del movimiento masculino señalan a los feministas como grupos en extremo elitistas, presuntuosos de su convocatoria restringida a unos cuantos iniciados, poseedores de la verdad única respecto a la condición de los hombres, alcanzable sólo a través de las herramientas intelectuales que ellos poseen (www.menweb.org/throop/history/schocke.html). Estas objeciones cuya factura antiintelectual resulta evidente, reflejan, en cierta medida, las dimensiones e intenciones que permean el quehacer académico y político de los hombres feministas que, al igual que el de las mujeres del movimiento, sintetiza teoría y praxis.

En términos de su impacto social, lejos de alcanzar las dimensiones masivas de otros movimientos contemporáneos, son fenómenos colectivos que congregan a unos cuantos

² Resulta ilustrativo, por ejemplo, el porcentaje de hombres judíos haciendo teoría de las masculinidades alternativas. Ello pone en evidencia cómo experimentar ciertas condiciones de exclusión posibilita transitar, a través de otras mediaciones, a

individuos, localizables en ciertos espacios artísticos, intelectuales y académicos, principalmente. A pesar de lo reducido de su incidencia en términos de convocatoria, tanto en el campo de la producción de conocimientos como en el de la acción política, se ha registrado una presencia constante y ascendente de hombres preocupados por generar saberes e incidir en la política de género desde una perspectiva democrática e igualitaria. Las universidades han atestiguado el nacimiento y paulatino desarrollo de estudios que parten del reconocimiento de los hombres atravesados por su dimensión genérica en materia de organización social, grupos que, logrando trascender las tendencias fragmentarias, han alcanzado institucionalizar espacios, profesionalizando su intervención social y activismo político.

Las experiencias de hombres pro-feministas se multiplicaron. Más allá de sus territorios originarios, comenzaron a filtrarse a naciones no anglosajonas, generando pautas similares de crecimiento. Así, al igual que sus pares norteamericanos o ingleses, éstos emprendieron la conquista de espacios universitarios y paralelamente se fueron haciendo de lugares propios dentro del espectro de la sociedad civil. Minoritarios y marginales, aparecieron en Latinoamérica y hacia principios de los noventa consolidaron en nuestro país proyectos organizativos como la fundación del Colectivo de Hombres por Relaciones Igualitarias, A.C. (CORIAC) y la producción sistematizada de estudios dentro del paradigma crítico de las masculinidades (Cazés Daniel, 2001-2002: 114).

Antes de proceder a revisar algunas de las propuestas elaboradas desde esta corriente, es importante hacer las siguientes precisiones de orden teórico-metodológico. En primer lugar, parece pertinente resaltar que la corriente crítica de las masculinidades o tendencia pro-feministas, refiere en realidad a una pluralidad de individuos, grupos y

una posición de empatía y solidaridad con las mujeres.

expresiones, cuya consistencia e identidad lejos de presentarse acabada, un campo homogéneo perfectamente delimitado, constituye una red flexible y plural, acotada en términos numéricos, pero desbordada por matices en concepciones y prácticas de las cuales suelen devenir tensiones y rupturas. Asimismo, las fronteras que separan ésta de otras expresiones en las que se debaten las masculinidades presentan contaminaciones (Kaufman Michael, 1997:79).

Las aproximaciones recogidas en el presente capítulo son aquellas que resultan más sugerentes para abordar el tema del poder y la violencia, aspectos centrales en las reflexiones y propuestas de esta perspectiva.

Un segundo aspecto vinculado a la diversidad de los procesos colectivos e individuales de género es el que da cuenta de su complejidad identitaria, comprensible a través de una perspectiva develadora de su *sincretismo*³ fundante. Comprender la factura caleidoscópica y cambiante de los fenómenos que atañen a la subjetividad e identidad, en este caso, la de los hombres inscritos al paradigma, permite trascender concepciones que, fijando estereotipos, presumieron procesos acabados y puros, exentos de toda contradicción y por supuesto de cualquier conflicto. Por el contrario, el sincretismo abre las puertas para el reconocimiento de la multiplicidad de hilos que se entrecruzan para edificar el ser y hacer de estos hombres, visto siempre como un movimiento de aproximaciones sucesivas e interminables.

Hablamos de procesos vitales que tienen como protagonistas a individuos modernos, formados e informados dentro del cauce infinito de mensajes estructurantes de los afectos, la

³ El sincretismo de género es un aporte al debate feminista acuñado por Marcela Lagarde, con esta categoría se devela el conflicto presente en la conformación identitaria de todas las mujeres contemporáneas, entre una ética de la *entrega* y una de la *mismidad*. Entre ser *seres para los otros* y *seres para sí mismas*. (Lagarde Marcela, *Autoestima de las mujeres* (2001) y (2001-2002)).

intelectualidad, los valores éticos, estéticos y políticos. Un fluido caracterizado por la discontinuidad, fragmentación y diferenciación de códigos provenientes de las más diversas tradiciones, modas, escuelas e ideologías que, sin importar su origen, guardan singulares formas de síntesis, siempre inestable. Ello hace de las identidades individuales y colectivas de la modernidad, unas que se debaten en disyuntivas, presentan incongruencias y muestran niveles de eclecticismo, susceptibles de interpretarse en términos de anomias o patologías cuando se deja de incorporar la clave sincrética.

En tanto seres modernos, los hombres pertenecientes a esta corriente comparten con sus contemporáneos una tradición androcéntrica que capitalizan en momentos y en espacios particulares. Residual, sedimentado, más aún, pasado por el tamiz crítico, la centralidad de la masculinidad y el mantenimiento de privilegios constituyen inercias persistentes en la identidad de aquellos que impulsan nuevos pactos con las mujeres. Descolocarse de la herencia patriarcal constituye un proceso contradictorio, cuyas resoluciones adoptan, en ocasiones, formas y estilos diversos por lo general precarios, de manera que, los hombres igualitarios son susceptibles de asumir posiciones tradicionales y aprovechar para su beneficio personal la autoridad y los poderes derivados de su condición gérica.

Lo anterior no pretende generalizar a rajatabla una situación ni mucho menos prescribir la imposibilidad de las rupturas. Ante todo persigue comprender las transformaciones en las identidades en su complejidad, asumiendo como parte del proceso la continuidad de la tradición. Sobre todo, cuando esa tradición está ligada a conservar un lugar en el orden jerárquico de poderes y privilegios. Más allá del juicio ético,⁴ asumir la escisión

⁴ Dentro del feminismo militante y académico existe una crítica a la preponderancia otorgada a los hombres y las masculinidades dentro del campo del género. Se habla incluso de un reempoderamiento de los hombres dentro un espacio conquistado por las mujeres. Financiamientos, autoridad e interlocución resultan los recursos que los hombres vienen reapropiándose a costa de los proyectos impulsados por las feministas. En la última década las políticas de las agencias

sincrética de los hombres permite comprender, en otro contexto, las actuaciones masculinas en el campo de la política sexual sospechosas de sofisticar las formas de poder patriarcal y, por ende, de reempoderar a los hombres.

No obstante la persistencia de la cultura androcéntrica, estos hombres a la par que incorporan saberes y valores supremacistas de género, se alimentan de otros acuñados igualmente en la tradición ilustrada que, resignificados, permiten desentrañar la desigualdad constitutiva de las relaciones entre los géneros.

El sincretismo específico de las identidades pro-feministas podría definirse entonces como una escisión entre el *centro* y las *orillas*. Permanecer como el *ser* o ser *uno más* entre las otras y los otros. Es un debate escenificado en varios niveles, tiene su correlato tanto en la producción intelectual como en la acción política, en la psique de los individuos y en sus recursos afectivos. Oscilar entre el poder y los privilegios *naturalmente* dados a los hombres y a contracorriente, pronunciarse por la socialización con las mujeres de los derechos, las libertades y los poderes, constituye el núcleo de esta escisión posmoderna, cuyas formas de resolución son tan variadas y diversas como hombres militando en las aguas del feminismo.

Una última precisión de contenido alude al subtexto heterosexual de los discursos inscritos dentro de esta corriente. Si bien una de las líneas que, en distintas partes del mundo, han definido los contenidos políticos de estos grupos es la lucha contra la homofobia, las preocupaciones sobre las que se edifica la agenda, los proyectos sociales, así como en general las guías de la producción académica guardan una serie de implícitos, cuya dirección apunta a necesidades vitales de hombres relacionados afectiva y eróticamente con mujeres.

financiadoras y de los organismos multinacionales han subrayado la necesidad de incluir a los hombres dentro de la perspectiva de género. En la práctica, ello ha significado un desplazamiento de los apoyos a favor de aquello concerniente a las masculinidades, reduciéndose, en consecuencia, los destinados hacia las mujeres. Autores como Daniel Cazés

Las paternidades y la violencia, dos temas clásicos de la acción y reflexión de estos grupos, son al mismo tiempo indicativos de los factores desencadenantes de la acción social que, situados en el terreno de los afectos, prefiguraron al sujeto fundamental de su interlocución. Se trata de hombres básicamente heterosexuales intentando redefinir los contenidos de la paternidad u hombres heterosexuales enviados a resolver su violencia, aquella cuyas destinatarias son las mujeres de su entorno.

En ese sentido, existe una línea de origen, escasamente tematizada sobre los ejes que estructuran la agenda de los llamados hombres pro-feministas, hecha de preocupaciones de individuos predominantemente heterosexuales. Ello, sin embargo, no ha significado una posición antagonizante y excluyente de las otras opciones sexuales y afectivas. Existen de hecho experiencias de proximidad entre los destacamentos del movimiento gay y grupos pro-feminista, quienes suelen confluír en proyectos comunes, expresarse políticamente dentro de un campo de orientación compartida y plantear en el terreno de la producción intelectual su mutuo reconocimiento en tanto posibilidades diversas del ser hombre. A pesar de las coincidencias y de la identificación en tanto expresiones de un mismo campo de acción política, los grupos de la diversidad sexual y aquellos de las masculinidades críticas guardan sus propias especificidades que los hacen distinguibles los unos de los otros.⁵

1.1.1. La teoría de género y los hombres: algunas premisas.

Dentro del presente apartado se retoman algunos de los fundamentos de la teoría de género

reflexionan al respecto y prescriben como parte de la metodología de los estudios de género una dimensión ética que haga consciente esta afectación y la evite como parte de una auténtica solidaridad intergenerérica (Cazés Daniel, 1998).

mediante los cuales teóricos y teóricas inscritos dentro de este paradigma establecen aproximaciones a los significados de las masculinidades, instituyendo paralelamente los fundamentos para edificar disidencias y alternativas forjadas por los mismos varones. En consecuencia, se da prioridad a los aportes hechos por ellos sin negar las contribuciones realizadas por las teóricas del género. Los objetivos de la tesis apuntan a conocer la perspectiva masculina, las resignificaciones de los hombres dentro de este campo teórico-político

Un primer elemento a destacar refiere a la dimensión constructiva de los hombres y las masculinidades. Como se advirtió con las mujeres y lo femenino, estas condiciones más que referir a un plano ontológico, a una supuesta esencia del hombre o de la mujer, enfatizan su factura social. La masculinidad, se insiste, excede al componente biológico en el que se supone su fundamento. Más allá de los genes, la virilidad resulta de montajes sobrepuestos a la diferencia anatómica. Ya sea feo, fuerte y formal o bien poseedor de la razón y proveedor de bienes, las características que definen al hombre, lejos de inherentes, resultan metáforas relativas a convenciones sociales, históricamente desarrolladas.

Pensar al hombre más allá de un fundamento último significa el primer peldaño en la perspectiva crítica de las masculinidades. Una vez colocados dentro de los flujos sociales, autores como Josep-Vicent Marqués (1997) ubicaron las operaciones básicas productoras de estos seres. La primera de ellas consiste en su singularización. Es decir, en reducir las diferencias potenciales de los individuos para unificarlos dentro de un modelo único de sujeto, representante absoluto de todos y cada uno de los hombres. De tal suerte es posible definir al varón con ciertos atributos, proceso cuya eficacia consistió en sedimentar esos

⁵ Como se describe en el capítulo 2, en México durante el año 2000 se llevó a cabo un encuentro de hombres que trabajan con otros hombres, en donde grupos feministas, de lucha contra el SIDA y homosexuales confluyeron en una experiencia

rasgos creados para transformarlos en sentido común, apareciendo incuestionados y vistos intrínsecos al hombre verdadero: el hombre universal. Un segundo momento es aquel donde las diferencias entre hombres y mujeres se convierten en verdaderas antinomias. Crear al hombre pasa por intensificar y profundizar los contrastes entre los géneros, hasta hacer de ellos una ecuación binaria, de pares mutuamente excluyentes. Ser hombre significa radicalmente no ser mujer (Marqués Josep-Vicent, 1997: 18). El patriarcado descansa en este doble movimiento, mediante el cual, de manera por demás artificiosa, se exaltan las similitudes entre individuos del mismo sexo, invisibilizándose sus diferencias. De forma inversa, se abren los abismos que separan a los unos de las otras, creando la sensación vivida de constituir continentes ajenos, separados por una barrera biológica impenetrable, sobre la cual es difícil tender puentes de entendimiento, solidaridad y complementariedad.

A través del prisma del género, el hombre visto como categoría ontológica se agota. Hablar del hombre en tanto entidad universal y absoluta se torna cada vez menos posible. Los hay gordos, rubios, católicos e ilustrados; musulmanes, proletarios y burgueses; artistas, adolescentes, rusos y afganos. El hombre así nombrado resultó una invención que negaba las posiciones infinitas de los individuos a lo ancho del mundo y a lo largo del tiempo. Aún dentro de una misma sociedad y en un mismo periodo se revelaron múltiples situaciones que forjan formas de vida, subjetividades e identidades particulares y diferenciadas. El hombre no existe, lo que hay entonces son hombres, de la misma manera que lo realmente existente son las mujeres y no *la* mujer.

No obstante la arbitrariedad de las concepciones *esencialistas*, la universalidad del hombre guarda un estatuto de verdad, no *a priori* sino *a posteriori*. Aquel proceso de homogeneización de las diferencias por el cual emerge un sujeto singularizado es la

que para ese entonces resultó inédita en nuestro país.

conclusión de cierto arreglo humano, facturado en prácticas sociales de poder. Ahí se configura un modelo de masculinidad que, ocultando su procedencia, se transforma en *ethos*. Este proceso de hombre en tanto *unicidad*, en tanto paradigma dotado de fuerza prescriptiva, vinculó la masculinidad con una de las categorías clásicas de las corrientes socialistas, gramsciana por excelencia: *la hegemonía*.

De acuerdo con Robert Connell, la masculinidad hegemónica se define “como la configuración de práctica genérica que encarna la respuesta corrientemente aceptada al problema de la legitimidad del patriarcado, la que garantiza (o se toma para garantizar) la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres” (Connell Robert, 1997: 39). Esta forma hegemónica se transforma a lo largo del tiempo y puede variar de acuerdo al lugar. Constituye además un arreglo de poder cuyo dominio nunca es pleno, es susceptible de ser disputado, de encontrar en el camino resistencias que a la larga trastocan y subviertan su disposición.

En ese sentido, el hombre universal resulta una invención real, existente como expresión de poderes hegemónicos asentados en la fuerza y el consenso. Producto de luchas celebradas en lo micro y en lo macro, en los espacios tanto públicos como privados, en la cotidianidad imperceptible de las relaciones cuerpo a cuerpo y en los momentos cruciales de la historia universal. El paradigma hegemónico del hombre se genera en un entrelazar de fuerzas de larga duración que han terminado por naturalizar valores y normas en cuyas bases se ha definido al hombre *verdadero*.

El asentamiento de esa cualidad verdadera del hombre universal se edifica en la capacidad de alzarse como fuerza vinculante, de convertirse en ideal regulativo cuyos imperativos se transforman en prescripciones generalizadas hacia todos los hombres. De tal suerte, en distintos grados, cada uno de los varones ha introyectado dichos principios y

normas como las guías de un comportamiento que se presume exclusivo de hombres.

En ese sentido, el sexo resulta insuficiente como fundamento de la virilidad, ser hombre precisa de demostraciones permanentes con miras a lograr la aceptación de los otros. Son los otros quienes legitiman la pertenencia de cualquier individuo a tan selecto grupo, así tenemos que la identidad masculina más que en sí misma o para sí misma es una identidad que se produce para los otros varones. Dirá Celia Amorós, la virilidad es una *tensión referencial* hacia los otros varones, por la cual la percepción de ser hombre cruza necesariamente por reconocerse en los otros pero sobretodo en ser reconocido por los otros. Ser como ellos, ser como se dice que son ellos (Amorós Celia, 1990: 40-41).

Uno de los movimientos precursores de la masculinidad precisado más arriba como la intensificación de las diferencias entre hombres y mujeres, tiene en la interpretación del psicoanálisis feminista aportes importantes para comprender este proceso. De acuerdo con Mabel Burín e Irene Meler, las madres por condición histórica se han desempeñado como el progenitor encargado de la manutención y cuidado de los infantes. La intimidad de ésta con sus hijos provoca una construcción psíquica temprana tanto de niños como de niñas de cercanía extrema, reconocida como identidad *protofemenina*. Es decir, una identificación infantil con la figura nutricia y protectora. Para los niños la conformación de su subjetividad sexuada precisa romper este vínculo primario, oponerse a la madre y reconocerse en el *falo* paterno (Burín Mabel e Irene Meler, 2000).

Esta primera ruptura preconiza un constante desmarque que acompañará toda su vida al grueso de los varones. Esta auto identificación a partir de acentuar las diferencias intergenéricas se agudiza en los momentos de crisis individuales y colectivas por los que atraviesan los hombres. El auto reconocimiento montado en ese saberse no mujer se hace evidente en periodos como la adolescencia cuando se exagera, a través de conductas e

ideologías, la pertenencia al grupo de varones por oposición al de las mujeres. Así, las muestras de hombría se acompañan por lo regular de otras demostraciones donde se cosifica y devalora a las mujeres junto con otros hombres a los cuales se feminiza.

Del menosprecio hacia las mujeres y lo femenino, explícito o bien normalizado, se constituye la base de lo pactado en esos *acuerdos serializados* de los que habla Celia Amorós por donde se edifican las masculinidades (Amorós Celia, 1990). Si la ruptura con la madre significó el quiebre originario, el desmarque continuo con respecto de las mujeres será uno de los mandatos requeridos para todos los hombres que se aprecien de serlo. No actuar como actúan las mujeres, no hacer, decir o sentir como ellas resultan los imperativos sustanciales que desde pequeños constriñen las posibilidades de acción de los varones. No obstante, en un mundo jerarquizado de acuerdo a las diferencias de género, el cumplimiento cabal de dichas restricciones tiene su recompensa en la membresía al grupo detentor de los poderes y los privilegios.

1.1.2. Poderes y masculinidades

Dentro del paradigma crítico de las masculinidades, el poder resulta una variable ligada a la reflexión, vital para estructurar la subjetividad de los varones, para la articulación de las relaciones dentro del colectivo masculino y para establecer el tipo de vínculos que éstos mantienen con las mujeres.

En efecto, hablar de hegemonía, de patriarcado, así como de violencia, relevaron necesariamente al poder como una dimensión constitutiva de estos procesos, un componente que transforma las diferencias de género en desigualdades. Edifica y reproduce un sistema de jerarquías dispuesto para eternizar un tipo de relaciones que encumbra a los varones y coloca en lo prescindible a las mujeres. En este apartado se presentan las

reflexiones que desde el feminismo, específicamente desde el feminismo protagonizado por los hombres, referirán al poder en tanto estructurante de las masculinidades. Es decir, como forjador de las identidades y subjetividades de los varones y como fundamento de las relaciones intragenéricas, así como del origen de la violencia.

El poder, no obstante, de una u otra manera se encuentra tematizado dentro de las distintas corrientes que conforman la exploración de las masculinidades hoy en día. En clave conservadora éste aparece vinculado a la crisis. Desde dicha perspectiva, los hombres viven una pérdida real de atribuciones, prerrogativas y derechos ante el avance de las mujeres en los distintos campos de la vida social, especialmente por su irrupción en los ámbitos políticos. Es un desequilibrio en el arreglo histórico intergenérico percibido como amenaza al orden natural de los sexos.

De acuerdo con Coltrane, la línea que divide a los estudiosos y activistas cercanos al feminismo de aquellos que hacen énfasis en las penurias de los hombres, la incomprensión de las mujeres o los costos significados en los estereotipos masculinos, ha sido la atención que los primeros prestan al poder de los hombres sobre las mujeres (Coltrane Scott, 1998). Es decir, parten de un esquema de interpretación en donde lejos de definir la masculinidad como si se tratase de un objeto, insertan sus reflexiones en una óptica que pondera los procesos y relaciones mediante los cuales hombres y mujeres construyen sus vínculos dentro de un sistema de géneros. Resulta entonces una opción que trasciende los ejercicios meramente autorreferenciales, ese narcisismo que acompaña la obra y las acciones de los hombres mitopoéticos y de toda la gama conservadora de las masculinidades. Visiones centradas en la pena, el dolor, los problemas y las angustias del hombre contemporáneo, en consecuencia prácticas sociales imbuidas de autocomplacencia, victimización y revanchismo.

Las nociones de poder aquí forjadas se relevaron dentro del marco de las relaciones

intergenéricas así como intragenéricas. Ello permitió desprenderse de visiones centradas en los propios varones para comenzar a desarrollar otras enmarcadas en el reconocimiento de su responsabilidad en la comisión de injusticias, opresiones, exclusión y explotación de otros hombres y sobre todo de las mujeres en su conjunto.

La particularidad en torno a las concepciones del poder resulta del proceso de diferenciación de las otras corrientes de las masculinidades pero al mismo tiempo enfatizan aspectos no ponderados por las feministas, referidos a los efectos perjudiciales y dañinos que su ejercicio conlleva en los hombres. Dicha particularidad torna la experiencia del poder en un ejercicio contradictorio: a la par de garantizar privilegios, resulta una carga onerosa y opresiva padecida por los hombres. Develar estos claro-oscuros permite dibujar una opción propia, una vía que intenta despojarse de la victimización narcisista de los grupos conservadores pero también de la culpabilización desprendida de ciertas lecturas respecto al poder y los hombres promovida por ciertas tendencias del feminismo (Seidler Víctor, 2000: 153-164).

Esta opción en ciernes implicó rechazar las ideas que fijaron a todos los hombres dentro de una posición única en la jerarquía de poderes. Un intento por comprender, de forma más compleja, los múltiples niveles de la relación de los hombres con el poder. Aunado a ello existe una intención política, relacionada con la socialización de la agenda feminista: trascender las resistencias y la hostilidad que en muchos hombres despierta la idea de democratizar las relaciones de género. Parece que ponderar únicamente los privilegios del poder y hacer llamados a su renuncia voluntaria están destinados al fracaso. De igual manera, el uso del dedo acusador, remarcando la deuda histórica de los hombres, hecha de violencia y opresión, cancela toda posibilidad de explorar y desarrollar alternativas críticas y positivas de hombres partidarios de la justicia, la equidad y los derechos para todas

y todos. Por el contrario, la culpabilización a la par que paraliza opciones democráticas, alimenta los resentimientos y la hostilidad en contra de las mujeres y su proceso de emancipación.

En esta línea, autores como Michael Kaufman exploran en torno al poder visto como *experiencias contradictorias* para los hombres, en un intento por hacer visible y convencer de la nocividad que el patriarcado entraña también para el grueso de los varones. “Existe en la vida de los hombres una extraña combinación de poder y privilegios, dolor y carencia de poder. Por el hecho de ser hombres, gozan de poder social y de muchos privilegios, pero la manera como hemos armado ese mundo de poder causa dolor, aislamiento y alienación tanto a las mujeres como a los hombres. Esto no significa equiparar el dolor de los hombres con las formas sistemáticas de opresión de las mujeres, solamente quiere decir que el poder de los hombres en el mundo –cuando estamos descansando en la casa o caminando por las calles, dedicados al trabajo o marchando a través de la historia– tiene un costo para nosotros. Esta combinación de poder y dolor es la historia secreta de la vida de los hombres, la experiencia contradictoria del poder entre ellos” (Kaufman Michael, 1997: 63-64).

El mismo Kaufman destaca la necesidad de comprender en plural la noción de *experiencias contradictorias de poder* para dar cabida a las interacciones acontecidas entre clase social, orientación sexual, edad, etnia y otras condiciones y situaciones de vida, a través de las cuales, el proceso de adquisición de género entre los varones resulta de gran complejidad. Proceso cuyas especificidades varían de acuerdo a diversos factores, desde aquellos más generales como el tiempo histórico o la nacionalidad, a los más específicos, relativos a las circunstancias individuales de cada hombre. Ello supone que los varones no son iguales entre sí, por el contrario existen fuertes diferencias. Las diferencias se encuentran permeadas de poderes diferenciados, tornándolas en desigualdades. De aquí se

desprende una reinterpretación del patriarcado como un sistema de poderes que al igual que estructura la relación de los hombres sobre las mujeres, articula los vínculos entre los mismos varones. El patriarcado descansa, de igual forma, en la jerarquización de los distintos grupos e individuos de acuerdo con las configuraciones resultantes entre el género y otras dimensiones de la vida ya mencionadas.

De tal suerte, la definición hegemónica de virilidad concebida por Kimmel de “un hombre *en* el poder, un hombre *con* poder y un hombre *de* poder” (Kimmel Michael, 1997: 51), consiste en un horizonte distante de las posibilidades reales de la mayor parte de los hombres. El carácter excluyente de dicho modelo más que una contingencia, representa su propia fundamentación. Dentro de un sistema jerarquizado, la existencia de hombres *verdaderos* está dada por la simultaneidad de una mayoría de varones sobre los cuales se ostenta poder, sobre quienes se ejerce control y dominio. En ese sentido, al mismo tiempo que el patriarcado hace de todos un colectivo de semejanzas en función de la diferencia avivada respecto de las mujeres, se sustenta en un modelo de virilidad prácticamente inexistente. Es la invención de un prototipo de hombre hecho de ideología pero contenido en la exclusión de aquellos que por una u otra razón resultan remedos de hombre. Formas devaloradas ya sea por su condición de minoría religiosa, étnica, por tener una preferencia sexual *anormal* o por su pertenencia al ejército de mano de obra barata, cada vez más prescindible.

En la medida que los contenidos fundantes del paradigma hegemónico son propiedad de unos cuantos, para el resto la masculinidad se convierte en una prueba de toda la vida. Deberes en los cuales se implican riesgos para la salud, la estabilidad emocional y la vida misma. Ellos se asumen inevitablemente necesarios en ese afán de los hombres por constatar frente a los demás y ante sí mismo su condición verdadera de hombres. En las

guerras o en cualquier riña callejera, los imperativos patriarcales para los varones juegan un papel central en el paso que dan para liarse a golpes o empuñar un arma en cualquiera de las conflagraciones habidas y por haber (Kaufman Michael, 1998). Decir que las prescripciones pueden ser dañinas para la salud, o bien atentar contra la vida de los hombres suena a exageración; cuando se dimensiona en contextos extremos como los descritos anteriormente cobra una significación distinta. Pero aún en situaciones de la vida cotidiana, ajenas a las implicadas necesariamente de violencia, el poder conlleva una buena dosis de costos en formas varias, tanto para aquellos prácticamente desempoderados como para quienes lo ejercen con plenitud.

Una de las líneas en esta lógica de los costos, fuertemente explotada tanto por autores adscritos a las corrientes pro-feministas como por los hombres mitopoéticos, apunta a las dicotomías razón/sentimiento, fuerza/emociones, control/debilidad, naturaleza/sociedad. El orden de género patriarcal como bien se ha argumentado por el feminismo y tal como lo apunta Pierre Bourdieu, corresponde a esta lógica de significación del mundo articulada mediante ecuaciones binarias, a través de las cuales el universo tiene justificación y esa cualidad de parecer eterna e inamovible (Bourdieu Pierre, 2000).

En este mundo de opciones duales y excluyentes, Víctor Seidler encontró en la raíz de la modernidad una de esas operaciones por las cuales a la razón ilustrada, apreciada como el *sine qua non* de humanidad, se opuso el concepto de naturaleza, en un momento en el cual ésta quedó reducida a materias primas dispuestas para la explotación y conquista del hombre. Estos planos a su vez fueron subjetivados a través de los géneros, los hombres corporizaron la razón, mientras las mujeres quedaron irremediabilmente ligadas a ser naturaleza. En este montaje quedó clara la superioridad de un aspecto sobre el otro: las segundas, excluidas del ámbito de la razón, adquirieron un estatuto de segunda frente a los

únicos poseedores del pensamiento ilustrado. De tal suerte, puesta en cuestión su calidad humana, las mujeres pasaron a formar parte integral del paisaje doméstico de la sexualidad y las emociones (Seidler Víctor, 2000: 15-18). Mientras, los sujetos de la razón debieron protagonizar las partes trascendentes de la vida social y detentar el control de quienes les rodeaban. A cambio, el pacto requirió suprimir sentimientos, cancelar emociones y renunciar a otras posibilidades de estar en el mundo vinculados “al placer de cuidar a los otros, la empatía y la compasión, experimentadas como inconsistentes con el poder masculino” (Kaufman Michael, 1997: 70).

Así, las sociedades patriarcales terminan por constituirse en lugares hostiles para cualquier hombre que exprese temor o inseguridad, el territorio donde las demostraciones de cariño resultan experiencias tortuosas, especialmente cuando están dirigidas a otros hombres. Para los varones el dolor debe esconderse en lo más recóndito de la psique, los temores censurarse o tener expresión mediante recursos afectivos acorde a la masculinidad, tales como la agresión o la violencia. De lo contrario, cualquier varón puede ser cuestionado en su hombría, quedar desnudado y evidenciado en su insuficiencia como digno ejemplar del macho de la especie. En suma, convertirse en un hombre roto, incompleto y pusilánime. La masculinidad constituye una prueba constantemente, ello a la vez es fuente de ansiedad y frustraciones, de un trabajo de custodia que precisa grandes inversiones de tiempo y energías.

Las emociones en general pero sobre todo aquellas *feminizadas*, recorren diversos caminos para manifestarse. El más recurrente, depositar en las mujeres el trabajo implicado, por ejemplo, en el cuidado, la nutrición o la atención de las necesidades vitales o simbólicas de los hombres. Esto, a la vez que ha significado una de las atribuciones naturales de las mujeres, ha sido clave para fijar la dependencia casi infantil que los hombres mantienen, en

este terreno, frente a sus esposas, madres, secretarias, maestras o hijas.

Otro de los senderos sobre los que transcurren las emociones negadas tienen destinos más oscuros. La violencia aparece como uno de los catalizadores por excelencia de los temores y debilidades masculinas que terminan filtrándose en contra de aquellas y aquellos que los hacen visibles: la quema de brujas o la hostilidad soterrada y abierta en contra de esos hombres *incompletos* por judíos, indios u homosexuales se inscribe, de acuerdo con diversos autores pro-feministas, en esta enajenación masculina de sus sentimientos y emociones.

Otro de los aspectos nocivos del poder patriarcal que los críticos de las masculinidades hegemónicas incorporan al debate refiere a los vínculos *homosociales* por donde se forja, en un juego de reconocimientos mutuos, la virilidad. Marqués, entre otros autores, ha puntualizado dentro del sistema patriarcal, la necesidad vital para los varones de entrar en contacto, de pertenecer y ser aceptado en los circuitos en los que sólo sus pares, aquellos que se ostentan similares a él, pueden reconocer su estatuto de género. Los mensajes se introyectan y resulta natural que se busque a otros hombres para realizar las actividades fundamentales de la vida: trabajar, debatir, las juergas, el juego, la política y el tráfico de mujeres (Marqués Josep-Vicent, 1997).

Las tensiones, latentes o abiertas, originadas en la *homosocialidad* patriarcal pueden desprenderse con facilidad. Por un lado, dentro de un sistema promotor de la primacía de lo masculino, recreador de las epopeyas de la virilidad y en donde se naturaliza el deseo de estar en compañía de los otros, el fantasma de la homosexualidad aparece constriñendo los vínculos entre varones. Así podrán existir complicidades de todo tipo, lealtades, estimación, respeto, aun veneración, pero las muestras cálidas de los afectos encienden las alarmas de la censura y la proscripción. Si la homosociabilidad resulta una práctica sancionada

positivamente con todas las normas, la homosexualidad se condena con la misma vehemencia. Esto provoca que los vínculos entre los hombres tiendan a mostrar una pobreza en términos afectivos y de sentimientos permitidos, los cuales por lo general, nunca se explicitan, ni forman parte de los asuntos que éstos tematizan pública o privadamente. Los hombres, dice Kaufman, “pueden tener pandillas, compinches, compañeros y amigos, pero rara vez alcanzan la confianza total y la intimidad disfrutadas por las mujeres” (Kaufman Michael, 1997: 73).

Vinculado a la fobia homosexual, pero sobre todo a las dinámicas de competencia, aprobación e inestabilidad de los *pactos patriarcales*⁶ (Amorós Celia, 1990), las organizaciones sociales masculinas conllevan una dosis de terror y de hostilidad dirigida contra las mujeres y contra otros hombres. Por lo que respecta a los vínculos entre los hombres, los pactos obligan a todos y esta obligación se edifica en una serie de pruebas vigiladas y sancionadas por el resto del colectivo para verificar la hombría y la virilidad. Así, los pactos se construyen de la lealtad pero se sustentan en la sospecha y el castigo. Ello significa que cada hombre será objeto del escrutinio de sus amigos, hermanos, vecinos y compañeros, a su vez, él mismo será vigilante, policía y juez de los otros y de sí mismo. Como apuntó Celia Amorós, las tensiones en los grupos *serializados* pueden aumentar y las hostilidades aflorar descarnadamente en los periodos de crisis, cuando las amenazas externas se perciben altamente riesgosas para la sobrevivencia del grupo. Son los tiempos

⁶ De acuerdo con Celia Amorós, el patriarcado consiste en una articulación hecha de pactos fluidos e inestables. En la medida que dista de ostentar una unidad ontológicamente dada y de su imposibilidad de absolutizar plenamente su dominio, se encuentra atravesado por una tensión sintética cuya intensidad varía de acuerdo a la situación de los pactos. Existen unos serializados cuya tensión es menor, casi imperceptible, aquí la violencia se manifiesta como exclusión y misoginia esta de ser específicamente represiva. No obstante, existen momentos históricos de crisis, cambio revolucionario o disputa generacional en donde los integrantes del pacto perciben en el contexto una situación amenazante para la sobrevivencia misma del grupo. Los llamados a la cohesión interna, a refrendar lealtades y a cerrar filas transforman los pactos en grupos juramentados, constituidos de un tenso equilibrio entre lealtad y terror. Si bien, dice la autora, son casos excepcionales

de la quema de brujas y del feminicidio, cuando la homofobia pasa de la condena moral a la ejecución física. Pero al interno de los grupos juramentados el terror se vuelve jacobino, las sospechas aumentan y las pruebas de lealtad se multiplican.

De lo anterior se desprende una de las consecuencias aportadas al debate por autores de esta corriente teórica-política de las masculinidades. La violencia de género, aquella específica que se dirige contra las mujeres, se encuentra íntimamente ligada a la que los hombres ejercen contra otros hombres y en contra de ellos mismos. Esta forma de abordar teóricamente el problema, incentivó el interés de algunos varones por comprender el origen y las proporciones de la agresión física, el abuso verbal o las omisiones intencionales que lesionan a las otras y otros. La doble dimensión que adquirirían ahora en tanto víctimas/victimarios de la violencia de género patriarcal, propiciaba el interés en la reflexión, asimismo abrió la pauta para establecer compromisos de índole social y política. Más allá del acompañamiento, la adhesión con las causas de las mujeres, éstos generaron iniciativas en las cuales los propios hombres plantearon acciones para hacerse cargo de asuntos que les concernían directamente. Así, la violencia constituyó el tema que concitó las respuestas más importantes y significativas desde los hombres no sólo de esta corriente sino en general de todas las que hoy discuten y se disputan los significados de la masculinidad.

1.1.3. La triada de la violencia

Del feminismo y de la teoría de género, los hombres críticos de las masculinidades extrajeron ideas fundamentales para desarrollar aproximaciones y consideraciones derivadas del

donde explícitamente los grupos se conforman como sectas patriarcales, tematizando sus pactos en contra de las mujeres, ello es un presupuesto fundamental de toda fraternidad estrictamente masculina

reconocimiento y exploración en torno a la condición de género como uno de los ejes constitutivos de su identidad y quehacer en el mundo. Del feminismo heredaron una perspectiva contrapuesta a las ideas biologicistas y a toda la gama de razonamientos naturalizantes de la violencia. De ahí se forjó igualmente una idea alternativa a los esquemas que individualizaron, a través de la criminalización o la patologización clínica, asumiendo el carácter anómico y marginal de la agresión y el uso de la fuerza.

Feminista también fue la factura que puso en la palestra pública la noción de complejidad como el marco de las explicaciones referentes al origen y las dimensiones tanto del poder como de la violencia. Al mismo tiempo, relevó en los mandatos de género masculino una de las motivaciones detrás de la existencia del terror público y del privado; de las guerras y las revoluciones, los motines y las riñas, los insultos y toda la gama de sucesos acontecidos en la vida íntima. Resultó una visión por la cual se subjetivó la experiencia de la fuerza y la agresión. Se comprendió que ésta se producía y reproducía en relaciones sociales protagonizadas por sujetos sexuados, condición revestida en el mundo patriarcal de un desequilibrio histórico de poderes.

Del reconocimiento del binomio inseparable entre poder y violencia, y de la conciencia del poder como articulante de las relaciones de los hombres con las mujeres, los pioneros de la reflexión dentro de esta corriente enfatizaron los *problemas paralizantes* (Kaufman Michael, 2000) implicados en el ejercicio de los poderes de género. Subrayar dicha cualidad tenía razones tanto teóricas como de naturaleza eminentemente política. Como más arriba se subrayó, la idea de la inevitabilidad, de la eternización y la condena implicadas en las aproximaciones naturalizantes de los géneros tenían un puntal en las premisas que concibieron al hombre como ser irremediable. Promover alternativas precisaba de reconocer la arbitrariedad implicada en ese tipo de generalización, visibilizar las diferentes formas de

ser hombre y de ser hombre frente al poder, remarcando las consecuencias negativas en términos de dolor, frustración e incapacidad derivadas de su ejercicio. Ello implicó relativizar la posición exclusiva de los sujetos varones respecto al ejercicio de la violencia.

Esa preocupación abrió una línea propia en las reflexiones que los hombres incorporaron al debate, encontrado puntos de contacto con otras expresiones del llamado movimiento de las masculinidades, en especial con los seguidores de Robert Bly, quienes enfatizaron el lado oscuro del poder y las consecuencias dañinas de la violencia para la vida de los hombres. Paralelamente, este mismo argumento ha contribuido a generar tensiones con el movimiento feminista, con quienes dichos hombres mantienen sus principales alianzas. Una de las críticas lanzadas por éstas cuestiona la necesidad de los hombres de crear discursos victimizantes de la condición masculina. Para ellas, las posiciones que enfatizan en los costos de la masculinidad terminan por hacer de las relaciones con las mujeres un punto ciego intencional, permitiendo encontrar coartadas y evadir la responsabilidad histórica tocante a la opresión y la violencia sufrida por las mujeres (Entrevista con Marta Torres Falcón).

A pesar del reconocimiento de ese riesgo de parálisis y del descubrimiento de un eje de disputa con sus principales aliadas, los hombres pro feministas insisten en plantear la nocividad de esquemas en los que la culpa se generaliza: subrayan además de su poco valor heurístico, el desaliento contrario a la promoción de cambios en los varones. Sin embargo, a diferencia de las corrientes mitopoéticas, el reconocimiento de la violencia dirigida en contra de las mujeres es explícito. Sin cortapisas se expone como un problema civilizatorio en cuyas políticas de prevención, compensación, asistencia y educación deberán estar presentes los hombres asumiendo las responsabilidades sociales implicadas en el desafío feminista, apostando al desmontaje de los pactos supremacistas para transformar las relaciones de

poder con las mujeres.

Uno de los esfuerzos por referir a esta contradicción de la violencia masculina, ponderando los elementos de poder tanto intragenéricos como intergenéricos, ha sido el trabajo realizado por Michael Kaufman (1989). El autor canadiense acuña la idea de la *triada de la violencia* para plasmar una visión integral de la violencia. Bajo esta lectura, los hombres además de constituir los sujetos de la agresión y la fuerza física, ostentan, en distintos grados, una condición receptora de la violencia proveniente de otros hombres y de sí mismos.

Con esta aproximación se explora una de las hipótesis respecto a la construcción de las masculinidades en un mundo patriarcalmente estructurado, formulada con anterioridad por las feministas. La violencia en sus diversas manifestaciones, públicas o privadas, son expresiones que refieren a la conformación misma de la masculinidad hegemónica dentro de un sistema social fundado en la desigualdad, el dominio y los imperativos de control sobre las otras y los otros.

Bajo un esquema como el anterior se hizo factible concebir la guerra, el terrorismo o las revoluciones como actos por completo intersectados con la configuración de género dentro del patriarcado. De tal suerte, al igual que la llamada violencia doméstica, constituían expresiones de una violencia de género cuyos destinatarios eran las mujeres pero también podían ser otros hombres. La violencia provenía de los desequilibrios estructurales y simbólicos fundantes de las relaciones sociales entre hombres, entre hombres y mujeres y entre mujeres. Así mismo, se fomentó en normas y valores que además de legitimarla, tornaron romántico empuñar un arma y defenderse como lo hacen *los verdaderos hombres*.

Desde la opción de los hombres, las alternativas para desmontar la violencia, para hacer de la masculinidad y la violencia dos momentos distintos dentro de los discursos y los

mensajes prevalecientes, han precisado incorporar de las muchas tradiciones opuestas a ésta para procurarse así identidades y subjetividades, visiones del mundo y de las relaciones sociales libres de todo tipo de agresión. A partir de las lecciones del feminismo, los hombres críticos han establecido compromisos que relevan la nocividad extrema de las prescripciones relacionadas a la masculinidad hegemónica. Ponderan la dimensión civilizatoria del problema y reconocen que, más allá de representar eventos aislados e incidentales, la violencia se alza como una fuerza estructurante de las identidades de los hombres, golpeen o no a las mujeres, presten gustosos su servicio militar o engrosen las filas de los remisos y objetores de conciencia.

La violencia cruza transversalmente la vida de todos los hombres y en sus diversas modalidades aparece a lo largo de la historia de cada individuo, de cada grupo específico, de las naciones y los continentes. Si bien un número significativo de hombres no violenta directamente a sus compañeras, jamás ha tocado un arma ni ocasionan zafarranchos de tránsito, modalidades develadas por las miradas de las mujeres, normalizadas e invisibilizadas como las complicidades que hermanan a los hombres en la pornografía, los piropos y el linchamiento moral contra otros inferiorizados parecen experiencias de todos conocidas, vividas como testigos silenciosos, emisores o receptores.

El feminicidio, la guerra y la competencia diaria en la que se enfrascan los hombres tienen origen en el mismo ordenamiento por donde la condición masculina, en tanto realidad metaestable, se transforma en prescripciones tendientes a allegarse de poder para ser ejercido sobre todas las mujeres y sobre los *otros* varones. Más que una anomalía, la violencia resulta la expresión más nítida de una serie de disposiciones normativas centrales de la identidad de los hombres, disposiciones posibles por la existencia de desigualdades estructurales en los ejes del género, la clase, la edad, la etnia, la nacionalidad y la religión,

entre otros.

El argumento de la triada de la violencia apunta al convencimiento de los hombres, con razonamientos ligados a su condición de género, de las consecuencias nefastas de la violencia y las desigualdades sociales vividas por las mujeres y también por los mismos varones. Sostener razones propias para implicar a los hombres en la procuración de alternativas democráticas de género, pasa por revelar los costos históricos significados en la salud, la dignidad, los derechos humanos y la calidad de vida de los hombres. Leído desde esa óptica, desmontar la violencia será asunto de la incumbencia de los hombres justo porque se reconoce la propia afectación. En la medida en que tales conceptos se socialicen, quizá podamos presenciar la multiplicación de esfuerzos organizativos, como la campaña de *listón blanco*⁷, en los cuales los hombres al lado de las mujeres protagonicen acciones en contra de la violencia y a favor de las relaciones igualitarias.

1.2 Los sujetos de la misoginia renovada⁸

Las reflexiones en torno a las masculinidades tienen todas en común el hecho de mantener una relación circular con procesos de acción social, tanto individuales como colectivos. Es decir, son debates que trascienden el mundo meramente académico y de las ideas para acontecer igualmente en el campo de las luchas políticas, las disputas ideológicas y la

⁷ Esta es la iniciativa política de mayor envergadura promovida por hombres canadienses, entre ellos Michael Kaufman, y secundada por otros más de diversas naciones, en donde los hombres hacen público su pacto de no violencia contra las mujeres.

⁸ Parte de la investigación documental para realizar la presente exposición se realizó a través de páginas electrónicas de varios de los grupos que se inscriben dentro de una posición ideológica y política antagónica al feminismo. La ausencia de investigaciones y estudios de corte académico, de reflexiones más elaboradas tanto teóricas como empíricas se encuentra vinculada al carácter estrictamente político de esta corriente y sobre todo a la actitud antiintelectual que inspiran los postulados y la configuración identitaria de los hombres *llanos y simples* que se identifican aquí. Es una corriente con poco interés por los espacios universitarios y por el mundo de la producción intelectual. En ese sentido, la información aquí vertida se encuentra limitada por el carácter de las propias fuentes que, como se verá poco tiene que ver con una discusión académica.

configuración de de tendencias culturales.

El análisis siguiente sintetiza las principales líneas por donde se vienen gestando las representaciones, en efecto conservadoras, de una masculinidad que, de acuerdo a esta perspectiva, se encuentra amenazada en sus derechos de paternidad, equidad laboral y educativa; culpada en los imaginarios, las leyes y las políticas públicas de la violencia cometida en contra de las mujeres. En ese sentido, la reconstrucción de esta perspectiva se aborda a través de tres planteamientos básicos que parecen suscitar los mayores intereses de estos grupos de hombres: la paternidad, las políticas de acción afirmativa y la violencia.

Es importante precisar la pluralidad de voces que conforman lo que aquí se expone como una sola posición. En efecto, esta categoría se conforma de diversas visiones, ello quiere decir que, lejos de ostentar una homogeneidad, se articula de distintos enunciados y sujetos que tematizan la condición masculina de hoy. Unos relevando los derechos perdidos de los hombres, otros la necesidad de reposicionar la figura del padre en las sociedades modernas, y otros más, enclavados en la tradición conservadora del cristianismo, añorando la restitución absoluta de los valores añejos de ser hombre y ser mujer.

Enunciarlos dentro de una categoría obedece a dos elementos subyacentes en cada una de las posiciones que guardan los debates. En primer lugar, todos ellos refieren a un antagonismo fundante, expresado con matices, pero frontal en contra del feminismo. En consecuencia los discursos se formulan en términos de debate, polémica y confrontación. Son interpretaciones articuladas en el lenguaje de las demandas, las reivindicaciones y una buena dosis de recursos confesionales y terapéuticos (Coltrane Scott, 1998: 11-12). En consecuencia, se caracterizan por el déficit de interpretaciones teóricas más complejas, útiles para explicar, más allá de una retórica de la reacción, las problemáticas de los hombres en la actualidad.

En segundo lugar, el otro rasgo refiere a la defensa explícita de los espacios de hombres exclusivos para los hombres. Así como las mujeres crearon sus grupos de *concientización* separados de las presencias masculinas, estos colectivos subrayan la necesidad vital de esfera en donde los hombres refuercen sus lazos identitarios y de solidaridad, exploren sus dolores y pérdidas, y sean capaces de procesar reflexiones centradas en ellos mismos. A decir de Coltrane y otros autores, son grupos que al celebrar su autonomía, autorreferencialidad y autosuficiencia tienden a negar el poder como componente constitutivo de sus relaciones con las mujeres y con otros hombres (Coltrane Scott, 1998: 14). En lugar de ello, producen discursos victimistas en donde se dibujan imágenes de sujetos privados del prestigio, la autoridad y sus lugares tradicionales en el mundo. Los grupos pro-derechos de los padres sintetizarán este malestar haciendo alusión al agotamiento de la figura tradicional del hombre como el sujeto del trabajo y como el sujeto, por lo tanto, proveedor de bienes y servicios para el sostenimiento de la familia.

Cabe señalar que estas discusiones tienen lugar en los Estados Unidos, Canadá, Inglaterra y Australia, naciones anglosajonas caracterizadas por la presencia de movimientos feministas con largo historial y capacidad de influenciar la toma de decisiones políticas y los contenidos de los debates públicos a niveles que son inalcanzables todavía para los feminismos de países como México. Se trata de contextos donde las luchas constitutivas de los pactos estatales han sido permeadas por la agenda feminista, conquistando, en numerosas áreas, derechos y recursos institucionales favorables para las mujeres. En esa medida, constituyen formaciones sociales en las cuales el sujeto feminista se percibe con cierta hegemonía política y cultural, reflejada en el empoderamiento de las mujeres, tanto en los espacios públicos como en los privados. Al menos esta es la lectura que hacen los activistas y simpatizantes de los colectivos masculinistas que tienen, en la ruptura de los

arquetipos del hombre tradicional, en la llamada crisis de la masculinidad, el punto de partida para las exploraciones y acciones teñidas de enojos y un profundo sentido de victimización. El siguiente párrafo, autoría del escritor Sam Keen, ilustra el sentimiento fundante de esta tendencia. “we are still involved in a night battle in a jungle against an unseen foe. Voices are shouting from the hostile darkness challenging: Men are too aggressive. Too soft. Too insensitive. Too macho. Too power-man. Too much like little boys. Too wimpy. Too violent. Too obsessed with sex. Too detached to care. Too busy. Too rational. Too lost to lead. Too dead to feel”⁹ (Citado en Kalus Garry, mimeo).

A pesar de los matices que cada una de las tendencias guarda en términos de animadversión frente al feminismo y al ensanchamiento de las posibilidades de estar en el mundo para las mujeres, estos procesos se perciben en el fondo de las transformaciones ocurridas a los roles tradicionales desempeñados por los hombres. Cambios vividos como lesiones, agravios, pérdidas e injusticias, que funcionan como catalizadores de una conformación identitaria en oposición a las feministas en lo general y a las mujeres transgresoras en lo particular. Una expresión de virulencia radical se encuentra en los postulados de la American Union of Men (AUM), quizá la organización de hombres más extendida en los Estados Unidos.¹⁰ Sin matiz alguno, los argumentos que se emiten desde esta posición se presentan absolutamente confrontados con el feminismo. Entre otros, aquellos principios y normas que han establecido la igualdad entre los sexos como pilar de

⁹ Aún peleamos una batalla nocturna en la jungla contra de un enemigo invisible. Las voces son disparadas desde la hostilidad oscura que está constantemente moviéndose de posición: los hombres son muy agresivos, son muy suaves, son muy insensibles, son muy machos, son muy poderosos, parecen demasiado pequeños, demasiado débiles, demasiado violentos, excesivamente obsesionados con el sexo, excesivamente independientes para ocuparse de ellos, excesivamente ocupados, excesivamente racionales, demasiado perdidos para seguirlos, demasiado muertos para sentir.

¹⁰ En la página electrónica del Men’s Activism News Network (<http://www.mensactivism.org>) se registran datos de algunas de las organizaciones que conforman lo que ahí se denomina el movimiento amplio de hombres, principalmente en sus tendencias conservadoras. De esos informes se extrajeron las afirmaciones que arriba se exponen con respecto a la American Union of Man.

los actuales pactos sociales. En ese sentido, por ejemplo, demandan eliminar la figura de la discriminación por motivos de sexo de la carta de los derechos civiles en los Estados Unidos. Más allá, aspiran al reestablecimiento de un moderno patriarcado sobre creencia de que, hoy en día, existe un principio matriarcal articulador de las instituciones, las leyes y los valores dominantes en la cultura (American Union of Men, www.geocities.com/qim/manifestohtml.htm). Si bien, la eliminación física de las mujeres feministas como tal se encuentra fuera del repertorio de sus acciones, la visión confrontada adquiere tintes guerreros, la política de género en consecuencia se recrea aquí como campo de batalla protagonizada por sujetos que no pueden sostener otro tipo de vínculo que el de amigo/enemigo. Ello implica siempre una lógica de neutralización del otro, en este caso de la otra, que se percibe como el impedimento para la realización plena de la subjetividad y el proyecto de estos hombres para ser y estar, de nueva cuenta, protagonizando la historia del mundo.

Las construcciones argumentativas igualmente son dispares. En un extremo se encuentra la narrativa de las organizaciones del protestantismo cristiano. Discursos confeccionados por fundamentos religiosos, cuyas referencias al orden genérico tienen explicaciones en términos de mandato divino, disposiciones hechas a la voluntad de un Dios todopoderoso que, al mismo tiempo que hace a hombres y mujeres a su imagen y semejanza, les dota de atribuciones, capacidades, vicios y virtudes distintos y específicos. El malestar de los tiempos actuales radicará, según esta lógica, justo en los atentados a estos ordenamientos de naturaleza sacra, producto, entre otros factores, de la promoción de un *igualitarismo* entre hombres y mujeres que destruye la familia y socavan los valores más profundos tales como la abnegación, la entrega y la maternidad propias del sexo femenino; el amor, el liderazgo y el sentido de protección, inherente a lo masculino (Council on Biblical

Manhood and Womanhood, www.cbmw.org). Se trata de una aproximación política sustentada en premisas religiosas cuyo objetivo final será la restauración de las identidades sexuales *originarias* y *verdaderas*, así como de los pactos amorosos, familiares y de trabajo tal cual se encuentran expuestas en los textos sagrados. Textos que, dicho sea de paso, se caracterizan por dar explicaciones distintas a los mismos fenómenos y por tanto, ser fuente de múltiples interpretaciones en disputa.

Insertos en el mismo campo pero recuperando categorías políticas del feminismo y otros movimientos emancipadores, existen elaboraciones discursivas insertas en una tradición más secular que dejan de invocar los mitos religiosos para fundamentar su crítica normativa. Se recurre entonces a valores modernos tales como la igualdad, la equidad y los derechos para explicar una historia de la condición masculina, contraria a la que tradicionalmente la define como detentora de los poderes, la violencia y los privilegios. Por el contrario, es una visión en donde la figura masculina se concibe socavada en su legitimidad y objeto de innumerables agravios acontecidos en la esfera familiar y en general, en el ámbito privado. Una situación opuesta al escenario dibujado por las feministas denominadas aquí *radicales*, a quienes se acusa de producir y difundir masivamente ideas y conocimientos en donde se descalifica a los hombres y se les niega la posibilidad de ser reconocidos también como sujetos de opresión y discriminación (Firenze, Lorenzo da, 2005).

Dos elementos singulares de este tipo de aproximaciones se hallan, por un lado, en la expresión de un antagonismo matizado contra el feminismo y, en el otro, en ese apelar a los derechos como clave de su retórica. En primer lugar, a lo largo de las diversas páginas electrónicas encontradas sobre esta tendencia, conocida en inglés como *Men's Rights Movement*, se hace referencia a dos tipos de feminismo, uno radical y el otro sin mayor nombre ni explicación, un feminismo mesurado con el cual pueden tejerse puentes de

entendimiento basados en premisas compartidas, tales como la igualdad universal ante la ley y la equidad de oportunidades en el empleo y la educación¹¹. Las discrepancias se suscitan entonces con las tendencias extremas del feminismo, herederas de un pasado socialista y herederas también de una perspectiva binaria de la realidad, de la premisa fundamental de dos tipos de sujeto histórico: los poderosos y los desposeídos, burgueses y proletarios; transformados bajo el tamiz feminista en la forma del hombre opresor y la mujer víctima. Desde esta perspectiva, nos dicen las agrupaciones de la masculinidad misógina, se trazan *falsas* aseveraciones prevalecientes en los imaginarios tanto de hombres como de mujeres respecto al monopolio del poder genérico en manos del sexo masculino. De esta idea ampliamente aceptada se desprenden cantidad de aseveraciones que colocan al sujeto varón como agente exclusivo de la violencia, detentor de privilegios arrancados a través del dominio y la explotación de las mujeres. Una visión que llevada al campo de la ética y la moral trazan los contornos de un ser sustancialmente malo, agresivo y egoísta, corporizado en padres autoritarios o distantes, esposos carceleros y abusivos e hijos narcisistas, demandantes de incondicionalidad absoluta de las madres. (National Coalition of Free Men, www.ncfm.org).

En una sociedad vista como promotora de oprobios e injusticias, los hombres adscritos a esta tendencia recurren a los derechos universales para visibilizar sus dramas y transformar su condición. Históricamente los derechos se esgrimieron por vez primera en el ámbito de las relaciones íntimas, los afectos y la socialización primaria. Los argumentos se estructuraron de la siguiente manera: con el aumento exponencial de los divorcios a finales

¹¹ It is basic to our premises to understand that we not speaking here of those persons who consider themselves "*feminists*" because they support equal rights under the rule of law, equal opportunity in employment and education, equal protection under law, and protection from violence for all persons. (Domestic Violence Against Men In Colorado <http://www.dvmen.org/>)

de los sesenta y principios de los setenta del siglo XX, los padres fueron despojados de la facultad de tener una participación activa y cercana en la crianza, la educación y el desarrollo afectivo de hijas e hijos. Las leyes favorecieron la custodia de las madres suponiéndose una superioridad moral de la maternidad sobre la paternidad. No obstante, esas mismas leyes obligaron a los padres expropiados a asumir las responsabilidades monetarias que supusieron cada una de las etapas del crecimiento. Una situación en donde la paternidad de los divorciados se redujo a la parte de las obligaciones, quedando vetados los goces y los derechos (Firenze, Lorenzo da, 2005).

Para las organizaciones defensoras de la paternidad, las mujeres conquistaron presencia y poder en los espacios públicos; no obstante, los ámbitos privados continuaron bajo su égida, sin que se registrasen voluntades tendientes a hacer de estos lugares de mayor equidad. En el seno familiar las mujeres prevalecieron como las reinas, gobernando a través de poderes sobrentendidos, ausentes de toda tematización pero garantizados en instrumentos legales normadores de las relaciones íntimas. Dicha situación inequitativa se torna visible justo en los procesos de divorcio y en las controversias procedentes en torno a la custodia de hijas e hijos, en donde los hombres siempre se encuentran en clara desventaja.

En consecuencia, estos colectivos apelan a los derechos, específicamente a aquellos que consagran la igualdad entre hombres y mujeres para demandar su aplicación en los espacios privados. Ello significa otorgar las mismas oportunidades a los hombres para involucrarse activamente en el desarrollo de los infantes. Reposicionar la figura de los hombres en los vínculos familiares, según esta posición, permitirá reconstruir las cualidades positivas de estos mismos, negadas en estereotipos creados a la medida de los intereses de mujeres resentidas y androfóbicas, integrantes mayoritarias de los colectivos feministas. De

acuerdo con esta perspectiva, la presencia activa de los hombres en la crianza infantil tendrá efectos provechosos en el reforzamiento de los vínculos familiares, la estabilidad emocional y otros recursos fundamentales para contrarrestar las tendencias negativas que hoy se viven relacionadas a la destrucción del núcleo básico, tales como la violencia, la drogadicción, el pandillerismo y las deserciones escolares.

En otra línea de los derechos distinta a la anterior, existen agrupaciones de hombres que demandan para ellos, lo que hasta ahora había constituido una prerrogativa de las mujeres. Es decir, recibir los beneficios de una de las conquistas más significativas de las feministas: el derecho a decidir sobre la maternidad. Bajo la reivindicación de la existencia de derechos reproductivos que históricamente les han sido negados a los hombres, se da vuelo a ideas donde los varones son vistos como víctimas recurrentes de embustes y artimañas de mujeres deseosas de ser madres a toda costa o cuya falta de cuidado resulta en embarazos no deseados que obligan legal y moralmente a los hombres a una paternidad no deseada. En este contexto dichos hombres resignifican la libertad de elección, entendida como la posibilidad de decidir sobre el aborto o estableciendo la adopción mediante compensaciones financieras para garantizar, en tanto derecho, su decisión respecto a la planeación familiar y sobre todo su libertad y voluntad para convertirse en padres (National Center For Men's, www.nas.com/c4m/top).

Curiosamente, las reflexiones que articulan el cuerpo argumental de estos llamados al *choice for men* refieren únicamente a los derechos reproductivos sin hacer mayor alusión a las responsabilidades implicadas. El silencio ilustra una actitud generalizada entre los varones respecto a la anticoncepción y la salud sexual; aspecto de la sexualidad que naturalmente se asume como competencia y obligación de las mujeres. A pesar de la urgencia por evitar paternidades no deseadas, los discursos no convocan a los hombres a

responsabilizarse y tomar un papel activo para impedir los embarazos. Es también significativa la omisión de explicaciones con respecto al creciente número de familias donde no existen los padres, otra de las dimensiones en donde se verifica la falta de compromisos de los hombres respecto a su paternidad. Sin ahondar mucho podrían suponerse las consecuencias que devendrían de legalizar el derecho de los varones a decidir sin antes analizar las tendencias de la paternidad dentro de esquemas que auspician la carencia de responsabilidades.¹²

En otros ámbitos, especialmente en países desarrollados, las discusiones que alimentan las tendencias misóginas se expresan como respuestas contrarias a las políticas compensatorias dirigidas a las minorías étnicas y a las mujeres para revertir la inequidad, iniciativas que resignificadas desde estas tendencias son percibidas como nuevas formas de discriminación. Estas visiones hablan de una historia oficializada a partir de las luchas civiles de los años sesenta en donde se reconoció un pasado oscuro, hecho de opresiones contra negros, indios y mujeres. A partir de ese momento, la culpa se alzó como guía de las sociedades occidentales por saldar una deuda con los grupos marginados, generando dispositivos por los cuales se garantizó el acceso a espacios clave del desarrollo a sujetos sólo por el color de su piel o su condición sexual. Se estipularon cuotas que obligatoriamente debían ser cubiertas por negros o mujeres en áreas educativas, empleos o espacios de decisión política. En Estados Unidos, la escuela y el trabajo constituyeron los espacios privilegiados de la llamada *acción afirmativa*. En esa medida, fueron también fuente de profundos resentimientos y ataques por parte de grupos que interpretaron dichas políticas en

¹² Un dato elocuente de reciente publicación respecto a la prevalencia de paternidades irresponsables refiere a que el 25% de infantes nacidos en México y Centroamérica no tienen el reconocimiento legal de su padre. Ello significa también que en esta región el 25% de las familias son encabezadas por mujeres, en contraposición al 0.2% tuteladas únicamente por varones. (“Alto, el costo social de la paternidad irresponsable” en *Gaceta UNAM*, 9 de septiembre de 2002: 14-16 pp.).

términos de agravios y segregación. No sobra decir que los sectores más susceptibles a reaccionar negativamente ante la conocida también como *discriminación positiva* han sido hombres blancos pertenecientes a las clases medias. Dicho sea de paso, se trata de quienes conforman la militancia y los grupos soporte de estas tendencias conservadoras de varones organizados así como de otras expresiones de la derecha norteamericana (National Coalition of Free Men, www.ncfm.org).

Como en el espacio privado, la igualdad y el derecho se han convertido en los arietes de las batallas políticas y culturales de estos hombres en los ámbitos públicos. Se presupone a la igualdad como una condición ontológica compartida por ambos géneros. Hombres y mujeres son iguales en capacidades físicas, intelectuales, psicológicas y éticas. Sobre esa base se desprende que ambos sean igualmente eficaces y eficientes para desempeñarse en cualquier área laboral. Igualmente dotados de los recursos cognitivos para desarrollarse indistintamente en disciplinas técnicas, científicas o humanísticas. Igualmente morales para albergar sentimientos de destrucción o de alternativas creadoras de mundos mejores. En ese contexto de igualdad fundamental, las políticas de acción afirmativa son reinterpretadas como fuentes de privilegios y de nuevas formas de discriminación, cuyos destinatarios por excelencia son los hombres blancos. Las cuotas afirmativas pervierten la esencia de la igualdad, alimentando las diferencias y creando fueros que trastornan la competencia laboral o escolar basada en méritos y aptitudes individuales, sustituyéndose por obligaciones compensatorias destinadas a ciertos grupos. La igualdad entonces se esgrime como un recurso para denunciar los estragos de este tipo de políticas causados a los hombres, especialmente a los blancos, quienes, cada vez, pierden mayor terreno en las arenas del trabajo, la política o la educación. Desplazados de los accesos laborales, las becas escolares y el monopolio del territorio de la toma de decisiones, los hombres nombran sus suspicacias

y reticencias en términos de discriminación. La equidad entonces se alza como el horizonte para reconquistar el tiempo perdido, el tiempo del hombre absoluto.

Reivindicar la igualdad básica supone colocar entre paréntesis las condiciones de género, raza o clase social, asumiendo la poca monta de estos factores en las capacidades de los sujetos sean estos hombres o mujeres. El valor del individuo se presume indeterminado por ese tipo de condicionantes sociales, en su lugar, la voluntad se alza como la fuerza sustancial de los éxitos o fracasos tanto de hombres como de mujeres. El individualismo es categórico. En ese sentido, una de las aristas de la llamada perversión de las políticas afirmativas radica en la forma como ellas subvierten los criterios de competencia laboral, de liderazgos políticos o de asignación de compensaciones escolares, en donde la prevalencia de aptitudes, capacidades, trayectorias y desempeños son reemplazados por normas que desalientan el reconocimiento o la promoción de los mejores, de aquellos o aquellas que se destacan por encima de los demás debido a sus cualidades individuales, su voluntad y su esfuerzo.

1.3.1 El Cristal de la Violencia.

Si los conflictos en torno a las acciones afirmativas se desarrollan con matices de menor virulencia, el tema de la violencia coloca el nivel del debate en su máxima expresión de misoginia y anti-feminismo. El abordaje de la violencia, a pesar del carácter fundante en las reflexiones y acciones de estas corrientes conservadoras, resulta carente de sistematización y de profundidad analítica. Por el contrario, se mueven más en términos de un compendio de quejas y denuncias, inconexas en su mayor parte, pero coherentes en la identificación del campo contrario, es decir, de las antagonistas con quienes disputan esta guerra de interpretaciones.

La violencia de género tematizada primeramente por las feministas se convirtió en uno de los catalizadores del enfrentamiento de los hombres con su condición de género. Enfrentamiento que, en este caso, surcó los caminos de la victimización, producto de visiones ampliamente difundidas entre grupos conservadores acerca del feminismo como fuerza con posiciones importantes en los centros de poder, de creación y divulgación de los conocimientos. Una ideología promovida por mujeres frustradas y resentidas quienes han socializado un juicio culpabilizador de los hombres y condenatorio de la masculinidad, donde los varones únicamente pueden ser vistos como los agentes de la violencia pública y privada.

Frente a lo que se percibieron como acusaciones faltas de justicia y razón, los argumentos masculinos de la defensa han surcado desde la negación absoluta al reposicionamiento de la culpa también absoluta en manos de las mujeres. Uno de los contra argumentos más socorridos referentes al ciclo de la violencia, apunta a su origen exclusivamente mediático. Los esposos golpeadores, los asesinos seriales, los hostigadores sexuales y demás abominaciones masculinas, tienen existencia, sostienen, en el mundo de los medios de comunicación, son antes que nada invenciones creadas y difundidas masivamente con propósitos claramente definidos. Se trata de una lógica inserta en las dimensiones del complot y las conspiraciones, en donde se presumen poderes ocultos con una inmensa capacidad de moldear el mundo a partir del tipo de mentiras que dichas mil veces terminan imponiéndose como verdades inobjetables. Las feministas silenciosamente colocadas en los centros claves de la creación y difusión de conocimientos son las conjuradas de estos planes destinados a lucrar políticamente con la victimización de las mujeres. Así capitalizan prestigio, lugar de interlocución, recursos materiales y simbólicos sobre un fenómeno cuya recurrencia es más bien excepcional.

La violación, el hostigamiento y otras expresiones de la violencia sexual constituyen

ejes de la disputa en los que el rechazo se impone como respuesta ante cargos formulados históricamente. Los grupos conservadores arremeten explotando la imagen de mujeres mentirosas, resentidas al punto de inventar, en porcentaje mayoritario, las acusaciones que han servido para satanizar a los hombres y convertirlos en seres perversos, absolutamente capaces de cometer violaciones aún con sus hijas y hermanas. La venganza, el cálculo racional, las estrategias de seducción fallidas y otras razones más se alzan como las motivaciones reales detrás de un buen número de acusaciones de esta naturaleza. Más allá, subrayan, se devela un plano de responsabilidad propio de las mujeres, expresado en el comportamiento provocativo frente a los hombres, en las maneras en que se comportan, visten y actúan. Las mujeres, argumentan, suelen enviar mensajes contradictorios que se interpretan como señales permisivas, estimulando el avance sexual de los hombres que posteriormente serán señalados como hostigadores, violadores, culpables siempre.

Coincidente con esta posición, existen otros senderos del debate que asumen un porcentaje de la producción de la violencia pero insisten en develar una dimensión encubierta, correspondiente por entero a las mujeres. En el ámbito de la familia, nos dicen, varones y mujeres resultan igualmente capaces de perpetuar actos de violencia. Sustentar tal afirmación precisa de tres tipos de consideraciones. La primera de ellas, refiere a la hipótesis que parte de los ciclos de la violencia y la concibe como una relación circular. Ello significa un modelo opuesto a aquel que relaciona la concurrencia de la violencia dentro de vínculos sociales estructurados en términos de poder. La violencia aquí se presenta generada por las dos partes en igual proporción, dentro de una concatenación de hechos agresivos tendencialmente cada vez más agudos y dañinos.

Un elemento clave para sostener la tesis de la violencia circular dentro del hogar, radica en la reapropiación de categorías que dieron cuenta de formas no evidentes de

violencia. Es decir, de aquellas que no se ejercen en términos de fuerza física sino a través de lesiones que vulneran la estructura mental y emotiva de las personas. En ese sentido, las agresiones psicológicas han sido utilizadas como la mejor herramienta para constatar la violencia específica de las mujeres.

Las agresiones psicológicas como aquellas que emplean la fuerza física no son privativas de uno y otro sexo. Sin embargo, socialmente su empleo se encuentra ligado a uno y otro de manera casi natural. Los ciclos de la hostilidad generalmente inician con provocaciones verbales, emitidas en su mayoría por mujeres, a ello los hombres responden frecuentemente con golpes, patadas, jalones de cabello o bofetadas. Los marcos legales e institucionales destinados a mediar y solucionar este tipo de conflictividades han sido estructurados para tomar partido inmediatamente hacia la causa femenina. Mientras los señalamientos acusadores recaen en los hombres que en automático resultan culpabilizados por los códigos legales, las normas morales y las categorías psiquiátricas. La cárcel o la terapia son las opciones que enfrentan independientemente de su participación en los sucesos y a pesar de que, de acuerdo a los informes vertidos por los grupos conservadores, en muchas ocasiones resultan las víctimas de esposas o amantes quienes jamás serán sospechosas de algún cargo, quienes, por el hecho de ser mujer, tienen garantizada inmunidad cuando de violencia doméstica se trata.

Un tercer componente ampliamente explotado para demostrar el carácter hostil de las mujeres, las refiere como el principal agente de la violencia contra los infantes. A excepción de las formas sexuales del abuso infantil, las madres usan y aprovechan su condición adulta a lo largo de ese proceso de cuidados, educación y mantenimiento que implica la crianza. La disciplina, en el más noble de los casos, supone el motivo detrás del empleo de la fuerza. Sin embargo, sean cuales fuesen las razones, los niños y las niñas maltratados de manera

psicológica, material y física reportan detrás de los regaños, las nalgadas y los castigos la presencia mayoritaria de madres, colocadas en esa fina línea entre la educación y el acto violento, la disciplina y la fuerza. Estos datos son de gran utilidad política cada vez que se pretende demostrar la falta de inocencia de las mujeres en los sucesos violentos que acontecen dentro del hogar.

Conforme a las narrativas de las corrientes anti-feministas de la masculinidad, las mujeres participan en relaciones violentas en su modalidad de víctimas pero también victimando infantes así como a los propios hombres. No obstante, para éstos la historia oficializada cuenta una versión poblada de machos dominantes y mujeres subyugadas. Perspectiva que se ha encarnado en políticas públicas, leyes e instituciones de atención y protección a las víctimas, léase mujeres. Mientras los hombres violentados, lejos de contar con la infraestructura de centros gubernamentales o privados, de casas de refugio o simples modelos de atención médica y psicológica especializados, resultan invariablemente sospechosos (Firenze, Lorenzo da, 2005).

La ausencia de programas de gobierno, de fondos y recursos privados especializados en abordar la violencia, más allá de las constricciones de la perspectiva de género, se ha tornado en uno de los estandartes de los grupos que, desde la perspectiva más conservadora, insisten en transformar el problema de un asunto de género en otro que competa a la humanidad entera. Ello parte de reconocer la injusticia de la violencia cometida en contra de muchas mujeres quienes reciben agresiones de diversa índole pero implica aceptar también la condición en la que un número significativo de hombres se encuentra, sufriendo maltratos físicos pero sobre todo psicológicos (Shattered Men International, www.shatteredmen.com).

Finalmente una modalidad más del debate en torno a la violencia, la constituyen las

visiones que vuelven a poner la discusión en el plano de la naturaleza. Este tipo de argumentación parte de una confesión abierta del carácter violento de los hombres, un rasgo fundamental para entender la supervivencia de la especie a lo largo de los siglos y sobretodo su posición dominante frente al resto de los animales. La consabida agresividad masculina tiene un fundamento biológico que, insisten, no puede obviarse, por el contrario cualquier tentativa de formular políticas estatales efectivas debe considerar la influencia de este elemento y tratar de incorporarlo. Así, el diseño de leyes y de cualquier tipo de política en lugar de pensarse como herramienta destinada a suprimir esta forma de energía fundamental para el desarrollo, deberá procurar su utilización positiva, canalizando las fuerzas en el sentido para el cual se ha empleado desde tiempos inmemoriales, la protección de la sociedad y la familia.

1.3 El regreso a los mitos esenciales: los hombres de Robert Bly

A mediados de los años ochenta, surge en los Estados Unidos una construcción innovadora del discurso de las masculinidades, articulada a través de talleres, grupos de auto-conciencia y auto-ayuda, insertos en un quehacer terapéutico y cultural más que en formulaciones reivindicativas de tipo político. El núcleo teórico de esta nueva corriente se encuentra en las elaboraciones realizadas por el poeta Robert Bly en su libro *Iron John*, traducido al español como *Hombres de Hierro* (1990).

Una de las particularidades de esta corriente también conocida como *mitopoética* es la síntesis de saberes, tradiciones y experiencias políticas que conforman el *corpus* de su pensamiento y por tanto del tipo de acciones que emprenden. Se trata de una expresión nutrida en el campo de la contracultura norteamericana, hecha de movilizaciones en torno a

los derechos civiles, la oposición a la guerra de Vietnam, el orgullo homosexual, el nacimiento de los ecologismos y de la segunda ola del feminismo. Pero al mismo tiempo en tanto crítica a la modernidad, recorre los senderos del misticismo, la sabiduría ancestral de los pueblos y desemboca en el mar de ideologías llamadas del *New Age*. Un camino que finalmente da vuelta y retorna a los argumentos esencialistas para comprender al hombre y su problemática en términos ontológicos y absolutos.

El mismo Bly encarna en su historia personal el sincretismo antes expuesto. Poeta y narrador considerado uno de los más importantes de la segunda mitad del siglo XX en los Estados Unidos (www.robertbly.com), representó un rostro visible y prominente del colectivo de Escritores y Artistas en contra de la Guerra de Vietnam, ha sido activista de la causa ambiental, seguidor de Carl Jung y especialista en mitos antiguos. Todos estos son los elementos que conjugan e hilan las palabras de su obra más publicitada, cuyo impacto ha sido notable en la producción de acciones colectivas en el campo de la política sexual

Como la perspectiva misógina, el punto de partida de la tendencia mitopoética reside en la percepción de una crisis vital en la existencia del hombre contemporáneo. La crisis de la masculinidad del norteamericano de los años sesenta y setenta nace de la ruptura con la imagen cargada de agresión que hizo de sus antecesores buenos patriotas, proveedores de sus familias pero absolutamente ajenos a sus sentimientos, sobre todo aquellos relacionados con el sufrimiento y las lágrimas. En ese desmarque con el guerrero o el John Wayne de los años cincuenta, el joven de la contracultura desarrolló un *masculino suave*, uno que a instancias del pujante movimiento feminista obligó a revalorar la historia y la sensibilidad de las mujeres y por tanto a descubrir y desentrañar ese *lado femenino* constitutivo también de los hombres.

La lógica estructurante del pensamiento de Bly guarda entre otros rasgos esa

tendencia a reconocer una fuerza dual constitutiva de todas y cada una de las identidades y procesos sociales. Examinar la realidad humana a partir de dualidades primarias permite comprender la existencia de un perfil masculino en la mujer y un lado femenino en el hombre. La agresión como una energía bipolar, constructiva y creadora por un lado, y del otro capaz de entrañar caos y devastación. Una madre nutricia y otra castrante, un padre protector y otro devastador de sus hijos. Dos caras de una misma moneda articuladas en ordenamientos dicotómicos del tipo bueno/malo, positivo/negativo, creación/destrucción. Con este tipo de perspectiva se pretende dar cuenta de la complejidad de lo real y de los sujetos, incorporando para ello visiones que permiten observar sus propiedades y fundamentos siempre en términos de claro-oscuros.

La lectura mitopoética de las masculinidades se guarda de tematizar alegatos en contra de las mujeres y del feminismo, sobre todo de levantar el dedo acusador y señalarlas como responsables de la crisis y el sufrimiento del hombre contemporáneo. De hecho, les concede cierta razón respecto al malestar provocado por el dominio, las insensibilidades de los machos de ayer y las inseguridades de los hombres suaves de hoy. No obstante, la sospecha en torno a su contribución en las corrientes democráticas e igualitarias de género se alimenta de las invocaciones que éstos hacen a los poderes masculinos. A la ausencia de cualquier mención referente a las relaciones estructurales de poder entre hombres y mujeres. A la falta de discusión de categorías tales como el género y otras, producto de la contribución teórica de las mujeres. Además de la formulación de un pensamiento en términos de premisas absolutas, partidarias de explicaciones enclavadas en la línea de los fundamentos del ser masculino y el ser femenino. Estos y otros rasgos del discurso entrañan consecuencias en términos de política de género conducentes al continuo empoderamiento de la figura del hombre y lo masculino cuyas implicaciones pasan por la necesaria

reproducción de condiciones de subordinación, devaluación y marginación de lo femenino y las mujeres. Al menos, ésta es la acusación que pesa sobre Robert Bly y sus seguidores, formulada no sólo por las feministas sino también por hombres partidarios de las masculinidades alternativas, proclives al desmantelamiento de la hegemonía patriarcal y el androcentrismo.

1.3.1. Los Hombres sin padre. Problemas de la paternidad moderna.

Como se ha señalado, la obra de Bly parte del reconocimiento de una ausencia de energías vitales en los jóvenes de las generaciones actuales. Hombres reconciliados con su carga emotiva, su sensibilidad y demás rasgos femeninos pero igualmente atrapados en matrimonios infelices, carentes de vínculos sólidos con sus hijos, asfixiados por una sociedad de trabajo enajenante y carente de recompensas significativas.

El nudo central de esta problemática lejos de referir al sistema de dominación patriarcal, a su crisis y sustitución por un matriarcado, como a veces suele interpretarse, se relaciona con la égida del mundo industrial en el cual se otorga valor nulo al sentir masculino y femenino.

Es el mundo regido por el trabajo y por una división absoluta del espacio laboral y la vida familiar. Esta separación ha cobrado una significación específica y dramática en las identidades de los varones de hoy, carentes de vínculos paternos estrechos, en donde el vacío se nutre entonces de sospechas, resentimientos y un claro rechazo a todo simbolismo relacionado con el padre. La cultura juvenil dominante expresa con nitidez este sentimiento; “nunca confíes en un hombre mayor de treinta años” rezaba uno de los lemas popularizados por la oleada del rock y la mezcilla.

La perspectiva mitopoética devela en la pobreza de la relación padre-hijo el origen de

la construcción fallida del hombre y por tanto de su infelicidad originaria. Es el principio de su condición pasiva generalizada, celebrada por las iglesias, funcional para las corporaciones e ideal para ciertas mujeres masculinizadas, pero cuyo enorme costo se vive como ausencia de la energía necesaria para la vida que, de acuerdo a Bly, caracteriza a los hombres en la actualidad.

Es en el marco de esta laxitud de vínculos padre-hijo que se traslucen algunos argumentos cuyas consecuencias apuntan a destacar el papel negativo desempeñado por las mujeres en sus intentos por subsanar una familia y un mundo carente de padres. Como se había hecho notar previamente, una de las consecuencias de la dinámica social organizada por las necesidades de la producción industrial y la ganancia capitalista, es la pérdida del hijo de los brazos del padre cinco minutos después de nacer (Bly Robert, 1990: 135). En una situación así, el tiempo del hogar y la escala de valores que ahí permean serán contruidos en femenino. El hijo es introducido al mundo de los afectos, las normas y los valores así como al reconocimiento de su propia identidad a través de las enseñanzas de su madre. Los pequeños varones forjan un sentido de la masculinidad mediante la mirada de la mujer, un retrato del padre hecho de las apreciaciones de esta madre que, aún con la mejor de las intenciones, le devolverá inevitablemente una imagen mutilada. Un caso extremo y sin embargo frecuente, lo constituyen las visiones que recrean un padre hecho del rencor, la amargura o la venganza de las esposas-madres, quienes elaboran una visión parcial y por tanto inexacta del hombre. Sobre todo, nos dicen los mitopoéticos, las mujeres construyen un perfil del padre cargado de atribuciones negativas, de las que el hijo además de desidentificarse, aprenderá a devalorar. En ese momento se trama el menosprecio cultural por el hombre que se inscribe en la memoria individual de cada uno de los varones, cuya autopercepción será, así misma, la de un ser menor, digno de lástima y de menosprecio.

A lo largo del libro citado, el autor subraya una y otra vez, la trascendencia de la iniciación de los jóvenes a la masculinidad a través de las enseñanzas y el ejemplo de los viejos. En las culturas tradicionales, la función disciplinaria, el coraje, la lealtad a la familia, además de los saberes necesarios para la sobrevivencia y reproducción material del grupo son transmitidos por los viejos. Aquellos a los que el tiempo vivido les proporciona experiencias y sabiduría, quienes guardan la memoria de todas las generaciones pasadas y por tanto un papel central en la continuidad física y simbólica de estas sociedades. Los viejos además de participar a los jóvenes de las técnicas y los secretos milenarios para la caza o la pesca, proporcionan ejemplos positivos de ser hombre, centrados en el valor, la fortaleza y la energía creadora, entre otros. En este aspecto, la imagen del hombre mayor guarda un valor de suma trascendencia, es apreciada y respetada. En sí mismos disfrutan de autoridad y legitimidad, prestigios que además alcanzan a cubrir al resto de la población masculina como una sombra prescriptiva. Así, en tanto hombres, cada uno de los individuos de la comunidad es potencialmente susceptible de alcanzar el estatus de prestigio y el sitio reverencial que ostentan los mayores.

A lo largo del tiempo, la centralidad de los ritos de pasaje se fueron eclipsando hasta desaparecer en la edad moderna. Las bandas de jóvenes delincuentes, la multiplicación de hombres atados al cordón umbilical de sus madres, entre otras expresiones, prueban la ausencia en la vida cotidiana de los viejos guiando el proceso de maduración de niños y adolescentes. Las ceremonias de iniciación tienen para los seguidores de Bly una significación importante como herramientas de ruptura con la madre, necesaria, desde esta perspectiva, para el crecimiento, la maduración y la adquisición de destrezas que harán de los pequeños, hombres tan completos y verdaderos como sus padres y abuelos.

El desprendimiento del cálido mundo femenino, del nutricional y protector cuerpo de la

madre ha sido prescrito desde tiempos remotos por la sabiduría de pueblos que ilustran la trascendencia de ello en los ritos de pasaje. Éstos a su vez guardan un valor medular en la historia de las festividades y ceremonias por donde se reproduce la vida cultural de las mismas comunidades.

A las mismas conclusiones se ha llegado a través de ciertas formas de conocimiento moderno. A partir del psicoanálisis jungiano se alerta igualmente sobre la educación afectiva impartida con exclusividad por la madre y se observa en la separación un paso necesario que todo joven tendrá que dar si desea integrar su condición de hombre. En suma, bajo el horizonte de una masculinidad completa y positiva, posible únicamente en la compañía, el seguimiento y la transmisión de saberes de otros hombres, los grupos insertos en esta corriente de las masculinidades retoman la celebración de ritos iniciáticos como uno de los ejes que articulan sus prácticas colectivas.

Tenemos entonces que parte del resarcimiento de los hombres pasa por recuperar a sus padres y subsanar ese vínculo amoroso dañado por la revolución industrial. En un plano simbólico ello significa rescatar del olvido y colocar en el centro de la pedagogía masculinizante a los ancianos de las tribus contemporáneas. Las enseñanzas siempre ejemplares parten, entre otros elementos, de la legitimación de estos poderes vitales, emblemáticos de los guerreros, pero no de aquellos que arrasan y conquistan territorios o pueblos sino esos que sirven para defender las fronteras del reino. Los mismos que se inscriben en la historia personal como energía que, más allá de permitir la mera subsistencia, alienta a la realización de hechos trascendentes. En esta lógica de Bly, la fuerza y el poder pueden rescatarse en esa dimensión positiva que ambas detentan.

1.3.2. El regreso del mito guerrero. El valor de la violencia.

“Existe la difundida creencia de que cualquier hombre con poder es o pronto será, corrupto y opresor. Sin embargo, los antiguos griegos entendieron y valoraron la energía masculina positiva que ha aceptado el poder. La llamaban *la energía de Zeus*, e incluía inteligencia, salud robusta, determinación piadosa, buena fe, liderazgo generoso. La energía de Zeus es la autoridad masculina aceptada en bien de la comunidad” (Bly Robert, 1990: 38).

De igual suerte, tal y como el poder se presenta legitimado, existe un nivel de la fuerza masculina rescatable, más aún, imperativa para estar en el mundo. Una dimensión de la fuerza que permite gritar sin temor a incurrir en actos de dominio y cosificación de otros, pero necesaria para recuperar la ferocidad y ejercitar esa autoafirmación que define lo que se es y se desea. La invocación a la fuerza, entendida así, guarda un lugar preponderante en la obra de Bly. Es la inspiración primaria de la metáfora que articula todo el texto, en donde el joven entra en contacto con el *Hombre Natural*. Es decir con esa dimensión de su propio ser masculino, proscrita por las convenciones de las sociedades civilizadas.

La representación del hombre natural, distinta a la del salvaje, (ese sí capaz de esgrimir su fuerza en un sentido de conquista y destrucción) enseña a resignificar las bondades de encarar positivamente la energía sexual, el instinto cazador, la fiereza y la espontaneidad apasionada. Todos ellos ingredientes imprescindibles para huir del seguro y a la vez enajenante castillo de origen, emprendiendo así el camino hacia la conformación de un hombre más fuerte y pleno. Los argumentos respecto a la benevolencia de la fuerza tienen además de la figura del hombre natural otra imagen que apuntala en positivo su presencia. Se trata de los llamados al *guerrero interior* como emblema de aquellos recursos vitales encargados de restituir los límites que salvaguardan la integridad emotiva, el equilibrio psíquico, la dignidad y la propia individualidad de los hombres. Los espíritus guerreros apuntalan las murallas que circundan nuestros espacios vitales. Esos mismos que el proceso

civilizatorio capitalista se ha encargado de minar, haciendo uso de la culpa y la vergüenza, forjando con ellas un prototipo de hombre llamado por Bly *ingenuo*. Bajo esta imagen se ilustra la forma generalizada de hombre emergente de las entrañas del proceso industrial, debilitado hasta el extremo, en aras de funcionar dentro de un sistema de obediencias así dispuesto. Este ser ingenuo cede y se deja invadir ante poderes que parecen siempre superiores. Resarcir la valía de los guerreros internos supone una salida dignificante a la autoviolencia infringida por los hombres, producto de la carencia de límites que salvaguarden sus fronteras. Recuperarse de esta fuente primaria de malestares e insatisfacción requiere dimensionar, en un nivel positivo, el ejercicio de la guerra, en tanto fuerza que estabiliza las fronteras de la individualidad y permite el intercambio fluido, en términos de equidad entre los hombres y su exterior.

Los mitos guerreros guardan otra interpretación igualmente colocada en la lógica del rescate del lado luminoso de la fuerza y el poder. Bajo la forma de *guerrero exterior*, Bly reivindica en la energía guerrera ese *plus* que transforma las acciones ordinarias de los hombres en aquellas otras destinadas a alimentar la memoria colectiva como hechos trascendentes. Si bien existe este aspecto creador dentro de la figura guerrera, ésta puede también presentar un lado venenoso y por tanto digno de cuidado. La diferencia estriba en el propósito que motiva la acción del hombre de guerra. Si quien emprende la aventura bélica persigue el oro y la fortuna personal o bien se guía por los dictados de un *rey espurio* será únicamente el soldado mercenario capaz de arrasar una aldea y exterminar a la población civil. Dirá Bly, tal cual ocurrió en Vietnam. En cambio perseguir propósitos nobles que sobrepasen la órbita de los intereses particulares e inmediatos, que impliquen un ejercicio disciplinario y de contención, llevará al guerrero a realizar obras sublimes.

La fuerza y el poder tal como se expone en la obra reflexiva de los grupos de hombres

mitopoéticos guardan ese perfil dual por el cual es factible extraer consecuencias benéficas en términos de desarrollo personal, crecimiento, maduración y sobretodo equilibrio emocional de los hombres. Aunado a ello, en el plano de los hechos extraordinarios, son componentes que impulsan la creación artística, el éxito profesional, el mantenimiento del bienestar pleno de la familia, así como otras formas en las que materializa la trascendencia.

Estos argumentos descansan en la premisa que sustenta la violencia como rasgo milenario inherente a la naturaleza del hombre, vestigio de sus días como cazador, transmutado en guerras, pandillerismo, delincuencia y violencia familiar actual. La violencia se encuentra enraizada en esa naturaleza que le es determinante. No obstante, la violencia se envenena y por tanto se agudiza a través de la culpa y la vergüenza, instrumentos que la propia civilización impone al hombre con el propósito de domar al salvaje que lleva adentro. En consecuencia este ser será incapaz de “honrar” dichos atributos, de hacerlos conscientes y por tanto someterlos a la disciplina. La violencia entonces explota amarga, convertida en guerras injustas, pleitos callejeros, mujeres golpeadas, niños maltratados.

En ese sentido, los grupos mitopoéticos aspiran al manejo positivo de estas energías, mediante procesamientos que las devuelvan a la conciencia. Así, las emociones que el hombre ha enterrado en lo más profundo de sus adentros, entre otras las que alimentan la violencia, salen a la luz a través de las invocaciones que se suceden en cánticos, en lectura de poesías y en la escritura de narraciones. Haciendo uso de esas herramientas terapéuticas, el hombre, en compañía siempre de sus pares, es capaz de aprender, más allá del mero reconocimiento de su universo sentimental, a expresarse. En ello reside la clave para el manejo de sensaciones contenidas por largos periodos. Expresar significa identificar y nombrar la ira o la frustración, formular lo antes oculto para así domesticar las consecuencias nocivas que su exposición irreflexiva puede ocasionar. El manejo expresivo

augura resultados positivos, dosifica y al mismo tiempo garantiza la fluidez necesaria que impide la acumulación crónica de los sentimientos, la fuerza y el coraje.

CAPÍTULO 2 LAS CORRIENTES CRITICAS EN MÉXICO Y EL COLECTIVO DE HOMBRES POR RELACIONES IGUALITARIAS.

Este capítulo tiene como propósito dar cuenta del desarrollo de las corrientes críticas en México desde dos perspectivas. La primera, desde una orientación fundamentalmente académica. Es decir, a través de sintetizar algunos aportes teórico, conceptuales y empíricos que sobre los hombres y las masculinidades se realizan en México, desde una opción crítica heredera de los estudios feministas. La segunda, comprender dentro de un contexto más amplio la emergencia del Colectivo de Hombres por Relaciones Igualitarias, Asociación Civil (CORIAC) en tanto experiencia institucionalizada de una corriente de pensamiento y de acciones políticas protagonizada tanto por hombres como por mujeres.

Rescatar la historia y contribuciones de estas dos experiencias guarda el propósito de comprender la situación específica de los sujetos de la presente investigación, ubicarlos dentro de corrientes sociales de mayor envergadura que los contienen y en buena medida los explican. Hombres producto de su tiempo y de su lugar en el mundo, en donde CORIAC y, en general, la existencia de hombres discutiendo críticamente las masculinidades vienen a conformar una estructura de posibilidades que permite a hombres concretos y específicos cuestionar en primera persona el legado y uso del patriarcado.

Con la perspectiva de comprender las condiciones de posibilidad de estos procesos de cambio y permanencia en hombres concretos, la presencia de CORIAC se analiza sobre todo ponderando su propuesta en torno a la violencia. Es decir los aportes realizados a los debates sociales sobre la violencia de género, destacando las estrategias diseñadas para eliminar el uso de la violencia como signo de la masculinidad y como forma legítima de sometimiento de las mujeres y de otros hombres. Se da cuenta de la historia de la organización, los rasgos sobresalientes de quienes conforman su núcleo promotor, los

procesos de institucionalización, su política de alianzas para finalmente detallarse la metodología de los grupos de violencia, experiencia vital para un segmento de los varones que conforman los sujetos concretos de la investigación.

2.1. Origen y desarrollo de las corrientes críticas en México.

En nuestro país, las corrientes de hombres críticos de la masculinidad hegemónica emergieron tardíamente cuando en otros países tenían un par de décadas de existencia. Así, será hasta principios de los años noventa del siglo XX cuando surjan públicamente hombres que comienzan a fundar una tradición. De igual forma, como aconteció en el mundo anglosajón, esta corriente en ciernes se expresará en dos escenarios fundamentales, el mundo de la academia y el plano de la acción colectiva dentro de los espacios de la sociedad civil.

Ello no significa que anteriormente no hayan existido varones preocupados por las injusticias y desigualdades denunciadas desde el feminismo. Se trató de individuos inmersos en dinámicas de concientización aisladas, llevadas a cabo en la privacidad de las relaciones próximas que mantenían con sus compañeras, amigas, amantes o hermanas. Mujeres invariablemente militantes del feminismo. En este pasado próximo de los hombres profeministas, muchos de manera pre-conceptual interpellaron las estructuras impensadas de la sociedad, descubierta en sus sinrazones y sinsentidos. Esta puesta en cuestión de las creencias dominantes trascendía la dimensión puramente racional, implicando una introspección que ponía al descubierto las emociones y sentimientos involucrados. Un camino explorado con anterioridad por las mujeres, quienes desde otras situaciones y

condiciones habían inaugurado dichos espacios como la metodología que permitió desplegar su accionar político.

En los años noventa, la exploración individual encontró cauces comunes. Hombres con inquietudes similares convergieron en espacios que posibilitaron la socialización de esas inquietudes, angustias vitales y malestares. Cuestionamientos que paulatinamente adquirieron nombre y dimensión a la luz de pensamiento feminista. Se integraron así los primeros núcleos donde existió la posibilidad de reconocerse en otros semejantes e iniciar, de manera colectiva, reflexiones que fueron madurando en forma de labores académicas e iniciativas de lo que en un momento se vislumbró como un movimiento incipiente de hombres democráticos. De tal suerte, organizaciones civiles, cuyos ejes temáticos estaban colocados en asuntos diversos como *PRODUSSEP*, comenzaron a impulsar talleres de masculinidad, paternidad, salud y violencia. Otro esfuerzo, el Laboratorio de Exploración de las Masculinidades auspiciado por Daniel Cazés, también convocó las energías de algunos por avanzar en la búsqueda de alternativas; brindando una amplia gama de talleres que incluían reflexiones vivenciales sobre la condición y las identidades masculinas, la violencia entre hombres, las relaciones de pareja, el alcohol y las drogas, entre otros asuntos. En materia de género, estos hombres habían dejado de ser meros acompañantes de las demandas feministas de las mujeres para crear espacios propios, en donde se buscó reflexionar en primera persona y desde esta posición contribuir a las transformaciones del orden desigual de géneros (Ortiz Enrique y Benno De Keijzer) (Cazés Daniel, 2001-2002).

La participación masculina en la producción de ideas e información vino a ser un puntal decisivo para el desarrollo de una corriente de hombres por el cambio, desde donde se tendieron puentes comunicantes con aquellos que trabajaban preponderantemente en la acción político-ciudadana. Este rasgo será una constante que acompaña las tendencias pro-feministas

de hombres en México y en el mundo. Una diferencia clave que los distingue de aquellas otras expresiones, en las que uno de los deslindes expresos se ha hecho con respecto a *las pretensiones intelectuales* de lo denominado peyorativamente como tendencia *blanda* del movimiento de hombres, es decir, los varones cercanos al feminismo.

El nacimiento público de los hombres críticos de ninguna manera se generó de la acción espontánea, a ciencia cierta, tampoco podría decirse que fue obra de la voluntad exclusiva de hombres que un buen día amanecieron con los deseos de relacionarse en términos de igualdad con las mujeres. Detrás de estas acciones se encontraba la animación, las presiones y la urgencia del movimiento feminista por demandar a los hombres avanzar en sus cambios. En México, desde los años ochenta, destacadas académicas como Teresita de Barbieri habían convocado a la necesaria autorreflexión y movilización de los hombres para que estos asumieran sus responsabilidades en las transformaciones del orden desigual de géneros (Entrevista con Eduardo Liendro). Estos llamados explicitaban dinámicas sociales por las cuales las conquistas políticas de las mujeres, la ampliación y profundización de sus derechos, implicaban reacomodos en los arreglos tradicionales de género, en consecuencia un trastocamiento en los estatutos de privilegios y poderes masculinos. Los llamados se hacían con el ánimo de que los varones resignificaran los cambios en términos de compromisos por la equidad, la democracia y la justicia, en lugar de ser interpretados y vividos como amenazas que potenciaran resistencias o reacciones virulentas.

En estos hombres las invocaciones generales tenían concreciones específicas y cotidianas. No era que el movimiento feminista en abstracto les demandase cambiar, las feministas con las que la gran mayoría estaban ligados en pareja, amistosa o familiarmente eran quienes exigían otros arreglos de la vida íntima. De igual forma, tal como lo registran los anglosajones, en México, una constante del brinco a la condición existencial de hombres

críticos del patriarcado, fue el impulso, el incentivo y la demanda que hacían sus compañeras feministas. Daniel Cazés reporta que los hombres llegados a las sesiones del Laboratorio eran enviados mayoritariamente por sus parejas, en ocasiones como un último recurso para darle vida a la relación en términos de equidad (Entrevista con Daniel Cazés). Parecía que lejos de las ensoñaciones ideales, existían, en muchos, razones pragmáticas nacidas de las transformaciones en la cotidianidad protagonizadas por las mujeres, éstas colocaban a los hombres en disyuntivas catalizadoras de procesos de autorreflexión y de cambios en la condición tradicional de género (Entrevista con Juan Guillermo Figueroa).

Por otra parte, buscando los antecedentes de la cultura política de dichos varones, se encontró una militancia común de todos dentro las distintas vertientes de la izquierda y los movimientos de derechos humanos. Ello tiene significado por diversas razones. Uno de éstos refiere a lo que desde la teoría de movimientos y redes sociales se ha denominado como capital político. Ello apunta a una línea de argumentación distinta a las visiones espontaneistas de la acción colectiva. La gente se moviliza porque sabe cómo hacerlo, existe tradición de protesta, un repertorio de acciones que han sido explotados anteriormente y que permanecen como capital que se acumula y se invierte en situaciones nuevas (Tarrow Sydney, 1997). En el caso que nos atañe, esta lógica se expresa en las formas de significación del mundo. Es decir, en los capitales cognitivos que desde la izquierda o los derechos humanos se decantaron para explicar situaciones diferentes en clave de desigualdades e injusticias. Mirar desnaturalizadamente las desigualdades entre mujeres y hombres implicó un proceso deconstructivo de categorías y conceptos, valores y normas, a través de los cuales los hombres pudieron observar la injusticia en la medida que contaban con recursos intelectuales previos. Además, la tradición de izquierda proporcionó una clave central por la cual el conocimiento se concibió como una herramienta para transformar la

realidad. De esta forma, analizar las relaciones de género implicó la posibilidad de subvertir los contenidos enajenantes, desiguales y opresivos de las relaciones entre mujeres y hombres, entre mujeres y entre varones.

Estos hombres albergan cierta experiencia en el activismo, la militancia o la dirigencia en movimientos, partidos políticos y grupos de la izquierda, así como vivencias en la lucha por los derechos humanos. Este dato muestra un elemento interesante de exploración, el de las rupturas y la posibilidad de la deconstrucción. En sus narraciones, muchos de estos hombres hablaron de desencantos múltiples con la izquierda.

Los hombres encontraron en la izquierda una ausencia de respuestas a cuestiones personales, la intimidad era pequeño burguesa, los sentimientos y los problemas de la vida diaria jamás tuvieron lugar en las reuniones de célula, los mítines o las huelgas. Por otra parte, los militantes y dirigentes de esas izquierdas presentaban singulares incongruencias entre su quehacer público y el privado. Entre sus discursos y sus comportamientos que empezaban a resultar sospechosos y a ser motivos de desaliento entre estos varones que, paulatinamente orbitaron a mayor distancia de este tipo de activismo. “En Chile durante los ochenta, -comenta Eduardo Liendo- la lucha contra la dictadura totalizaba las discusiones de la izquierda, ello resultaba extremadamente despersonalizado. Si a eso le agregabas el hecho que te encontrabas con dirigentes políticos que hacían llamados a la revolución, a derrocar al dictador (Pinochet) y en su casa se comportaban tiránicamente con sus mujeres e hijos, eso te hacía pensar en que existían fuertes contradicciones” (Entrevista con Eduardo Liendo).

La izquierda proporcionó valores, recursos cognitivos y experiencia política pero al mismo tiempo dejaba cuestionamientos básicos sin respuesta. La opción que muchos

eligieron fue la proximidad con el feminismo y la urgencia que desde ahí se planteaba para realizar una autorreflexión conducente al cambio de los hombres.

Otro elemento crucial en las historias de estos varones se relaciona con la paternidad. “Con el nacimiento de mi hija Tania se me movió todo el tapete -recuerda Roberto Garda- eso me hace comenzar a buscar espacios en donde pudiera platicar con otros papás y compartir la experiencia” (Entrevista con Roberto Garda). Frente al hecho vivido de contar con parejas insertas en el mercado laboral extradoméstico y ante dinámicas poco convencionales de familia, las paternidades de estos hombres tuvieron que ajustarse a nuevas realidades y ensayar aproximaciones distintas a las clásicas del padre proveedor. Los replanteamientos en torno a las paternidades alternativas, dentro de esquemas que involucraran activamente a los hombres con sus hijas e hijos, constituyó uno de los temas que convocó las reflexiones más allá de la misma paternidad para conducir a replantarse de manera integral las distintas dimensiones implicadas en la masculinidad hegemónica. Al calor de promover nuevas paternidades, las divisiones público/privado y las prescripciones dadas a los hombres de encontrar su realización fuera del espacio doméstico comenzaron a ser objetos de un análisis crítico y la búsqueda de caminos alternos. En ese sentido, la exploración de la condición paterna de los varones constituyó otro de los ejes del trabajo, de los procesos de autoconciencia y desmontaje protagonizados por los núcleos pro-feministas.

De igual forma, la paternidad conforma uno de los temas centrales de la agenda política, así como uno de los temas explorados con mayor interés dentro de los estudios de las masculinidades críticas. Así, serán preocupaciones del acontecer cotidiano, de las experiencias que conforman el ámbito de la vida privada e íntima lo que vertebrará el quehacer de estos hombres. Las sospechas de apropiarse y dedicarse a imitar la historia de las mujeres parecían del todo legítimas. Los grupos de autoconciencia, la publicación de

testimonios o declaraciones personales (Cazés Daniel, 2001-2002) además de esta politización y academización de lo privado mostraba la reutilización que los hombres hicieron de la metodología feminista. Esta imitación, con los riesgos expropiatorios potenciales, mostró, por otra parte, la efectividad de las herramientas ya probadas y por otro, testimonió la herencia y adscripción que estos hombres hicieron respecto a las corrientes del feminismo.

De tal suerte, de manera excepcionalmente minoritaria, la tendencia de hombres críticos fue abriéndose paso como quehaceres académicos y políticos-ciudadanos, alimentándose de los temas, problemas y preocupaciones que se gestaban en las dinámicas privadas de la vida. Aquellos que los actores de la política *institucional* y *contenciosa*¹³ consideraron intrascendente y los científicos sociales poco relevante para convertirse en centro de reflexiones. La dimensión privada, donde las condiciones y especificidades de género emergían con mayor nitidez, se develaron como el eje prioritario de los análisis propiamente académicos y de las ocupaciones políticas de género que grupos como CORIAC impulsaron.

Estos dos ámbitos, como se ha insistido, guardan conexiones muy estrechas. No sólo en términos de fundamentos éticos y epistemológicos sino, además, por el hecho de que muchos de estos hombres mantienen un pie en la academia y otro en la acción social. Pero más aun, todos los consultados sin excepción pasaron por las aulas universitarias, en dónde muchos encontraron por primera vez las categorías y los conceptos que resignificaron en otros contextos, las intuiciones, sensaciones y malestares ya experimentados. Una parte significativa de entrevistados ponderó su experiencia escolar como uno de los detonantes

¹³ Esta distinción analítica la plantea Sidney Tarrow para diferenciar las formas y contenidos de la política protagonizada por los actores institucionalizados, fundantes del sistema político y de aquellos otros emergentes de espacios sociales propiamente no políticos tales como los movimientos y otras expresiones de la acción colectiva.

para iniciar su tránsito hacia el feminismo y el trabajo de género. (Entrevistas con Roberto Garda y Eduardo Liendo).

En las universidades estos varones entran en contacto con académicas en cursos, seminarios o programas de investigación en los que encuentran los instrumentos teóricos y metodológicos de una corriente, desconocida para algunos, que hacía visible y denunciaba aspectos de la vida y de las relaciones sociales marcadas por la desigualdad entre mujeres y hombres. Su propio quehacer académico aunado a ciertas preocupaciones personales les hacen descubrir y posteriormente dimensionar con sus respectivas especificidades, la existencia de mujeres y hombres que comienzan a poblar sus problemas y temas de investigación, reconociendo los poderes inmersos y las jerarquías ocupadas por cada cual.

Tenemos entonces que la tradición ilustrada de esta corriente se remonta a sus propios orígenes y da cuenta de la condición de sus protagonistas en tanto sujetos formados académicamente. Ello constituye un rasgo permanente que se dejará sentir en el diseño y en la operación de proyectos sociales de grupos como CORIAC así como en el desarrollo de investigaciones y estudios sobre la condición de género de los hombres en México. En esa medida, el seguimiento del estado que guardan los debates al interior de esta tendencia, a diferencia de otras perspectivas que sólo se expresan como un condensado de denuncias y reivindicaciones, presenta la complejidad que significa exponer las líneas de exploración de una tradición académica en ciernes. De un discurso que busca crear o utilizar conceptos y categorías, demostrar y explicar fenómenos de la vida social. Pero que al mismo tiempo es una tradición entreverada con lógicas de acción colectiva, con aspiraciones e intenciones políticas.

2.2. Los aportes al conocimiento de los hombres y las masculinidades mexicanas

Como hemos dejado asentado más arriba, en México una de las preocupaciones convertida en materia de acción y reflexión tanto académica como política ha sido el asunto de las paternidades. En ese sentido, uno de los objetivos de los estudios de género ha sido avanzar en la conceptualización de la condición hegemónica de la paternidad ejercida en México. Conocer las repercusiones en los hombres, en sus parejas y en sus hijas e hijos de formas caracterizadas por la lejanía, la ausencia de afectos fluidos y las tendencias al autoritarismo. En suma, develar la pobreza de los vínculos que los hombres suelen establecer como padres y las implicaciones, en términos de poder, de estas relaciones vertebradas bajo la jerárquica género/etaria.

Asimismo, estos estudios, en buena parte realizados por investigadoras, no sólo se enfocan en develar las modalidades que en nuestro país cobra la paternidad hegemónica, además de ello se han centrado en encontrar las formas en que las paternidades se transforman, las razones por las que ello sucede, las formas en que ocurren y los espacios sociales donde acontece. Como veremos con mayor detalle en el capítulo siguiente, estos estudios, tanto cualitativos y cuantitativos, han develado, entre otros aspectos, que los cambios operan de forma gradual y se verifican particularmente entre jóvenes de clase media con altos niveles educativos. Son paternidades comparativamente más próximas con sus hijos que aquellas de las generaciones que les precedieron; más afectuosas y vinculadas en términos de responsabilidad que la vivida en su propia experiencia con respecto a sus progenitores. Sin embargo, dicha proximidad parte de una selectividad de actividades por la cual los padres deciden estar presentes en tareas de índole recreativa, deportiva o de

esparcimiento, especialmente cuando estas actividades competen a los hijos varones. De tal forma, la presencia más integral de los padres en la educación, la crianza afectiva y la alimentación, entre otros aspectos que implican mayor responsabilidad sigue siendo un pendiente aún dentro de los hombres colocados en la punta de los cambios dentro del eje de la paternidad (García y de Oliveira, 2001; García y de Oliveira, 2005; Esteinou, 2005; Rojas, 2000).

Sin embargo, los estudios tienen también una dimensión prescriptiva, de esta forma vinculados a las experiencias insertas en la dimensión social y política se ha desarrollado una preocupación por buscar alternativas de paternidad a partir de diseñar modelos de re-educación en torno a paternidades afectivas y equitativas, en donde se profundice en la corresponsabilidad y sobre todo en los placeres derivados de una proximidad íntima y amorosa tanto con hijas como con hijos (CORIAC, Lineamientos Institucionales).

De las implicaciones de estas nuevas formas de ser padres se han develado algunas posibles tensiones y contradicciones con el pensamiento feminista, especialmente por la factibilidad de tematizarse en términos de derechos. Esta posición, alertan algunas feministas, se asemeja a las expresiones de los grupos conservadores en los Estados Unidos, cuya bandera emblemática ha sido apelar al resarcimiento de los derechos de los padres, pisoteados, según estos, por las mujeres¹⁴.

Diseñar categorías analíticas y metodológicas que permitan diseñar políticas que, de forma integral, conviertan el terreno de la sexualidad y la reproducción en puntal de relaciones incluyentes, democráticas e igualitarias, pasa por una discusión académica, ética

¹⁴ Para ilustrar la posición de las organizaciones de lucha por los derechos de los hombres se pueden consultar las siguientes páginas de Internet: National Center for Men (www.nas.com/c4m), Men Defense Association (www.mensdefense.org), National Organization for Men (www.tnom.com), entre otros, además del apartado de esta tesis referente a estas corrientes opuestas al feminismo.

y política, donde se precisa la perspectiva de los hombres. No obstante, las posiciones que buscan reposicionar a estos en el debate se expresan heterogéneamente en un cauce de argumentos que por momentos tienden a yuxtaponerse. Resulta una discusión en la que concurren diversas lógicas que van desde aquellas que niegan la legitimidad de vindicar mayores derechos para los hombres hasta otras que pugnan por la universalización de los derechos sexuales, independientemente del género. Unas más, enfatizan en el cuestionamiento a los estereotipos dominantes de hombre y pugnan por la implementación de modelos educativos no sexistas como el único derecho reclamable por los varones. Finalmente, otros, desde una posición distinta, reconocen la factibilidad y necesidad de definir los derechos para las personas de ambos sexos, desde un esquema donde se reconozca la especificidad de sus experiencias y de los intercambios desiguales que establecen (Figueroa Juan Guillermo, 2000).

La controversia que se desprende de esta última aproximación se encuentra en la necesidad de corresponsabilizar a los varones en los diversos aspectos relacionados a la salud sexual y reproductiva. Esta postura devela, en contraparte, la factibilidad de debatir y sobre todo explicitar una serie de derechos, históricamente conquistados por el movimiento de mujeres, como parte de reivindicaciones a la que hombres tendrían acceso y podrían en cualquier momento apelar. Se pone a discusión entonces la viabilidad de sancionar jurídicamente los deseos sexuales, la anticoncepción, la decisión sobre la paternidad, el número y el esparcimiento de los hijos, el aborto, así como el cuidado de los hijos, como parte de un legado de derechos que tanto mujeres como hombres podrían, indistintamente, ser considerados como los sujetos. Derechos fruto de largos años de movilizaciones y acciones colectivas de las feministas que hoy pueden ser extendidos a los hombres.

Un planteamiento así mostró dificultades prácticas para poder diferenciar analítica y normativamente los límites entre derechos y privilegios, en el marco de un sistema de géneros que ha hecho de la sexualidad y la reproducción campos constitutivos de la desigualdad y de la supremacía masculina. Si bien se busca que los hombres se responsabilizaran de estos ámbitos, el riesgo de reempoderarse dentro de un territorio fundamental para la lucha por la equidad está siempre presente.

De esta manera, en México, reivindicar los derechos de los hombres ha producido recientemente las primeras expresiones organizadas que movilizan a unos cuantos en contra de lo que señalan como injusticias en contra de sus derechos de padre. Así, como ha sucedido con antelación en los países anglosajones la *patria potestad* dispara acciones concertadas de hombres, quienes ante lo vivido como agravios reaccionan con virulencia, elaborando discursos victimizantes de los varones y culpabilizantes de las mujeres. Estos conflictos resultan el producto de la indiferenciación entre necesidades, derechos y privilegios que autores como Juan Guillermo Figueroa apuntan al analizar los derechos sexuales y reproductivos bajo la perspectiva de los varones (Figueroa Juan Guillermo, 2001).

En otro orden del debate, la exploración sobre las masculinidades dentro de esta perspectiva crítica, analiza las formas hegemónicas del ser masculino en nuestro país para plantear algunos de los rasgos que han hecho de la misoginia y la homofobia la patria cultural de los hombres en México. Planteamientos donde el tiempo, en tanto convención social, se analiza en sus componentes patriarcales y se devela al transcurrir del hombre como la narrativa de la violencia, la guerra o el dominio sobre la naturaleza. Un tiempo que excluye los tiempos de la intimidad, la equidad y el reconocimiento de las mujeres y sus contribuciones (Cazés Daniel, 2001).

Las aportaciones a la reflexión metodológica de algunos aportes de carácter teórico trascienden lo exclusivo a la creación de conocimiento para abordar implicaciones éticas y políticas de los estudios de género. En ese sentido, autores como Daniel Cazés, al hacer un recuento de las categorías para el análisis de las masculinidades -entre las que enuncia el carácter social, la idea de los pactos patriarcales y la centralidad del concepto dominio- pondera igualmente elementos ético-políticos como parte integral de la perspectiva de género. Cazés subraya el continuo de los estudios feministas dentro de una tradición crítica del pensamiento, por lo que resultan una vía de conocimiento en la que se devela el carácter transformable de la realidad. Traducido a las relaciones entre mujeres y hombres, ello significa que éstas no guardan un principio inmutable, sino, en tanto arreglos de poder, son susceptibles de transformarse. Finalmente, otro aspecto relevante que el mismo autor apunta es un recordatorio para los varones que estudian a los hombres desde visión de género. El recordatorio es tener presente y reconocer que los estudios sobre los hombres han sido posibles gracias a las categorías y las herramientas metodológicas provenientes de la teoría feminista, asunto que suele ignorarse, debido a la persistente misoginia intelectual que suele permear aún en hombres que se asumen de avanzada. Aunado a ello, llama a cobrar conciencia de las consecuencias de aceptar financiamientos y ocupar espacios en detrimento de las investigaciones de y para las mujeres. El llamado cobra sentido por las tendencias globales de los financiamientos, públicos y privados, en las que la inclusión de los varones se ha vuelto una prioridad en muchos proyectos de género, lesionando el desarrollo de aquellos propios de las mujeres que ven disminuidas sus aportaciones vitales (Daniel Cazés, 1998).

Otra de las líneas de investigación y estudio que se han abordado sintetizan lo que hasta ahora han sido algunas de las experiencias de hombres insertos en espacios sociales donde se procura equidad e igualdad. Son algunas sistematizaciones hechas a propósito de

los alcances y limitaciones de los espacios de hombres con trabajo de género. En éstos quedan asentadas algunas de las constantes que, a lo largo de las múltiples experiencias de este tipo suelen prestarse. Entre ellos, los recurrentes temores a la homosexualidad y la falta de recursos para desentrañar afectos y emociones, la persistencia de relaciones de competencia por los liderazgos y las tendencias a privilegiar la argumentación racional en detrimento de otras vías de introspección (Cazés Daniel, 2001-2002). Paralelamente, en la lógica de los logros, se ha registrado la posibilidad de generar lazos de confianza, de reconocer, en la compañía de los otros, el desarrollo precario de la estructura afectiva, reconocer el miedo a la proximidad y la vigencia de los imperativos de probar a toda costa la autoridad y el poder como sinónimos introyectados del ser hombre. Este hacer consciente los aspectos dañinos de la virilidad ha permitido el surgimiento, en el seno mismo de estos grupos, de convicciones por los cambios, del reconocimiento de los gozos posibles de la equidad y de las ganancias de vínculos afectivos exentos de dominios y opresiones que degradan a las unas y a los otros (CORIAC Video "Qué ganamos con cambiar", 1998 y 1999).

Durante los años noventa se produjeron algunos acercamientos que intentaron, a través de aproximaciones diversas, ubicar los cambios así como las permanencias en la condición de género de los hombres mexicanos. Uno de estos trabajos de carácter etnográfico fue realizado por el antropólogo estadounidense Matthew Gutmann dentro de una colonia popular al sur de la ciudad de México. Bajo el subtítulo de *ni macho ni mandilón* Gutmann advierte en ambos arquetipos vacíos, clichés sobre la masculinidad mexicana anacrónicos y sobre todo carentes de utilidad para explicar la realidad de los hombres de clase trabajadora en sus diversas dimensiones, es decir, en tanto padres, amigos, esposos y amantes.

A partir de un relato construido por su vivencia cercana con quienes se constituyeron tanto en vecinos como en sujetos de su investigación, Gutmann recorre en primera instancia las expresiones de las paternidades de los pobladores de Santo Domingo y encuentra que el mito del macho ausente e irresponsable de sus tareas como padre refiere justamente a una realidad rebasada. Las transformaciones estructurales provocadas por el proceso de modernización en el país, señala, trastocaron significativamente las relaciones de género, en particular dentro de las clases populares donde esos estereotipos tienen poca factibilidad. De esta forma muestra cómo la clase social representa en México una variable que encierra comportamientos diferenciados entre los hombres respecto a su paternidad; siendo en las clases populares, en donde, quizá la necesidad económica orilla a los hombres a compartir mayores responsabilidades con sus compañeras y mantener una proximidad con sus hijas e hijos respecto a su cuidado y atención (Gutmann, 2000).

Sin embargo, esta proximidad de acuerdo al relato tanto de mujeres como de los hombres de la colonia debe ser matizada por otras variables como origen de los padres, siendo, para la percepción de muchos, la diferencia campo-ciudad una de los factores que determinan la cercanía y el mayor compromiso de los hombres con sus hijas e hijos. “En el pueblo, los hombres son unos verdaderos salvajes. No levantan un dedo para ayudar con los niños o con el quehacer de la casa”. Testimonio cuya consecuencia opuesta apunta hacia señalamientos en donde el origen chilango presupone un menor machismo y por ende una actitud menos irresponsable respecto a la paternidad (Gutmann, 2000: 102).

Gutmann analiza otras dimensiones por donde se configura la identidad masculina tales como la sexualidad, el trabajo, el trabajo doméstico, la violencia y el alcohol. En cada uno de estos espacios y experiencias vitales el autor desentraña una serie de contradicciones por las cuales los habitantes de la colonia Santo Domingo, hombres y

mujeres, son sujetos cuya autopercepción identitaria comienza a ubicarse más como una suerte de procesos transitorios e indeterminados y menos como referentes inmutables anclados a la naturaleza. Esta conciencia contradictoria se expresa en una suerte de flexibilización de actividades y creencias que con anterioridad se pensaron exclusivos de uno u otro género. Así, asuntos como la ingesta de alcohol o el trabajo en la casa se presentan hoy como actividades que en mayor o menor medida involucran tanto a hombres como a mujeres. En consecuencia, las categorías de macho o mandilón y otras más con las cuales se pretende clasificar y determinar la condición existencial del hombre mexicano resultan ejercicios que esencializan atributos que son excedidos en la realidad por la puesta en prácticas de masculinidades concretas. Prácticas que, en el caso particular de los habitantes de la colonia Santo Domingo, oscilan entre la conciencia heredada del pasado y aquella que se gesta al calor de las transformaciones que acontecen en el mundo (Gutmann, 2000: 345).

Un elemento sobresaliente del trabajo etnográfico de Gutmann es el reconocimiento de los factores estructurales en las modificaciones de la condición de género de los hombres; más allá de estas referencias estructurales, Gutmann reconoce en las particularidades de las mujeres de la colonia Santo Domingo un elemento determinante para explicar las tensiones existentes en la identidad masculina, sobre todo en esos movimientos por los cuales los varones se desplazan de los lugares tradicionales para asumir comportamientos modernos, tendencialmente más democráticos. Por circunstancias históricas derivadas del poblamiento y la urbanización del lugar, la participación social se convirtió en herramienta de primer orden para la regularización de la tenencia de la tierra así como para la introducción de servicios básicos tales como el agua, el drenaje, la electricidad y las vialidades. En ese sentido, la experiencia de apropiarse del territorio y hacer de éste un lugar digno para habitar tuvo en las mujeres a sus protagonistas fundamentales. De esta forma, reporta Gutmann, las mujeres de

la colonia han tenido una participación decidida y han conformado una fuerza importante no sólo de la base social sino de las dirigencias de todas aquellas organizaciones urbano populares que tuvieron presencia en la zona.

En términos de las relaciones de género, ello impactó en las dinámicas privadas, y en cierta medida orilló a los varones a compartir algunas responsabilidades históricamente ligadas al campo de lo femenino y de las mujeres. Esto y la participación cada vez más importante de las mujeres en el campo del trabajo remunerado y la presencia de organizaciones feministas en la colonia, han sido elementos que contribuyen en la configuración de nuevas formas de ser mujer, de nuevas ideologías, creencias y relaciones sociales que han terminado por impactar en la identidad de los varones.

Otro esfuerzo por dar cuenta de la condición de los hombres en nuestro país así como por abordar los significados de las masculinidades se encuentra en el trabajo realizado por Nelson Minello para su tesis doctoral llamada *La masculinidad en México al fin del milenio* (2001). Una de las novedades y los aportes del trabajo radica en el método elegido para desentrañar el sistema de significados de los hombres mexicanos respecto al hecho de “ser varón”. En primera instancia, Minello recurre al análisis censal para trazar, a partir de ciertos indicadores estructurares, un acercamiento al perfil de los hombres mexicanos, dar cuenta de algunos cambios y la permanencia de atributos que perduran a lo largo del tiempo. A partir de datos cualitativos, el autor define ciertos rasgos que establecen constantes y generalidades de los hombres hoy en día. “En resumen, es un hombre que llega a la tercera edad, urbano y generalmente casado/unido y que vive con su cónyuge y sus hijos/as. Es asalariado en la microempresas, generalmente en el sector de los servicios y gana como máximo tres salarios pero trabaja casi 45 horas semanales en promedio. Sabe leer y escribir y buena parte de ellos alcanza una escolaridad de secundaria incompleta. Mantiene muchos

rasgos de la imagen tradicional del hombre: es el jefe del hogar, proveedor principal sino único; tiene rasgos homofóbicos; políticamente se declara partidario de los cambios pero graduales, tiene una religiosidad difusa y asiste poco a la iglesia o templo, pero cree en la suerte, en la Virgen de Guadalupe y en los santos” (Minello, 20001: 4).

Además de los datos censales, Minello relee algunas de las novelas y ensayos más representativos de la literatura mexicana¹⁵ con el objetivo de encontrar las diversas formas de ser varón, que autores y autoras han consagrado en sus textos. Pero no únicamente persigue recrear las diferencias y los matices con los cuales se plasma, dentro de la ficción, la condición de masculina, además el autor busca develar la relación entre ciertos personajes con categorías sociales tales como el hombre campesino, el terrateniente, el político de la revolución, el burócrata, entre otros. Tanto la novela como el ensayo no sólo pueden ser interpretados como recreaciones del perfil masculino de los mexicanos, al mismo tiempo, son esfuerzos que han contribuido a inventar ese imaginario de varón que se sedimenta y se encarna en forma de ideologías y prácticas *naturales* y normalizadas de los mexicanos. La literatura en esas dos modalidades elegidas por Minello no sólo consagran una amplia gama de posibilidades de ser hombre, en el orden de las generalidades, apuntan rasgos compartidos de la masculinidad mexicana tales como la conquista de las mujeres y la dominación sexual (Minello, 2001: 62).

Otra de las modalidades empleadas para el estudio del *ser de los hombres* refiere a herramientas más comunes utilizadas en las ciencias sociales tales como la entrevista a profundidad y la encuesta autoaplicada. A través de estos métodos Minello realiza una

¹⁵ Se trata de El Periquillo Sarmiento (1812) de José Joaquín Fernández de Lizardi; Al filo del agua (1947) de Agustín Yañez; El libro vacío (1958) y Los años falsos (1982) de Josefina Vicens; La muerte de Artemio Cruz (1952) de Carlos Fuentes; Pedro Páramo (1955) de Juan Rulfo. En cuanto al ensayo retoma El perfil del hombre y la cultura en México (1934) de Samuel Ramos; Realidades mexicanas (1946) e Isagoge sobre lo mexicano (1952) de César Garizurieta; El laberinto de la soledad de Octavio Paz y por último El mexicano, psicología de sus motivaciones (1977) de Santiago Ramírez.

comparación entre tres generaciones distintas con el propósito de identificar, a lo largo del tiempo, los cambios y las constantes en las autopercepciones de los varones respecto a su propia masculinidad. Todos son varones urbanos nacidos o asentados la mayor parte de su vida en la ciudad de México quienes además comparten el rasgo particular de haber o estar cursando (en el momento de la entrevista) algún estudio universitario.

Una de las características que permanecen inalteradas y cruzan las distintas generaciones está relacionada con la estabilidad del modelo tradicional de familia constituido de padre proveedor y madre *ama de casa*, así como de los valores asignados a cada uno de los progenitores de acuerdo a esquemas añejos impregnados de conservadurismo. Abnegación, sacrificio, amor, relacionados con la madre; responsabilidad, honestidad, disciplina, trabajo y protección para el padre. Otro elemento que trasciende el tiempo y se vive prácticamente igual refiere a la homosociabilidad como una práctica preferente entre varones de distintas edades. Los varones procuran a otros, sus pares, para compartir la intimidad, la fiesta, los éxitos y el trabajo, aunque, entre las generaciones más jóvenes se están abriendo lentamente condiciones para una mixtura social más aceptada y posible.

De igual manera, en términos de las constantes, los hombres de esta investigación, todos heterosexuales, asumen como valor fundamental de la vida el tener pareja. De acuerdo con el análisis de Minello, los varones son incapaces de verse en el presente o, en el caso de los jóvenes de vislumbrar un futuro, sin la existencia de una compañía femenina encargada de su alimentación, cuidado y, por supuesto, la satisfacción de sus deseos sexuales (Minello, 2001: 129). Aunque entre los jóvenes, al menos por lo que respecta en el ámbito de los valores, se expresa un fuerte disenso con relación a la fórmula tradicional del machismo de la *casa grande* y la *casa chica*, los jóvenes parecen identificarse más con la idea de la fidelidad y el compromiso estable con una sola mujer y apartarse de los principios de hombría

asentados en la infidelidad y la procreación de numerosos hijos e hijas.

Para cerrar las reflexiones en torno al trabajo de Minello, cabe destacar una de sus contribuciones al estudio de los hombres en México. Esta aportación se deriva de su propuesta metodológica donde el *contrapunto*, la voz de las mujeres se convierte en recurso central para definir la condición masculina. La masculinidad no constituye un proceso de autodesignación, por el contrario, como señala el autor, se construye en un *conflicto de voces*, es decir, por la intersección de los géneros, de ahí la relevancia de escuchar la opinión de las mujeres. Estas voces, recogidas a partir de entrevistas y encuestas realizadas por diversas investigadoras, ayudan a relativizar el estereotipo del varón mexicano: proveedor, duro, sin emociones, preocupado únicamente por el mundo público y displicente del privado (Minello, 2001: 108). Mediante el contrapunto femenino, Minello encuentra una visión más compleja, rica y contradictoria de los hombres por la cual es factible observar que estos puedan, en ocasiones, expresar ternura y emoción y, otras tantas, ser duros y distantes. Igualmente, a partir de estas visiones se registran modificaciones en el pensamiento y la conducta de los varones, los cuales se alejan del modelo clásico conforme a su pertenencia a generaciones más jóvenes, el factor tiempo vuelve a considerarse un determinante en la concurrencia de los cambios en la condición de género de los hombres.

Finalmente y dentro de lo que se está configurando como una generación nueva de hombres, algunos formados directamente por aquellos pioneros en los estudios críticos de las masculinidades, nos encontramos con una diversidad de temas que exploran preocupaciones hasta ahora ausentes de los análisis sobre masculinidades. Abordajes que hablan de las sexualidades en sus múltiples expresiones, dentro de enfoques que comienzan enfatizando las condiciones y situaciones de los sujetos y sus sexualidades. Los estudios

*queer*¹⁶, es decir, aquellas sexualidades alternativas a la heterosexualidad dominante que se suscriben abiertamente dentro de la tradición feminista de género, los cuales acercan dos campos de estudios próximos que habían caminado por sendas paralelas: el de los homosexuales propiamente dicho y el de las masculinidades críticas pero con subtexto heterosexual.

Por último, resta mencionar otros estudios sugerentes que tienen en el juego y más propiamente en la *deportivización* de la sociedad, el punto de arranque para indagar los cómo y los qué del juego entre varones. En un análisis que da cuenta de las especificidades de las condiciones y situaciones existentes que hacen del juego y de sus significaciones una cosa para los trabajadores de la industria automotriz y otra distinta para empleados de la bolsa de valores o para jóvenes que invierten su tiempo y dinero en las proximidades virtuales de la guerra electrónica. El examen desacraliza la inocencia del deporte y lo inserta dentro de un ejercicio interpretativo desde donde se revela su carácter recreativo que, más allá de lo meramente especular, remite a uno de los espacios que configuran la humanidad y sus géneros. Es el deporte como uno de los ordenadores de la masculinidad agresiva, misógina y competitiva, plásticamente puesta en movimiento en cualquier torneo de fútbol o en el inteligente deporte del ajedrez. Eventos que trascienden a los meramente involucrados para arrastrar a la humanidad por entero en la experiencia deportiva de veintidós hombres disputándose el balón. Varones que viven la intensidad de un domingo de hazañas atléticas detrás del aparato televisivo, rituales semanales, anuales u olímpicos por los que la existencia individual y colectiva adquiere valor y razón de vivirse sólo por y para la emoción deportiva (Entrevista con Fernando Huerta).

¹⁶ Un ejemplo de la afluencia notable de trabajos de investigación en torno a las sexualidades alternativas tratadas en el ámbito antropológico se puede encontrar en la revista *Desacatos*, No. 6, Primavera-Verano 2001.

Por los temas expuestos transcurre el desarrollo de una tradición en ciernes, una práctica relativamente novedosa, a través de la cual, los hombres emergen investidos de una particularidad generalmente soslayada pero sustantiva de lo que son y de lo que hacen. Visiones inaugurales de una corriente que reúne a hombres dentro de ciertos principios éticos, políticos y teóricos, más o menos compartidos, teniendo como sus referentes analíticos a otros hombres o a ellos mismos. Experiencias con consecuencias éticas y políticas que, como se verá en el siguiente capítulo, han posibilitado el ensayo de nuevas formas de ser hombre a través de la puesta en cuestión del modelo hegemónico a partir de los nudos problemáticos colocados en el trabajo, la paternidad, la sexualidad y la violencia.

2.3. El Colectivo de Hombres por Relaciones Igualitarias

2.3.1. Origen y desarrollo

Hacia principios de los años noventa, cuando inician y se hacen públicas las preocupaciones académicas y políticas de los hombres por fijar su posición en los debates de género, uno de los núcleos nacidos para discutir las *implicaciones* de la masculinidad dominante y la violencia, inaugura una dinámica por la que su hacer como grupo de autoconciencia informal apunta hacia la conformación de un referente organizativo de carácter institucional. Se trata de una experiencia inédita y sobre todo, de lo que constituirá una de las iniciativas protagonizada por hombres mejor consolidadas y con mayor trascendencia dentro del espectro social de género en nuestro país.

Los orígenes de CORIAC se encuentran justo en el encuentro de diversos hombres que, desde la academia y la participación en organizaciones civiles feministas, venían trabajando temas relacionados con el género. Se trató de individuos con formación

universitaria, próximos al feminismo y a las feministas, cuya trayectoria, sin embargo, orbitó alrededor de la agenda de las mujeres, sin aún ubicar ni hacer visibles las implicaciones de su condición de varones en el ejercicio de esos quehaceres. Individuos, uno, que trabajaba con mujeres violentadas en la Asociación Mexicana de Lucha Contra la Violencia a la Mujer, A.C. (COVAC), otro, encargado del seminario permanente sobre masculinidad en el Programa Universitario de Estudios de Género (PUEG) y, otro más, también en el ámbito universitario, colaborando en proyectos de investigación con académicas feministas.

Hombres con recursos intelectuales, sensibles política y éticamente a las demandas de equidad e igualdad pero quienes carecían de referentes propios para contribuir a la discusión y generación de propuestas de acción pública desde su especificidad de hombres. El encuentro entre ellos ocurre animado por la intervención de una de las figuras del feminismo más respetada por lo que refiere al núcleo fundante de CORIAC: Marcela Lagarde. A propósito de una plática impartida por Francisco Cervantes¹⁷ acerca de un modelo de atención a la violencia en los Estados Unidos, ella convoca a los varones presentes a hacer algo, a hacerse cargo de la violencia de género (Entrevista con Eduardo Liendo). El llamado, eco de uno de los reclamos feministas a los hombres, surte efecto y abre la puerta para la construcción de lo que en un principio comienza como núcleo de reflexión y transformación colectiva para quienes compartían el deseo de mejorar sus formas de vida y sus relaciones con las mujeres.

En 1991 el grupo que, posteriormente conformará CORIAC, inicia sus trabajos dentro de una línea de concientización y apoyo mutuo de hombres que semanalmente se congregaron, de manera voluntaria, con el objetivo de explorar la masculinidad y su responsabilidad en la eliminación de la violencia doméstica. De esta manera, CORIAC, como

¹⁷ Francisco Cervantes es uno de fundadores de CORIAC y actualmente uno de sus responsables.

buena parte de las agrupaciones civiles en México, nació como una *organización blanda*. Es decir, una carente de estructuras organizativas formales, con una agenda mínima de trabajo y sin requisitos de ingresos ni políticas de membresía que aseguraran la obligatoriedad de sus participantes. A pesar de lo precario de su organicidad, estos hombres mantuvieron una convocatoria constante, un núcleo de participantes que, aún con sus múltiples ocupaciones y obligaciones, pudieron imprimirle esa continuidad a las labores, a lo largo de los dos años que transcurrieron previos a su consolidación institucional.

A pesar del carácter voluntario y de ser un pequeño grupo de autoconciencia, algunos de sus más decididos promotores, comienzan a buscar una asesoría más estrecha con el Man Allied Against Living In Violent Environments (MANALIVE) de San Francisco California, el programa de intervención con hombres violentos que conocían con anterioridad. Durante 1991 y 1992, Francisco Cervantes y Eduardo Liendro, fundadores de la organización, viajan a los Estados Unidos para conocer el modelo en vivo y Antonio Ramírez, autor y figura clave del MANALIVE, imparte en México cursos y pláticas. El resultado es un proceso de capacitación que culmina con la impartición de un taller ofrecido por la organización norteamericana, donde al final se anuncia la constitución en México del Programa de Reeducción y Compromisos Responsables para el Hombre Violento, durante noviembre de 1992 (Cervantes Francisco, 1998).

En 1993, después de conocer y sistematizar el modelo de MANALIVE, de realizar las adecuaciones necesarias para llevarlo a cabo en nuestro país, arranca lo que hasta la fecha constituye el programa de apoyo a hombres que desean poner freno a su violencia. El eje fundacional y primordial de lo que será la vida institucional de CORIAC. En sus inicios, contando ya con un pequeño local, arranca el programa que, de manera casi inmediata ve saturada su demanda. Al paso del tiempo, el espacio semanal en el que se dieron cita una

decena de hombres pronto resultó insuficiente. Las redes de difusión, en principio modestas y ubicadas en el territorio de influencia feminista, logran un impacto positivo, propiciando la apertura paulatina de un mayor número de grupos de apoyo.

La respuesta que obtiene sorprende a los más optimistas. A pesar de los discursos sociales que han legitimado la violencia masculina, de los códigos invisibles por los que la mayoría se vuelven cómplices en el silencio, la convocatoria que logró generar este espacio mostró también la necesidad de los hombres por contar con un lugar propio. Un espacio para expresar sus miedos y deseos más recónditos, de verbalizar e interiorizar las consecuencias de su actuar violento. Así, teniendo en contra las constricciones propias de la cultura hegemónica de género y otras de carácter político-legal, como la no obligatoriedad de los modelos reeducativos en tanto opción contemplada dentro de los códigos penales o civiles, el crecimiento de los grupos voluntarios organizados por CORIAC fue notable.

No sólo en términos cuantitativos el desarrollo de la organización resultó significativo: cualitativamente sobre el eje de la violencia surgieron preocupaciones que condujeron a complejizar el problema, a ampliar el espectro de temas y sobre todo las formas de intervención. Después de un par de años del funcionamiento de los primeros grupos, surgió la inquietud de sistematizar el proceso para encontrar unidades de análisis que posibilitaran realizar evaluaciones certeras acerca de los logros y las limitaciones del programa. Paralelamente, frente a la ausencia, en el debate público, de una voz clara que expresara la posición de los hombres ante la violencia, se planteó como objetivo lograr una presencia en los medios masivos de comunicación. La radio y la televisión se convirtieron en medios a los que accedieron para dar a conocer su trabajo, ampliar sus redes de impacto y contribuir en la difusión pública de la situación de la violencia contra las mujeres en México. Al mismo tiempo, con sus propios recursos lanzaron campañas de concientización a través de carteles

y folletos dirigidos a la población en general. Comenzaron a figurar así como protagonistas de los debates políticos sobre temas que incluían la violencia de género pero que abordaban varios asuntos colocados en la agenda por el movimiento feminista o los de la llamada diversidad sexual (Entrevista a Eduardo Liendo).

La promoción a través de los medios masivos ha sido fundamental para llegar a varones ajenos a los medios universitarios y del ámbito del feminismo. El potencial de los medios para llevar mensajes a los sectores mayoritarios de la población así como la enorme capacidad para informar y educar se convirtió en herramienta clave para posicionar a CORIAC dentro del debate sobre la violencia de género y, en menor medida, respecto a las paternidades alternativas. Al mismo tiempo, los medios electrónicos han resultado las vías para socializar masivamente una posición crítica y sobre todo las opciones para enfrentar la violencia desde una perspectiva donde es posible aprender formas de relacionarse con las mujeres y con otros hombres fuera de los esquemas de la agresión y el sometimiento. Los medios son una plataforma que hace accesible este mundo para quienes difícilmente encuentran otros medios.

Las estrategias mediáticas redundaron en el crecimiento de la organización allende los espacios originarios en los que se pudieron insertar. Ello permitió acumular fuerza y presencia para impulsar acciones de carácter más público, tales como una campaña anual de hombres contra la violencia, contactarse con instituciones de gobierno y promover proyectos, entre otros, un taller de capacitación con la Secretaria de Salud. La ampliación de sus horizontes de acción avizoró la urgencia, a corto plazo, de multiplicar el modelo de atención más allá de las fronteras de la organización. Lo anterior implicó el inicio de programas de capacitación y sensibilización para formar facilitadores encargados, en un futuro, de coordinar grupos de autorreflexión y violencia. Comenzaron a producirse

materiales educativos, manuales, folletos y guías, los cuales representaron un ejercicio de sistematización de la metodología del programa, con miras a ser replicado desde otras instancias y por otros sujetos.

En el transcurso de cinco años de existencia y con un abanico más amplio de ejes de acción, la preocupación latente por los asuntos de la paternidad, uno de los resortes que había movilizado a algunos hombres a acercarse a la organización, comienza a ser objeto de una propuesta de trabajo que terminará por asentarse como la otra área sustantiva en las labores de CORIAC. La violencia y la paternidad se convirtieron en las dos grandes líneas sobre las que se hallaron centradas algunas de las preocupaciones más sentidas de los hombres, abriéndose, a través de ellas, la factibilidad de encuentros entre éstos y el inicio de exploraciones más profundas respecto a la condición masculina.

En esta lógica y dentro del eje de la paternidad, CORIAC desarrolló modelos para la puesta en marcha de grupos de autorreflexión de padres, sobre las premisas de hacer conciente y subvertir las creencias tradicionales que han hecho del progenitor un actor distante de la crianza, el cuidado, la atención y la educación de sus hijas e hijos. Se impulsó, igualmente, una campaña anual a favor de paternidades afectivas y equitativas, así como talleres de capacitación y sensibilización dirigidos al personal de instituciones y organizaciones, a hombres en general y a parejas (Carpeta CORIAC).

En un tiempo relativamente corto, CORIAC creció lo suficiente para transitar a un nivel que les planteó precisar nuevas formas de organizar el trabajo interno y externo.

2.3.2. La institucionalización

A mediados de la década de los noventa, el desarrollo del Colectivo atravesó por la multiplicación de grupos con trabajo de violencia, la ampliación de su temática incorporando

las paternidades como área permanente, una dimensión pública a nivel de difusión y propaganda, así como en la incidencia en políticas públicas a través de convenios de colaboración con instituciones de gobierno. Ese cúmulo de actividades y experiencias repercutió en el inicio de una dinámica cuyo objeto fue fortalecer institucionalmente a la organización. Ello significó un momento de reflexión colectiva en torno a su quehacer, su historia, identidad y futuro. De esa manera, se definieron con precisión los objetivos, estrategias y líneas de acción. Se diseñó el armazón organizativo por donde quedaron asentadas las áreas de responsabilidad para cada uno de sus miembros, las formas e instancias para la toma de decisiones y la ejecución de las mismas. Si bien muchos de estos principios obedecen a requerimientos legales vinculados a la adopción de la figura jurídica, en la vida cotidiana, la estricta división del trabajo y sobre todo los preceptos jerárquicos resultaron meros formalismos (Entrevistas a Eduardo Liendro y Roberto Garda).

Como parte de esas definiciones donde se asentaron valores, principios y normas para regular la vida interna y externa, los integrantes de CORIAC estipularon en su misión lo siguiente. “CORIAC es una organización civil mexicana creada por hombres que trabajamos para cambiar las formas tradicionales de masculinidad que empobrecen nuestras vidas y resultan opresivas para las mujeres. Investigamos, promovemos y realizamos acciones de cambio personal e institucional y social tendientes a la generación de formas constructivas, creativas y afectivas de ser hombre. Contribuimos al desarrollo y fortalecimiento de una cultura basada en la equidad y el respeto en los ámbitos público y privado” (CORIAC, Lineamientos Institucionales).

De esta suerte, se plasmaron igualmente seis objetivos y estrategias en los que se dotó de mayores significados los alcances de la misión y se delinearon las rutas para alcanzar las metas trazadas. En primer lugar se ponderó la creación de grupos de reflexión y

acción de hombres, el fomento de la cooperación y la organización de una vasta red de varones por relaciones igualitarias. En segundo lugar, se estableció el compromiso de producir y difundir conocimientos teóricos y metodológicos sobre la vida de los hombres y las relaciones de género. El número tres de sus objetivos refirió a la labor permanente de sensibilización y capacitación sobre la trascendencia de la violencia doméstica y la paternidad como puntales en la construcción de la masculinidad. El cuarto aspecto hizo énfasis en la promoción y difusión de una cultura de respeto y equidad entre mujeres y hombres. El punto cinco nombró la intención de contribuir a la generación de políticas públicas promotoras del desarrollo pleno y la equidad de mujeres y hombres. Finalmente, el sexto objetivo plasmado en sus documentos miró internamente hacia el fortalecimiento y consolidación de CORIAC, contemplando para ello la diversificación de fuentes de financiamiento, la reflexión permanente sobre las vivencias de la masculinidad y la continua revisión de la estructura organizativa, entre otras estrategias (CORIAC, Lineamientos Internos).

A mediados de los noventa, contando con un capital político importante, experiencia y reconocimiento, los integrantes del Colectivo se aprestan a concursar por financiamientos. En ese momento inscriben sus proyectos en las convocatorias de importantes agencias de cooperación internacional y dependencias de los gobiernos locales y federal de México.

Una vez obtenidos esos financiamientos, en primera instancia a través del Instituto Nacional de Solidaridad y de la Fundación MacArthur, el equipo coordinador tiene la posibilidad de dedicarse de manera prioritaria al trabajo en la organización. El dinero permite también la adquisición de una casa propia con espacio suficiente para llevar cabo sus actividades y la contratación de un equipo de apoyo técnico y administrativo igualmente remunerado. La llegada de recursos monetarios repercutió positivamente en la expansión del

grupo que, durante el 2002, año de su máximo nivel de crecimiento, llegó a contar con equipo de veintiséis integrantes; entre personal de planta, facilitadores y prestadores de servicio social (Entrevista Roberto Garda).

Una de las preocupaciones del equipo coordinador de CORIAC, relacionadas con la consolidación institucional, ha establecido la necesidad de diversificar sus fuentes de ingreso, combinando la generación de recursos propios con aquellos provenientes de la cooperación internacional y de los que resultan de convenios con dependencias gubernamentales. De acuerdo con un informe de su situación financiera reportado para el 2001, la distribución de sus recursos marcó una fuerte dependencia de las instituciones de cooperación que representaban el 77.94% de sus fuentes monetarias, siendo únicamente el 22.06% los recursos autogenerados. Las vías de financiamiento propio se produjeron fundamentalmente a través de los grupos de violencia y paternidad, la impartición de conferencia y talleres y por último, la venta de materiales como libros y videos (Presentación Power Point CORIAC).

Esta situación, como se comentó con anterioridad, al mismo tiempo que potenció las posibilidades de acción del Colectivo, ha significado, especialmente los últimos dos años, una condicionante que constriñe y afecta su desarrollo. Una vez que el financiamiento a programas con trabajo hacia varones dejó de ser prioridad para las agencias internacionales, los apoyos cesaron de fluir como lo hicieron en años anteriores. Esta situación ha repercutido negativamente en el crecimiento de CORIAC que, en los últimos años, ha precisado reducir su personal y trabajar con presupuestos más modestos (Entrevista con Roberto Garda).

2.3.3. Ubicación política. Identidad y alianzas

La formación política y ética de las figuras visibles del Colectivo de Hombres por Relaciones Igualitarias se ha visibilizado a lo largo de la historia del grupo, orientando el trabajo

cotidiano, los posicionamientos públicos, los pactos y las alianzas que establecen no solamente con actores colectivos de la sociedad civil en México o en el extranjero sino también en la interlocución que mantienen con los distintos niveles de gobierno que, hoy en día, tienen lugar en nuestro país.

La tradición de izquierda y su proximidad al legado político de numerosos movimientos contraculturales y alternativos se recogen en algunos de los principios institucionales que conforman la identidad de CORIAC, los cuales parten del reconocimiento de los diversos ejes del dominio y la subordinación que se entretienen en nuestra sociedad. Así, el Colectivo establece como uno de sus fundamentos “la promoción y el ejercicio de la no-discriminación y no-degradación de las personas por su género, orientación sexual, etnia, nacionalidad, clase social o edad” (CORIAC, Lineamientos Institucionales).

Sin embargo, a pesar del abanico de acciones que implica una premisa política de las dimensiones arriba señaladas, el horizonte de CORIAC se ha concentrado en la dimensión del género desde donde construyó su capacidad de incidencia, sus interlocuciones y su política de alianzas. Justamente en este campo había nacido y en éste continuó sin involucrarse sustantivamente en otro tipo de demandas o reivindicaciones. Tampoco en esos procesos de *enredamientos*¹⁸ coyunturales por los que muchas organizaciones civiles, entre ellas muchas feministas, se sumaron a las luchas por transitar a la democracia o por el reconocimiento al movimiento zapatista, por citar algunos ejemplos.

El Colectivo como tal, mantiene una identidad política próxima al feminismo y es ahí donde sostiene sus interlocuciones fundamentales. El origen mismo de CORIAC y las relaciones más estrechas de diálogo, reconocimiento y crítica las cultiva con el movimiento

¹⁸ Dentro del argot de las organizaciones civiles el enredamiento constituye un proceso de creación de frentes, alianzas y pactos entre diversos grupos en función de ejes temáticos o sectoriales, la mayor parte de esos esfuerzos son coyunturales y no precisan la creación de estructuras organizativas que contengan los esfuerzos unitarios.

feminista y con feministas en concreto, con las cuales, además, suelen establecer vínculos que, más allá del trabajo profesional, implican amistades cercanas, relaciones de pareja y familiares. Producto de esa cercanía personal y del principio básico que les impulsó a generar un trabajo en el campo de la equidad de género, el quehacer propiamente político de CORIAC se coloca dentro del curso de una corriente en donde los sujetos protagónicos han sido los grupos, tendencias y personas identificados dentro del movimiento feminista. En ese sentido, los miembros de CORIAC reconocen explícitamente su pertenencia a ese movimiento de ideas y acciones sociales inaugurado por las mujeres, en donde encuentran sus referentes simbólicos y discursivos más importantes.

En sintonía con esos vínculos orgánicos, las manifestaciones públicas del Colectivo apuntan a expresar su posicionamiento dentro de la agenda política de los movimientos feministas y de la diversidad sexual. Así, CORIAC se ha sumado a las demandas por la aprobación de la ley de *sociedades de convivencia*, dentro de una red ciudadana nucleada expresamente para apuntalar desde la sociedad civil una reivindicación del movimiento por la diversidad para legalizar las uniones entre personas del mismo sexo (Nota CIMAC). CORIAC participa también en las campañas nacionales en contra de la violencia a las mujeres, subrayando la responsabilidad de los varones en la generación de las diversas formas de violencia que van desde las conflagraciones bélicas, hasta la represión de paramilitares y el maltrato infantil (Ver Nota CIMAC). En esa misma línea se ha sumado a la condena nacional y mundial por esclarecer y detener el feminicidio perpetrado en Ciudad Juárez Chihuahua, en foros, marchas y otros actos en los que la ciudadanía en general y el movimiento de mujeres en específico han demandado la resolución de lo que hoy se reconoce como *una vergüenza nacional* (Entrevista Eduardo Liendro).

De manera orgánica, CORIAC se involucró en la formación y el desarrollo del Grupo Plural. Instancia que aglutinó a militantes de distintos partidos políticos, organizaciones feministas y personalidades del mundo académico, cultural y artístico de México que, desde 1994, ha impulsado los debates y proyectos de ley sobre violencia doméstica. De igual forma, participó en la Red por la Salud de las Mujeres del Distrito Federal y en la Red por la Salud de las Mujeres de Latinoamérica y del Caribe. Otro de sus espacios de alianzas con organizaciones pares ha sido a través del Centro de Capacitación Contra la Violencia Intrafamiliar Masculina (CECEVIM) de San Francisco California. Lugar donde reciben asesoría permanente y la posibilidad de contactos con una red de grupos con experiencias similares en diversas regiones del planeta. Simultáneamente CORIAC conserva una comunicación constante con las distintas figuras que conforman la corriente de las masculinidades críticas en Europa, Canadá, Estados Unidos y Latinoamérica. Forma parte de la Red de Información sobre Hombres (RISH) que congrega a trescientos especialistas del mundo y en la que CORIAC contribuye con información periódica (CORIAC, Lineamientos Institucionales).

El Colectivo ha participado en instancias gubernamentales como el Consejo Consultivo del Instituto de la Mujer del Distrito Federal del cual fueron miembros del 2000 al 2001. Igualmente, formó parte del Equipo Técnico del Consejo de Prevención y Asistencia a la Violencia Intrafamiliar en la Ciudad de México en ese mismo periodo. Cabe señalar que con el arribo de los gobiernos perredistas a la capital del país, se abrieron oportunidades de acceso y colaboración con diversos organismos civiles, de manera más intensa de las que habían tenido lugar anteriormente. De estas transformaciones en la estructura política se debe, en gran medida, las incursiones de miembros del Colectivo a espacios de decisión. De igual forma, es en este marco que tiene lugar la profundización de los pactos para impulsar

proyectos con distintas instancias del gobierno de la ciudad, tales como la Procuraduría General de Justicia, la Secretaría de Desarrollo Social y la delegación de Iztacalco. En esta última, debido en parte que la jefatura delegacional fue ganada en el 2000 por una militante feminista a través de las siglas del PRD.¹⁹

Finalmente dentro de la perspectiva de las alianzas, desde hace tres años se viene gestando un espacio de confluencia de organizaciones de hombres que trabajan con y para otros hombres. Durante el 2000 auspiciado por varias agrupaciones, entre las cuales se destacó CORIAC en los trabajos de promoción y realización, se llevó a cabo el Primer Encuentro Nacional de Agrupaciones Civiles con Trabajo de Hombres. El evento tuvo la finalidad de constituir un referente de intercambio de experiencias, de conocimiento y reconocimiento de las distintas iniciativas que, a lo largo del país, movilizan a los hombres con distintos objetivos y desde variadas posiciones. Se trató del primer esfuerzo por socializar las problemáticas que atraviesan en su quehacer las agrupaciones de hombres que comparten una perspectiva crítica al paradigma hegemónico de masculinidad y una proximidad a los enfoques de género. Construyéndose un piso inicial en el que los distintos organismos pudieron ubicar los límites y alcances de los trabajos emprendidos, así como vivenciar las formas múltiples de ser hombres dentro de un encuentro diverso que congregó las disidencias: travestis, gays, hombres que luchan contra el SIDA, individuos que trabajan con campesinos, indígenas, jóvenes ciudadanos y académicos (Hombres compartiendo experiencias para la equidad, Video).

El evento marcó una diversificación en el esquema de alianzas que hasta el momento había mantenido CORIAC. De esta manera, a pesar de su cercanía con las reivindicaciones

¹⁹ Se trata de Elena Tapia quien del 2000 al 2003 fungió como jefa delegacional en la delegación de Iztacalco y quien proviene de la militancia feminista.

de la diversidad sexual y de mantener una proximidad con grupos de homosexuales, travestis y de lucha contra el SIDA, el encuentro permitió reconocer las semejanzas de principios, objetivos y estrategias que compartían con dichas agrupaciones. En función de ello, repararon en la factibilidad de establecer un pacto que diera origen a una corriente de hombres que trabajasen por la equidad y el respeto. La formación de una red permanente de intercambios de experiencias, información y conocimiento. Un espacio de retroalimentación en donde se potenciara la realización de trabajos conjuntos, de proyectos en colaboración y la creación de un polo de fuerzas para incidir con mayor efectividad en la generación de políticas públicas (Entrevista Eduardo Liendo).

CORIAC, junto con las agrupaciones, Ave de México, Alternativas de Capacitación para el Desarrollo Comunitario (ALDECO), Democracia y Sexualidad (DEMYSEX) y Salud y Género conforman el equipo promotor de esta experiencia inédita de hombres, el cual realiza los preparativos para organizar el segundo encuentro. Se contemplan para esta nueva reunión nuevos temas de análisis y discusión, así como avanzar en el proceso de consolidación institucional del espacio. Para los integrantes de CORIAC este espacio significa uno de los ejes en los que avizoran sus compromisos políticos más importantes para el futuro. La conveniencia de estas alianzas, además de constituir un referente entre iguales que retroalimente las actividades propias de cada institución, guarda el atractivo de poder devenir en un referente nacional de hombres que luchen por la equidad de géneros y por políticas públicas que así lo promuevan.

Por último, para cerrar las reflexiones en torno a la dimensión política de CORIAC, cabe mencionar otra de las líneas en donde sus integrantes encuentran una veta de exploración fundamental. Esta refiere a la capacidad de incidir en las políticas públicas. Desde siempre, el Colectivo previó en las políticas estatales un campo de acción necesaria

para desarrollar los instrumentos que hicieran contrapeso a la existencia de desigualdades de género. A pesar de esta claridad, las posibilidades reales de intervenir tuvieron que aguardar la maduración del grupo y precisarse con el tiempo las áreas de incidencia, las formas de llevarla a cabo y los contenidos de la misma.

En este proceso de construcción de su identidad política, CORIAC ha reflexionado sobre la pertinencia y sobretodo la factibilidad de empujar a la formación de un movimiento social de hombres en pro de la equidad y la igualdad con las mujeres. Eduardo Liendo, fundador del Colectivo, analiza las perspectivas del grupo y señala que, ante la urgencia de los problemas que se abordan en el trabajo, en el que las vidas, la salud y la dignidad de mujeres y hombres está en juego, el camino de más de treinta años seguido por el feminismo, desde los núcleos de autoconciencia hasta las políticas públicas, parece poco factible de replicarse. Si bien es probable la conformación de una corriente más consistente de hombres críticos de las masculinidades, ensayar las formas de la movilización social precisa de recursos y tiempos con los que los organismos, en extremo minoritarios, no cuentan. Es significativo que a la vuelta de diez años de existencia, el escenario inaugurado por CORIAC no ha crecido significativamente. Los colectivos, grupos y asociaciones que, desde una perspectiva de género, trabajan con y para los hombres pueden contarse con los dedos de una mano, mientras los problemas de la violencia y las inequidades, lejos de decrecer, se mantienen vigorosos (Entrevista Eduardo Liendo). Es decir, fuera del relativo éxito de los grupos de violencia y de padres auspiciados por CORIAC, el panorama de nuevas agrupaciones de hombres convocados por diversas temáticas o a partir de distintas posturas políticas ha sido más bien pobre. Ello puede considerarse como un dato revelador de la situación interdicta que guarda la masculinidad dentro de la sociedad mexicana; una

condición que garantiza la hegemonía de un modelo basado en la supremacía de los hombres, el sexismo y la violencia.

Frente a esa lectura de los límites de su propio impacto y ante lo apremiante de las necesidades se desprende esa prioridad por incursionar de manera más decidida en el campo de las políticas públicas. Los últimos tres años CORIAC viene profundizando en este aspecto que las feministas han trazado rutas, acumulado experiencias y generado conocimientos de los cuales, grupos como el Colectivo aprenden y sobre todo se aprestan a acceder para contribuir, desde el lado de los hombres, a la política de género.

Una de las enseñanzas que ha dejado el feminismo ha sido su capacidad de impactar a todas las mujeres a través de las políticas de estado, independientemente de la identidad política y cultural de éstas, de su adhesión o rechazo al ideario feminista. El movimiento de mujeres no ha necesitado convertirse en una expresión colectiva mayoritaria para tener un impacto global. Las políticas de cabildeo y lobby han demostrado gran efectividad en la traducción de demandas y reivindicaciones gestadas por el movimiento, convertidas en leyes, instituciones y acciones de gobierno. Estrategia cuyo impacto ha posibilitado abarcar, cuantitativa y cualitativamente, horizontes que el trabajo de las organizaciones civiles jamás hubiera podido abarcar.

Retomando esas experiencias, los integrantes de CORIAC asumen la tarea de sumarse a las tendencias por hacer del Estado y sus instituciones, los espacios en los que tengan concreción la agenda política de las organizaciones sociales y civiles. Incorporándose igualmente a la corriente de mujeres feministas que, de tiempo atrás, se han mantenido al frente de iniciativas por generar políticas de estado para las mujeres, insistiendo en una agenda que incorpore acciones afirmativas en pro de la equidad dirigidas a los hombres. Políticas que normen la participación activa y responsable de éstos en la paternidad y las

labores domésticas, a través de disposiciones como el ingreso de los varones a las labores de parto como norma protocolaria de los servicios de salud o dentro de los códigos laborales, garantizar los cuidados paternos que promuevan la presencia de los hombres en el cuidado y la atención de sus hijas e hijos. En suma, políticas diseñadas para regular y transformar, a través de las claves de la equidad y la igualdad, la división público/privada y las jerarquías de género.

Para alcanzar dichos objetivos, las estrategias de CORIAC se han enfocado en tres aspectos fundamentales. El primero de ellos refiere a las tareas de sensibilización y capacitación dirigidas específicamente a funcionarios o personal estratégico en posición de impulsar políticas públicas. La segunda de las orientaciones ha sido en el sentido de impulsar y participar en proyectos de cooperación y colaboración con instituciones centrales para la aplicación de programas que promuevan la equidad. El tercer nivel ha sido mediante la asesoría y participación en la elaboración, planeación, implementación y seguimiento de los cambios legislativos que se han impulsado para combatir la discriminación y las inequidades de género.

En resumidas cuentas éstas constituyen las dimensiones que atañen a la acción y a la identidad política de la organización. Una lectura desde una perspectiva que recoge sus definiciones, a través de sus principios y fundamentos explícitos, de su ubicación en el contexto de las fuerzas que mueven el debate ideológico y las orientaciones históricas de nuestra sociedad, de sus alianzas y horizontes de acción por donde hoy y mañana tienen lugar sus retos más significativos.

2.3.4. Los pactos en contra de la violencia

Como se ha señalado a lo largo del capítulo, la violencia de género contra las mujeres, ha sido el tema que articula, da continuidad, institucionaliza y ubica políticamente el quehacer de CORIAC. Como hemos visto, la violencia es una constante en las elaboraciones discursivas de estudios, enfoques y reivindicaciones que constituyen eso que forzosamente denominamos *movimiento amplio de hombres*. Asimismo, la violencia resulta una de las líneas por las que las distintas corrientes que se disputan los significados de la masculinidad establecen sus diferencias, constituyendo el tema sobre el que se desarrollan las controversias más agudas, tanto las celebradas al interno como las que establecen ciertas corrientes frente al feminismo. No podía ser de otra forma, la violencia resultó uno de los puntales de la crítica civilizatoria al patriarcado generado desde el movimiento de mujeres feministas, en eso que hoy se conoce como su segunda ola.

Tenemos entonces que la violencia ha resultado uno de los hilos por los cuales las reflexiones y las posiciones políticas en torno a la condición y los significados del género se han develado tanto para las mujeres como para los hombres. En el caso de CORIAC, constituyó el catalizador para el inicio de las autorreflexiones que posteriormente originaron propuestas de atención profesionalizada a hombres violentos y todo su desarrollo posterior.

Las contribuciones al debate de la violencia y sobre todo a las acciones para combatirla han sido significativas, independientemente del impacto social que el grupo haya podido tener. La existencia misma de hombres preocupados por reflexionar, junto con otros hombres, sobre los orígenes de la violencia y de encontrar en la condición masculina dominante algunas posibles respuestas, ha resultado un fenómeno inusual en un país en el que la cultura hegemónica se edifica el entramado de la ideología machista cuyo puntal ha sido la violencia masculina. Son territorios de hombres también inéditos, porque en lugar de

alentar el odio y las tendencias a hacer de las mujeres el chivo expiatorio de las desgracias, se busca la creación de pactos de equidad y democracia con ellas, pactos que crucen los ámbitos públicos y también los privados.

Por último, desde una aproximación general, CORIAC representa una innovación en la lucha contra la violencia, justamente por haber colocado en el centro de su discurso y de sus propuestas a los sujetos por excelencia responsables de su ejercicio. Hacerse cargo de la violencia de los hombres, con todas las implicaciones éticas que ello significó, cubrió un aspecto fundante del problema que había sido cuestión secundaria para los grupos feministas, volcados en la atención de las víctimas y la procuración del andamiaje institucional global, nacional y local para combatir y erradicar todas sus formas.

En ese sentido, el trabajo de CORIAC se desarrolla en un marco de gran complejidad ética, política y metodológica. Convertir a los hombres en sujetos destinatarios de programas y estudios sobre la violencia, coloca las posibilidades de acción dentro de una línea en donde prevalecen fuertes dilemas y la existencia de por lo menos dos grandes tendencias que, a nivel mundial se presentan yuxtapuestas e irreconciliables. Enfoques y modelos de atención en los que, por un lado, se patologiza y criminaliza a los varones, y por el otro, se fincan cargos al contexto social, resignificando premisas del constructivismo, históricamente útiles para desnaturalizar la violencia, esgrimida para eximir a los individuos de cualquier responsabilidad

En efecto, de acuerdo con Roberto Garda, los modelos de atención en el tema de la violencia masculina tienen tres grandes vertientes. La primera de ellas, extendida con especial notoriedad en los Estados Unidos, parte de una visión individualizante del problema, por la cual la existencia de hombres violentos y de actos de violencia se originan en el individuo, ya sea resultado de disfunciones orgánicas, problemas de autoestima o

comportamiento, a los cuales se responde con enfoques médicos, psiquiátricos o psicológicos. De esta misma premisa se desprenden los modelos punitivos, por los que la ley resulta el instrumento idóneo para la solución de un problema que únicamente contempla la existencia de criminales a los que hay que castigar. Desde una óptica distinta se alza la tendencia culturalista, en la que se enfatizan las condiciones sociales y de la cultura, donde los individuos tienen existencia sólo como productos de estructuras que los trascienden y determinan. Así, los hombres concretos recrean las normas vigentes que permiten y alientan la violencia o bien responden con ella a situaciones de injusticia o carencias. Estas lecturas muy propicias en los países latinoamericanos enfatizan en la transformación de los contextos sociales, el empleo, los salarios, la educación, mientras los individuos y su responsabilidad desaparecen del análisis y por lo tanto de las propuestas.

Ante un panorama dominado por esas visiones, CORIAC recoge y profundiza una tercera línea que aborda la problemática de manera más compleja e intenta trascender las disyuntivas presentadas por los dos modelos, buscando reconocer sus aportes y límites. Una propuesta propia nutrida del pensamiento feminista y de otras teorías por las que los espacios de reflexión colectiva resultan más que grupos terapéuticos, experimentos de reeducación en las que se utilizan, entre otras herramientas, técnicas terapéuticas. Ante todo son propuestas en las que se abordan con puntualidad elementos estructurales que inciden en la conformación de la identidad de individuos concretos, por los que la fuerza, el poder y el dominio se develan como imperativos sociales, ligados a los deberes y privilegios del ser hombre. Son espacios en los que el análisis y la introspección abarcan aspectos generales como la pobreza, la educación y la cultura, abordados a través del tamiz de las historias de vida de cada uno de los participantes. Es un modelo que sin soslayar la producción social de los hombres, incorpora la responsabilidad de los individuos y su capacidad de decidir. En ese

sentido, la violencia podrá ser el resultado de causas estructurales, un complejo de factores entrelazados que dan origen, establecen los marcos de permisibilidad, las normas que legitiman y garantizan la impunidad en el uso de la fuerza física, emocional o sexual. Sin embargo, los programas desarrollados por CORIAC establecen el principio de elección como uno por el que los individuos emergen repositionados no como meros actores, sujetos a estructuras sino como hombres concretos con posibilidades de elegir o de abstenerse, de lanzar el primer golpe, de propinar insultos o resolver los conflictos de manera respetuosa.

Incorporar la capacidad de elección de los individuos sobre sus actos, permite reconocer y explorar las condicionantes sociales desde una opción en la que ésta deja de ser destino inevitable y sobretodo la coartada para evitar a los individuos asumir su responsabilidad. Apelar a este sentido permite a los hombres hacerse cargo de su propia violencia dentro de una perspectiva que remarca la factibilidad de su transformación y erradicación. La responsabilidad, además, guarda connotaciones éticas distintas a las de la culpa, en el sentido de propiciar la reflexión y la movilización de los hombres para subvertir su comportamiento cotidiano. Es decir, responsabilizarse no por lo que la sociedad ha hecho con los hombres sino por lo que los hombres hacen con todo aquello que la sociedad les ha legado (Entrevista Juan Guillermo Figueroa).

Colocar en la discusión la responsabilidad individual de los hombres frente a su historia, sus condiciones y situaciones de vida, permite encontrar caminos alternativos a los discursos que suelen victimizar a los mismos debido a sus circunstancias. No sólo el contexto se ha esgrimido como atenuante para desdibujar las implicaciones individuales en el ejercicio del poder y la violencia, sino también resulta el argumento para transformar a los victimarios en mártires de la sociedad. Toda una línea de reflexiones que, sin llegar a explicitarse como animadversión en contra de las mujeres, invita a pensar a los hombres de

manera autocomplaciente, autocentrada y exenta de toda confrontación respecto a los vínculos de poder que establecen con las mujeres y con otros hombres jerárquicamente inferiores.

Si bien los programas de violencia en CORIAC claramente se desmarcan de la tendencia a la victimización de los hombres, parte central que inspira su trabajo recupera una visión igualmente controversial, cuyas raíces pueden encontrarse en las propuestas de Kaufman acerca de la experiencia contradictoria del poder. Desde esta perspectiva, la violencia como un ejercicio de poder, entraña en sí misma consecuencias nocivas no sólo para los destinatarios sino para los mismos emisores, por supuesto en distintas formas y con diversos grados de intensidad.

En el horizonte de toda relación de poder se alza la aspiración del dominio absoluto o la reproducción al infinito de una condición jerarquizada. Sin embargo, el deseo totalizante tiene similitud de origen con los proyectos de reconciliación plena, son lógicas utópicas cuyas concreciones tópicas resultan siempre parciales. La violencia al mismo tiempo que funge como garante de un ordenamiento, constituye la evidencia de su vulnerabilidad. En ese sentido, los hombres que acuden por primera vez a las sesiones de CORIAC experimentan en su propia historia el quiebre de un poder que hasta entonces había sido ilimitado. Frente a la ausencia de leyes que obliguen a tratamientos reeducativos, los hombres llegan a los grupos de reflexión, mayoritariamente, porque sus compañeras o esposas han puesto un alto al ejercicio irrestricto de la violencia. Así, abandonados, demandados legalmente o con un ultimátum pendiendo de sus cabezas, los varones descubren la finitud de un poder que había permanecido ligado a su condición de hombres. La traducción de esta ruptura en su subjetividad suele expresarse en malestar, enfermedad y una crisis cuya profundidad suele ser el detonante para buscar ayuda (Garda Roberto, 1998).

Al seno de los grupos que conforman el programa de hombres renunciado a la violencia, los individuos encuentran los instrumentos que les permiten confrontarse con las ideas y prácticas relacionadas a su identidad de hombre. Ahí problematizan la masculinidad hegemónica así como los valores y normas que garantizan la supremacía de los varones. Una opción colectiva en la que se propician las aproximaciones cara a cara entre individuos que terminarán por reconocerse como pares, construyendo nuevos espacios y formas de mirar al mundo, distinto y alternativo al que brinda el paradigma dominante de género (Garda Roberto, 1988:200).

En dichos espacios la confrontación y la intimidad conforman dos principios prácticos sobre los cuales se desarrollan las dinámicas grupales. Forjar intimidad significa vencer los grandes obstáculos para la proximidad entre varones, entre los que destacan el temor a la homosexualidad, la atrofia afectiva y la proclividad a la competencia. En su lugar, se procuran relaciones basadas en la confianza mutua y la legitimidad de las emociones. Intimidad para propiciar encuentros con uno mismo, en ejercicios comunicativos cada vez más fluidos que reconozcan el lenguaje de los cuerpos y los sentimientos (Garda Roberto, 1988:200-201).

Al mismo tiempo que los grupos de violencia refieren a este plano de intimidad, lejos de resultar ámbitos en los que prevalezca la condescendencia y la victimización, son referentes colectivos en los que la confrontación se ejerce permanentemente. Dicha confrontación parte de analizar las condiciones generales por las que se produce y reproduce el patriarcado para concretarse en reflexiones elaboradas en primera persona por las que el dominio masculino se descubre con cuerpo, nombre y apellido. La confrontación es una herramienta básica para la existencia misma del grupo. Al confrontar a los hombres en su violencia, los lenguajes que degradan, hacen mofa y atentan contra la dignidad de los

participantes o bien de las mujeres, niñas y niños son contenidos y regresados como cuestionamientos al sujeto emisor. De esta manera, los procesos de renuncia a la violencia implican más que el hallazgo de una red de hombres que reproducen pactos patriarcales y se confraternizan cómplicemente, experiencias que resultan en introspecciones y vías autocríticas, muchas veces dolorosas, por donde se ensayan formas distintas de masculinidad. (Entrevista con Roberto Garda)

La estructura del programa cuenta con tres niveles y una fase adicional para la formación de facilitadores, replicantes futuros de la metodología en sus ámbitos de competencia. El primer paso consiste en una reunión informativa en la que se explican los objetivos del programa, se da cuenta de la mecánica, se exploran las expectativas y razones por las que los hombres acuden al servicio, para finalmente realizar la invitación a sumarse al trabajo grupal. Son reuniones que varían en cantidad pero por lo general reúnen entre veinte y treinta hombres, en su mayoría, enviados por sus compañeras o esposas, quienes se encargan de hacer la cita e inscribirlos. Al final de la reunión comienzan a perfilarse los grupos, se asignan horarios y se convoca a la primera sesión propiamente grupal, a la que por supuesto un número significativo ya no acude.

En el primer nivel, las dinámicas grupales se centran en propiciar el descubrimiento de las formas en que cada uno de los participantes ha introyectado los valores, las normas y las prácticas de la cultura patriarcal. Develar en las sinrazones de su carácter explosivo el resultado de un manejo de los conflictos de pareja dentro de esquemas autoritarios, en una lógica de dominio, coerción y violencia. Así, a lo largo de lo que pueden ser de dieciséis a veinticinco sesiones semanales, los hombres discuten y confrontan los mitos y estereotipos de la masculinidad, el poder y los privilegios masculinos. Se aborda también el tema de la violencia de género, revisando los episodios que tienen lugar en las familias o dentro de la

pareja de cada uno. Las sesiones contemplan dinámicas que permiten el ejercicio introspectivo y vivencial de los individuos y no únicamente un acercamiento a nivel de la razón. En esa misma dirección se revisan las relaciones que los hombres suelen establecer articuladas por la necesidad del dominio y la expresión de emociones que sólo legitiman aquellas en las que la defensa o la ira tienen lugar (Cervantes Francisco, 1998).

El segundo momento del trabajo grupal se encamina a profundizar en las emociones, alentando a los participantes a hacerse responsables de lo que sienten y en consecuencia de lo que hacen. Una vez alcanzado el manejo nítido tanto de sus emociones como de sus necesidades, es factible recuperar otras vías de comunicación y resolución de conflictos mediante estrategias no violentas. Para ello, en cada sesión, los participantes recrean algún episodio de violencia, el cual es apoyado por el facilitador con el objetivo de que el individuo pueda percatarse de sus sentimientos y, con base en ello, pensar alternativas para enfrentar la conflictividad de sus relaciones en un marco de equidad y respeto. La introspección en el ámbito de los sentimientos, por lo tanto, se recupera como recurso vital para reaprender modelos de masculinidad distintos al tradicional (Cervantes Francisco, 1998).

Finalmente en la tercera fase, que al igual que las demás tiene una duración de entre dieciséis y veinticinco sesiones semanales, las labores tienen como objetivo explorar las relaciones de pareja dentro de opciones que no involucren el control. Consolidar estrategias en pro de la equidad, además de seguir desarrollando una autosensibilidad emocional. Por último, se capacita a los usuarios del programa para que puedan reproducirlo y poder intervenir con éxito en la detención de cualquier episodio que pongan en riesgo a las mujeres (Cervantes Francisco, 1998).

El origen y el desarrollo del programa de hombres renunciando a la violencia tiene en paralelo la creación del marco institucional que se da para combatir la violencia intrafamiliar

en México. Se trata de la promulgación de leyes, la creación de oficinas gubernamentales y programas de Estado, resultados de los compromisos internacionales signados por los gobiernos mexicanos y la presión que, desde los años setenta, viene ejerciendo el movimiento feminista. En ese sentido, son políticas públicas que, pese a lo controversial y parcial de sus alcances, se inscriben en las tendencias mundiales de creación de acciones afirmativas y políticas compensatorias para revertir situaciones de profunda inequidad e injusticia a través de la intervención de los estados. En esa lógica, son medidas en las que existe un sujeto de género explícito, las mujeres, sobre quienes se diseñan instrumentos de asistencia y procuración de justicia. Donde en contraparte, los hombres aparecen apenas dibujados.

El trabajo de CORIAC, en ese sentido, nació en un marco falto de las especificidades necesarias para impulsar el trabajo con hombres violentos. Será a partir de la Cumbre de El Cairo en 1994 cuando se sugiere a los gobiernos la inclusión de los varones en sus programas de atención. En México dicha inquietud se recoge y plasma en los códigos civiles y penales de manera vaga. De entrada, se reconoce la importancia de generar proyectos para hombres con problemas de violencia, no obstante, estos modelos nunca se transforman en obligatorios. Aún en nuestros días, los hombres que asisten a los programas de CORIAC lo hacen de manera voluntaria. En un panorama en el que prevalece la impunidad y el castigo es la única alternativa institucionalmente promovida, los programas reeducativos o de corte terapéutico se encuentran constreñidos a su propia capacidad de involucrar y mantener a los hombres en una búsqueda constante de opciones para enfrentar su violencia.

Lo que a todas luces constituye uno de los mayores obstáculos para la opción que presenta CORIAC no ha significado su cancelación. Los grupos de trabajo con violencia registran un crecimiento constante y del primer grupo que inauguró las actividades del

Colectivo, hoy se han multiplicado a ocho que semanalmente y de manera voluntaria se reúnen en sus instalaciones. Pero más allá de la propia institución, CORIAC ha establecido convenios con la Procuraduría General Justicia del Distrito Federal mediante los cuales, las Unidades de Atención a la Violencia Intrafamiliar (UAVI), dispuestas en las dieciséis delegaciones políticas, cuentan con programas de atención a la violencia masculina, asesorados y coordinados por integrantes de CORIAC. A ello se suman otros acuerdos realizados con diversos gobiernos estatales por los cuales el modelo se ha replicado en seis estados de la República. En esa medida, el éxito del programa ha sido tal que por sí mismo es capaz de mantenerse con independencia del Colectivo, es un modelo que podrá subsistir incluso a la desaparición misma del grupo.

Parte de esa fortaleza institucional se desprende del carácter autofinanciable de los grupos de hombres. Ello a su vez correspondió a principios que en CORIAC se establecieron como guías ético-políticas de su quehacer. Uno de ellos refirió a no competir por fondos destinados para acciones afirmativas de las mujeres, debido a que los modelos y políticas de atención dirigidos a éstas se comprendieron medulares en la lucha en contra de la discriminación y la inequidad. En consecuencia, su programa de hombres jamás se inscribió en los protocolos para financiamientos de agencias de cooperación o del gobierno. A lo largo de los años se ha mantenido de las cuotas que los asistentes aportan obligatoriamente. En un esquema en el que igualmente se contempló promover la responsabilidad, el pagar por los servicios guardó una importancia central, que coincidió con una necesidad pragmática. Así dicho principio ético simultáneamente permitió a la organización allegarse de recursos y mantener a los grupos de manera autónoma de los financiamientos de agencias de cooperación internacional o del propio gobierno.

Otra de las características del modelo ha sido el diseño de instrumentos que recogen, de forma sistematizada, las impresiones, observaciones y evaluaciones de los asistentes en las distintas fases contempladas en el programa. Para tal efecto, existen nueve formatos en los que de manera puntual se registran las observaciones del grupo, los hallazgos realizados por cada uno de los individuos y los resultados de cada una de las dinámicas. Con ello se alimenta una base de datos donde se cuenta con información de los individuos que han pasado por el programa. Datos que permitan evaluar las transformaciones y el impacto real del modelo a partir de las percepciones, valores y comportamientos registrados en diversas cédulas. Asimismo, una vez procesados, revelarán conocimientos fundamentales para identificar los límites y alcances del modelo general. Durante 2002, concluyó la captura de la información registrada en los cuatro años de existencia de los trabajos grupales, paralelamente, se inició la sistematización de los datos generados por las UAVIF. Cabe mencionar que debido a la falta de personal de apoyo para este trabajo y de otros recursos, aún no se ha procedido realizar el análisis cuantitativo ni cualitativo de esta información. No obstante, existen algunos aspectos relacionados a las restricciones del programa que han sido detectados y puesto a andar alternativas para hacerles frente.

Como se señaló en otro apartado, la particularidad de la convocatoria de los grupos de hombres comenzó a develarse como un límite que debían asumirse para poder desprenderse estrategias que ampliaran el espectro de atención. Así, el modelo de CORIAC observó una clara incidencia en hombres provenientes de las clases medias urbanas, adultos que se encontraban en un rango de edad de entre 25 y 55 años, hombres mestizos, heterosexuales y con hijos, en un 90% de los casos (Entrevista Roberto Garda).

A partir de esos diagnósticos, comenzaron a diseñarse metodologías para trascender las condicionantes de clase, etnia y edad desde una perspectiva que lejos de pretender

esquemas universales daban cuenta de las especificidades de los hombres. De tal suerte, se lanzaron programas para hombres de comunidades rurales, que partieron por reconocer la preeminencia de dinámicas comunitarias y el peso de las tradiciones, la pobreza, la migración y el narcotráfico entre otras variables que juegan un papel importante en la reproducción de la violencia. Los policías constituyeron otro de los grupos sobre los que se pensó una propuesta, tomando en cuenta la naturaleza de su materia laboral, las creencias de género relacionadas a riesgos innecesarios y nocivos para su vida, así como la prevalencia de condiciones hostiles y discriminatorias en contra de las mujeres al seno de las distintas corporaciones. Finalmente en otro campo, se tiene contemplado lanzar un modelo para adolescentes y jóvenes que cruce la reflexión sobre la violencia en el noviazgo, el abuso sexual en las primeras relaciones de pareja, así como temas relacionados a los derechos sexuales y reproductivos, dentro de una propuesta metodológica de corte más lúdico y recreativo.

Si bien los esfuerzos de este grupo pionero han sido diversos y han logrado un notable nivel de especialización y profesionalismo, los recursos siempre serán limitados frente a una situación en la que la violencia contra las mujeres se intensifica y se entrelaza con otras formas de violencia que igualmente tienen su impronta de género. La pobreza, la inseguridad y la falta de expectativas de empleo, educación y salud cruzan la vida de millones de hombres; frente a ellos los mensajes de equidad, democracia en la intimidad, arreglos no violentos de los conflictos, refieren a aspectos impensados de la vida, que guardan un lugar menor en el horizonte de prioridades de los mexicanos. En ese sentido y ante un escenario agravado por las restricciones financieras que durante el 2002 condicionaron los trabajos de evaluación así como la diversificación de los modelos de atención, se hace prioritario para CORIAC incidir desde su perspectiva en políticas de estado. Políticas que, al igual que

contemplan la criminalización de los hombres en los casos ameritables, incluyan opciones sancionadas por la ley, reglamentadas en instrumentos claros y operadas por instituciones de gobierno, en la que se atienda y promueva, desde el trabajo con hombres, la eliminación de la violencia en contra de las mujeres, de otros hombres y contra de sí mismos.

CAPÍTULO 3 HOMBRES Y RELACIONES DE GÉNERO; ENTRE LAS INERCIAS Y LAS REVOLUCIONES DE LO COTIDIANO

En los capítulos anteriores se expusieron los debates que, en el ámbito propiamente de las ideas y los significados, acontecen en torno a las definiciones y prescripciones de lo que hoy son y deben ser los hombres. De igual forma se analizó la experiencia institucional más importante en nuestro país en cuanto al trabajo para desmotar la violencia se refiere. La intención ha sido establecer el contexto que ha posibilitado la emergencia de experiencias particulares y subjetivas de hombres críticos de las masculinidades tradicionales. Es decir, visibilizar las conexiones entre la producción académica, ideológica y política con los cambios y permanencias en la estructura de género, particularmente las que acontecen entre los hombres. Como veremos en este apartado, los debates, en específico, aquellos que perfilan una corriente de hombres críticos de las masculinidades, han resultado, a la vuelta del tiempo, en normas, instituciones y valores sociales, en síntesis, el marco de posibilidades para la persistencia de hombres en procesos de cambio.

La intención de este capítulo es dar cuenta de las transformaciones ocurridas en las identidades²⁰, prácticas y relaciones de género de los hombres en México vistas a partir de los discursos de sus propios protagonistas. No se pretende hablar de todos los hombres ni del hombre como si se tratase de una categoría universal, la investigación está situada en un nicho particular; en un grupo de varones quienes, pese a las notables diferencias que los cruzan, comparten un rasgo común y singular: permanecer en espacios en donde se configuran alternativas al orden de género. Son hombres que por sus dichos se desprende una posición crítica frente a los valores tradicionales de hombría y virilidad y por su

²⁰ La identidad como eje de análisis de esta investigación será entendida como un conjunto de significados e imágenes sobre sí mismas que las personas elaboran a lo largo de sus vidas y que les permiten percibirse como iguales así mismos, distintas de los otros y merecedoras por ello de ser reconocidas en su unicidad (Fuller, 2001; 20).

identificación con formas menos opresivas y más democráticas de relacionarse con las mujeres, con otros hombres y consigo mismos.

La búsqueda por comprender las condiciones que posibilitan esta posición pudo tener, en grupos distintos al elegido, resultados más impactantes y quizá de mayor grado de representatividad. No obstante, ni la posibilidad de hacer extensivo los resultados ni el hallazgo de reglas claras e inequívocas se convirtieron en las pautas para determinar a los sujetos del estudio. Indagar las transformaciones de lo cotidiano en hombres que expresan su disposición a transformar su condición de varón resultó una oportunidad excepcional para conocer las vicisitudes de dichos tránsitos a partir del registro de individuos que han desarrollado una fuerte autorreflexibilidad sobre su condición genérica, cualidad, dicho sea de paso, poco difundida entre la mayoría de los hombres.²¹ A lo largo de las entrevistas se pudo constatar el desarrollo de estas habilidades para nombrar y describir situaciones que pasan inadvertidas para la gran mayoría.

En ese sentido, los hombres de la investigación son individuos con características muy particulares colocados discursivamente dentro de una posición crítica del modelo sexista de ser varón, conocido de forma coloquial en México como *machismo*. Ligada a esa condición, son individuos obligados a confrontar y analizar esos hechos impensados de la vida cotidiana vinculados a su identidad de género, por lo tanto, resultan individuos con un amplio trabajo de introspección que les ha permitido elaborar explicaciones para comprender su condición inusual y encontrar las razones para legitimar su opción distinta de ser hombres²².

²¹ La capacidad autorreflexiva poco desarrollada entre los hombres, es decir, las habilidades acotadas para emprender búsquedas y diálogos introspectivos con sus sentimientos y emociones ha sido objeto de análisis tanto por los estudiosos de los hombres como de los grupos que instrumentan políticas y acciones concretas. Desde ambos vectores se reconoce como un problema generalizado de la condición masculina la falta de confianza ente los hombres para compartir su intimidad y sus emociones. En ese sentido, los hombres de la investigación son sujetos singulares por lo que hace a ese estar generalizado.

²² Para conocer algunas características sociodemográficas, referirse al cuadro número uno del anexo.

En términos de la investigación han implicado un caudal fructífero de información, datos y pistas para recorrer las vías por las que se realizan los cambios identitarios y los vínculos tradicionales de género. Son también el testimonio vivido para constatar el carácter de lo que se denomina cambios, supuestos, más de las veces, como *un* camino lineal y ascendente y no como procesos contradictorios que, en el mejor de los casos, resultan en *identidades híbridas*, a medio paso de las inercias conservadoras y a medio de los horizontes preconizados por el feminismo.

Si bien, existen rasgos compartidos entre este grupo de hombres, la historia de cada uno es única e irrepetible, en consecuencia, distintas son las razones y los motivos que los han conducido a cuestionar las prescripciones de género y diversas las rutas para construir las alternativas.

Entre la particularidad de la experiencia de cada individuo y la historicidad social que hace de ellos productos de un tiempo y un lugar común, se antoja complejo extraer conclusiones acerca de los procesos de permanencia y cambio entre los varones. Ante tal panorama, la investigación tiene como objetivo apuntar los hallazgos, con todas las reservas del caso. Es decir, develar las claves que permitan encontrar los puentes entre lo específico y lo general, con el fin de establecer no leyes o reglas sino elementos indicativos para comprender el devenir de las identidades en movimiento.

Las precauciones para analizar los resultados de la investigación provienen de tres razones sustantivas. La primera de ellas refiere a la temporalidad de los procesos estudiados. Sin lugar a dudas, una consideración inmediata para realizar cualquier balance debe de reconocer la historia reciente de estos acontecimientos. La presencia de hombres sensibles a las desigualdades de género, si bien, cuenta con raíces profundas en la historia del pensamiento feminista, sólo de forma reciente puede ser considerada como un fenómeno

de dimensiones sociales, como fuente generadora de acciones colectivas e individuales que, en nuestro país, se hacen presentes en distintos ámbitos. Ante las raíces ancestrales del dominio patriarcal y delante del poder de las ideologías dominantes, la presencia de hombres críticos al sexismo puede observarse como un momento volátil sin posibilidad de trascender, de manera permanente, los campos de la política o la cultura. Desde una perspectiva más optimista, la temporalidad debe considerarse un elemento necesario para matizar los alcances de las transformaciones anunciadas y ponderar, en su justa dimensión, la fuerza de las inercias pasadas.

Otro elemento de reserva se vincula con la envergadura social de las transformaciones de género. Como se señaló más arriba, los individuos entrevistados, además de las cualidades específicas que los hacen particularmente minoritarios, constituyen, como se irá clarificando, individuos pertenecientes a nichos reducidos y angostos de la sociedad. De tal suerte tenemos que, aunado a la temporalidad, estos fenómenos ostentan un carácter marginal. Los hombres no renuncian en masa al ejercicio de la violencia y menos al poder y los privilegios disfrutados. Así, aquellos capaces de codificar positivamente los avances de las mujeres y de otros varones tradicionalmente considerados marginales o desviados, constituyen una minoría y dentro de esta minoría, en un segmento más reducido, se encuentran quienes se disponen a convertirse en protagonistas de las subversiones al orden de género en clave feminista.

Una última consideración proviene de las herramientas elegidas para llevar a cabo la investigación. El registro de las transformaciones tiene su origen en el discurso autoreflexivo, amplio y profundo, la mayor de las veces crítico y autocrítico de los hombres estudiados. Sin embargo, es una reconstrucción de la realidad filtrada por el tamiz de la autorreferencia. Más allá de las dudas acerca de la veracidad de los discursos, de la honestidad de los hombres

frente a su interlocutor y la entrevista, es importante señalar que los hallazgos presentados son resultado de una doble hermenéutica y, por consiguiente, de una doble parcialidad. Por un lado, el discurso primario, es decir, la reconstrucción verbalizada de los hombres entrevistados, una visión interesada, elaborada desde la perspectiva de una de las partes en un momento específico. Por otro, el manejo de esta información por quien investiga y expone los hallazgos, el investigador, un sujeto no exento de prejuicios, intereses e intenciones, en suma, poseedor de una *doxa*, que, de manera conciente o inconsciente permea el proceso de investigación en su totalidad.

Fuera de los esquemas positivistas que hacen de la objetividad científica sinónimo de neutralidad ideológica y política, las precauciones expuestas buscan develar los elementos subjetivos y parciales con los que se describen y analizan los cambios en los hombres entrevistados. Poner en consideración dichos aspectos tiene el propósito de ponderar el contexto, es decir, la historicidad de los sujetos así como los alcances y limitaciones implicados en cada uno de los procesos de transformación. Sobretudo, subrayar una verdad de Perogrullo que, no obstante, nunca está de sobra mencionar; las identidades y, en específico, las identidades de género son productos sociales, resultantes de múltiples determinaciones. Estudiar la condición de género masculina dentro de esos procesos de puesta en cuestión de los modelos hegemónicos de hombría y virilidad es adentrarse en la comprensión de asuntos del orden de lo complejo. En consecuencia, todo intento por explicar, desde esta perspectiva las identidades, precisa de concepciones dinámicas que entiendan el movimiento como un rasgo constitutivo y reconozcan los matices por los cuales se realizan los tránsitos. Lo más importante, comprender que, al no ser identidades acabadas, el conflicto y la contradicción son elementos permanentes. En síntesis, los cambios no pueden ser entendidos si no se reconocen las incongruencias e inconsistencias

manifestadas en los discursos de los individuos. Bajo esta premisa es factible encontrarse con hombres que renuncian a la violencia y que al mismo tiempo continúan siendo padres distantes, hombres comprometidos en las tareas domésticas pero sexualmente irresponsables, hombres sin temor a expresar sus sentimientos con conductas excesivas en la ingesta de alcohol o de comida. Ejemplos como los anteriores y otros podrán ser encontrados en los hombres entrevistados, esto no significa restarle importancia y legitimidad a las acciones por ellos emprendidas, únicamente precisar, como se verá con mayor detenimiento, el carácter *sincrético* de las identidades de género en los hombres modernos.

3.1.- HOMBRE, HOMBRES, MACHISMO Y CAMBIO.

Al hablar de cambios en la identidad de género debe ubicarse ese primer momento a partir del cual se originan las transformaciones de las que haremos referencia. Es decir, si presuponemos que se están minando las prácticas, las normas y los valores de la masculinidad, llamémosle por ahora tradicional, el primer paso será definir los contenidos de ese campo donde ocurren las rupturas que se preconizan.

Para lograr las definiciones se requiere de un par de elementos que otorguen sustento teórico a la empresa.

Una primera observación se relaciona con la crítica de las teorías feministas a las pretensiones universales inscritas en las categorías *hombre* y *mujer*. De manera sucinta, los cuestionamientos subrayan la factura social e ideológica de esos conceptos y argumentan que, en tanto invenciones, ambas refieren a una realidad construida de particularidades. Son falsos universales transformados en *todo* por la acción de poderíos victoriosos, por consiguiente resultan dimensiones que dan cuenta más bien de realidades abstractas que de expresiones concretas. En ese sentido, la mujer y el hombre resultan discursos elaborados

por grupos dominantes que se prescriben al resto, cancelando la diversidad constitutiva de las formas de ser hombre y de ser mujer.

Como reacción al universalismo androcéntrico, el discurso feminista ha reivindicando la pluralización de los géneros por razones tanto académicas como políticas. Desde esta perspectiva, lo realmente existente son los hombres y las mujeres en múltiples posiciones y con diversas prácticas de género, estructuradas por la acción de condiciones sociales específicas como la edad, la clase social, la etnicidad y la religiosidad, entre las más importantes. Al radicalizarse una lectura con tales características, todo absoluto es susceptible de sospecha, en consecuencia, cualquier enunciado que implique generalización es considerado arbitrario y puesto a prueba por un pensamiento crítico que valida las particularidades.

Sin negar las profundas implicaciones de la crítica, rescatar los absolutos tiene el propósito de otorgarles un nivel de representación y de existencia indispensable para explicar las dinámicas diversas y múltiples de los hombres y las mujeres concretos. Con ayuda de un Foucault (1984) más cercano al estructuralismo, se puede considerar que la identidad masculina y el hombre, en tanto sujeto, se construyen por la regularidad de posiciones que ocupa en un momento específico. La clave que permite reconocer la existencia de las generalidades reside en esa regularidad que configura, en este caso, al sujeto hombre. Así, el sujeto y su identidad no se agotan en una sola posición, es decir, el sujeto varón no se define únicamente por un lugar sino por el conjunto de espacios socialmente consensuados que se prescriben para el sujeto masculino, cierta posición en la sexualidad, en el trabajo, en la reproducción y en el poder, por citar los más evidentes.

Estas regularidades en la posiciones no surgen simplemente como resultado de eventos contingentes, las regularidades expresan poderes que determinan las

configuraciones propias de un género o de otro. El hombre es una síntesis de posiciones que han ocupado y deben ocupar los hombres concretos. Por tanto, el hombre es una construcción política que, sin embargo, se concreta de forma parcial en la vida concreta. Ello significa que la masculinidad vista como una articulación de posiciones resulta más un ideal regulativo que experiencias factibles de ser vividas. Los hombres ocupan parcialmente los espacios de la forma prescrita para el género masculino. Así, no todos los hombres acceden a la paternidad, no todos son sujetos del poder, no todos resultan proveedores económicos, ni todos ejercen su sexualidad de la forma socialmente establecida.

Sin embargo la parcialidad otorga sentido y validez al ideal regulativo. En la medida en que la masculinidad se construye a través de prescripciones que entrañan la promesa del poder, incluso quienes se ostentan como críticos o quienes incumplen sus mandatos se vinculan y reconocen en sus normas y valores. Este disciplinamiento se consigue a través de dos mecanismos. En primer lugar por un *natural* dispositivo que hace de los hombres resistentes a la pérdida de privilegios de género. La condición masculina entraña un sinnúmero de ventajas, posibilidades de ser y hacer garantizadas por la subordinación y la exclusión de las mujeres; renunciar a las pequeñas y grandes prerrogativas resulta incomprensible e improcedente para la mayor parte de los hombres. En el mejor de los casos un individuo puede ser más equitativo y desempeñarse con mayor democracia en ciertos espacios y en otros ser renuente a compartir el poder, las obligaciones y las responsabilidades.

El segundo mecanismo entraña con mayor claridad la función de la parcialidad en la convalidación del universal masculino. La construcción de lo masculino en tanto ideal, pero sobre todo como discurso hegemónico, implica la configuración *otredades*, campos donde, por contraposición, se autodefinen las propiedades normativas, valorativas e ideológicas que

configuran las posiciones del sujeto masculino. Las mujeres constituyen por excelencia el territorio de lo *otro* pero este se sustancia también de *otros* varones; aquellos designados incompletos o fallidos por su condición de clase, de edad, sus antecedentes étnicos, sus preferencias eróticas, sus capacidades físicas, su religiosidad, etcétera. Los *otros* comparten con las mujeres prácticas y discurso sociales orientados a su exclusión, subordinación y dominio. Asimismo concentran los estigmas que refuerzan el predominio de una versión de masculinidad, la que a decir de Connell (1997) encarna la respuesta corrientemente aceptada al problema de la legitimidad del patriarcado, la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres. Esta masculinidad en tanto hegemónica, disciplina a todos los hombres por la fuerza del castigo y la amenaza de la exclusión. La falta de hombría, es decir el no ser suficientemente hombre significa quedar fuera o permanecer limitado en el ejercicio de los poderes genéricos, además entraña un destino menos deseable, formar parte de los indeseados, los parias de la masculinidad, sometidos a los poderes de los hombres de verdad. Ser esa *otredad* sin valor que en México se constituye de todas las mujeres, los indios, los pobres, los homosexuales, los viejos, los discapacitados, entre otros.

Por lo tanto, el hombre en tanto representación universal constituye un discurso hegemónico sedimentado en las prácticas y las subjetividades de todos los hombres. La hegemonía estriba justo en eso. Así, con independencia de las condiciones específicas y de las particularidades de cada varón, incluso de la actitud crítica sostenida por algunos, ésta constituye un discurso y una práctica que vincula y conduce al grueso de los hombres.

En consecuencia, en la presente tesis se reconoce al universal masculino como una dimensión de la realidad necesaria para explicar las experiencias particulares de los hombres en torno a sus orientaciones, a sus lealtades y disidencias con respecto al modelo hegemónico. Sentada las bases de una lectura en donde lo universal lejos de cancelar la

diversidad le da sustento, es factible establecer las definiciones del punto de cambio en los discursos y las subjetividades masculinas. Ese momento inicial será el *machismo*.

Sin ahondar demasiado en el origen y el desarrollo del machismo como idea y concepto de análisis, es importante señalar las objeciones a su pertinencia realizada en distintos momentos y por diversas razones. Las resistencias provienen sustancialmente por su procedencia y uso corriente en el lenguaje común y, por tanto, en la supuesta carencia de rigor para ser utilizado en el discurso científico. Se ha señalado su anacronismo y también, como parte de estas reacciones antiuniversales, su origen arquetípico existente como ficción cinematográfica y literaria. *“En las ciencias sociales y en la literatura popular en y sobre México, el hombre mexicano, si proviene de las clases bajas, frecuentemente es presentado como el arquetipo de machismo, una expresión que invariablemente provoca una imagen de sexismo virulento. En mi opinión, las clasificaciones de hombres mexicanos y hombres latinoamericanos son anacronismos. Categorías tan generales como éstas niegan diferencias importantes que existen entre regiones, clases sociales, generaciones y grupos étnicos, en México y en otras partes de América Latina”* (Gutmann Matthew, 1993; 725).

Como se ha señalado a propósito de la categoría hombre, el machismo puede expresar un estereotipo sin contenidos concretos, sin embargo, en este trabajo se considera elemento sustancial de la matriz de géneros que opera en México y en América Latina. Vinculado a ese aspecto, el machismo en su dimensión político-cultural expresa un ideal regulativo, una construcción hegemónica que se sedimenta parcialmente en todos los hombres. El machismo como parte de esa invención que identifica y define a los mexicanos y que proviene de la imaginación de los intelectuales ligados al régimen, como lo reconociera

Roger Bartra²³ (1996), se sustancia de distintas maneras y en diferentes grados de acuerdo a la edad, la clase social, la religión, incluso las formas varias de asumir la sexualidad. Existe, en consecuencia un abanico de posibilidades de ser encarnado pero con regularidades por las cuales puede seguirse hablando de él como una realidad viva.

El machismo, expresión radicalizada del sexismo, ha tenido en México y América Latina una larga tradición para ubicar una forma de cultura caracterizada por la dominación de los hombres sobre las mujeres y la supremacía de los valores asociados a la masculinidad tales como la agresividad, la valentía, el desapego, la autocontención y el distanciamiento afectivo (Barbieri Teresita de,1990:86).

La cultura machista ha creado a su sujeto; el *macho* u *hombre verdadero*. Se trata de un sujeto con olor a pasado y apariencia a celuloide. Acartonado y con una legitimidad venida a menos es capaz de encarnarse en cuerpos y actitudes públicas y privadas todavía entrado el siglo XXI. Hombres fuertes, echados hacia adelante, con la mirada dura y la actitud desconfiada. Son los hombres que nunca lloran, hechos de roca y a prueba de inclemencias y crisis pero, en tanto hombres, dueños del mundo y de todo cuanto puedan conquistar. Urbanos y rurales, mestizos e indígenas, los machos se alimentan de la ira y del rencor, se nutren de ellos y los acumulan para, en el momento indicado, desplegarlos con toda su fuerza, porque el macho, a pesar de todas sus manifestaciones posibles, es por definición, un sujeto de la violencia.

Como se reconoce por diversos autores, el machismo constituye una forma virulenta del dominio patriarcal. En efecto, el aspecto medular de los discursos sociales del machismo

²³ De acuerdo con Roger Bartra, los estudios de lo “mexicano” son expresiones de la cultura política dominante. Esta cultura política hegemónica define las formas de subjetividad socialmente aceptadas que suelen ser consideradas como la manifestación más elaborada de la cultura nacional (Bartra,1996:16). En ese sentido, el machismo ha sido uno de los rasgos considerado esencial que define la identidad del mexicano.

reside en la violencia, no solo como recurso legítimo para resolver conflictos sino ante todo como una acción naturalmente esperada de todos hombres. Es la prueba de hombría primaria que dura a lo largo del ciclo de vida y se intensifica en los momentos de crisis identitaria. La cultura machista exalta la fuerza física, la de carácter y la que contiene emocionalmente a los hombres para enfrentarlos al mundo, en donde la patria, la mujer, la familia, la dignidad o el dinero son los bienes que un hombre *verdadero* debe defender y preservar.

Como correlato, la cultura machista sanciona con el estigma y el desprecio a aquellos débiles, cobardes, maricas y rotos. Estos hombres se convertirán, la mayor de las veces, en los *otros* sobre quienes se ejercen las violencias probatorias y meritocráticas de los verdaderos machos.

Por otra parte la violencia machista tiene con las mujeres la expresión más nítida de la función social de la violencia de género. El machismo en tanto ideología de la inferioridad femenina sanciona positivamente el ejercicio de la violencia y lo convierte en acciones consuetudinarias y normalizadas que median la relación de los hombres con *sus* mujeres. Dentro de los parámetros del machismo, el uso de la fuerza física, sexual, psicológica o económica, además de referir a hechos naturalizados, adquiere el estatuto de derechos. Para el arquetipo cultural machista, los hombres se encuentran autorizados para golpear a *su* mujer y ésta a aceptar sin reclamo las palizas y los malos tratos. La violencia en todas sus modalidades guarda el propósito de garantizar al varón el control de la sexualidad, la reproducción y la fuerza de trabajo de sus compañeras, situación factible ahí donde impera el desequilibrio de poderes y una cultura de la tolerancia y la impunidad.

Dentro del universo machista, la violencia tiene otras de sus manifestaciones normalizadas en la cultura que glorifica la violación de los límites. Los machos se embriagan

hasta el agotamiento, comen más allá de la saciedad, son fuertes y soportan *a lo macho* dolor y enfermedad. El macho se expone a toda prueba que muestre su temeridad y su arrojo. No hay mejor soldado y, en consecuencia, el macho engrosa las filas de todos los ejércitos y participa en todas las guerras. En síntesis, es el sujeto de las prácticas excesivas, de todo aquello que lo coloque al límite de sus capacidades, sus habilidades y sus recursos. Actos y conductas que tarde o temprano se revertirán, afectando su salud, su integridad y su vida.

La cultura machista se inserta en la tradición moderna que hizo de lo público el territorio del hombre y lo privado un ámbito femenino y de las mujeres. Los machos actúan con claridad en esas fronteras y asumen con naturalidad la condición de proveedores económicos de la familia. Los machos son los encargados únicos del abastecimiento, por lo tanto, es quien puede y debe trabajar para recibir la remuneración que garantice su sobrevivencia y la de los suyos. El macho es el señor del dinero y esa posición le asegura obediencia y lealtad de su mujer y sus hijos. Bajo las reglas de esa jerarquía familiar, el macho está para que lo atiendan y le brinden los servicios requeridos, servicios proporcionados por las mujeres a través del trabajo doméstico, esas *cosas de vieja* de las que un macho jamás se ocupará y ni reconocerá su importancia.

Entre las cosas de las viejas está el cuidado de los hijos, el machismo, por consiguiente, ha actuado sobre ese principio y promovido la institución de una forma de paternidad signada ante todo por la irresponsabilidad. La irresponsabilidad tiene diversas expresiones, por un lado la reproducción numerosa de hijos y la conformación de familias grandes. En la medida que la cantidad de hijos, fuera y dentro del matrimonio, ha estado asociada positivamente a la virilidad, los machos procuran engendrar la mayor descendencia posible, prestigio que se multiplica cuando el resultado son hijos varones. Un macho que se

aprecie de serlo se opondrá por principio a los métodos de control natal y la oposición será férrea si ellos deben utilizarlos. La irresponsabilidad se verifica también en las relaciones que los machos establecen con sus hijos, los reconocidos y los *ilegítimos*. En los dos escenarios, con mayor agudeza en el segundo, la distancia de los hombres respecto al cuidado y las implicaciones de la crianza resulta muy grande. En el mejor de los casos la paternidad es sinónimo de manutención y, en el peor, de disciplina autoritaria dosificada a través de la violencia física o emocional. En cualquiera de los casos, la figura paterna significa ausencia de afectos y en numerosas ocasiones abandono.

Por último, hablar del macho es referirse a una forma de sexualidad basada en la cosificación de las mujeres, *objetos* por excelencia del deseo y los placeres masculinos. En los contextos del machismo, los intercambios sexuales se ostentan como trofeos ahí donde el prestigio viril se construye en función de las conquistas sexuales obtenidas y presumibles. La ideología machista supone en la sexualidad humana un continuo respecto a la interpretación *ad hoc* del orden natural, por lo que el hombre está naturalmente dotado de impulsos que necesita saciar, no importa si es con su esposa o con la esposa del vecino. Sin distinción de con cual de las mujeres potencialmente conquistable se realice, el intercambio sexual es ante todo un acto de satisfacción para el varón “*La relación matrimonial regida por el débito conyugal supone la disposición de la mujer esposa a su requerimiento, aún contra la voluntad de ésta. Muy lejos de un arte erótico, es dominante una sexualidad de penetración, la que puede ejercerse con violencia, y que debe expresarse en la producción de hijos, principalmente.*” (Barbieri Teresita de, 1990:86). El fundamento biológico con que los machos significan la sexualidad hace también que la orientación de sus deseos eróticos se destinen exclusivamente hacia las mujeres, aunque uno de los secretos a voces refiere a prácticas homosexuales frecuentes entre machos. Otra de las prácticas promovidas es la poligamia

tolerada y generalizada de los hombres: las casas chicas, medianas y grandes con hijos multiplicados por distintas partes. En contraparte, férreos controles se ejercen sobre las mujeres consideradas una más de las propiedades masculinas. Particularmente la sexualidad de las esposas, las hijas o las hermanas sobre quienes pende el estigma de la puta o la mujer mala debe ser vigilada y toda indisciplina castigada.

El machismo es un conjunto de prácticas y posiciones que aún en la abstracción y en el arquetipo tienen poder para producir valores, ideas y normas vividas en la cotidianidad por mujeres y hombres. Al mismo tiempo el machismo es el marco elegido para explicar los procesos que ciertos hombres emprenden en un afán por plantearse formas distintas de masculinidad. Formas que nacen justo de cuestionamientos a las prácticas y los discursos encarnados en las figuras del padre, el jefe, los tíos o los hermanos mayores. Particularmente frente a la violencia exaltada por el machismo y ante una forma de paternidad poco comprometida e irresponsable, los hombres de la presente investigación experimentan puntos de inflexión que los llevan a pensar y a involucrarse en experiencias cuyos propósitos comprenden la inauguración de masculinidad no enajenantes ni opresivas. El machismo es el punto de partida para las experiencias que, recreadas a partir de los discursos, serán analizadas a continuación.

3.2. LA VIOLENCIA EN LA VIDA DE LOS HOMBRES

3.2.1. Violencia, género y construcción política.

La vida de todos los hombres así como de todas las mujeres está cruzada por la violencia. Los varones ejercen violencia contra otros hombres y contra las mujeres, a su vez, a lo largo de su vida, es común que sean objeto de agresiones físicas y verbales. Los hombres también atestiguan la violencia de otros en calidad de observadores circunstanciales o cómplices. La

violencia es una experiencia múltiple por lo que hace a las posiciones posibles que ocupan los varones en el eje víctima-victimario.

Dentro de un contexto social y cultural donde los valores de la *hombría* se asocian al poder, al dominio y al control, los hombres identificados con este modelo se le aproximan a través del ejercicio permanente y descarnado de la violencia. Por otro lado, para aquellos alejados a dichas prescripciones, la violencia será padecida en carne propia, constituyéndose en víctimas de los hombres *verdaderos* ya sea por el color de su piel, por la lengua que hablan, por su edad, su religión o sus preferencias sexuales. Las mujeres todas, son, por su parte, real y potenciales objeto del abuso de cualquier varón. En su calidad de seres interiorizados las mujeres precisan de la tutela, la protección y el cuidado de los varones; el uso de la fuerza y el poder resultan entonces herramientas de uso común para el mantenimiento de una estructura de género signada por la desigualdad. De esta forma, lejos de representar excepciones e incidentes fortuitos, la violencia resulta consustancial al vínculo hegemónico entre hombres y mujeres. Así, el uso de la fuerza física, psicológica, económica o sexual nace de las asimetrías pero al mismo tiempo las refuerza y reproduce, al menos esa es la intención detrás de cada acto violento.

En las sociedades patriarcales, la violencia es moneda de uso corriente, compete a los hombres porque históricamente han monopolizado su ejercicio y lo han hecho desde un abanico amplio de instituciones y relaciones sociales tales como el espacio privado de la familia y la pareja, el ámbito político y laboral, los ejércitos y la guerra. Sin embargo, como se ha señalado no todos los hombres acceden a la condición de sujetos del poder ni mantienen relaciones mediadas por la violencia, incluso la experiencia de gran número está cruzada por el abuso sufrido en manos de otros. En consecuencia, se puede afirmar que la condición masculina por lo que hace al poder y a la violencia no se traduce en experiencias

homogéneas. Dentro de la masculinidad operan estratos, arribas y abajos dentro de una estructura jerárquica, en donde el poder y la violencia constituyen ordenadores que distinguen y diferencian a los varones.

La violencia puede ser concebida como un fenómeno complejo por lo que atañe a los lugares y posiciones que el sujeto hombre puede ocupar. La complejidad se verifica también por las formas múltiples y diversas en que ésta se expresa, muchas de las cuales, se han reconocido así a raíz de la acción política del feminismo. Socialmente el imaginario de la violencia estuvo asociado exclusivamente a las demostraciones físicas; a los golpes, a los jalones, a las bofetadas y a los pellizcos. A todo tipo de maltrato cuyo objetivo fuesen los cuerpos, su integridad y soberanía. Tuvieron que sucederse acciones colectivas encabezadas por las mujeres que nombraron como violencia los actos y las omisiones cuyo destino eran los ámbitos económico, psicológico y sexual (Torres Falcón Marta,2001). Es decir, actos y omisiones que a partir del abuso emocional buscara dañar la autoestima y la seguridad psíquica de las personas; o bien, por medio del dinero y los bienes materiales someter a los más débiles. Finalmente, a través de la violación, los manoseos y los piropos hacer del cuerpo ajeno el objeto de placer expropiado y arrancado a la fuerza.

Así se descubrió que la violencia tenía múltiples rostros pero en el fondo, toda expresión remitió a un origen común, a una condición necesaria desde donde se estructuró todo acto de violencia física, psicológica o sexual, ese plano está dado por la desigualdad que media las relaciones entre hombres y mujeres, entre hombres y entre mujeres. En cada acto de fuerza celebrado en los múltiples espacios de la vida social, se verifica una relación social mediada por el poder y, por consiguiente, estructurada en el desequilibrio.

Este ha sido uno de los aportes teóricos más importantes del feminismo y de la perspectiva de género al debate de la violencia. Sacar de los esquemas en donde la

violencia refirió sólo a expresiones aisladas, reacciones impulsivas de seres con alguna disfunción psicológica, y situarla dentro de esquema de acciones vinculadas al ejercicio del poder. Bajo esta perspectiva la violencia dejó de ser una serie de eventos aislados para convertirse en formas sistemáticas que estructuran las relaciones entre mujeres y hombres. A partir de ese movimiento teórico y político pudo observarse en la violencia la dimensión más visible del poder. Se comprendió entonces como la forma más descarnada del ejercicio del dominio político y cultural, de la explotación económica y de la marginación de las mujeres. En síntesis, la violencia fue leída como un amalgama de recursos tanto físicos, como psicológicos y económicos destinados a reforzar el dominio y la subordinación.

Sacar la violencia de lo anómico y de los referentes aislados constituyó uno de los aportes de la teoría de género feminista a las discusiones y acciones políticas. La otra contribución operó frente a las visiones que ontologizaron la violencia e hicieron de ésta un rasgo inherente y esencial de los humanos y de los hombres. Se trata de un conjunto heterogéneo de nociones difusas, de ideologías y sistemas de pensamiento que han dado cuenta de una *condición humana* ahistórica, definida desde sus orígenes por la violencia. Narrativas que celebran la conquista y el dominio sobre la naturaleza, así como la victoria de los fuertes sobre los débiles. Historias transformadas en relato único de la humanidad, en donde la violencia se legitima y se inscribe como condición necesaria de la experiencia moderna, la historia de los vencedores escrita en clave de batallas, guerras y sobre todo glorias militares.

Sostener las premisas que inscriben la violencia dentro del plano de la esencia humana y del hombre precisó de discursos científicos que, haciendo uso de variables diversas explicaron la causa última y original de la violencia en el instinto, las hormonas, las pulsiones y los genes. Estas determinantes significaron visiones de la violencia que, en tanto

prescripciones naturales, implicaron su aceptación como hechos trascendentes, situados más allá de la voluntad individual, colectiva o civilizatoria. Explicaciones que sirvieron para justificar la eternización de la violencia y las desigualdades.

Enunciar de un modo u otro la violencia ha sido clave para comprender las acciones que una sociedad emprende o deja de hacer para enfrentar las causas y sus secuelas. De esta manera, las ideas esencialistas normalizan la violencia y alimentan las resistencias que niegan convertirla en un problema de orden público. Por su parte, las ideas que aislaron e hicieron de ésta comportamientos anómicos han contribuido a minimizar su dimensión y, por tanto, convertirlo en tema que ocupa un orden secundario en las prioridades nacionales.

La construcción de un problema, cuya solución implican acciones y políticas que crucen lo público y lo privado, ha pasado por el armazón de discursos que enfrentan la normalización y las ideas que hacen de la violencia asuntos excepcionales de familias disfuncionales o de hombres alcohólicos. En ese sentido, el feminismo como movimiento político pero sobre todo como un paradigma del conocimiento ha vertido argumentos para develar las dimensiones de la violencia y hacer de ella un problema público de primer orden. Al comprender la no naturalidad de la violencia, y por tanto su carácter social y desmontable, las acciones públicas del feminismo se han concentrado en articular esfuerzos globales y locales, ciudadanos y estatales bajo la premisa de que es factible una vida sin violencia. Este principio ha trascendido al feminismo para volverse idea contrahegemónica que lentamente echa raíces en la subjetividad de las mujeres y de algunos hombres.

La violencia de género convertida en problema de justicia, de salud y de derechos humanos cuenta con tres décadas de historia en nuestro país. Tiempo relativamente corto en comparación con una visión que hasta hace poco permeó las conciencias personales, la

cultura y las políticas de estado.

Con la oleada feminista de los años setenta, la violencia se convirtió en uno de los ejes que aglutinó la preocupación y las acciones unificadas de diversas agrupaciones que, desde la sociedad civil, difundieron la existencia de un problema e instauraron los primeros recursos de atención para las víctimas.

Las instancias pioneras para enfrentar la violencia se integraron por mujeres provenientes de la militancia en organizaciones de izquierda, mujeres de clase media con los recursos intelectuales e informativos necesarios para acceder a experiencias ocurridas en otras latitudes del mundo.

Estas experiencias, principalmente las sucedidas en los países desarrollados tenían la cualidad de ser, además de movilizaciones protagonizadas por mujeres, acercamientos a la política a partir de reivindicaciones personales. Se trató de una forma innovadora de pensar y hacer política en donde lo personal, es decir, los temas antaño pertenecientes a la esfera privada e íntima (tales como el cuerpo, la maternidad, el sexo y los deseos), se convirtieron en ejes de agendas y acciones colectivas feministas.

Dentro de estas redes feministas, articuladas por grupos informales de autoconciencia las mujeres se reunían de manera voluntaria a intercambiar vivencias y reflexiones personales; entre éstas, la violencia emergió como una de las constantes en la vida de cada una así como del resto. En el transcurso de poco tiempo las preocupaciones compartidas dieron paso a la institucionalización de los grupos y a la articulación de las primeras acciones concentradas sobre todo en denunciar una situación que permanecía invisible y fuera del debate público.

Ante la carencia espacios estatales que brindaran atención a las mujeres violentadas, las asociaciones pioneras combinaron acciones de denuncia e investigación con

servicios de asistencia a las víctimas. Durante esa primera etapa, los esquemas de atención básicamente improvisados se reducían a escuchar y a sostener emocionalmente a las mujeres así como acompañarlas a presentar las denuncias en las instancias judiciales correspondientes (Entrevista Marta Torres Falcón).

Frente a los vacíos jurídicos e institucionales y ante una cultura tolerante de la violencia, los grupos y militantes realizaron un viraje que las llevó de la sociedad civil al Estado. Es decir, frente a la escasez de recursos movilizables dentro de la sociedad, se vislumbro al Estado como un campo legítimo e idóneo para promover cambios legislativos, creación de instituciones y la puesta en marcha de políticas públicas puntuales. Incidir en el centro del poder político para iniciar cambios de mayor envergadura.

Simultáneamente al cambio en los objetivos y prácticas políticas, un proceso llevado a cabo a nivel global apuntaló la capacidad de interlocución y de incidencia de los grupos feministas en el tema de violencia. Se trata de una serie de eventos internacionales que inician en 1975 con la Conferencia Internacional de la Mujer celebrada en México y cuyo momento último ha sido la Conferencia de Beijing, veinte años después. A lo largo de este tiempo se ha construido un marco supranacional tendiente a la eliminación de todas las formas de violencia contra las mujeres. Se trata de foros, conferencias y convenciones celebradas en el marco de la Organización de Naciones Unidas y otros organismos supranacionales²⁴, muchos de los cuales carecen de capacidad vinculatoria y sin embargo

²⁴ Por su importancia en la promoción de pactos internacionales para la eliminación de la violencia contra las mujeres se encuentran los siguientes foros y conferencias: la Convención para la Eliminación de todas las Formas de Discriminación contra la Mujer, firmada en el marco de la Asamblea General de Naciones Unidas en 1979 y ratificado en nuestro país al año siguiente; la Segunda Conferencia Mundial de la Mujer (Copenhague 1980); Conferencia de Viena sobre Derechos Humano (1993), donde por primera vez se nombra y reconocen los derechos de las mujeres como derechos humanos; la Declaración sobre la Eliminación de la Violencia Contra la Mujer suscrita dentro de la Asamblea General de las Naciones Unidas (1993); Conferencia Mundial de Población y Desarrollo (El Cairo, 1994); Convención Interamericana para Prevenir, Sancionar y Erradicar la Violencia contra la Mujer (Belem Do Pará, 1994). Para una revisión más detallada ver los cuadros

representan consensos normativos que los estados nacionales difícilmente pueden evadir. Por otro lado, estos eventos significan plataformas de acción que fortalecen las orientaciones políticas de las asociaciones de mujeres y su capacidad de negociación frente a los tomadores de decisiones.

La creación en nuestro país de las primeras instituciones y de las leyes inaugurales encaminadas a combatir la violencia se producen en el contexto de esta convergencia de lógicas políticas. Por una parte, la movilización social y la presión ejercida por militantes y organizaciones feministas, y por la otra, el marco internacional dado por estas conferencias y pactos, algunos ratificados por nuestro país, vuelven parte del cuerpo de leyes que rigen la vida nacional.

La creación de este marco institucional y normativo se da a través de un proceso paulatino y en cierta medida poco articulado. Son leyes que comienzan por aumentar las penas contra la violación e instituciones de bajo perfil que se insertan dentro las estructuras judiciales y policíacas con todos los inconvenientes y límites que ello pudo significar²⁵. A lo largo de diversas aproximaciones, ocurren modificaciones a los códigos civiles y penales a través de los cuales se reconoce jurídicamente la violencia como delito que afecta la integridad y el desarrollo psicoafectivo de las víctimas y se admiten sus múltiples dimensiones física, emocional, sexual y económica. Las leyes comienzan a establecer castigos más severos para los victimarios, a proteger los derechos de las víctimas y, en menor medida, a procurar el resarcimiento de los daños.

2,3 y 4 donde se exponen las principales iniciativas del movimiento de mujeres en México, las leyes e instituciones nacionales así como los instrumentos internacionales para sancionar, prevenir y erradicar la violencia contra las mujeres.

²⁵ El Centro de Orientación y Apoyo a las Personas Violadas (COAPEVI) nace en 1988 como la primera instancia gubernamental de asistencia a víctimas de la violencia, en este caso de violencia sexual. La oficina, dependiente de la Dirección General de Protección y Vialidad del Departamento del Distrito Federal tiene una vida corta, la falta de presupuesto y de profesionalización de sus servidores son algunos de los problemas que terminan por hacer de éste un esfuerzo fallido.

La historia jurídica, en una primera etapa, se concretó en modificaciones y adiciones a los códigos civiles y penales existentes. Será hasta 1996 cuando en la entonces Asamblea de Representantes del Distrito Federal (ARDF) se discute y aprueba el primer ordenamiento jurídico que, de forma integral, abarca las diversas formas de la violencia, con la modalidad de que el único espacio reconocido fue el de la familia. Se trató de la Ley de Asistencia y Prevención de la Violencia Intrafamiliar. Este instrumento pionero vino a llenar el vacío existente y a proporcionar herramientas jurídicas para enfrentar con mayor efectividad la violencia. En ese sentido, de acuerdo con la opinión de algunas especialistas, la ley significó un avance sustantivo con respecto a lo que anteriormente se contaba en la materia (Entrevista Marta Torres Falcón y Norma Banda).

Sin embargo, la recodificación que desde el poder político se hizo del tema implicó serios retrocesos en cuanto a las demandas históricas del movimiento feminista. Si en un primer momento la violación constituyó el eje que auspició las modificaciones legales y la formulación de políticas públicas, la familia paulatinamente ocupó el centro de las discusiones y la enunciación de las políticas de estado. Los cuestionamientos del feminismo se concentraron en señalar a la familia como uno de los espacios en los que ocurre violencia, no obstante, al reconocerse jurídicamente éste como único espacio sujeto a la normativa pública dejaba sin protección legal lo acontecido en otros ámbitos como la escuela, la calle o el trabajo.

Quizá la crítica más fuerte y la desventaja más notoria que se encontró en la ley refirió a la neutralización de la carga de género. Dentro de estos cuerpos legales la violencia podía ser interpretada como la concurrencia de actos y omisiones ejercidas indistintamente por mujeres y hombres, obviándose las relaciones de poder acontecidas en los hogares. Así se consideró jurídicamente y se empató a ambos sexos como sujetos potenciales de las

agresiones y el uso de la fuerza. Las feministas avizoraron la entrada de formas nuevas de culpabilizar a las mujeres a propósito del maltrato infantil, del abuso verbal y del maltrato psicológico, acusaciones que pesaban sobre las madres y las esposas antes de las leyes y, con ellas en vigencia, las consecuencias jurídicas podían ser previsibles.

El mismo camino transitado en materia de legislación aconteció con la promulgación de políticas públicas y la creación de instituciones de gobierno. En sus orígenes las dependencias de poca jerarquía y relevancia en el mapa institucional comenzaron por ser agencias de atención a víctimas de violencia sexual. Durante el transcurso de los años, las agencias cambiaron su denominación y se diversificaron en varias instancias gubernamentales²⁶. Si en un principio la falta de profesionalismo caracterizaron los servicios de atención, una de las insistencias del movimiento y de las especialistas centró su atención en la necesidad de formar integralmente al personal dedicado a la trabajo con víctimas. De tal forma, los esfuerzos institucionales ampliaron y profesionalizaron sus apoyos, consistentes fundamentalmente en programas de asistencia psicológica, médica y legal.

En el transcurso de pocos años, la violencia intrafamiliar sustituyó a la violación como eje de acción de las políticas públicas y las instituciones comenzaron diseñar esquemas de atención más complejos en donde además de la atención a las víctimas, se contempló el diseño de tareas preventivas, de investigación y promoción de una nueva cultura. Bajo esta óptica, las instituciones de reciente creación comenzaron a elaborar proyectos específicos para trabajar con la otra parte del problema: los generadores de la

²⁶ Entre las instituciones encargadas de la atención a víctimas que surgieron después de la clausura del COAPEVI fueron los siguientes: las Agencias Especializadas en Delitos Sexuales (ADES, 1989) instancias dependientes de la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal; los Centros de Terapia y Apoyo (CTA, 1989), operaron en coordinación con Organizaciones no Gubernamentales; los Centros de Atención a Víctimas de Violencia Intrafamiliar (CAVI, 1990) también

violencia. Por primera vez en dos décadas de acciones para enfrentar la violencia, se observaron programas no obligatorios, por los que los victimarios, principalmente hombres, tuvieron la oportunidad de contar con alternativas para enfrentar ellos mismos el problema. Dichos modelos de atención se concentraron en identificar las motivaciones y en reaprender formas de resolver los conflictos por otros medios no violentos. Programas que, como ha sucedido en el tema de la violencia, nacen y se experimentan primeramente dentro de los espacios de la sociedad civil para posteriormente convertirse en acciones de gobierno.

Las políticas públicas que nacieron con una óptica penal y se materializaron a través de instancias policíacas y de procuración de justicia, comenzaron a cruzar otros ámbitos de la administración y el ejercicio de gobierno. La salud²⁷ y la educación se convirtieron en otros espacios donde se inscribieron campañas y acciones destinadas a la detección temprana, la atención y la prevención. De esta manera, los esfuerzos comenzaron a diversificarse y a trascender las respuestas que en un primer momento se concentraron en la atención de víctimas y en la criminalización de los actos.

Este proceso de políticas de estado alcanzó su mayor trascendencia con la creación durante el 2001 del Instituto Nacional de las Mujeres. Organismo autónomo y descentralizado del gobierno federal que entre otros objetivos se ha propuesto *prevenir, sancionar y erradicar la violencia de género e impulsar un marco jurídico nacional, eficiente acorde con los compromisos internacionales en materia de derechos humanos para las mujeres y las niñas* (www.inmujeres.gob.mx). A través del Programa Nacional Por una Vida Sin Violencia se coordinan los esfuerzos gubernamentales y las acciones emprendidas por

dentro del ámbito de las instancias de procuración de justicia; las Unidades de Atención a la Violencia Familiar (UAVIF, 1996) y los Centros de Atención Integral a la Mujer (CIAM, 1997) en el Distrito Federal.

²⁷ El 8 de marzo del 2000 se publicó en el Diario Oficial la *Norma Oficial Mexicana NOM-190-SSA1-1999, Prestación de Servicios de Salud. Criterios para la atención médica de la violencia familiar*. En esta disposición se establecen los criterios

las diversas secretarías para el combate a la violencia familiar y contra la mujer, así como los enlaces con organizaciones de la sociedad civil para establecer estrategias conjuntas.

Parte medular de las atribuciones y compromisos de esta nueva instancia ha sido la de contar con un sistema eficiente para detectar las dimensiones del problema y en función de ello diseñar las estrategias adecuadas. Desde las primeras acciones promovidas por los grupos feministas, la investigación y los estudios teóricos y empíricos sobre la violencia se convirtieron en piezas fundamentales para evidenciar y hacer públicas situaciones invisibilizadas y naturalizadas. Por consiguiente, documentar la violencia ha sido una práctica realizada desde los inicios de las acciones en contra de la violencia. En principio, los estudios e investigaciones se realizaron con recursos acotados, llevadas a cabo con las usuarias y los usuarios de los servicios de atención; investigaciones improvisadas con errores metodológicos y cuantitativamente poco significativos, sin embargo, dichos estudios sentaron las bases para dilucidar las dimensiones y la profundidad del fenómeno.

De manera reciente se han realizado estudios de corte cuantitativo en los cuales se busca conocer la envergadura de la violencia en las dinámicas familiares y de pareja. Dichos estudios han arrojado datos que fluctúan y establecen su prevalencia entre el 28% y el 72% de la población. Esto hace poco factible la comparación de los resultados y la traza de series históricas que den cuenta de las transformaciones y las continuidades de ciertos comportamientos. Estas variaciones pueden explicarse por: a) las diferentes definiciones conceptuales de violencia utilizados; b) el empleo de distintos instrumentos de medición y c) la diversidad de poblaciones estudiadas. (Encuesta Nacional sobre Violencias Contra las Mujeres, 2003).

para la atención médica de usuarias y usuarios involucrados en situaciones de violencia, criterios basados en la oportunidad, la calidez, la confidencialidad, la honestidad y el respeto a su dignidad.

Para proporcionar un acercamiento a las dimensiones de la violencia en México, los estudios más recientes reportan datos como los siguientes. De acuerdo a la Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares (ENIREH, 2003)²⁸ el 46.55% de las mujeres cuentan al menos un incidente de violencia en su vida. La Encuesta Nacional sobre Violencia contra las Mujeres²⁹ (ENVCM, 2003) reporta que 1 de cada 5 mujeres sufren de violencia con su pareja actual, 1 de cada 3 han sufrido violencia por parte de alguna pareja una vez en la vida y 2 de cada 3 han sufrido violencia al menos una vez a lo largo de su historia. Para el Distrito Federal, la Encuesta sobre Violencia Intrafamiliar (ENVIF, 1999)³⁰ encontró que uno de cada tres hogares, lo que involucra a una población de 5.8 millones de habitantes padece alguna forma de violencia.

Los diversos estudios concluyen que la violencia emocional, a veces denominada como psicológica o psicoemocional constituye la modalidad de mayor prevalencia, ello es consistente con lo reportado en otras regiones del mundo. De acuerdo con la EDIREH, el 35.4% sufre de este abuso. En contraste, la ENVCM reportó un 19% de mujeres que lo admitieron, siendo también la categoría más frecuente dentro de las variables aquí comprendidas, la de los celos; “se puso celoso” fue la respuesta que el 16.5% respondieron padecer. Mientras los hallazgos de la ENVI para la zona metropolitana de la Ciudad de México, arrojaron que del total de hogares donde se detectó algún tipo de violencia, el 99%

²⁸ Esta encuesta fue realizada en el 2003 bajo los auspicios del Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática (INEGI), el Instituto Nacional de las Mujeres (Inmujeres) y contó con el apoyo del Fondo de Naciones Unidas para el Desarrollo de la Mujer (UNIFEM). La encuesta se aplicó a mujeres de 15 años y más de distintos grupos socioeconómicos, tiene representatividad nacional y es para once entidades del país: Baja California, Chihuahua, Chiapas, Coahuila, Hidalgo, Michoacán, Nuevo León, Quintana Roo, Sonora, Yucatán y Zacatecas.

²⁹ La ENVIM, levantada en el 2003, fue organizada por el Instituto Nacional de Salud Pública (INSP) y se aplicó a una población específica: mujeres mayores de 15 años usuarias de los servicios de salud de primer y segundo nivel de atención. Es significativo que los datos sean consistentes con los de las otras encuestas, a pesar de lo particular de su muestra.

³⁰ En 1999, el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Historia, (INEGI) levantó en cerca de seis mil viviendas de las 16 delegaciones políticas del Distrito Federal y 34 municipios conurbados del Estado de México, lo que será la primera encuesta realizada por alguna instancia gubernamental. Al ser aplicada en los hogares, la mayor parte de las respuestas provinieron de las mujeres, aunque también participaron hombres en la muestra.

afirmaron vivir formas de maltrato emocional.

El segundo tipo de violencia más frecuente que reporta la ENDIRECH es la económica, una forma de maltrato que sólo en fechas recientes se ha conceptualizado y estudiado, con una presencia del 29.32%. Por el contrario, la ENVCM reporta este tipo en el último lugar de prevalencia con solo un 5.1%. La ENVI para entonces no la contempló como una variable por lo tanto no generó datos.

La violencia física, forma privilegiada en imaginario colectivo cuando se piensa en violencia, registra índices similares 9.31% para la ENDIRECH y 9.8% para la ENVCM. Por su parte, a través de la ENVI se identificó violencia física en 147 mil hogares de la capital y su zona conurbana, lo que representó un 11% de total de hogares con violencia, las formas que asumió este tipo de violencia fueron golpes con el puño (42%), bofetadas (40%), golpes con objetos (23%) y patadas (21%).

Finalmente con respecto a la violencia sexual, los hallazgos también son semejantes, así mientras la EDIRECH reporta un porcentaje de 7.84%, la ENVCM encuentra en su muestra una prevalencia del 7%. La ENVI, por su parte, registra abusos sexuales sólo en el 1% de los hogares con violencia, poco más de 14 mil hogares, en ellos, lo más común fue el uso de la fuerza para tener relaciones (84%).

Si bien, la unidad de análisis puede ser la familia, los sujetos de las investigaciones ante todo han sido las mujeres. Los hombres aparecen de manera indirecta asociados fundamentalmente a la producción de la violencia. Así por ejemplo, de acuerdo con datos proporcionados por el INMUJERES por cada 100 receptores de violencia, 96 son mujeres y cuatro hombres. De los generadores, nueve de cada 100 son mujeres y 91 hombres.(www.inmujeres.gob.mx). En ese sentido, las investigaciones constataron con información cuantitativa la tesis feminista que relaciona inexorablemente violencia con poder

y como una expresión más de las relaciones desiguales de género.

En ese sentido, posicionar a los hombres en el debate, desde una perspectiva cercana al feminismo, ha pasado por reconocer su condición productora de violencia contra las mujeres y contra otros hombres. A partir de esa convicción, algunos hombres establecen compromisos personales y colectivos por eliminar la violencia. A través de pequeños núcleos como CORIAC, los hombres comienzan a perfilar en el debate y a introducir modalidades derivadas de su experiencia y condición específica. Frente al vacío de recursos institucionales que nombren y codifiquen las particularidades masculinas, de forma individual y desde la sociedad civil, los hombres comienzan a crear espacios propios e inician un camino recorrido por el movimiento feminista para incidir en la formulación de políticas públicas, leyes e instituciones donde se potencien las alternativas frente a la violencia masculina.

3.2.2 Hombres y violencia de género

La violencia como la razón que impulsa una necesidad de cambio, al menos en el plano de los discursos y las ideologías, ha sido factible por la existencia de grupos y asociaciones que nacen y se desarrollan dentro de la sociedad civil. Organizaciones que a su vez se han alimentado del aporte teórico y político del feminismo así como de las discusiones que los propios varones han realizado las últimas dos décadas a propósito del poder, la violencia y los modelos hegemónicos de masculinidad.

Es significativo que dentro del ámbito de temas relacionados con el género, los debates académicos y teóricos tengan expresiones orgánicas y se concreten en acciones y alternativas. Discusiones que suministran las herramientas indispensables para edificar los caminos por los cuales ciertos hombres se reconocen en la violencia, convertida en problema

y sobre todo en razones para el cambio.

Entre estas ideas producidas por la teoría feminista, resignificadas y pasadas por el tamiz del pensamiento de hombres críticos de las masculinidades, se encuentran tres que posibilitan la existencia de grupos como CORIAC así como de hombres que renuncian al empleo de la fuerza y el maltrato. La primera de ellas, es la convicción del carácter social, por lo tanto, construido y aprendido de la violencia. Una idea que, al trascender los determinismos naturales de la genética, las hormonas o las pulsiones, abre la puerta para el inicio de aprendizajes distintos en la resolución de los conflictos, al menos ahí estriba la apuesta.

Otra de las ideas centrales reelaboradas en la experiencia concreta de los varones se deriva de lo que Kaufman, entre otros, analizó bajo el enunciado de *experiencias contradictorias del poder*. Una perspectiva del poder que reconoce las ganancias y el disfrute de privilegios y que asume críticamente su origen: la subordinación de las mujeres y de los varones más débiles. Sin embargo, esta perspectiva también identifica y pondera los costos o aristas negativos implícitos en el ejercicio del poder; así, además de las ganancias y los privilegios, hay consecuencias que se traducen en la historia individual de los varones como dolor, aislamiento y alineación (Kaufman Michael, 1997). Develar las aristas opresivas de las relaciones de género ha permitido a los hombres encontrar razones propias para iniciar una crítica a la violencia masculina y al sistema patriarcal, razones que trascienden los motivos nacidos de la solidaridad hacia las mujeres e involucran causas personales relacionadas a la condición genérica masculina.

Relacionado estrechamente a lo anterior, se encuentra una tercera premisa nacida en debates teóricos y decantados en esos procesos de autorreflexión crítica de los varones. Se trata de un concepto que liga el maltrato y el abuso contra las mujeres dentro de una

tríada cuyos destinatarios también lo constituyen otros hombres así como la dignidad e integridad de la propia persona. La violencia en tanto prueba máxima de hombría se valida primeramente en las agresiones contra las mujeres pero igualmente en esos pleitos y confrontaciones cuerpo a cuerpo con los otros, historias comunes en la vidas personales y colectivas de todos los varones. La violencia se contiene de otras acciones y omisiones que pasan por el cuerpo, la mente, la salud y el bienestar propio. Actos osados, en donde la valentía, la irreverencia y la trasgresión de límites se ostentan como demostraciones inequívocas de virilidad, manifestaciones cuyo núcleo probatorio se encuentra en el riesgo y las implicaciones nocivas a la salud y la vida de los propios varones. Otras expresiones comunes se originan en la negación de cualquier síntoma de vulnerabilidad y se manifiestan como negligencia, falta de prevención y atención a la salud y la integridad física y emocional.

Así enunciada, la violencia de género permite comprender un sinnúmero de fenómenos asociados directamente al poder que cruzan transversalmente la vida de todos, en distintas posiciones y con diversas intensidades. La violencia nombrada a partir de esas premisas contribuye al desarrollo de compromisos para eliminarla no sólo por parte de las mujeres sino también por hombres que resignifican con oprobio sus experiencias violentas. Hombres poco significativos en términos numéricos pero cuya presencia ilustra la construcción de una disidencia discursiva por que al mandato violento se refiere.

Una expresión de la emergencia de este tipo de proceso tiene lugar en los hombres de la presente investigación, de los que a continuación se sistematizan sus trayectorias vistas a través del cristal de la violencia.

La exposición inicia con el recuento de los enfrentamientos con la violencia primarios ocurridos generalmente durante la infancia y vividos en condición de víctimas, para posteriormente explicar los niveles y formas en que éstos ejercen maltrato y agresiones en

contra de otras personas. Finalmente dar cuenta de las formas y medios en que algunos problematizan su propia violencia y buscan alternativas para renunciar a ella. Hombres que ingresan a los programas de CORIAC en donde aprenden otras posibilidades de relacionarse con las mujeres y con otros varones.

La primera constante al analizar las historias de vida es la presencia sistemática de la violencia en modalidades e intensidades diversas en la vida de cada uno de los varones. Una constante que invariablemente remite a la infancia y al núcleo familiar en donde acontecen estos episodios, unas veces descarnados y otras tantas más sutiles. De acuerdo con las historias es el hogar el espacio en el que se presencia por vez primera las agresiones y los maltratos principalmente físicos y verbales.

Yo lo ubico como mi papá golpeaba y pateaba a mi mamá yo visualizo eso para mí eso es violencia. Eso era muy común, sí muy común, en las discusiones cuando mi mamá no hacía lo que mi papá quería o no se hacían las cosas y mi papá se molestaba y llegué a ver que mi papá a veces golpeaba a mi mamá (Ricardo).

No pues era mi padre, era mi padre que se alcoholizaba a cualquier hora, fuera por la mañana, por la tarde, por la madrugada y amaneciendo, día festivo, no festivo, mi mamá pues me acuerdo que yo por ser el más chico me agarraba cuando oía que ya llegaba mi padre tomando y nos íbamos a la calle, me acuerdo que mi mamá me agarraba de la mano y me llevaba a la Iglesia más cercana (Alejandro).

La violencia primaria y formativa sucede en ese lugar donde los discursos conservadores han estipulado la base orgánica de la sociedad, concebida como el ámbito de los afectos, la solidaridad, la producción de valores y la convivencia armónica. Como se ha insistido desde posiciones alternativas, la familia remite a un espacio jerarquizado donde se celebran relaciones cargadas de poder, articuladas sobre el eje del género y la edad.

Relaciones que entrañan resoluciones violentas como las formas naturales de imponer la autoridad y las razones de los más fuertes. Así, las familias de estos varones no constituyen la excepción. Hoy a la luz de lo que han aprendido, son capaces de resignificar sus historias nombrando como hechos violentos algunos pensados en su momento como atribuciones normales y legítimas, acciones protagonizadas principalmente por sus padres en contra de ellos, sus hermanas, hermanos y también sus madres.

Bueno mira mi papá era de un carácter muy fuerte yo creo que ejercía, ahora ya con mi experiencia en CORIAC, yo creo que él ejecutaba mucho lo que era la violencia psicológica o sea golpeaba con el carácter, nunca ejerció una violencia física, vamos me llegó a dar mis nalgadas alguna vez como era de esperarse en aquellos entonces (Santiago).

En el caso de los usuarios de los servicios de CORIAC, los episodios de violencia vividos en los hogares de origen remiten a situaciones prototípicas y descarnadas, donde los golpes, las amenazas y los insultos refieren a episodios sistemáticos que suceden durante toda la infancia y parte de la adolescencia. En dos de los casos, el alcoholismo de los padres promovió esos ciclos de maltratos, arrepentimientos y reconciliaciones que duraría hasta la siguiente borrachera. Sucesos donde las principales destinatarias serán las madres pero también los hijos cuando intentan parar los conflictos, cuando incumplen los mandatos o los cuestionan.

Mi papá tomaba mucho alcohol, ganaba bien pero todo se lo gastaba, invitaba a todos sus amigos y a sus no amigos, luego pues no tenía dinero, entonces cuando mi mamá le reclamaba le pegaba, nos metíamos y nos pegaba a nosotros, un patrón de cada semana (Bruno).

Otra de las historias evidencia el carácter selectivo de la violencia, contraria a la

imagen ampliamente difundida sobre su origen impulsivo e irracional. La violencia remite a un proceso de selectividad por lo que toca a sus destinatarios, electos mediante cálculos instrumentales pero también respecto a los mecanismos elegidos. Este es el caso de la remembranza de uno de los entrevistados quien recuerda a su padre el cual sin ninguna contención o mediación propinaba golpes e insultos a sus hijas e hijos. No obstante, con la madre aprovechaba las noches y los momentos en que se encontraba sola para golpearla.

Mi papá era muy inteligente siempre lo hacía en la madrugada y en la noche cuando estábamos dormidos o creía que estábamos dormidos lo llegaba hacer muy sutil pero sí la golpeaba o sea sutil en el aspecto de decir creo que mis hijos están dormidos no se dan cuenta, pero no estábamos dormidos, yo a veces llegaba a oír los golpes y el quejido de mi mamá cuando recibía los golpes (Ricardo).

Así, evitando el escrutinio y la intervención del resto de la familia este hombre ejercía una forma de violencia encubierta, posiblemente producto de una jerarquía de tabúes y prohibiciones que hacían más permisible la violencia abierta en contra de los hijos y más soterrada con su compañera.

A través de estos relatos se desprende, al parecer, que las mujeres aguantan y toleran toda clase de abusos, no obstante, existen excepciones. Curiosamente en tres de las narraciones de los usuarios de CORIAC, en donde la violencia se manifiesta de manera constante, la separación de la pareja se produce debido a diversas razones: la infidelidad, el alcoholismo y la irresponsabilidad económica y afectiva de los hombres.

Yo no sé cuántas veces vi que mi mamá metía a la cárcel a mi papá y así como lo metía así como salía de la delegación. Mi padre es alcohólico y pues de infiel, andaba en sus actividades de infiel y de alcohólico. Él vivió con nosotros, él vivió conmigo yo que me acuerde él vivió hasta los ocho años y de los ocho a los doce sus ausencias eran muy prolongadas y ya a los doce fue última vez que llegó a la casa, a

partir de esa ocasión ya no regresó. Lo que sucedió es que llegó acompañado con la señora en turno exigiendo que quería cenar pues obviamente mis hermanos mayores no le permitieron y le pidieron que se fuera y se fue (Alejandro).

Sin embargo, la violencia constituye una de las razones presentes por las cuales las madres –de los entrevistados- se deciden el divorcio o rompen definitivamente con sus cónyuges. Estas pueden ser consideradas estrategias de carácter definitivo para evitar la reiteración de los ciclos de maltratos y abusos.

Había mucha violencia de mi padre hacia mamá y también mucha violencia de imposición de mi papá, de golpearnos darnos luego con el cinturón y también discusiones eternas entre mi papá y mi mamá, a veces discusiones de 12 horas, ¡cabrón! yo a veces no les entiendo cómo aguantaban tanto. Finalmente en 1985 mi mamá, bueno mi papá y mi mamá se separaron, toman la decisión sana de separarse y ya mi mamá se queda aquí y nosotros nos fuimos para Guanajuato, yo tenía como 15 años (Ricardo).

Estos casos resultan excepcionales en marco de los índices generales de divorcio en México, a pesar de la violencia, la separación representa un hecho aislado e inusual dentro de un contexto social donde prevalecen los lazos conyugales (Ver pie de página 22).

En estos mismos relatos, los entrevistados narran su separación temprana del seno familiar cuando identifican que la violencia no se detiene bajo ninguna estrategia ni el divorcio constituye una opción factible, así se distancian de las relaciones abusivas. La violencia intrafamiliar es una de las motivaciones para emprender la vida de forma independiente, pero paradójicamente la independencia será también el inicio de historias que se repiten ahora, protagonizadas por aquellos mismos que rechazaron toda semejanza con el padre y con la violencia.

Por otra parte, en la experiencia de uno de los asistentes a los grupos de CORIAC

(así como del grupo de académicos y líderes sociales), la violencia que aconteció en su hogar tuvo más que ver con formas de imponer la autoridad, en donde no media la fuerza física sino una serie de mecanismos disciplinarios, normales de un momento histórico. Se refieren a regaños, miradas, amenazas y gritos, que hoy se reconocen expresiones constitutivas de la violencia emocional o psicológica ejercida en el grupo familiar. Dicho sea de paso, esta categoría de violencia resulta la más extendida, o al menos la más asumida, de acuerdo con las distintas encuestas y mediciones. De forma análoga, las referencias recogidas en los relatos aquí expuestos señalaron, mayoritariamente, a padres que *golpearon con el carácter* tal como lo define Santiago; padres que podían propinar manazos o nalgadas pero sustancialmente hacían valer su autoridad a través de la coerción emocional y psicológica.

El impacto de la violencia psicológica en la identidad de los hombres ha sido diverso, aunque todos asumen que los daños provocados son comparables con aquellos ocasionados por la fuerza física. Algunos entrevistados relativizan lo que acontecía en sus casas sobretodo cuando comparan las constantes percibidas en el contexto social próximo. En el caso de familias de extracción popular con niveles bajos en educación, la violencia que a algunos entrevistados les tocó vivir resultó incomparable frente a lo que ocurría con las familias vecinas. Estas experiencias de lo que sucedía afuera hacían referencia de una violencia cruda que se dejaba filtrar por las paredes y que sólo se constataba socialmente los días subsecuentes cuando se testimoniaban a través de ojos morados y otras lesiones visibles en los cuerpos de las mujeres, las niñas y los niños víctimas de esos abusos. Frente a este panorama, varios minimizaron lo acontecido en su propia casa.

Como que en ese ambiente la violencia no era una constante como era en otras casas que escuchabas pero escuchabas como cuando golpeas tú con el cuero, zas, que se

escucha el golpe seco, lo escuchaba con los vecinos y con las vecinas y al rato veías a las mujeres con el ojo morado, con un parche, etcétera (Francisco).

Aún teniendo delante esos escenarios tan virulentos, el ejercicio de la violencia psicológica dejó secuelas negativas recordadas así por algunos de los entrevistados. Para José, por ejemplo, el hostigamiento de su padre se torna insoportable sobretodo durante su adolescencia, optando por mudarse a otra ciudad con su hermano para ahí proseguir con sus estudios.

La relación con mi papá fue un hecho cotidiano de rechazo y violencia. Al inicio no sé, tendría yo, de los cinco a los diez años recuerdo a mi papá con buen trato hacia mí, pero creo que en la pubertad, yo creo que le despertaba algo, no sé qué cosa pero fueron como tres años de un tormento impresionante. No recuerdo golpes de mi papá hacia mí fuertes no, de hecho violencia física no, yo creo que era mucha violencia de palabra o de malas miradas o de tal gesto o de tal comentario, etcétera, pero sí fue muy violento, una situación muy, muy incómoda y por esta situación fue que mi hermano me llevó a Jalisco a estudiar la preparatoria (José).

En varios relatos, uno de los agravios más comunes refirieron a mofas y escarnios puntualizando la debilidad, el afeminamiento y, por tanto, la homosexualidad potencial de estos varones por parte de padres, padrastros o bien los hermanos mayores.

Hay cosas que sí me llegaron a marcar mucho de mi papá, pues así que me minimizaba mucho, recuerdo incluso a veces como yo era más relajado nunca andaba con muchas chavas, me llegó a decir, ¿qué eres puto o qué?, y bueno son cosas que a veces pues a mí sí me molestaba porque yo como hombre pues yo me sentía atraído por la mujer (Ricardo).

La fragilidad imperdonable de los hombres, dentro los esquemas machistas, constituyó un estigma que pesó por mucho tiempo en la autoestima de algunos como

Mariano para poder aceptar su preferencia sexual diferente. Pero no sólo para él, también otros varones heterosexuales viven esos señalamientos con oprobio durante buena parte de su vida, hasta que paulatinamente son capaces de resignificar positivamente esos rasgos, comúnmente asociados a lo femenino, a través de CORIAC y otros espacios sociales. Dentro de estas alternativas sociales y culturales, cabe señalar que, como las características vinculadas a la feminidad y referidas anteriormente, el uso del pelo largo, entre otras gestualidades, terminan asumiéndose como particularidades distintivas de la personalidad masculina de alguno de estos varones que convierte en positivo una característica denostada por la cultura tradicional.

En otros casos, no son los epítetos focalizados en la debilidad o el afeminamiento el camino por donde circuló la violencia psicológica sino la descalificación constante acerca de sus aptitudes escolares e intelectuales, el menoscabo de sus habilidades y capacidades. Para estos entrevistados, las huellas de la agresión quedaron impresas profundamente en la constitución de sus identidades, recuperarse precisó dedicación y energías canalizadas junto con un trabajo terapéutico o de diversos apoyos sociales a lo largo de su desarrollo.

Las omisiones afectivas representan otras formas sutiles por donde se registra la violencia y la generación de daños estructurales en la personalidad y las conductas de estos hombres.

Pues yo creo que la violencia fue nada más esta idea de lo emocional y lo psicológico o sea su incapacidad para expresar cosas y traducirlas en afectos, o sea el Mariano papá con su silencio me destrozó muchas veces o con su ignorarme porque nunca fue agresivo o violento físicamente en ninguna forma (Mariano).

Mariano es el caso más patente de una situación signada por el abandono y sobretodo la demostración intencionada de indiferencia por parte de su padre biológico, o

bien el que se presumió como tal. Una situación en la que nunca existieron los golpes ni tampoco el abuso verbal, solamente el silencio y la ignorancia contrastantes con las demostraciones afectivas prodigadas al resto de sus hermanos. Formas de maltrato que a la vuelta de los años Mariano identificó como el efecto del desinterés paterno pero que siendo adulto descubre provienen de una aventura entre su madre y otro hombre, que el supuesto padre lo sospechó y se cobró con él la infidelidad. Los daños de todo ese tiempo de violencia emocional hicieron estragos en la estructura emocional de Mariano, quien desarrolla una adicción severa al alcohol y requiere de un largo proceso de recuperación en Alcohólicos Anónimos.

Si bien, todos los entrevistados reconocen en la figura paterna, la principal fuente de la violencia que se vive en el hogar de origen, las madres también protagonizan situaciones de abuso físico y emocional. Es relevante, que a través de dos de los relatos aquí presentes, las madres aparecen vinculadas indirectamente al ejercicio de la fuerza y la autoridad. Aquí las madres acusaron y remitieron a sus hijos con el padre, quien verdaderamente ostenta el poder disciplinario.

Mi padre era autoritario, de hecho, mi madre nos acusaba con él, pero nunca nos pegó, yo al menos no recuerdo un golpe pero sí recuerdo los gritos y los gritos eran más violentos que sentir el cinchazo (Francisco).

Una situación relevante porque describe de forma sucinta las jerarquías invisibles que definen los lugares, las atribuciones y los poderes en el hogar, en donde la autoridad de las mujeres se encuentra acotada y se valida por la presencia de los padres³¹. Si bien, la

³¹ Diversos estudios sobre la división de las tareas en el hogar recogen por su parte la disposición jerárquica. Los permisos en un campo donde se expresa el peso de cada una de las figuras adultas en el hogar. Así mientras los asuntos cotidianos podían ser resueltos por las madres, aquellas decisiones que implicaban asuntos de mayor relevancia son por lo general atribuciones de los padres.(Esteinou,2005; García y de Oliveira, 2005).

división de poder genérico consagró a los hombres adultos las prerrogativas de imponer la autoridad en el hogar, aún por medio de la fuerza, las madres también conservan una buena dosis de esas mismas atribuciones. Los hombres investigados refieren también a episodios de violencia protagonizados directamente por sus madres sobretodo en la infancia y evocan un periodo en donde los golpes y los regaños resultaba formas aceptadas y de uso corriente de educación y formación de la personalidad de niños y niñas. En esta tesitura, Alejandro recuerda a su madre, sobre todo después de la separación con su padre, como una persona que no conocía otro medio para hacer frente a las inquietudes de los niños, y de él en particular, que el uso de la fuerza física o emocional. José, también evoca a una madre especialmente autoritaria con sus hijas, rígida respecto a los quehaceres domésticos que delegó siempre en ellas, sin importar las sobrecargas de trabajo a las que eran sometidas o la injusticia frente a la falta de presencia de los hermanos en estas mismas.

Mi mamá fue muy violenta en términos de un era demasiado estricta en muchas cosas con mis hermanas que tenía que estar todo en orden, la comida, la casa, recuerdo en una ocasión a mis hermanas las puso regresando creo que una regresaba de la secundaria a las diez de la noche y a esa hora las puso hacer la limpieza de la cocina o sea como muy autoritaria, en algún sentido, más fría, más distante, mi mamá le decía a mi papá que le pegara a mi hermana la mayor que era la más rebelde, entonces mi papá le pegaba y le pegaba muy fuerte, pero era por orden de mi mamá (José).

La violencia así reconocida por todos los hombres ocurre, como se ha descrito, de forma sistemática en las vivencias familiares de cada uno de los entrevistados. En el transcurso de su crecimiento algunos transitan de ser testigos o víctimas a convertirse en los protagonistas de una violencia que tiene como destinatarios las mujeres, las niñas y niños,

otros hombres y ellos mismos. De todos Alejandro es aquel que encarna la violencia en su expresión más virulenta. Desde pequeño Alejandro aprende que los únicos sentimientos legítimos que un hombre puede expresar son aquellos asociados con el enojo, la ira, el orgullo, la dignidad. La posibilidad de manifestar otro tipo de emociones que denotaran sensibilidad y vulnerabilidad se encontraban introyectados con una fuerte carga negativa; por experiencia sabía que mostrar cualquier signo de debilidad era interpretado inmediatamente como sinónimo de feminidad y, por tanto, de *mariconería* y *jotería* inadmisibles en un hombre de su contexto social próximo. Esto se inscribe en un ambiente familiar y social donde la agresividad y la fuerza no solo eran formas recurrentes y cotidianas de las relaciones interpersonales sino recursos que a los hombres les garantizaron prestigio y reconocimiento.

Cuando recién llegué al barrio fui a caminar con una niña y me acuerdo que me vacilaron unos vecinos de la otra calle y me costumbre era de llorar, porque mis hermanos eran los mayores y a todos les ponían sus cocos, porque de la generación de la calle y de las demás calles de la palomilla eran los valedores, mis hermanos, Todo mundo les tenía miedo y los respetaba no porque fueran buenos para pelear sino porque eran los mayores, entonces, en consecuencia me tenían que respetar, me acuerdo que me vacilaron y yo llorando con la niña según que era mi novia, entonces llego a la casa buscando a mis hermanos y ellos no estaban, pero iba siempre con la palomilla, entonces sí estaba otro muchachón que quería quedar bien con mi hermana, entonces ahí va de valiente a defenderme, porque yo le dije que me habían pegado. Así lo hice como mil veces, iba con mis hermanos por eso nadie me quería también porque siempre andaba de mentiroso que me pegaban y llegaban mis hermanos y los golpeaban, en esa ocasión fue el amigo este a defenderme y cuál pues lo dejaron todo golpeado, porque salió toda la familia y lo golpeó. Entonces ya regresamos derrotados y vencidos, llega la palomilla de mis hermanos y le preguntan al chavo qué le pasó y el les dice es que fui a defenderlo, entonces fuimos y se hizo el pleito en grande. Ya después mis hermanos hablaron conmigo, me dijeron que me dejara de andar de puto, maricón, que me aplicara, que fuera hombrecito, que no iban

a defenderme cuando yo tuviera a mis hijos, mi novia o mi esposa. Entonces a partir de ese momento me trajeron a puro chingadazo, a puro trancazo, a pegarme y a pegarme, a hacerme hombre, hasta que llegó el momento en que los superé a uno le rompí la nariz, al otro lo mandé al hospital porque le rompí una costilla y a partir de ahí, desatado (Alejandro).

Como Normal Fuller (2001) señaló para el caso peruano, en México la exacerbación de la fuerza y la violencia en contextos populares se origina de la precariedad de recursos materiales susceptibles de ser capitalizados como prestigio y poder por parte de los varones. Como consecuencia, la hombría se demuestra físicamente, a través del ejercicio descarnado de la fuerza; así, las riñas, los golpes y las mofas verbales resultan estrategias tendientes a someter a los otros (tal como sucede con el albur). Es ese contexto de violencia vivida como norma el ámbito donde crece Alejandro. Un barrio popular en donde no existen alternativas para hacerse respetar más que los golpes, el enfrentamiento y los insultos. Alejandro aprende y lleva lejos esos aprendizajes. Así la violencia constituye una constante que marca su vida afectiva y define las distintas etapas de su juventud y adultez. Para él sólo existe una forma adquirir prestigio y por tanto respeto; así, los golpes junto con su capacidad de seducir y conquistar mujeres se convierten en recursos que harán de él un *chingón*, la expresión más estereotipada del macho mexicano. Así en tanto macho, resulta un hombre que no despierta otro sentimiento que el temor y el rechazo; aún entre sus hijos y con su compañera resulta incapaz de vincularse afectivamente, sólo pudo relacionarse a través de una exigencia perfeccionista que con el tiempo irá minando el aprecio, la confianza y el cariño sobretodo de sus hijos hacia él.

De esta manera, tal como el mismo se define, es un hombre fundamentalmente aislado y muerto en cuanto a sus emociones y sentimientos. Una forma de vida que, durante

buena parte lo cual lo lleva a enfrentar situaciones graves que terminarán por dañar su salud y colocarse en riesgo de perder la vida.

Alejandro no sólo es un hombre paradigmático por llevar al extremo esa violencia prototípica del machismo sino también por encarnar en su experiencia las contradicciones del poder y esa violencia de género que se revierte en contra de sus protagonistas expresada en riesgos a la salud, la integridad física y emocional. De acuerdo con la explicación de Alejandro; hace algunos años sus riñones dejan de funcionar correctamente por lo que le tienen que extirpar uno. Después de una larga y difícil recuperación, sobre todo al analizar la situación a la luz de reflexiones terapéuticas y bajo la perspectiva de la violencia aprendida en CORIAC; Alejandro encuentra que su enfermedad tiene origen en esa estructura emocional que reprimió y le condujo a cancelar todos sus sentimientos a excepción de la ira, el enojo y violencia.

Durante mi operación de riñón, cuando me dijeron que me iban a quitar uno, pues consciente de que quedaba el otro no me sacó tanto de onda. a partir de la segunda operación ya empecé a sentir un poquito de miedo y es cuando empecé a trabajar en mis emociones, así como llegué con la tanatóloga y es ahí cuando empecé a descubrir y a tomar conciencia, aprendí cuál es la función del riñón ya no tanto era lo de la orina sino de curar las toxinas y entonces descubrí que por no realizar mis emociones, una se fueron quedaron en el riñón, ahí se quedaron en la coladera por eso fue pues la cuestión de mi salud por no drenarlas, por no filtrarlas, por no compartirlas, por no verbalizarlas (Alejandro).

Alejandro no es el único caso de donde ciertas modalidades de la violencia remiten a la propia persona, es quizá el ejemplo extremo de una situación que lo lleva al borde de la muerte, pero en diferentes dimensiones esta tendencia se encuentra presente en la mayor parte de los entrevistados.

Estas formas de auto agresión como se ha insistido tienen diversas modalidades, la más común se devela en la falta de cuidado y atención a la salud que gran parte de los sujetos de la investigación reconocen. Los hombres acuden al médico, al dentista, al oftalmólogo o al terapeuta en situaciones extremas, cuando enfrentan alguna crisis en la salud que no pueden evadir. Es decir, no existe una cultura de la prevención y del cuidado, ello en parte tiene su asiento en elementos de la ideología machista que niegan a los hombres la posibilidad de la fragilidad física y les impide auto percibirse como seres vulnerables, los hombres se aguantan el dolor y se curan por sí mismos. Parte de esos momentos del discurso machista se encuentran presentes, articulados con otras razones y motivos y explican la resistencia de los hombres a mantener una actitud asertiva cuando de su salud se trata.

No, no he ido al doctor esto es lo que estoy retomando ahora, yo me abandoné mucho tiempo, sé que tengo que ir al doctor, tengo que chocarme. Cuando tuve la enfermedad fue cuando empecé ir al doctor, una ocasión me dijeron los doctores sabes qué lo que te pasó es que tienes arritmia no, pues yo me quedé con la idea de que tengo arritmia y andaba así todo menso y bien inseguro y Gladis me dijo un día no, vamos al médico vamos a ver. A veces como hombres podemos creer que siempre vamos a estar sanos pero no es cierto y como hombres no sabemos pedir ayuda y también otra cosa es el hacerme responsable, porque no es Gladys la que tiene que llevarme al doctor, soy yo Ricardo el que quiero ir al doctor y voy ir a ver qué es lo que tengo y checarme (Ricardo).

Ya tiene ya años, creo que un buen rato en que no voy al médico y eso fui la última vez porque me sentía mal de la gastritis y yo sabiendo lo que tenía y sabiendo que era lo que me iba a recetar nada más fue ahora sí que para asegurarme de nuevo, pero fuera de eso nunca. Al dentista iba regularmente iba y eso porque tengo toda la dentadura de metal y sólo cuando siento alguna molestia y demás, al oftalmólogo no he ido siento que ya lo necesito, pero ahora sí que por angas o mangas me he hecho

el loquito y no he ido y siendo que sí lo necesito porque ya de pronto ya no veo bien, sobre todo letreros o cosas así, no tanto que no vea en lo absoluto sino que ya para leer, ya vamos cansancio de vista y demás y sé que necesito un cambio de lentes, pero tampoco lo he hecho (Santiago).

A pesar del pensamiento moderno, de la situación económicamente desahogada de la mayoría y de sus procesos críticos a los modelos tradicionales de hombría, los varones entrevistados comparten con el resto de sus congéneres una misma actitud frente a sus cuerpos, su salud y su bienestar emocional. Una relación caracterizada, en el mejor de los casos, por la falta de atención y de cuidado, por la negligencia y la ausencia de una cultura preventiva. Formas que hoy se reconocen y se tematizan como expresiones de la violencia, cuyos efectos se dejan sentir a mediano y largo plazo. Agresiones que se celebran en contra de uno mismos como parte de esas prescripciones temerarias que definen los comportamientos masculinos.

Parte de las mismas acciones que se celebran en contra de la salud y el equilibrio personal de los varones tienen en las conductas excesivas otra manifestación extendida de auto violencia machista. Si bien fenómenos tales como el alcoholismo se originan en múltiples factores, la exaltación de la hombría entendida como principios y valores que buscan la trasgresión probatoria y conducen a situaciones límite es parte sustancial de los mecanismos que disparan éste y otro tipo de adicciones.

La historia de Mariano, muestra con nitidez y dramatismo las tendencias a la autodestrucción comunes entre ciertos varones. Un comportamiento que lo puso al borde de producir daños irreversibles, incluso la muerte. El alcoholismo en Mariano tiene un componente que evidencia algunos dispositivos de género detrás del abuso de sustancias. A Mariano el alcohol le permite transgredir uno de esos mandatos fundamentales del orden

patriarcal y la identidad hegemónica masculina; le posibilitan, al calor de las copas, dar rienda suelta a sus deseos de relacionarse sexual y afectivamente con otros hombres. De esta manera, con el alcohol encuentra la fuerza necesaria para poder entrar a bares y cantinas donde se reúnen hombres gays. Sin embargo, de acuerdo con su relato, la combinación excesiva de alcohol y sexo lo llevan a toparse con experiencias duras, del tipo que dentro de *argot* de las adicciones se le conoce como *tocar fondo*. Es decir, situaciones denigrantes y altamente riesgosas que lo laceran y enferman su cuerpo, su mente y su capacidad afectiva. Paradójicamente son las mismas experiencias las que brindan razones y sobre todo la fuerza vital para emprender la salida de esos espirales dañinos en los que se transforma la vida de las personas con adicciones.

Llegaron a pasar periodos, la última vez fue tomar un jueves y no saber de mí hasta dentro de dos semanas. No tener claro qué pasó en esas dos semanas, es una angustia que todavía siento, no te puedo dar cuenta de esas dos semanas todo el mundo angustiado, tengo chispazos no, en la casa de una puta, debajo de un puente con una bola de gente no recuerdo ni porqué ni quiénes, estar con un señor horrible y haciendo de todo o prestándome a todo (Mariano).

Mariano toca fondo en su adicción pero también en esa negación y culpa con las cuales vivió atormentadamente su sexualidad. De todos los entrevistados es quizá quien lleva al extremo estas conductas violentas dirigidas hacia su propia persona, pero los demás en menor medida, comparten esa misma cultura de los excesos, algunos en la forma de comer, otros en la adicción al cigarro o al café. Sin embargo no todos ejercen violencia contra otras personas, al menos eso se desprende de sus relatos. Únicamente los usuarios de CORIAC manifestaron la ocurrencia de episodios de violencia en donde los protagonistas no hayan sido ellos.

De entre estos hombres que ejercieron violencia, Alejandro es el único que admite un comportamiento violento tanto en el ámbito público como en el privado, el resto ejercen esas prerrogativas de género en el núcleo familiar, con sus mujeres, hijas e hijos. En estos casos se confirma el carácter selectivo de la violencia, en donde son las personas más débiles y vulnerables, ya sea por su condición de género o su edad, sobre quienes se emplea la fuerza para su sometimiento y coacción. De igual forma ilustra un hecho que Santiago y Bruno afirman cada uno en su propia experiencia, el desdoblamiento de su comportamiento dentro de los espacios familiares, por un lado, y los públicos como el trabajo o la escuela, por el otro. Santiago lo expresa de la siguiente manera:

Yo soy el bonachón del trabajo, mis estudiantes, mis compañeros me lo dicen, que soy buena onda y buena persona, yo no veía mi violencia sino hasta en las sesiones de CORIAC en donde estuve percatándome en esos detalles, de que realmente eres uno fuera y eres otro adentro de la casa (Santiago).

Asimismo Bruno también reproduce en su vida adulta un comportamiento que le resulta muy cercano a su experiencia formativa. Al igual que su padre desarrolla una personalidad carismática, afable y amistosa cuando se trata de los amigos, los compañeros de trabajo, las personas que lo rodean fuera de su casa. Como su padre, sus actitudes se transforman con sus parejas justo cuando se pone en crisis su autoridad; en esos momentos, cobijado por la privacidad del hogar es capaz de recurrir a los insultos, los gritos, las amenazas y los golpes como respuestas profundamente introyectadas que si bien no son del todo legítimas resultan un recurso a la mano para restituir el poder.

Yo llegué con un psiquiatra para ver qué onda cuando perdí la cabeza, no sabía qué hacer fui con un psiquiatra para ver si en verdad era una persona violenta, porque una de la teorías era que o era violento o había perdido la cabeza. Bueno y él a final de cuentas me dijo es que no era violento o sea no era una persona violenta, porque no

andaba peleándome por la calle no andas buscando ahí con quién me iba a agarrar a trancazos. Lo que sí es que tenía una conducta aprendida de cómo resolver las cosas y para resolver las cosas tal como las aprendí en mi casa, aprendí a que se resuelven con malas palabras y con golpes, como mi papá. El punto es cuando las cosas no se hacían como yo quería, como yo decía, como yo pensaba entonces comenzaba una reacción violenta que poco a poco se fue haciendo más grande. Primero era pensar algo malo de la persona o mentarle la madre, decirle algo, enojarme y mandarla a la chingada, pero poco a poco se fue haciendo más grave, entonces en una relación yo llegué a los golpes, le pegué una cachetada o le jalé los cabellos. Entonces había un periodo de culpa tremendo, qué dije puta, qué onda, qué pasó, porque ni cuenta me daba a qué hora pasaba simplemente cuando veía ya había hecho el desmadre. Me costó trabajo primero aceptar que me estaba pasando, aceptar que era el patrón repetido de papá, la otra aceptar que no podía controlarlo y la otra aceptar que tenía que buscar ayuda que eso fue un proceso digamos que largo, tedioso, pero cuando toqué fondo pues fue cuando vi que no tenía control sobre mi y que, en este caso, la relación en la que estaba cualquier cosita me ponía mal y fue cuando dije sabes qué a buscar ayuda (Bruno).

Bruno como el resto de los asistentes a los talleres de CORIAC interpreta los orígenes de su violencia en esos aprendizajes primarios que hicieron de él un ser incapaz de resolver los conflictos íntimos a través de medios distintos al abuso y el maltrato. Sobretudo, reconoce en el poder y los privilegios de género los dispositivos que se ponen en juego detrás de cada acto de violencia en los que se ve envuelto. En su caso siempre sintió que las compañeras con las que compartió la vida doméstica le llegaban a mentir, o bien, le fallaban, le desobedecían o simplemente no cumplían correctamente. A partir de sus aprendizajes en CORIAC Bruno aprende que estas sensaciones son ante todo deseos de control y poder ligadas a la cultura machista en la cual estuvo siempre imbuido. De igual manera que Santiago, fuera de sus parejas, nadie a su alrededor se percató de su violencia, para los

otros y las otras fue siempre un hombre sociable y apacible, la violencia de género que acontece en el ámbito doméstico es un asunto privado, vivido de esa manera por las víctimas y aprovechada por los victimarios.

Mientras que para Bruno el ejercicio de la violencia física y emocional tuvo como destinatario a sus parejas, para Ricardo y Santiago el maltrato se practicó en contra de sus hijas e hijos. Ricardo reconoce que si bien existió abuso físico, psicológico y sexual con su primera esposa, fue la violencia contra sus hijas e hijos las acciones de mayor recurrencia y los actos que más impactaron su conciencia.

Con Jimena, ejercí todo tipo de violencia, bueno física casi con ella no, tampoco fui un santito, ejercí violencia física con mis hijos y ahí fue cuando fue un detonante que me dije ay ya no lo hago más. Con Jimena ejercí violencia emocional, al decir tú eres la culpable, no me quieres, la psicológica el decirle eres una pendeja, eres tonta en la económica que en ese aspecto ahorita siento que más o menos la estoy ejerciendo porque no estoy cumpliendo como debe ser, la violencia sexual no, no lo hice mucho con ella, bueno, recuerdo que una o dos ocasiones sexualmente fui muy violento la y la física o sea no fue de que la golpeará. La única vez que ejercí violencia física fue con mis hijos, en una ocasión que yo acababa de comer y estaba dormido, mis hijos estaban bien traviosos echando su relajo, como todo niño, y Jimena estaba ocupada, estaba molesta, ¡mira que los niños no obedecen! y que quién sabe qué, y decía pues atiéndelos tú, yo dije ¡ay chinga! porqué lo voy hacer, insistía, insistían, entonces me enojé, agarré un palo y zaz me cueree a los tres a Hernán, Fabiola y Ricardo. Pero cuando vi su cara y cómo los golpee y lo que les hice me sentí culpable, sentí vergüenza, sentí mucho miedo, vi a mi padre reflejado en Ricardo y yo siempre decía nunca voy a ser como mi papá, y en ese momento estaba haciendo lo mismo que mi papá hacía con nosotros (Ricardo).

Santiago por su parte admite que únicamente ejerció violencia emocional con sus hijas, no obstante, los estragos en la mayor ya comenzaban a sentirse.

De pronto también me daba cuenta de las actitudes de mi hija, que no me veía te digo con ojos de respeto sino que de pronto así como un poquito de temor, de miedo. (Santiago).

Con excepción de Alejandro para quien la violencia constituyó un aprendizaje positivizado y por lo tanto, los actos de agresión física se recrean con cierto halo de heroísmo, para el resto de los asistentes al programa de violencia de CORIAC, el maltrato se recrea con sentimientos entremezclados de culpa y arrepentimiento. Así Bruno y Ricardo evocan episodios caracterizados por movimientos cíclicos por los que la violencia emerge después de la acumulación de coraje, enojos, agravios, para estallar y manifestarse ya sea como golpes o insultos. Un estado al que le sobrevienen sentimientos de vergüenza, pesadumbre y constricción, en juramentos solemnes de que nunca más volverá a suceder, seguido de periodos de estabilidad y paz que tarde o temprano avizoran nuevos episodios de maltrato.

En ese sentido, la violencia de estos hombres son actos permeados por la culpa, por el sentimiento de estar transgrediendo uno de los preceptos más profundos y valorados por la sociedad; de violentar los vínculos familiares supuestos naturalmente como lazos de amor, solidaridad y armonía. Por lo tanto, existe en todos una reacción en la conciencia que, de forma inmediata, les indica que sus actos resultan ética y moralmente condenables. De esta manera la violencia descrita por cada uno se caracteriza por su contención, es decir, no hay referencia a acciones de brutalidad desmedida, como quizá acontece en los pleitos de Alejandro o como se reporta comúnmente cuando se habla de violencia contra las mujeres, los niños y las niñas. Se trata, según sus propios relatos, de episodios de abuso verbal y psicológico, de golpe que por lo general no dejan lesiones o daños considerables, actos

atemperados, como se ha insistido, por la certeza de estar cometiendo una injusticia.

Resulta interesante que las narraciones de los otros hombres, aquellos que desde la academia y las iniciativas ciudadanas han promovido cambios en la condición de género, en ellos la violencia ha estado presente en calidad de objetos de las agresiones y los maltratos ajenos. Estos hombres por distintas circunstancias relacionadas a su aspecto físico, sus aptitudes y destrezas o bien por razones derivadas de una preferencia sexual distinta, desencajan notoriamente de los patrones hegemónicos de hombría y virilidad. Son hombres que no ostentan una gran fuerza corporal ni tampoco expresan esos comportamientos típicos del hombre agresivo; algunos delgados y bajos, otros poco hábiles para los deportes y las actividades manuales, unos más de formas suaves y delicadas, son por excelencia los *chivos expiatorios* de los *pactos patriarcales* (Amorós, 1990) violentos de otros hombres.

Francisco, por ejemplo, recuerda parte de su infancia convertido en saco de boxeo de otro niño, una situación característica de las escuelas o los vecindarios donde siempre habrá el abusivo y golpeador; así transcurre buena etapa de su vida hasta que finalmente después de muchos abusos se anima a reaccionar con fuerza y así poner un freno a las hostilidades.

Cuando chavo tienes dos perspectivas, la primera entras al núcleo de gandallas o simplemente sigues siendo tranquilo, yo me fui al segundo camino pero bueno tuve que sacar pleitos cuando hubo necesidad, porque finalmente era un espacio en donde tenías más alternativas o confrontaba al típico abusivo o sino a esta edad yo estoy casi seguro que seguiría tirando línea. Entonces creo que hubo un momento en el cual dije bueno una de dos o termina golpeándome o entramos a una nueva etapa, creo que te comenté le gané una pelea cuando andaba yo en bicicleta y el tipo me embistió y tiempo después yo venía en la misma bicicleta y entró en diagonal yo no lo alcancé a ver, porque llegó en diagonal por atrás o sea un ataque artero y cobarde llegó por

atrás en diagonal me embistió, me tiró de la bicicleta, me bajé de la bicicleta de que ya me había tirado me levanté y le dije vente vamos a ver de qué cuero sale más correa, el tipo se echo a correr y se fue mentándome la madre con la mano en puño hacia atrás y gritándome groserías (Francisco).

Por su parte, José relata diversas agresiones vividas de adulto en donde los abusos se cometieron por parte de su pareja en su contra. Este caso ilustra la universalidad de la violencia, la cual lejos de ser prerrogativa de heterosexuales puede verificarse en las relaciones homosexuales. José repasa los episodios que desataron los golpes e incluso un suceso doloroso de violación *conyugal*, en donde los argumentos esgrimidos por su pareja guardaban una similitud de origen con aquellos que proporciona el resto de los hombres para justificar sus actos, de acuerdo con esas razones, José era manipulador, controlaba psicológicamente las situaciones y las dinámicas de la relación, y por lo tanto era él quien provocaba las reacción virulenta del otro. El argumento central de historias que se suceden en distintos ámbitos sociales en donde la constante es el desequilibrio de poderes entre mujeres y hombres, entre hombres y entre mujeres, situaciones ideales para el florecimiento de la violencia.

Mi ex pareja era muy impulsivo, me acuerdo una ocasión que íbamos en su carro y él se alteraba demasiado, entonces agarró y empezó a manejar a velocidad fuertísima, llegó el momento en que me espantó, me espanté mucho y en un alto que agarro y me bajo, o sea esa era una forma de violencia, en otra ocasión salimos juntos al bar no sé a la disco y comenzamos a discutir saliendo, él iba manejando y yo iba diciéndole no sé qué cosa y me da un trancazo en la boca que me tumbó un diente. Después ya se hizo como de broma, de síguele y te voy a tumbar otro diente, y van ir a parar tus dientes al periférico o sea cosas así. El era como muy impulsivo y se alteraba demasiado y se controlaba poco, yo era quien tenía que controlarlo o sea bajarle, cómo que yo hacía que se encabronara muchísimo entonces cuando estaba bien

encabronado yo tenía que medirle el coraje, tranquilizarlo pero hubo situaciones muy, muy violentas en una ocasión también me golpeó digamos no muy fuerte pero me golpeó y en otra ocasión me violó, me obligó a tener sexo, me penetró, pero para mí fue sumamente dolorosísimo, fue terrible (José).

Para estos hombres la violencia es algo que asusta, el conflicto expresado a través de golpes, de los excesos verbales y la tensión psicológica resulta algo que desde niños produjo temores. Son, por tanto, varones desidentificados con esa forma de expresar la hombría, una opción que como hemos visto conlleva el costo de colocarlos en el otro lado de ejercicio violento, el lado de las víctimas de la violencia de género.

A mí nunca me ha gustado la violencia, es algo que a mí me da mucho miedo y me parecía muy terrible que de chavos pudiéramos tener aquí rodeado a un buey del vecindario rival, la black stone como le decíamos de las piezas negras, para madreártelo, yo eso sí nunca lo hice (Mauro).

Del lado de los hombres que sí ejercen la violencia, estas expresiones, por lo que hace a su recreación discursiva, son actos que desde siempre estuvieron filtrados por algún mecanismo de autocontención. Si nos atenemos a los relatos de la mayor parte, todo ejercicio de violencia se encontró permeado por la sensación y la certeza de generar daños y agravios en contra de sus seres queridos. Las narraciones de la violencia, salvo Alejandro, se caracterizan justo por ser recuentos a travésados por la culpa, pero la idea de que los golpes, los insultos y la humillación constituyen básicamente comportamientos crueles, malos e indebidos. Con esos sentimientos y certezas precríticas fueron elaborando la necesidad de parar la violencia.

Cuando les pegué a mis hijos me sentí muy triste y me sentí confundido, me sentí enojado conmigo mismo, dije -qué onda cabrón no que tú nunca vas a golpear y mira

lo que estás haciendo- me sentí muy triste, después les pedí perdón, no sé si me perdonaron pero fue un evento detonante en el cual me di cuenta en que yo podría llegar a ser como mi papá y que yo lo decidí no seguir, creo que ese no es camino de ser con mis hijos (Ricardo).

Es importante subrayar que parte del cuestionamiento a su propia persona comienza con la sospecha y el reconocimiento explícito de estar comportándose a la usanza de sus padres. Los hombres se ven así mismo actuando tal como solían hacerlo sus padres, en esa dimensión de la paternidad que siempre rechazaron justo por haberla padecido en carne propia; toda esa tensión, esa vergüenza y ese el dolor producto de los excesos autoritarios y del machismo. Así, a pesar de la condena a ese pasado se descubren haciendo cosas que juraron jamás realizar. Una vez reconocido críticamente los grados de reproducción de ese tipo de paternidad agresiva y violenta comienzan a sensibilizarse con las posibilidades del cambio y sobre todo atentos a las opciones existentes para ayudarse en la empresa.

Yo tenía un miedo tremendo de repetir el patrón que a final de cuentas lo repetí y en las tres relaciones que he tenido he sido violento físicamente violento, verbalmente y bueno por eso lo decidí entrar a CORIAC, eso después de una vez que le mordí la oreja así como Tayson a una de mis parejas. Pero era hacerlo muy en forma de reacción inmediata y me hacía a un lado, luego dije ¡puta madre! y me sentí super mal y empezaba o sea quería salirme de ahí incluso yo decía sabes qué, vamos a dejarlo así, estoy mal tengo que buscar ayuda. Nada más lo decía pero nunca lo hice hasta que dije saben qué ya no puedo, no tengo control sobre mí (Bruno).

Otro de los hechos relevante que permiten operar estos procesos de cambio está relacionado con la importancia de los medios masivos de comunicación, especialmente los electrónicos. Como se describió en páginas anteriores, los varones usuarios de los servicios

de CORIAC son quienes presentan los perfiles educativos menos altos de la muestra, es decir, son hombres que han encontrado alternativas al machismo y a la violencia fuera de los circuitos académicos y universitarios, lugares por tradición productores de saberes y conocimientos críticos. En ese sentido, son hombres para quienes los medios electrónicos les acercan con diferentes formas de poder relacionarse con las mujeres y con otros hombres, los proporcionan información alternativa en temas considerados tabúes como la sexualidad, la construcción de género, la salud y el bienestar. Dentro de la gama de opciones ofrecidas por el radio y la televisión, la mayoría de estos varones encuentran en programas como los de Ernesto Lamoglia, Patricia Kelly, Anabel Ochoa así como la barra televisiva del Canal Once *Diálogos en Confianza* una fuente de información, valores, ideas y opiniones críticas, tratada con seriedad que los ayudara a confrontar su propia historia.

Como había leído, había tomado muchos cursos de desarrollo humano, superación personal, había pensando que solo podía arreglar el problema y no. Un día oyendo a Ernesto Lamoglia habló sobre, bueno más bien hablaron unos chavos de CORIAC y dijeron sobre el programa de violencia, de hombres renunciando a su violencia y me interesó, empecé a buscar información en Internet y bajé la información leí, y pues me di cuenta que era un ahora sí, que yo era un caso de violencia tremendo y que sino lo atendía, bueno que ya estaba digamos que una etapa intermedia en donde va creciendo la violencia y esto era sólo en el noviazgo, bueno noviazgo aun viviendo juntos, que sino no me atendía tarde o temprano iba a seguir violentándome y violentando a mi pareja (Bruno).

Estaba escuchando en una ocasión el radio a un individuo que tenía actitudes muy similares a mí y tenía conflictos parecidos y lo canalizaron a CORIAC, aunado a eso mi segunda pareja se fue a Sonora, a Caborca y ella me decía que me quería pero se fue ¿no? Me dije algo debe de andar mal porque no puede ser que toda la gente se retire de mí, en este caso Gladys y luego con la historia de ese hombre de la radio que también tenía broncas muy similares a las mías, me dije, voy a ver qué onda a lo

mejor yo soy el que ando mal y así fue que asistí a la sesión informativa de CORIAC (Ricardo).

Es a través de estas fuentes donde descubren la existencia de un grupo llamado CORIAC, en el cual los hombres trabajan su violencia bajo la perspectiva de renunciar a su ejercicio. En estos programas radiofónicos y televisivos escuchan por vez primera las experiencias de otros varones que les son conocidas, comprenden a través de los otros que esos actos y omisiones en la relación con sus compañeras, hijas e hijos se llama violencia y lo más importante, se puede cambiar.

Son, por tanto, hombres que acuden por propia voluntad a los grupos de CORIA, un rasgo que contrasta con la mayoría de los usuarios quienes llegan a los grupos de violencia enviados por sus esposas, con amenazas de divorcio o de repercusiones judiciales. Estos hombres actúan por convicción, son ellos quienes realizan su cita de ingreso y acuden de forma constante a las sesiones semanales a lo largo de los tres niveles que cuenta el programa. Ello constituye un rasgo compartido por todos los personajes de la investigación, su compromiso personal y el nivel de profundidad que este adquiere, ello no sólo los hace diferentes al resto de los asistentes del Colectivo, también explica su constancia y el grado de convicción expresado en sus discursos. Este grado de convencimiento sobre las bondades del programa se pone también de manifiesto en la persistencia dentro de CORIAC. Así al momento de la investigación todos se encontraban por concluir la última fase del programa, uno más tomó los cursos para poder replicar la metodología y hoy forma parte del equipo de apoyo. Es decir, aún dentro del contexto del Colectivo, los hombres de la investigación resultan singulares por su compromiso.

Dentro de las dinámicas grupales, estos varones pueden reconocer su problema en

las narraciones de los otros hombres, reconocer la violencia propia aún cuando algunas de sus expresiones se encuentran profundamente naturalizadas. Algunos de estos hombres afirman que sólo a partir de las sesiones y de la experiencia ajena son capaces de comprender que los gritos, los insultos, la ironía y la crítica permanente son también formas de violencia psicológica. Expresiones de la violencia que tal como sucede con los golpes o la violación sexual generan daños significativos en la integridad, la autoestima y la salud mental de las personas.

Ya en la primera sesión hay hombres que hablan de golpear de violencia, de violaciones hacia sus parejas, de golpear físicamente patadas, yo me dije no soy así yo no soy violento pero en el transcurso me doy cuenta que hay otro tipo de violencia, que yo Ricardo ejercí, me voy dando cuenta de que psicológicamente, emocionalmente y económicamente soy muy violento, tenía esa violencia, quizá físicamente no ni sexualmente, pero sí tenía otro tipo de violencia y mucho autoritarismo que me hacía pensar en ser el todopoderoso, el que me debían servir, al que no me deben molestar, entonces veo eso (Ricardo).

En CORIAC comprenden que la violencia no es un destino escrito en los genes o en la naturaleza de los hombres sino en tanto valores y conductas aprendidas es factible desaprenderlos y reaprender formas alternativas de resolver los conflictos con sus parejas, con sus hijas e hijos así como con otros hombres.

Bueno yo creo que lo importante primero es saber que uno es o uno puede ejercer violencia, saber detectar esas autoridades que de pronto le salen a uno sin saber muchas veces, sin reconocerlas. Por otra parte identificar ahora sí que las señales previas, como se les llama, las señales antes de ejercer la violencia y ejercer más bien un retiro, esa es una de las dos principales fórmulas, eso es para evitar detener al menos la violencia. Posteriormente existen otras herramientas cómo el analizar porqué está siendo uno violento, cuáles son las autoridades que tiene uno, qué es lo que hace que de pronto te conviertas en un ser así y empezar a rascar la historia de la ira, porqué son en esas situaciones, como hombre de no expresar sus

sentimientos. Eso es algo bien importante pues si a uno desde chavito le dicen los hombres no lloran, los hombres no lavan trastes, los hombres no esto, los hombres no aquello, los hombres nada más están acá arriba y deben de ser así fuertes, y por lo tanto no deben de ni siquiera tener un pequeño titubeo y pues no, no es cierto somos seres humanos y a fin de cuentas tenemos tanto derecho de llorar y de reír, y demostrar nuestros sentimientos como lo tiene cualquier otro ser en este planeta (Santiago).

Un elemento adicional pero altamente significativo se desprende del carácter propio del espacio auto reflexivo que proporciona CORIAC, un lugar en donde los hombres intiman y comparten sus historias sentimentales y emotivas. Un espacio único de sociabilidad entre los hombres no mediado por la competencia, la transacción de mujeres o el poder sino justamente por la expresión de esa variedad de sentimientos y sensaciones que el proceso de conformación de género ha proscrito para los hombres.

Al principio no me identifiqué aquí en CORIAC pero me quedo porque me empiezo a sentir bien y veo que ahí hay un espacio en el cual puedo llorar y además había un señor que recuerdo mucho, siempre me decía es que estaba muy interesante esto y que debería de quedarme, seguir hay que seguir me decía. Curiosamente el señor ya nunca continuó, pero me voy dando cuenta de lo violento que soy, me voy dando cuenta de que Ricardo realmente quería de chavito que la mujer fuera igual, que mi mamá fuera igual y tuviera esa equidad por eso me quedé también ahí, porque Ricardo quería eso y lo tape con el Ricardo machista durante mucho tiempo, pero ya después me doy cuenta de que eso era lo que realmente yo quería y porque como hombre me empiezo a sentir bien y sé que hay un espacio donde puedo llorar y puedo hablar (Ricardo).

Para estos varones, la violencia representa el punto de quiebre respecto a los significados de la masculinidad aprendida y normalizada desde la infancia, aquella que suponía en el hombre un ser todo poderoso. Así, en su historia, la violencia expresa la

posibilidad de mantener una situación de jerarquías familiares, laborales, incluso amistosas inalteradas, pero al mismo tiempo, en tanto experiencia contradictoria, conduce a escenarios de pérdidas, dolores y agravios que se acumulan y revientan. En estas historias, los efectos secundarios de la violencia terminarán por minar no sólo el estado de cosas sino las certezas que los ubicaron y proporcionaron los sentidos frente al mundo.

Estas confrontaciones los rebasan y tal como aparecen en los testimonios, conducen a la búsqueda de alternativas para recuperar lo perdido, resarcir los daños, o bien, comenzar de nuevo. Para la mayoría CORIAC es uno más de los momentos que toca su recorrido en busca de ayuda. Sin embargo de todas las opciones conocidas se distingue por ser un espacio que plantea además procesos extradiscursivos, proceso más allá de la reflexión y auto reflexión crítica. Renunciar a la violencia implica formas nuevas de ser y sobre todo hacer, las cuales se verifican en las relaciones con las otras y los otros. Significa cambios en los comportamientos y en las actitudes, espacialmente con las personas más próximas. Al mismo tiempo el trabajo con la violencia rebasa a la violencia misma y conduce a problematizar los mecanismos que la originan y la hacen posible. Ello lleva a confrontar de manera central la construcción hegemónica de la masculinidad en México, sobre todo por lo que hace al poder. En ese sentido, los discursos con los cuales los hombres reconstruyen su vida parecen reconocer las complejidades de la violencia y al abordarla desde sus vivencias, reconstruyen las conexiones que hacen del poder y violencia parte de un binomio indisoluble.

Más allá de los valores y deberes seres elaborados discursivamente, los hombres recrean su vida, es decir sus ejercicios cotidianos de convivencia alejados de todo indicio que entrañe el uso de la fuerza física, psicológica o sexual. Incluso dejan entrever pactos tendientes a la equidad que surcan distintas esferas sociales y cruzan prácticas diversas. Sin embargo, por principio de cuentas son aseveraciones difíciles de sostener exclusivamente en

el discurso de una de las partes interesadas. Más allá de la buena voluntad y de la honestidad de los sujetos, la reconstrucción de estos procesos requiere, al menos, otras voces, contrapuntos que sirvan para atemperar las probables apologías en las que suelen tornarse las autorreferencias de hombres con amplios y profundos recursos discursivos.

3.2.3 Conclusiones

La violencia constituye una experiencia común a todos los varones de la investigación. Una experiencia compartida cuyo primer referente se encuentra en la infancia y en ese espacio primario y fundamental que representan las familias. Los varones, todos, son disciplinados en esos usos y costumbres donde las fronteras entre la violencia y la autoridad han tendido a confundirse, mayormente en un tiempo dónde el discurso de los derechos permanecía ajeno al mundo de lo privado y de las relaciones afectivas.

Los padres pero también las madres son las figuras que emplean esos métodos que, sólo hasta el presente, son reconocidos como violentos por los sujetos investigados. La violencia puede ser extrema y expresarse de manera física, mediante golpes, nalgadas o jalones de cabello. Sin embargo, mucha de ella tiene otros conductos que sólo a la luz del conocimiento, la madurez y los cambios culturales es nombrada de tal forma, como la violencia emocional, la violencia por abandono, la violencia económica, entre otras.

A lo largo de la vida de estos hombres, la violencia sigue presentándose y sobre todo ejerciéndose. Incluso dentro de esta pequeña muestra se expresan con claridad las diversas artistas de esa *triada*, a través de la cual, Kaufman, comprende la violencia de género ejercida por los varones.

De tal suerte, para algunos, la violencia es un *sine qua non* de su propia hombría. Ser un hombre pasa por demostrar mediante golpes, patadas y empujones, la fuerza y el poder.

Es una violencia que tiene como propósito dominar a las mujeres así como a otros hombres, tal como expresan algunos de los relatos, en donde se describen contextos sociales en el que se promueven con ahínco masculinidades particularmente violentas. Por otra parte, existen la experiencia de algunos otros en la cara anversa de la ecuación, se trata de aquellos a quienes por débiles, pequeños o físicamente faltos de destrezas se constituyen en las víctimas los más fuertes. Varones para quienes la infancia y la adolescencia representan periodos especialmente críticos por la violencia emocional y física que viven. Otros relatos conducen a vivencias reconocidas como de autoviolencia, estas son aquellas relacionadas con los excesos asociados a ciertas prácticas las cuales, por la estructura social de género, se encuentran más vinculadas con la masculinidad como sucede con el alcoholismo, la drogadicción o el descuido sistemático del cuerpo, la mente y las emociones.

La violencia comprendida en esta dimensión resulta una experiencia límite con respecto a los valores y normas asociadas a la masculinidad en la mayoría de las historias de los varones estudiados. Esta situación parece más evidente en el conjunto de quienes llegan a los grupos de CORIAC a tratar su violencia pero se presenta igualmente, aunque con otros matices, en aquellos que conforman al grupo de académicos y dirigentes civiles. Sin embargo existen algunas diferencias que habría que subrayar entre estos dos conjuntos.

La primera de ellas se desprende del tipo de violencia que caracteriza a ambos grupos. Mientras para los usuarios de CORIAC el ejercicio resultó contra sus parejas, hijas e hijos, los otros varones la experimentaron más en tanto objetos de la agresión de sus congéneres así como en esa otra modalidad autoinfringida como el caso de Mariano con el alcohol. Para los primeros los límites son impuestos desde fuera, sea bien por la exigencia de parte de sus víctimas o por una sensación de estar realizando actos indebidos, crueles, cuya evocación a su propia infancia los conduce a confrontar críticamente ese aspecto de su

conducta. Para el resto, vivir durante etapas clave de su desarrollo las agresiones físicas y emocionales a mano de otros varones, justo de aquellos colocados en los lugares de mayor respeto, miedo o admiración, los condujo a un temprano cuestionamiento de esos modelos ampliamente aceptados de lo que debía ser un hombre. Finalmente, el otro punto de quiebre también dentro de este mismo conjunto se da por esas vivencias críticas que conducen a los límites con la muerte, la pérdida de la salud, el daño a la autoestima.

Para los primeros, los involucrados en CORIAC, resulta igualmente más claro observar cómo el alto a su violencia implica un proceso de confrontación con su propias creencias, valores y supone el inicio de un proceso de búsqueda y construcción de formas alternativas de ser y actuar, en el mejor de los casos incompletas y llenas de contradicciones. La violencia vuelta problema cataliza respuestas y movilizaciones que, en términos discursivos, parecen signar la vida del primer núcleo investigado. Pero de igual manera se encuentra como un hito en la historias de los otros varones y forma parte de las razones detrás, incluso, de su quehacer intelectual y político.

Es por ello que la violencia representa un eje analítico fundamental para explicar y comprender la vida de estos varones.

3.3. EL TRABAJO

3.3.1 Trabajo e identidad de género

De acuerdo con diversas tradiciones en las ciencias sociales, el trabajo constituye el elemento central de la conformación humana. Para el marxismo, entre otras corrientes, el trabajo constituye la clave central de los procesos de hominización. Para decirlo en términos de Engels el trabajo tiene un papel de primer orden esos tránsitos que hicieron de los monos hombres. Desde el marxismo y en general desde la economía clásica, la transformación de la

naturaleza y su conversión en bienes y servicios para la subsistencia están en la base misma de la humanización de hombres y mujeres; el proceso por el cual dejan de ser datos biológicos para convertirse en cultura y en sociedad. El trabajo humaniza, paralelamente representa uno ordenador central para edificar el entramado de lugares y actividades que definen y especializan, en dos campos a los hombres y a las mujeres, lo masculino y lo femenino (Lagarde, 2001).

De manera sucinta se puede reconocer que, con el arribo de la modernidad burguesa, el trabajo se convirtió en un intercambio operado bajo las reglas del mercado capitalista, en donde, convertido en mercancía, se vende a cambio de un salario que garantiza al obrero su subsistencia, posteriormente y luego de numerosos luchas sociales, también la de su familia. El trabajo comprendido en el contexto del capitalismo sólo podía tener lugar en espacios extradomésticos, bajo el rasgo inequívoco de la remuneración. Si bien, el trabajo industrial requirió, en su primera fase, mano de obra femenina e infantil, los movimientos obreros y los pactos de género interclasistas (Cobo Rosa, 2003) contribuyeron a dotarlo de una identidad masculina. El trabajo entonces se hizo actividad con cuerpo de varón. Con la emergencia de la familia nuclear y de un salario suficiente para la reproducción material de la familia obrera se operó la posibilidad de la división público/ privado y la conversión de toda actividad laboral en asuntos que ocurrían exclusivamente en los espacios públicos, que producían bienes y objetos, generaban salarios y eran protagonizados exclusivamente por varones. Las mujeres no desaparecieron del espacio del trabajo remunerado pero salieron masivamente para especializarse en el cuidado y la reproducción de la mano de obra en el hogar.

Diversos especialistas coinciden en afirmar el carácter sustantivo del trabajo en la identidad de los hombres (Fuller 2001, Lagarde 2001, Olavaria 2001, Mauro 2001), resultado de los significados que ha asumido en la modernidad. Desde pequeños, los hombres son

socializados para realizar actividades que les harán ingresar al mundo de los varones adultos, poblado por individuos libres e independientes, hombres que se constituyen en columna vertebral de otros justo por su función de soportes económicos. Así, el trabajo provee a los hombres de un lugar socialmente ponderado desde donde es posible ejercer autoridad y obtener privilegios. El trabajo otorga por el mismo efecto identidad y poder. De tal suerte, para un hombre el trabajo nunca constituye una opción, es la posibilidad de ser en el mundo y de ocupar algún sitio en sus entramados jerárquicos. En consecuencia, aquellos que por razones diversas incumplen con esas disposiciones se convierten en fracasos, remedos de hombre que sólo podrán integrar el segmento marginado y estigmatizado de la sociedad.

3.4.2. Crisis, reestructuración y cambios en la división social del trabajo.

Durante las últimas décadas en México se han operado diversas transformaciones en el ámbito laboral que han trastocado la rigidez de las configuraciones de género, por largo estructuradas bajo la división masculino/femenino, público/privado. La idea de una esfera productiva de hombres diferenciada del ámbito reproductivo de las mujeres está comenzando a presentar fisuras. Igualmente la figura del hombre como único agente proveedor de bienes materiales comienza a ser rebasada por realidades acontecidas en la vida pública y privada.

Los cambios en el terreno laboral han sido múltiples y complejos, en esta sección sólo se referirán a aquellos relacionados, de manera directa, con las dinámicas de género anteriormente descritas. Estas transformaciones tienen como contexto las crisis económicas que, desde los años setenta han erosionado el pacto social de la posguerra y el papel rector del estado mexicano en la economía. Las políticas de reestructuración y de ajuste destinadas a fomentar la inversión extranjera, el intercambio comercial con el exterior y la flexibilización

de la mano obra, necesaria para enfrentar las exigencias de la era global.

Estos fenómenos económicos constituyen el contexto que impacta la estructura del mercado laboral y favorece la emergencia de al menos tres tendencias pertinentes para el estudio: a) el deterioro creciente en la calidad del empleo; b) la feminización del trabajo y c) las transformaciones en la producción de bienes y servicios dentro del espacio doméstico (Rendón,2003). Estos factores se vinculan de manera estrecha y representan uno de los ejes que ponen en cuestión la división genérica del trabajo así como la omnipresencia de los hombres en el espacio laboral.

Respecto a la calidad del empleo, es importante señalar, en principio, que el trabajo representa una de las actividades productivas más dañadas por la crisis y las políticas de ajuste. En este ámbito, uno de los fenómenos que mayor atención despierta ha sido el menor dinamismo de la industria como fuente generadora de empleos y el incremento del sector de servicios y comercio en la absorción de mayores porciones de mano de obra.³² Este cambio conocido como terciarización de la economía ha tenido implicaciones negativas para los hombres. La industria, sobre todo la pesada, constituyó, por excelencia, el destino principal de la fuerza de trabajo masculina, hoy en día se constriñe para dejar a los varones con una opción laboral cada vez más reducida. En contraparte, el sector terciario, más flexible, demanda fuerza de trabajo femenina, ello porque aquí se concentran una serie de actividades que refuncionalizan aptitudes, destrezas y características supuestas desde siempre como propias de las mujeres (Rendón, 2003).

La terciarización del empleo podría ser efecto sólo del dinamismo y los márgenes de

³² De 1979 a 1991 el porcentaje de varones económicamente activos en el sector industrial pasó en nuestro país de 29.2% a 24.8%, mientras, en la misma época, aumentó su participación en el sector servicios de 34% a 40% (García, Blanco y Pacheco, 1999; 284 y 287). Otro dato ilustrativo de este proceso es el siguiente. Del total de nuevos empleos creados entre 1991 y 1997 en las áreas más urbanizadas, sólo el 15 por ciento correspondió a la industria manufacturera: mientras que el comercio y los diversos servicios contribuyeron con el 92 por ciento de los nuevos empleos asalariados (Rendón, 2003;132).

ganancia que este sector genera dentro de la economía de México y del mundo. No obstante, tiene una relación profunda con la calidad del trabajo. De acuerdo con García y de Oliveira (2001), la ampliación ocupacional en el sector de los servicios se origina en buena parte por las condiciones en las que ésta se realiza, precarias y mal retribuidas, tienen lugar, de forma mayoritaria, en establecimientos pequeños.³³

La terciarización no explica únicamente la precarización del trabajo, otro elemento en juego se relaciona con el ritmo de creación de empleos, insuficiente a todas luces frente a la expansión demográfica de la población en edad laboral. Debido a las condiciones prevalecientes en México, de carencia de mecanismos sociales compensatorios, la insuficiencia laboral no tiene correlato en tasas elevadas de desempleo, tal como sucede en los países industrializados³⁴. La falta de empleos aunada al deterioro en los niveles de vida ha provocado estrategias de sobrevivencia que encuentran en los sectores no asalariados e informales un nicho de sustento.

Se trata de una gama de posibilidades que cruza los tres sectores, pueden ser trabajos marginales llevados a cabo por pocas horas en establecimientos ambulantes, o bien, actividades organizadas a pequeña escala con relativo éxito. Especialmente durante los años noventa, el trabajo no asalariado creció a ritmos acelerados, mayores incluso que el empleo asalariado. Durante este tiempo el 38% de los nuevos trabajos se originó en unidades unipersonales o familiares (Rendón,2003:130). La ciudad de México como otras del país atestiguan en sus calles y en edificios la proliferación de estas formas de trabajo, signadas por la vulnerabilidad.

³³ De acuerdo con datos proporcionados por estas autoras, en conjunto, los trabajadores en empresas de cinco o menos personas alcanzaron a representar 59% de la fuerza de trabajo en 1995 y se mantenían en 57% en 1997. (García y Oliveira de, 2001; 141).

³⁴ Aún en tiempos de crisis cuando el fenómeno se dispara alcanza niveles relativamente controlados (4.9% en 1987 y 7.6 en 1991 en su máximo histórico) (García, Blanco y Pacheco, 1999; 280-281).

A esta situación se añade el deterioro en la calidad de trabajo asalariado expresado a través de distintos indicadores: a) el aumento de trabajo pagado a destajo que durante los noventa representó la quinta parte de los nuevos empleos creados (Rendón,2003;130); b) el incremento de la población ocupada sin prestaciones laborales de 61% a 66% en los años 1991 y 1997 (García y Oliveira de,2001;141) y c) finalmente el indicador más importante, el deterioro del poder adquisitivo de los salarios, sometidos durante los últimos gobiernos a estrictos controles inflacionarios. Así, tan sólo durante los noventa el salario que ya arrastraba con dos décadas de pérdidas, registró una nueva caída del 18% (Rendón,2003, 135). A este deterioro se le suma el hecho de que durante el mismo tiempo el 65% de la fuerza de trabajo percibía ingresos de cero hasta dos salarios mínimos (García y Oliveira de, 2001,141).

Esta precarización generalizada del trabajo coadyuvó, junto con otros factores, al creciente ingreso de las mujeres al mercado laboral remunerado. En efecto, derivado de las condiciones de pobreza salarial, las familias mexicanas no pudieron mantener ese modelo de organización privada, donde un solo proveedor era capaz de proporcionar los satisfactores para la subsistencia. Ese esquema de familia nuclear, capitaneada por un jefe varón, operó en buena parte de los hogares mexicanos durante los años de crecimiento económico y estabilidad. Al agotarse el modelo de sustitución de importaciones, las familias requirieron diversificar sus fuentes de ingresos, al resultar insuficientes aquellas provenientes del jefe de familia. De esta manera, la organización familiar basada en un proveedor exclusivo fue decreciendo tendencialmente.³⁵ De forma paralela, las transformaciones en el perfil laboral de los hogares se fueron completando con el aumento de la presencia femenina en los

³⁵ Entre 1984 y 1996, la proporción de hogares con un solo perceptor de ingresos se redujo en el país de manera considerable a pasar de 58.2 a 45.8% del total de los hogares.(García y Oliveira de, 2001,144).

espacios extradomésticos del trabajo.³⁶

Si bien, existe una relación entre la feminización, la precarización laboral y en general las condiciones de pobreza del país, en este primer fenómeno se implican diversos factores cuyo origen, además de la macro economía, se encuentran también en aspectos sociales, políticos y culturales. Dentro de estos elementos es importante mencionar que la propia dinámica de expansión económica y de transformación de las pautas de consumo juegan un papel fundamental para movilizar, en el mercado, la fuerza de trabajo latente constituida por las mujeres. Es decir, el mercado precisa de la mayor cantidad de mano de obra, la producción de bienes y servicios a escalas globales requiere disponer de la mayor fuerza de trabajo posible y, si ésta es barata, mejor. Las propias necesidades del mercado han contribuido a que, poco a poco y de manera selectiva, las mujeres ingresen al mercado (Rendón,2003;79). Otras causas responden a procesos que han venido transformando la condición tradicional femenina, entre las que destacan el incremento de sus niveles educativos, así como el descenso de la natalidad, que se traduce en una reducción significativa de los tiempos que las mujeres dedican a la crianza de los hijos (García y Oliveira de,2001;147).

Cada uno de estos procesos en sí mismo y en conjunto, vistos como causas de la presencia femenina en el mercado de trabajo, refieren a fenómenos que se relacionan con transformaciones operadas a nivel de las identidades y subjetividades de las mujeres, a las relaciones que establecen con los hombres y finalmente a los lugares ocupados por éstos en los ámbitos públicos y privados. Dentro de estas transformaciones, en la línea misma del trabajo, se encuentran aquellas relacionadas con la estructura de producción de bienes y

³⁶ A mediados de los años setenta, solamente alrededor del 17% de las mujeres casadas o unidas eran económicamente activas y esa cifra se incrementó a casi 30% a mediados de los noventa según la Encuesta Mundial de Fecundidad (EMF) y

servicios realizada en los hogares.

Una primera consideración de las transformaciones ocurridas en este territorio se relaciona con los significados mismos que han servido para considerar y ubicar la trascendencia social de trabajo doméstico. Como más arriba se mencionó, dentro del esquema capitalista, el quehacer de las mujeres jamás fue considerado trabajo. En tanto las labores domésticas no se movían bajo la lógica del mercado y, por tanto, no generaban plusvalía directa, en consecuencia éstas adquirieron un valor secundario dentro de las actividades humanas. Sólo pudieron ser comprendidas como funciones que reproducían aptitudes y habilidades con los que la biología había dotado a las mujeres; por lo mismo, el cuidado de los otros, la crianza de los hijos, la preparación de los alimentos y la limpieza del hogar se han considerado actividades naturales carentes de valor productivo.

De esta forma, un primer movimiento del feminismo fue reivindicar el carácter productivo del trabajo realizado por las mujeres en lo doméstico y su función central en el desarrollo de la economía capitalista y en la reproducción general de la sociedad (Fraser 1990, Lagarde 2001, Rendón 2003). Asimismo, el trabajo doméstico se convirtió en uno de los núcleos para explicar la desigualdad dentro del sistema de géneros; el dominio, la explotación y expropiación de la que históricamente han sido objeto las mujeres. Al tiempo que en el terreno de las ideas ocurría esta disputa, múltiples dinámicas llevaron a las mujeres a incorporarse masivamente al mercado laboral remunerado y extradoméstico. Ante esta realidad y de frente a la figura del hombre como proveedor absoluto se podrían avizorar consecuencias en los arreglos del trabajo privado.

No obstante, las transformaciones en la estructura laboral, los cambios respecto al trabajo doméstico, dentro de perspectiva de equidad, no se han sucedido con la profundidad

la Encuesta Nacional de Empleo (ENE).

que podría esperarse. Diversas investigaciones cualitativas y cualitativas reportan que a la participación de las mujeres en terrenos extradomésticos no se le corresponde una presencia de varones realizando trabajos reproductivos. El papel de proveedores únicos, independientemente de su desempeño en la vida real, continua siendo crucial para una gran mayoría, conservar esta posición significa la posibilidad de ejercer poder y autoridad al menos sobre su pequeña prole de hijos y esposa.³⁷ En consecuencia, los hombres siguen manteniendo resistencias frente a las tareas domésticas y lejos están de asumirlas como actividades propias. Esta situación, de acuerdo con diversos estudios, se expresa de forma nítida en los sectores menos escolarizados de la población, en donde sigue prevaleciendo una división tajante (García y de Oliverira,2005;261).

La prevalencia de una situación de esta índole ha provocado la emergencia de fenómenos que han sido nombrados bajo la categoría de la *doble jornada de trabajo*. Esto es, el continuo laboral de las mujeres por el cual en un día son capaces de desempeñar actividades públicas y remuneradas así como privadas y reproductivas (Lagarde, 2001,127). A partir de esa categoría se ha construido políticamente la conciencia sobre la no naturalidad del trabajo doméstico y las reivindicaciones de justicia y equidad en términos laborales. En el debate académico, ha dado origen a propuestas metodológicas que, a través de análisis y del uso de estadísticas ha evidenciado las disparidades entre el trabajo femenino y el masculino³⁸.

³⁷ De acuerdo con una encuesta probabilística aplicada en todo el país durante los años noventa, por cada cien mujeres que participaba en la realización de compras, trámites administrativos y actividades de transporte sólo la mitad de varones participaba. La cifra se reducía alrededor de cuarta hombres por cien mujeres respecto a la preparación de alimentos, la confección de prendas de vestir y la limpieza de la casa (García y Oliveira de, 2005; 261).

³⁸ Una de estas metodologías desarrolladas para visibilizar las desigualdades laborales ha tomado como punto de partida la medición en el uso del tiempo que mujeres y hombres invierten en sus respectivas actividades. Algunos resultados de estas investigaciones señalan lo siguiente: los datos recolectados en la Encuesta Nacional de Empleo (ENE) han permitido comprobar las grandes diferencias entre las horas dedicadas al trabajo doméstico por parte de las mujeres y los hombres mayores de 12 años. Dichas diferencias se estimaron para 1993 y han sido ratificadas en años posteriores. Asimismo, en un

Las investigaciones cuantitativas y cualitativas también han permitido ubicar los nichos en donde las resistencias se desgastan lentamente, mostrando los factores que inciden en los cambios de actitud y prácticas de los hombres respecto al trabajo doméstico. Estos estudios señalan que es dentro de los varones urbanos, de sectores medios, con niveles educativos altos y pertenecientes a las generaciones más jóvenes de la sociedad, en donde los valores y las prácticas hacia las labores domésticas registran las transformaciones más significativas, aunque éstas no son lo significativas que podrían pensarse. Otro elemento igualmente vinculado a la intervención de los hombres en este espacio se relaciona con las actividades extradomésticas de las esposas, es decir, ahí donde el hombre realiza alguna tarea del hogar existe, por lo general, una compañera que trabaja fuera (García y de Oliveira,2005;262).

Los estudios sobre el uso del tiempo y otras estadísticas han dado cuenta también de las formas ponderadas y diferenciadas en que los hombres intervienen en las tareas domésticas, cuando así lo hacen. Uno de los datos que ayuda a ilustrar el espectro reducido de estas actividades es la dedicación casi exclusiva que reportan al cuidado de los hijos, cuando invierten algún tiempo en labores tradicionalmente de competencia femenina. Así lo confirman las encuestas que develan la participación masculina enfocada a ciertos aspectos de la atención de los niños y niñas, especialmente en tareas relacionadas con el juego, las actividades deportivas o recreativas (García y de Oliveira,2001;152-153). De igual forma, los varones participan en sus hogares llevando a cabo tareas reconocidas como propias de su género tales como las reparaciones, la construcción o la trasportación de la familia y de los

estudio realizado con los datos de la ENE 1995 se calcularon las diferencias en el total de horas trabajadas por hombres y mujeres, sumando actividades domésticas y extradomésticas. Ellas trabajaban en total en ese fecha un promedio de 9.3 horas más a la semana que los varones. Este indicador de sobrecarga de trabajo femenino varía de acuerdo con la escolaridad y el estado civil. La mayor sobrecarga corresponde a los grupos de casadas sin primaria completa y la menor a

bienes. En contra parte, aquellas labores identificadas con lo femenino como lavar y planchar, sólo un pequeño porcentaje afirma realizarlas, el 15% de acuerdo con la encuesta de Dinámica Familiar (García y de Oliveira,2005, 271).

Esta panorámica general de las condiciones del trabajo en México permite entrever algunas tensiones que podrían operar en favor de reestructurar los arreglos laborales articulados a partir de una división inequitativa de género. Sin embargo, pese a la contundencia de los datos sobre la crisis en el empleo y, por ende, la crisis de uno de los espacios clave en la construcción de significados y valores de la masculinidad, los cambios no operan en una lógica directa causa-efecto. Los estudios muestran cómo lo estructural de resulta insuficiente para alentar acciones más democráticas e igualitarias entre hombres y mujeres. Así, tenemos que los cambios de ciertas condiciones más estructurales en la masculinidad suelen expresarse de forma parcial y a ritmos más pausados en la subjetividad y en las relaciones sociales que entablan, tal como lo prueba la participación de los varones en las tareas domésticas, consideradas aún femeninas e infravaloradas. En ese sentido, el espacio doméstico se alza como el núcleo, en donde se presentan las resistencias más férreas cuando se trata de la pérdida de poder y privilegios.

Bajo este panorama el contenido de los cambios respecto a las prácticas y valores asignados al trabajo aparece complejo. Es decir, refiere por principio a una realidad en ciernes, distante de presentarse como un proceso global que afecte a todos los hombres en la misma proporción. Estamos ante un fenómeno innegable que se expresa a la par que ocurren acciones defensivas de la tradición e inercias de ese proceso de eternización de lo real, del que da cuenta Bourdieu (2001). Tránsitos y permanencias que serán abordados a la luz de los hombres cambiantes de esta investigación.

los grupos de solteras con secundaria completa o más. (García y de Oliveira,2001, 151).

3.3.3. Hombres cambiantes y trayectorias laborales

El objetivo de este apartado es analizar desde el eje del trabajo los cambios y las continuidades experimentadas por los hombres respecto a los valores, las normas y las prácticas hegemónicas de género que, bajo la figura tradicional del *hombre verdadero* prescriben ciertas posiciones frente al trabajo. Analizar la trascendencia y la significación del empleo en su auto percepción y autovaloración como hombres o como elemento de ruptura y distancia frente a la masculinidad tradicional. Finalmente, examinar la incorporación de estos varones en el trabajo doméstico, la construcción de arreglos *distintos* en el ámbito privado y los significados que esto representa en la conformación de su identidad cambiante.

Para comenzar es necesario precisar que estos hombres detentan una serie de características poco extendidas comparadas con el resto de la población, rasgos que permiten entender sus trayectorias laborales así como el lugar que hoy ocupan dentro del mercado de trabajo.

En primer lugar, constituyen un grupo de varones con altos niveles educativos, seis de los entrevistados cuentan con estudios de posgrado, uno con bachillerato y carrera técnica y el otro con secundaria terminada y estudios no profesionales. En ese sentido, representan un conjunto de hombres que, en términos educativos, está por encima del promedio escolar existente en el país y en la ciudad de México³⁹. Esta condición representa al mismo tiempo un elemento de quiebre frente a su familia de origen y en especial frente a la figura paterna. Para la gran mayoría la educación ha representado la posibilidad de acceder a condiciones de vida diferentes a las que vivieron de niños, descritas en las entrevistas como modestas,

³⁹ De acuerdo con datos del INEGI, el promedio de escolaridad en varones durante el año 2000 fue de 7.7 a nivel nacional, para Distrito Federal sube a 9.9. (INEGI, dgcnesyp.inegi.gob.mx/sisesim/sisesim.html).

“en donde nunca faltó lo necesario pero tampoco sobró nada”. En ese sentido, son hombres de su tiempo, del momento en el cual la educación guardó alto valor social por ser garante de movilidad. En ese marco, dichos hombres sintetizaron esfuerzos y recursos familiares para lograr, a través del estudio, mejores expectativas de empleo y de vida.

Yo creo que el estudio se lo debo mucho a mi mamá, mi madre siempre nos estuvo dando con el chicotito, como se dice vulgarmente de que hay que estudiar, de hecho todos mis hermanos y yo entramos a estudiar una carrera como tal, aunque no la hayan terminado alguno de ellos, pero mi mamá siempre fue la de que nos decía que nadie se quede de burro, siempre nos estuvo impulsando mucho en eso, se preocupaba mucho por esas situaciones, nos decía qué quieres trabajar de cargador o prefieres algo mejor, ve cómo está fulanito, zutanito que tienen una carrera. En esos entonces una carrera era muy significativa en cuanto a una posición económica, social, etcétera. Siempre tuvimos ese impulso, aunque mi padre fue obrero nunca tuvimos la necesidad de tener que trabajar porque ya no nos alcanzaba, de no poder ir a la escuela por falta de recursos, siempre que tuve necesidad de algo nunca hubo un no; en el peor de los casos me decían espérame tantito, aguántame tantito y ya fuera en la siguiente quincena o en el siguiente sueldo que cobraba mi papá ahí está para que no hubiera pretexto. Si bien, te voy a decir, muchas cosas no las teníamos como hubiéramos querido, al menos lo necesario para sí seguir estudiando hubo (Santiago).

Algunos, sin embargo, avizoran en sus trayectorias escolares el inicio de procesos de autonomización, de elecciones propias que se dan a pesar y aún en contra de sus familias.

Mis papás nunca me preguntaron si yo tenía tarea o no, mi mamá dejó de ir a firmar boletas, iba cuando tenía que firmar boletas en la secundaria, pero jamás, jamás supieron nada de mí. Mi mamá creo que fue a inscribirme y fue una primera ocasión el primer año de secundaria y jamás se volvió a parar. Nunca, nunca se involucraron, nunca después de que yo terminé la preparatoria y que me vine acá nunca me preguntaron -vas a seguir estudiando, -qué quieres estudiar (José).

La decisión de qué estudiar y en dónde significó, en ciertos casos, el establecimiento de diferencias y rupturas momentáneas con los padres y las madres. Sobre todo, la orientación de los estudios recibió el extrañamiento y la incompreensión familiar, la mayoría de los entrevistados eligieron carreras profesionales en el área de las ciencias sociales y las humanidades, poco valoradas dentro de sus núcleos primarios, por lo que expresan en las narraciones.

Me dijeron si tú vas a estudiar sociología olvídate de nosotros, quieres estudiar contabilidad todo el apoyo del mundo, porque además iba muy bien en la carrera de contaduría, puros 10 y todo el rollo pero no la disfrutaba (Mariano).

También se reportaron casos contrarios, en las cuales la decisión de abandonar temporalmente los estudios ocasiona tensiones con los padres, sobre todo porque para muchos de ellos, la escuela y los estudios representan el único legado que se puede proporcionar a los hijos.

Creo que desde siempre hubo un trato preferencial conmigo y bueno que mis hermanos se daban cuenta y eso friccionaba la relación, porque a veces me ponían como ejemplo bueno a veces por lo de la escuela me ponían por ejemplo y eso a mis hermanos no les gustaba. Porque te digo yo era mucho de cuadros de honor, premios y pues sí, más que nada. Todo eso se rompió cuando me salí, cuando dejé la carrera a la mitad y me vine al DF. Bueno hay una como en provincia como es el hijo mayor casi es como está destinado a cuidar a los papás o a mantener a la familia o a proveer y al decirles que yo dejaba la carrera y me iba a probar suerte, ahora sí que eso fue. Teníamos un grupo de música, estábamos tocando, éramos conocidos en todo el estado, viajábamos y tocábamos en la casa de la cultura, trabajábamos en la música. Éramos seis chavos y fue fácil decir vamos a estudiar música de manera profesional, el único que estaba estudiando una carrera era yo, y yo dije órale va. Al final se terminaron regresando casi todos, solamente otro cuate está sigue trabajando en la música, todos los demás se regresaron y fue muy duro. Ya te digo, uno por la

expectativa que tenían sobre mí y el otro porque mi papá me dijo no te puedo ayudar y digo yo lo sé y aquí vamos a ver qué pasa no, yo sin dinero (Bruno).

Sea vista como rupturas, procesos de individuación o bien como formas de ascenso social, la carrera escolar representa un elemento diferenciador de esos varones frente a los padres. Ninguno de los entrevistados refiere a continuidad laboral con respecto a los empleos de sus padres, quienes, en tanto trabajadores no profesionales, desempeñaron puestos de escasa remuneración y poco reconocimiento social (campesinos, obreros, pequeños comerciantes, mecánicos). En cierta medida, el trabajo de los padres significó para muchos una posibilidad frente a la cual decidieron opciones en las que no se involucrara el cuerpo y el desgaste físico.

Mi padre siempre me dijo que estudiara algo para que tuviera dinero a la mano, como mecánica especializada, electrónica y demás y yo me atreví a seguir su consejo en la secundaria. Entonces entré a la secundaria y mi padre me dijo que estudiara algo para que ganar dinero rápido y se me ocurrió entrar a mecánica, que era una de las sugerencias de mi padre y fue una broncotota porque en primer lugar, el mundo de la mecánica para los que no somos fuertes, me implicaba en principio estar en un lugar donde había compañero que cargaban cosas pesadas y yo no cargaba, de hacer movimientos bruscos que yo difícilmente hacía y esta cuestión fue muy fuerte porque finalmente fue un suplicio estar en un taller que finalmente no me convencía, no lo sentía propio, fueron tres años terribles y dije nunca más le hago caso a mi padre en ese sentido. Finalmente los debiluchos éramos los que sobrevivíamos nada más (Francisco).

En esta perspectiva, la educación se convirtió en medio y fin para lograr una condición laboral diferente, una mejor posición en los entramados jerárquicos del trabajo y posibilidades económicas superiores a las de sus padres.

De igual manera, la educación formal, especialmente subrayada por aquellos

formados en el campo de las humanidades, constituyó un punto de quiebre en tanto representaron actividades que los llevan a desarrollar aptitudes, habilidades y preferencias que, a lo largo de la vida, los irá convirtiendo en sujetos con concepciones del mundo distintas a las prevalecientes en sus hogares. Entre estas diferencias se menciona el acceso a libros, periódicos y revistas, el desarrollo de capacidades analíticas, el gusto por ciertos bienes culturales, el replanteamiento de valores éticos, políticos y religiosos, producto, en parte, de sus opciones educativas.

Mi padre me compraba cuatro libros por año, en el bachillerato fueron bastantes, porque, además, él mismo me decía para qué compro tantos libros si no los vas a leer, esa era su visión (Francisco).

En términos laborales todos los hombres comparten el hecho de ubicarse dentro del sector del comercio y los servicios. En distintas actividades y con diversos niveles salariales, estos varones, en tanto hombres de un tiempo en que el mercado laboral se terciariza, ocupan puestos, tres en el sector educativo, dos más en las llamadas organizaciones de la sociedad civil, otros dos en empresas privadas, una de servicios tecnológicos y una agencia importadora, el último, es un trabajador del comercio no asalariado e informal. Es importante apuntar que es éste último registra los niveles educativos más bajos, lo cual, de acuerdo a su relato, se expresa en una situación laboral vulnerable y en las condiciones modestas de su vida.

Independientemente de sus ingresos, la mayoría de los varones investigados cuentan con una situación laboral que, como arriba se señaló, es característica de los empleos generados en el tercer sector: la carencia de prestaciones y de seguridad laboral. De los ocho sólo tres reportaron contar con seguridad social, servicios médicos, programas jubilatorios, y de ellos, uno fue despedido como consecuencia del tipo de contrato laboral:

empleado de confianza. El resto, por razones que van desde la consolidación institucional de su espacio de trabajo o por estar en vías de negociar dichos asuntos, no gozaba de derechos laborales al momento de las entrevistas. El caso extremo de carencia y falta de calidad en el empleo está dado por Ricardo, comerciante ambulante quien no cuenta con el mínimo laboral: el salario.

Un elemento que puede tomarse como indicador de la relevancia del trabajo remunerado en la vida de estos hombres se desprende de las narraciones sobre un día normal en la vida de cada uno. Al recrear el día a día, estos varones refieren una vida de y para el trabajo. En términos cuantitativos el trabajo ocupa la mayor parte de su tiempo. Por principio cuentan con jornadas laborales que exceden sistemáticamente las ocho horas diarias. Pero el trabajo en ellos no se agota durante la jornada. El trabajo se hace presente en las horas que les lleva alistarse y salir de sus casas, en el tiempo de transportación, en el tiempo extra que invierten por obligación o responsabilidad, el trabajo que con frecuencia se lleva de regreso al hogar, físicamente y bajo la forma de preparativos, pensamientos y angustias diurnas y nocturnas. Así, la vida diaria se articula fundamentalmente y, ante todo, a partir del trabajo.

De acuerdo con las historias de vida, el trabajo representa el proyecto que articula la vida de cada uno. Ello no sólo se desprende del análisis de su cotidianidad y del tiempo puesto en las actividades relacionadas directa e indirectamente con las actividades laborales. Además se infiere del alto valor asignado al trabajo y del fuerte compromiso con el que manifiestan desempeñar sus actividades.

Mi chamba es mucho muy creativa, siento que no hay límite realmente, porque es un tema muy moderno, entonces yo puedo investigar, publicar, puedo hacer modelos de intervención, imprimirlos y difundirlos; puedo crear folletos, trípticos, posters, crear

talleres, materiales y dar talleres, las pláticas. Entonces es muy creativo, muy amplio o sea realizo alianzas con otras organizaciones civiles, con el sector público, a nivel nacional e internacional, con financiadoras, presento proyectos, negoció muchos proyectos. Aunque debo estar al tanto, mantener cuidado con la gente con la que trato, a veces quedo bien a veces quedo mal por la cantidad de actividades, pero aunque quede bien o quede mal sí me preocupa siempre mantener un vínculo afectivo o emocional con la gente con la que se realiza el trabajo. El trabajo es el medio, eso lo tengo muy claro, entonces algo que me interesa mucho es tener rigor con las cosas en las que se trabajan, a veces no me siento bien preparado, sobre todo el rigor académico siento que me falta, por eso me gustaría tener el doctorado, hacer el doctorado (Rodrigo).

Una vez que paso a dejar a mis hijas a la escuela, me vengo para acá al trabajo y aquí me paso realmente todo el día, inclusive en el laboratorio no salimos a comer, yo me traigo mi comida, comemos en el laboratorio. Yo creo en la responsabilidad, eso es algo que sí se lo debo mucho a mi papá, el ser responsable o sea no faltar, mi papá nunca faltaba al trabajo, que yo recuerde los únicos días que llegaba a faltar si es que le tocaba trabajar eran un día 24 de diciembre nada más, pero mi papá nunca faltaba al trabajo, nada de llegar tarde, había que ser puntuales, había que cumplir con las cosas, entonces siempre el sentido de responsabilidad nos lo inculcó bastante fuerte (Santiago).

Existen diversas razones que explican los valores y sobre todo los comportamientos de estos hombres frente al trabajo, caracterizados por su compromiso, apego y grado de involucramiento. Analíticamente se pueden ubicar tres dimensiones todas ellas interrelacionadas. Estas razones son: a) pragmatismo económico, b) realización personal y c) el compromiso con el otro.

Para todos, el trabajo es vital porque resulta la única forma de sobrevivencia, de manutención propia y de la familia. Este aspecto, llamémosle utilitario, está presente de

forma subrayada en los hombres que, en efecto, tienen familia o cuentan con alguna relación de dependencia (cinco de los ocho). Especialmente es notoria en el caso de los trabajadores no profesionales para quienes el trabajo es una responsabilidad que se cumple en función de altos principios éticos y de esas normas relacionadas a la condición de proveedores. El trabajo se realiza en función de la mujer, los hijos, la empresa, el jefe o por principios abstractos como el deber o la responsabilidad. Por lo tanto existe una escisión clara entre los deseos, las expectativas y los proyectos personales de lo que son las actividades que se realizan en el trabajo. La identidad de los varones aquí no se funde en las actividades laborales. Para éstos la jornada está bien definida y el trabajo significa un contrato, un intercambio que conlleva un salario, y en el mejor de los casos, ciertas prestaciones. Estos pueden mostrarse altamente comprometidos y eficaces en el desempeño de sus funciones pero con la claridad de que el trabajo se realiza en la empresa, la oficina o la calle y termina con la jornada. Para estos, el extra laboral opera por necesidad, por sugerencias del jefe o requerimientos de la empresa, a lo que acceden con una profunda convicción de su responsabilidad y de su papel pero su trabajo tiene un fin y nunca lo llevan de regreso a casa o a los otros espacios de vida.

La otra razón aduce proyectos personales. Aquí, el trabajo, ante todo, es consecuencia de elecciones propias y, si bien es una obligación, adquiere valor y centralidad porque representa un continuo con el crecimiento individual, la superación académica, y la proyección profesional. El trabajo sustancialmente puede realizarse en el espacio expreso, es decir, la oficina, el laboratorio, el aula, pero igualmente se lleva a casa y ocupa incluso el tiempo destinado al esparcimiento, la vida familiar y los momentos amorosos. En estos casos, como el de los académicos entrevistados, la identidad está casi fundida a la profesión, por lo cual los límites son flexibles y no se deduce con certeza dónde termina el trabajo y

donde comienzan las expectativas personales. Esta cualidad la expresan sobre todo los varones solteros para quienes trabajar significa la condición para realizarse como individuos, una prioridad a la que invierten tiempos y energías vitales sólo compatibles con la soltería.

A mi me gusta una frase de Eduardo Aute que dice: “quien no tiene sueño que se disponga a tener dueño”, entonces lo que pasa cuando tú trabajas pero no es un sueño tuyo terminas siendo un esclavo (Bruno).

Una tercera categoría está en las razones presentes sobre todo en aquellos que laboran en organizaciones de la sociedad civil. Un sentido altruista de ayuda a los otros, a los necesitados, a los pobres, a los que viven situaciones de vulnerabilidad y requieren de los apoyos y servicios profesionalizados que prestan las instituciones civiles. Este apoyo, sin embargo, no se expresa en las formas caritativas de la acción cristiana, sino en marcos de solidaridad, acompañamiento de proceso de organización y construcción de alternativas, cercanas a las visiones de izquierda⁴⁰. Dentro de estas concepciones se engarzan los significados del trabajo y las actitudes de compromiso que estos hombres mantienen frente a sus actividades. Si bien, existe una vocación y una necesidad de ayuda al otro registrada en las historias de vida desde edades tempranas, las dinámicas de trabajo en estos espacios proporcionan sentido de trascendencia, prestigio y liderazgo. En consecuencia, el trabajo está cargado de muchos elementos que explican, en estos casos, la dimensión que ocupa en la vida de los varones.

Yo de niño siempre quería ayudar a los demás, siempre lo tuve claro. Yo de niño decía o quería ser sacerdote o quería ser profesor, o quería ser médico. Yo me acuerdo mucho o mi mamá sacaba mucho esa parte de que de niño yo no podía ver a nadie

⁴⁰ Para un análisis profundo del carácter de las distintas organizaciones de la sociedad civil en la ciudad de México es importante remitirse a Álvarez Lucía, *La sociedad civil en la ciudad de México. Actores sociales, oportunidades políticas y esfera pública*, México, CEIICH-UNAM/Plaza y Valdés, 2004.

pidiendo algo, porque hasta que no le daban algo no dejaba de llorar (Mariano).

Más allá de los matices que cobran las razones de esta centralidad, todos los hombres hablan de una ética del trabajo contenida de valores tales como el compromiso, la honestidad, la eficiencia, la puntualidad, el placer, la congruencia, la disciplina, todos, en gran medida, herencia de la actitud que los padres o las figuras paternas mostraron durante su vida laboral. Así, a pesar de las limitaciones en términos de conocimientos formales y pese a que muchos padres desempeñaron actividades poco cualificadas y de fuerte desgaste físico, a excepción de uno solo, para el resto, la enseñanza paterna más importante está referida a los valores y actitudes frente al trabajo.

Bueno hay cosas positivas y negativas, en caso de mi papá la parte positiva yo creo que su carácter, más bien su actitud de hacer las cosas, de echarle todas las ganas pero trabajando, muy trabajador, muy luchón, con mucha actitud para sacar adelante sus obligaciones. Cómo enfrentaba y asumía los nuevos retos, lo que él logró, porque era campesino, jornalero campesino, luego se fue a la ciudad, aprendió plomería, aprendió a leer y a escribir por su propia cuenta, llegó a ser encargado ahí de una bomba de agua del municipio o sea llegó hacer un personaje importante del municipio. El tenía conocimientos rudimentarios, pero creo que le ayudó su don de gente (Bruno).

Mira yo creo que de mi papá yo retomo la ética del trabajo, entre paréntesis mi papá tuvo una formación bautista y ellos se fundamentan mucho en negar la sexualidad y trabajar, trabajar, trabajar, entonces a mi papá yo le aprendí eso, que la vida es trabajo y eso no lo supe hasta hace poco en terapia la verdad, hasta hace unos años en terapia y en el grupo yo le aprendí mucho eso a mi papá (Rodrigo).

Ante el trabajo, los hombres trazan un hilo de continuidad con sus padres, por lo cual frente al resto de cualidades que los identifican, el trabajo deviene en el eje que fundamenta

su condición existencial. Por ello, más que cualquier signo de pertenencia, estos varones son sujetos del trabajo. Tal como sus padres y el resto de los hombres, éstos se reconocen y son reconocidos por las actividades que desempeñan en la producción de bienes y servicios. Del mismo modo, su autovaloración y parte de sus poderes de género devienen de su posición en el mercado laboral; es decir, de su capacidad salarial, del valor social de su trabajo, de su lugar en las jerarquías, de su desempeño y capacidades probadas, así como del logro de metas con algún impacto social. Tal como sus padres y como la mayoría de los hombres, el trabajo, entendido como una actividad básicamente realizada fuera del hogar y remunerada, continua significándose por ser la relación y el espacio social de la trascendencia, lo verdaderamente importante y a lo que los hombres invertirán una buena parte de su tiempo, sus energías y sus afectos.

Parecería que estamos frente a hombres que se realizan en el espacio público, concretamente en el trabajo. Se puede suponer, como consecuencia que, pese a sus discursos incluso a su voluntad por cambiar, mantienen un bajo perfil en la dimensión privada, cumpliendo y manteniendo así una de las prescripciones más importantes del patriarcado: los hombres en el trabajo y las mujer en su casa. Como hemos visto, el trabajo ocupa la mayor parte del tiempo en la vida de cada uno, hemos analizado también cómo los valores ligados al empleo resultan centrales en la articulación de sus experiencias, se puede inferir, por lo que hace cuando menos al trabajo, la persistencia de los códigos tradicionales de género, los cuales se reproducen en la vida de los varones investigados. No obstante, es importante introducir algunos matices con la finalidad de comprender la complejidad de los procesos estudiados en la presente investigación.

Más allá de los esquemas machistas que dictan un hombre proveedor y una mujer *ama de su casa*, a través de las historias de vida de los varones investigados se develan

pistas que nos conducen con experiencias de vida permeadas por la contradicción. Por un lado, las exigencias y las recompensas implícitas en el cumplimiento cabal de la subjetivación a partir del trabajo y, por otro, los nuevos deberes indicados en estos espacios alternativos en donde se encuentran. El resultado son discursos y, pueden suponerse, prácticas, signadas por la mixtura; hombres que reconocen la importancia del trabajo doméstico y quienes participan, como y cuando pueden, en la atención y cuidado de la esfera privada e íntima pero también quienes son desbordados por las obligaciones y los acontecimientos que suceden fuera de ésta.

Un elemento fundamental para encontrar los matices se puede extraer a partir de un análisis sobre la condición que guarda la vida privada y afectiva de cada uno, así como a los arreglos que operan en esta dimensión. En principio, resulta significativo que sólo tres de los entrevistados refieren a familias nucleares como la forma de organización de su vida privada, los otros han optado por formas diversas: dos de ellos han elegido por el momento la soltería y viven solos; otro más es divorciado pero comparte la custodia de su hija; otro vive en unión libre con su compañera, espera un bebé y tiene cuatro hijos de una relación anterior; el último vive también con su pareja que es varón.

De todas las formas de organización doméstica en la cual existe una compañera o compañero (cinco varones), solo en dos casos opera el modelo de hombre proveedor y mujer trabajadora del hogar, en el resto, la manutención de la casa se comparte, son arreglos familiares en donde, por necesidad o por ciertas pautas de autonomía y vida propia de las mujeres, los dos adultos trabajan fuera del hogar de forma remunerada. En las dos situaciones donde prevalecen esquemas más conservadores el rasgo común es la familia nuclear como forma de estructura de la vida privada. En estos casos, las razones detrás de esta división del trabajo refieren a la maternidad y a la educación de las hijas y los hijos, lo

que corresponde, por la lógica normalizada de patriarcado, a una función de las mujeres. Sin embargo de acuerdo con la versión de los varones, ésta son decisiones tomadas por las propias esposas, mas allá de la veracidad de tal afirmación, lo significativo aquí es la corrección del discurso. Un discurso y una justificación de la división trabajo que se articula no con argumentos machistas, sino con ideas modernas sobre la individualidad de las mujeres y la autonomía de sus decisiones.

Ella se dedica básicamente al hogar y eso fue pues por acuerdo. Me decía -bueno y si quiero trabajar, yo le respondí -no hay problema, sólo hay que evaluar las cosas porque si trabajas ello implica meter a las niñas a una guardería o contratar alguna persona. Algo que evidentemente a ella no le gustó, me digo - no, porque no sé cómo me las van a educar, yo le dije -bueno entonces esa es la situación al menos económicamente no tenemos necesidad (Santiago).

El testimonio anterior ejemplifica una de esas aseveraciones que, en el menor de los casos, deberá tomarse con precaución. Es probable, como Santiago afirma, que su esposa haya sido quien decidió quedarse en casa y trabajar de tiempo completo en las tareas domésticas y maternas; esta *decisión*, sin embargo, más allá de su presunta autonomía y libertad se encuentra enraizada en un entramado de valores e ideologías que normalizan y naturalizan ese tipo de división sobre el cual se edifican relaciones de género injustas y opresivas. Por otra parte, esta afirmación abre interrogaciones sobre las motivaciones de los varones para hacer señalamientos de esta índole, es decir, surge la duda de si cuando plantean, por ejemplo, el carácter consensuado y voluntario de trabajo doméstico lo hacen porque es la respuesta que se espera de un hombre en ciertos ámbitos donde el compromiso por la equidad se valora positivamente y no porque así lo realicen en la vida cotidiana. Finalmente, dichos señalamientos ponen de relieve la necesidad de incorporar, en otra fase

de la investigación, la visión que sobre este mismo proceso tienen la pareja, las hijas e hijos, así como de otras personas cercanas a los sujetos. Estas visiones permitirán una comprensión más integral de los fenómenos de cambio y permanencia que atraviesan la identidad y las prácticas de los varones investigados.

En las historias en donde las mujeres se quedan básicamente trabajando en el hogar, se recuerdan ciertos momentos a lo largo de la relación en que también han salido a ganar fuera algún dinero para la familia. Este dato, a decir de los hombres expresa la condición no tradicional de sus compañeras, quienes además del carácter seguro y afirmado, son mujeres capaces de emprender proyectos propios. Esta autodeterminación, señala uno, es tal que ser ama de casa no impide a su compañera participar de tiempo atrás en organizaciones y movimientos sociales, ámbitos políticos típicamente masculinos. Sin embargo como lo deja asentado Alejandro, el trabajo extradoméstico de las mujeres guarda un valor secundario, representan una ayuda, un complemento temporal o permanente pero siempre auxiliar a los deberes del hombre.

Ella trabajó me echó la mano cuando mi hijo el más chico cumplió cuatro años, ella me echó la mano, se puede decir ya de casados ella trabajó ocho años, trabajó ocho años porque como te digo yo tenía ni un proyecto de vida, aunque nunca pensaba tener algo propio una casa ¿no?, un espacio, pero de chico tenía la ilusión de que cuando yo me casara, cuando yo fuera grande iba a tener una casa, ni idea de cuál fuera el costo ¿no?, iba a tener una casa con un barandal y con un nicho con la imagen de la Virgen de Guadalupe esa era mi ilusión era lo único que tenía pensando. Cuando Jimena se enteró, ella también lo quiso, entonces se dio a la tarea junto con su papá de buscar un terreno, cuando me enteraron había que pagar el terreno, entonces ella fue quien me echó la mano, trabajamos en pareja para pagar el terreno y después para medio construirlo. Como ella seguía ganando el mínimo y eran más gastos de lo que ella aportaba, decidimos que se quedara con mis hijos, yo ya no tenía tantos gastos con lo del terreno, en ese tiempo tuvimos un proyecto de poner un negocio, de

asociarme con mi hermana maquilando para coser pero no se dio, pero ella, mi compañera, me ayudó mucho en ese tiempo (Alejandro).

En las otras situaciones, en donde ambos desempeñan actividades en el ámbito extra doméstico y remunerado, las razones obedecen a las condiciones económicas descritas anteriormente en las que es imposible la satisfacción de las necesidades a partir de un solo ingreso. Pero también obedece a cambios en las subjetividades de las mujeres y de los hombres por las cuales, en ciertos espacios sociales, se hace insostenible la naturalización de la división de trabajo por géneros y la idea de que las mujeres sólo se realizan en la domesticidad del hogar.

Ella sigue sus proyectos, a veces requiere apoyo mío, igual yo, a veces requiero apoyo pero buscamos mantener cada quien sus propios espacios de trabajo y, bueno, cada quien los mantiene. Ella ha buscado por su parte y yo por la mía y ahí nos hemos desenvuelto y bueno el trabajo sí lo desarrollamos ambas partes fuera de la casa, excepto en los casos en que alguno de los dos tenga necesidad de trabajar en la casa, por motivo de sus proyectos personales, en mi caso han sido las tesis en particular, los tiempos para dedicarme a escribir las tesis han sido allá en la casa. Ella es académica también y creo que lo que sí me rompería el esquema es que alguna vez planteara dejar de trabajar, sobre todo en los momentos críticos.

Dentro de este esquema, las tareas domésticas tienden a ser negociadas en formas menos desiguales, aquí los hombres afirman desempeñar incluso algunas de las labores consideradas más agobiantes y quehaceres catalogados típicamente femeninos como lavar la ropa, los trastes y cocinar. Sin embargo, en uno de los casos, cuando la mejoría financiera lo permitió, se paga el servicio de una empleada doméstica.

En las circunstancias donde los hombres son solteros o divorciados, la resolución de

los asuntos domésticos compete en buena parte a los mismos varones, quienes a través de de procurar no ensuciar, de realizar directamente los quehaceres o mediante el contrato de trabajadoras domésticas resuelven ese aspecto vital de su vida. Sin embargo, la condición de soltería elegida o dada es la posibilidad de tener una vida volcada hacia lo público, se trate del trabajo, la actividad política, el ocio o la recreación, todas ellas son empresas que difícilmente podrían sucederse con una pareja, con hijos o hijas.

En la situación descrita por el varón que comparte la custodia de su hija, el acuerdo con su ex pareja se establece desde la corresponsabilidad en la educación y crianza. Estas condiciones se traducen en una paternidad singular, en el que la hija está presente como una prioridad en la vida y en los planes diarios de Rodrigo. Sin embargo, al compartir las obligaciones y los derechos, este hombre puede dedicarse con plenitud a su trabajo y, entre otras cosas, a realizar los constantes viajes que su actividad profesional demanda.

Finalmente los acuerdos privados en la pareja gay guardan la particularidad de estructurarse en una suerte de invención de lugares, rituales y funciones teniendo como sombra reguladora las dinámicas de pareja heterosexual. Sin embargo, la carencia de posiciones naturalizadas y de una actitud crítica de las ideologías dominantes permiten acuerdos más fluidos y democráticos de la vida privada. Los quehaceres domésticos se intentan compartir desde la disposición de tiempo, las habilidades y preferencias de cada uno, en negociaciones que de acuerdo a la visión de Mariano procuran ser horizontales. No obstante, un soporte de estos acuerdos se basa en el trabajo doméstico contratado. De nueva cuenta es a través de la empleada como se resuelven los aspectos fundamentales de la limpieza y mantenimiento de la casa. Así solucionado este aspecto, los dos varones se aseguran las condiciones para mantener sus orientaciones laborales y públicas con la prioridad y grado de compromiso que manifiestan.

Así podemos observar que la trascendencia laboral de los hombres en los espacios públicos y remunerados se relaciona con la forma en que enfrentan y resuelven la producción de bienes y servicios llevados a cabo mediante el trabajo doméstico del que se ocupan fundamentalmente las mujeres. En ese sentido, son hombres que expresan por diversas razones compromisos laborales profundos al mismo tiempo que mantienen discursos que reconocen la importancia de trabajo doméstico y procuran, sobre todo quienes viven en pareja y con hijos, de equilibrar su distribución. A pesar de ello, los requerimientos de la vida pública de cada uno de ellos tienen como condición arreglos privados solventados básicamente por otra persona. Es significativo que indistintamente de la condición civil y amorosa de estos hombres, la presencia constante esté dada por la presencia de empleadas domésticas.

Del trabajo doméstico remunerado se ha escrito e investigado para reconocer una de las formas más subvaloradas y desprotegidas del empleo, antropólogas como Marta Lamas ha planteado que su existencia representa uno de los factores por el cual el discurso feminista ha permeado poco dentro de las clases medias en nuestro país. Es decir, la contratación de trabajo mal pagado, carente de toda seguridad y poco reconocido ha representado la solución momentánea a un punto de conflicto potencial que, en otras latitudes, enfrenta a hombres y mujeres en procesos de negociación y ruptura que han sido tematizados políticamente por los feminismos europeo y estadounidense (Lamas Marta, 2004). En la presente investigación, los servicios domésticos llevados por trabajadoras eventuales han proporcionado el margen que posibilita la salida de hombres y mujeres al mercado de trabajo y con él a desarrollar proyectos personales. En los hombres solteros el pago de estos servicios garantiza que al menos una vez a la semana se librarán de esas tareas que absorben energías y tiempos que podrían ser empleados para otras actividades.

El trabajo doméstico significan dos horas menos de poder leer algo que aprender o que tengo que avanzar, es no ir al cine, es no irme con mis amigos, o porque eso se me hace pesado no me gusta, pero ahorita lo voy a tener que hacer (José).

En el caso particular de Ricardo, para quien las condiciones económicas familiares impiden la contratación de los servicios domésticos, su detallada descripción de las actividades en las que participa así como de los valores centrales asociados positivamente a la reproducción del espacio afectivo, suponen a un hombre particularmente comprometido con el hogar, su pareja y los quehaceres cotidianos de este espacio. Así se desprende de su reconstrucción del día a día, en donde afirma realizar todo tipo de actividades, incluyendo la preparación de los alimentos, barrer y planchar, lo que suponen transgredir mandatos tradicionales de género que disponen en dichas acciones atribuciones netamente femeninas. De hecho, refiere que, al contar con una situación más flexible en su horario laboral, dispone de mayor tiempo para dedicarse a las tareas de la casa sin que ello represente una situación de agravio, contraria a su autoestima.

La escasez económica no es lo único factor que explica la presencia de los varones en la casa, ello obedece también al trabajo interno que realizan en los grupos de CORIAC y en otros espacios de reflexión. A través de éstos, los varones reafirman o transforman radicalmente los valores y actitudes frente al trabajo doméstico, desarrollan una sensibilidad que pasa por reconocer las implicaciones que tiene en la vida diaria y la injusticia que significa la ausencia de su reconocimiento. Así, lo afirman algunos de los asistentes a los grupos de violencia para quienes CORIAC representa un hito en donde develan la trascendencia de trabajo doméstico para la vida cotidiana. En ese sentido, Alejandro reconoce en CORIAC el primer espacio de ruptura frente a las creencias e ideas que por muchos años hicieron de las tareas del hogar *cosas de viejas*, a partir de la autorreflexión no

sólo revalora su importancia, sino además procura adoptar actitudes diferentes. Para otros como Alejandro y Sergio en CORIAC encuentran los elementos para dotar de legitimidad esas actividades que desde la infancia desarrollaron. En cualquiera de los casos, éste y los otros espacios parecen otorgar lenguajes y categorías para visibilizar la función del trabajo doméstico en la producción y reproducción de desigualdades entre mujeres y hombres. Igualmente son espacios que inciden en una toma de posición, por lo menos en su forma discursiva, de alternativas que remonten estas inequidades e injusticias inscritas en la división tradicional del trabajo (CORIAC, Lineamientos Institucionales).

Curiosamente son en los casos de las familias con menores recursos económicos en donde las narraciones de los varones reportan experiencias menos desequilibradas entre mujeres y hombres, tanto por lo que refiere al trabajo remunerado como al trabajo doméstico. No obstante, eso podría ser un hecho excepcional o bien una de esas aseveraciones que precisan de mayores referencias, existen estudios diversos cuyas conclusiones apuntan en dirección contraria. Algunas de estas investigaciones han insistido que, la producción de paternidades emergentes y de formas más modernas de masculinidad ocurren con mayor posibilidad en sectores de clase media con niveles de educación altos, mientras, en los sectores populares gozan de mayor legitimidad y prevalecen poco cuestionadas las formas de machismo extremos⁴¹.

Finalmente para concluir con el apartado del trabajo, resulta importante subrayar que, frente a estudios más amplios dirigidos a conocer los cambios en los valores y las percepciones masculinas respecto al trabajo doméstico, en éste se encontraron que todos,

⁴¹ Para el caso peruano Norma Fuller hace una reflexión de las formas extremas de machismo entre varones de sectores populares quienes al carecer de otros recursos, tales como la riqueza, la posición o los conocimientos, utilizan la fuerza y la violencia como herramientas que les proporcionan el respeto entre sus pares (Fuller,2001). Olga Lorena Rojas, por su parte, encuentra que la educación, la edad y la condición de clase son elementos que determinan el desempeño de los hombres

indistintamente de su preferencia sexual, condición civil, de transitar o no por los grupos de CORIAC, manifiestan realizar tareas domésticas. Aún esas labores consideradas femeninas que, en los otros estudios reportan los menores niveles de participación masculina, los varones aquí señalan desempeñan de forma constante, tales como lavar, planchar y cocinar. A través de sus biografías estos hombres reconocen haber colaborado en sus casas desde pequeños a pesar de que las madres se dedicaban al hogar o de contar con hermanas quienes *naturalmente* estaban obligadas.

No casi no, y a mí es algo que sí me molesta mucho eso, yo desde los como de los cinco años me baño yo solo y a los ocho o diez años me empecé a lavar mi ropa, no muy bien porque reconozco que no, pero sí tenía esa inquietud, porque me dolía mucho, yo veía que mi mamá chambeaba mucho, tenía mucho peso (Ricardo).

Desde que era chamaco mi papá ya nos ponía hacer quehacer, para mí no es nada nuevo, yo siempre ayudaba a mi mamá siempre la ayudaba, lavaba las ollas, trapeaba, barría, el patio sucio había que limpiarlo siempre mi papá nos decía hay que hacer esto y eso no se discutía, no había ningún rollo de niñas por una lado y los hombres no hacen esto. (Rodrigo):

Desde la infancia, a partir de la cercanía con la madre, del desarrollo de un sentimiento solidario o porque no había mayores opciones, muchos afirman haber realizado actividades que al paso del tiempo se convierten en habilidades reconocidas como útiles, que llegan incluso a disfrutarse y a presumirse, como sucede en algunos con la cocina. Los hombres aquí mencionan actividades impensables de realizar por otros hombres como sería lavar la ropa propia y la de la pareja, levantarse temprano para calentar agua para el baño de la compañera o la participación en la educación, crianza y desarrollo afectivo de sus hijas e

como padres, siendo los varones de mayor edad, de bajos niveles escolares y pertenecientes a los sectores populares aquellos que presentaban como padres tradicionales, más desapegados de sus hijos, autoritarios y distantes (Rojas,2000).

hijos, cuando son padres. Son hombres que enuncian formas distintas de ver el trabajo en el hogar y de verse dentro de éste en tanto sujetos con responsabilidades y obligaciones. En síntesis, son hombres singulares si nos atenemos a la veracidad de sus testimonios no sólo por lo que hace a las formas en que discursivamente recrean sus apreciaciones sobre el trabajo y la división tradicional de género, sobre todo lo son por esas encrucijadas y contradicciones con las que viven su condición laboral tanto pública como privada.

Tensiones expresadas de distintas maneras y que en el caso del ámbito laboral se plantean a través de tendencias a procurar arreglos de la vida íntima menos desequilibrados, al mismo tiempo que responden a las exigencias extradomésticas las cuales precisan la mayor parte de su tiempo y dedicación. Hombres acostumbrados a detentar privilegios que se cifran en el mantenimiento intacto de las relaciones en el hogar, confrontados y por ende matizados por la incorporación de valores y enseñanzas de índole democráticos e igualitarios, los cuales, pese a su fuerza y convicción, dejan intacta la apuesta fundamental de estos en el trabajo, el trabajo entendido como una actividad pública, extradoméstica que procura salarios, prestigio y poder.

3.3.3. Conclusiones

A diferencia del eje de la violencia comprendida como experiencia límite y desencadenadora de cambios, los relatos en torno al trabajo conducen a afirmar que éste constituye el eje de la continuidad respecto a prescripciones y valores asociados al sujeto tradicional masculino. Incluso ello es más evidente en el grupo de académicos y dirigentes sociales pero igualmente se presenta en el de los asistentes a los grupos de CORIAC. Efectivamente una de las conclusiones que se extrae de sus historias apunta en el sentido de que todos, por distintas razones y con diversas modalidades, viven para trabajar.

En términos prácticos el trabajo ocupa la mayor cantidad de tiempo y se puede asumir una cantidad considerable de energías vitales empleadas en responder a las exigencias laborales. El día a día está organizado en función del trabajo, ello incluye las actividades preparatorias, la transportación y todas las labores extras fuera del espacio propiamente laboral, del cual, incluso, presumen con orgullo.

Pero esta impresión no sólo se sustenta de la recreación más literal de su cotidianidad, también se apoya en los valores afirmados, en las expectativas depositadas así como en las ambiciones generadas por el trabajo. Especialmente significativo entre los académicos y quienes laboran dentro de las organizaciones civiles. Para éstos, las fronteras entre el trabajo y sus proyectos personales se funden en un solo horizonte. El trabajo no sólo proporciona los satisfactores materiales para el sostén personal y el de la familia, cuando ésta existe, en el trabajo están cifrados, además, la trascendencia, el prestigio, el reconocimiento y cierto poder social.

Aun cuando las labores profesionales no suponen ese entramado tan profundo, tal como se presenta particularmente entre los usuarios de CORIAC, los valores centrales que rigen su vida se desprenden de una ética proveniente del espacio laboral. La responsabilidad, la eficacia, la puntualidad son, entre otros, los principios que acusan valorar y procurar ejercer en su cotidianidad.

Lo sobresaliente de estos discursos además de confirma la trascendencia del trabajo, resulta de verificar un tipo de arreglo entre lo público y lo privado que, con ciertos ajustes, conserva la tradicional división genérica del trabajo. Ello significa que, a pesar de participar en las tareas domésticas, de valorar la importancia de estas mismas para su bienestar físico y emocional y de asumir un discurso donde se subraya un compromiso con la equidad en la realización de estas tareas. Lo cierto es que este trabajo sigue estando a cargo de las

mujeres, sean estas sus compañeras o bien las empleadas domésticas. El trabajo doméstico relegado fundamentalmente a las mujeres continúa representando una de las claves para explicar el éxito, el reconocimiento, incluso el tiempo que los varones invierten en el trabajo fuera del hogar

Por todo lo anterior se puede afirmar que el trabajo es uno de los ejes donde se verifica una tendencia a conservar esa estructura de relaciones por la cual los hombres gozan de prerrogativas. Esas mismas que les permiten canalizar sus energías vitales en el trabajo, entendido como actividad remunerada realizada en el espacio público.

3.4. LA SEXUALIDAD

3.4.1. Sexualidad, identidad y poder masculino

Comprender la sexualidad humana y en especial la de los hombres desde la perspectiva de género feminista ha significado colocarla dentro de un complejo de interconexiones entre el plano biológico, social, cultural y psicológico. Visto a través de este paradigma, un primer movimiento conceptual ha sido liberar lo sexual de los esquemas por donde sólo podía concebirse como deseos y comportamientos motivados por la naturaleza. La sexualidad, en consecuencia, adquirió su carácter humano y se entendió sobre todo como creación cultural, cuyos contenidos se transforman de acuerdo al tiempo y a las múltiples condiciones y situaciones sociales. Historizar la sexualidad y convertirla en productos culturales diversos permitió develar en toda universalización de normas, valores, comportamientos, relaciones, el resultado de consensos particulares promovidos por los grupos dominantes (Lagarde Marcela,2001a). Horizontes transformados en el sentido común de una época por la acción hegemónica y no por los imperativos naturales.

Así, la sexualidad pensada en tanto creación humana se define como una serie de formas de pensar, actuar, comportarse y sentir asociadas al sexo (Lagarde Marcela, 2001). En ese sentido, la sexualidad representa una serie de actividades y capacidades diversas que bordan lo erótico, los actos amorios y reproductivos, pero que a su vez los rebasan, definiendo y organizando atributos y características centrales que construyen la humanidad de hombres y mujeres. Tal como el trabajo representa un ordenador de los quehaceres de la sociedad, estableciendo funciones, jerarquías, otorgando valor a una u otra actividad, la sexualidad, en toda su complejidad, representa un punto de quiebre entre la condición natural de los y las humanos y su carácter social. La sexualidad no sólo humaniza, en es mismo proceso divide y especializa a unos y a otros. Al tomar como punto de partida el sexo biológico, construye lo masculino y lo femenino como dos campos mutuamente excluyentes. Campos con valor, capacidades y posibilidades de ser y hacer diferenciados.

La sexualidad se constituye en un sinnúmero de asignaciones y experiencias por los cuales se define a los humanos a través de un principio clasificatorio que, a su vez, edifica el entramado de significados vitales y de estructuras jerárquicas en el que son colocados los hombres por un lado y las mujeres por el otro. Así, a partir del sexo, los humanos son clasificados y catalogado en ese proceso humanizador en el que se adquieren valor, poderes, posibilidades de acción, restricciones y prohibiciones conforme a lo que las sociedades norman para cada uno de los géneros.

La sexualidad representa un principio fundamental de organización humana sobre el cual se montan otras normas y estructuras sociales. El trabajo, la organización política, las estructuras familiares, la institucionalización de los saberes, las formas de sentir y también de expresar emociones, entre otras de las experiencias humanas, se articulan en el fondo por esa división primigenia, muchas veces oculta o bien normalizada. A lo largo de la

organización social esta división, siempre patente, se devela contenida de valores jerarquizados y de poderes. Así, lejos de constituir un ordenador de la vida social neutral e inocuo representa una organización del poder que permea al resto, como lo reconoció en los años setenta Kate Millet (1995).

En las sociedades patriarcales, cuyo principio básico es la primacía del varón y lo masculino, la sexualidad no significa simplemente campos donde se oponen hombres frente a mujeres, sino donde se inscriben las condiciones de la desigualdad y donde se tejen las redes de opresión y dominio que se reproducen a lo largo de los espacios y las estructuras sociales. Estas formas de poder como la sexualidad misma guardan un carácter histórico por lo cual, a pesar de presentarse como hechos naturalizados y eternos, adquieren especificidades distintas de acuerdo al momento histórico y la sociedad de que se trate.

A finales del siglo XX el feminismo radical, al buscar comprender las condiciones históricas que definen la subordinación de las mujeres y el dominio de los hombres, exploró en el campo de la sexualidad para encontrar algunas de estas causas. A partir de relevar la centralidad de un aspecto obviado por la tradición humanista comenzó una de las empresas más consistentes por definir los rasgos históricos de la sexualidad y de las relaciones de poder construidas a su alrededor.

De tal forma, categorías como patriarcado, sexo-género, aún el rescate de expresiones del lenguaje común como el machismo, se acuñaron y utilizaron para analizar la vida de mujeres y hombres teniendo como eje la sexualidad y las formas en que ésta se implica en el resto de los ordenamientos sociales. De tal suerte, se fueron precisando las características de la sexualidad en occidente y desprendiendo análisis más concretos que hablaron de las particularidades vividas en América Latina y en México.

En tanto culturas colonizadas por Europa y posteriormente por la influencia

estadounidense, las construcciones sexuales en nuestro país y en el resto del continente guardan paralelismos con el resto de las formaciones del mundo occidental. En el orden de las similitudes, se pueden subrayar el carácter binario de la sexualidad. En México, como en el resto del mundo, la sexualidad identifica hombres en oposición a las mujeres, siendo ésta una de las normas más claras y uno de los mandatos más rígidos. Esta identificación, como ocurre también de manera generalizada, tiene su sustento político e ideológico en el cuerpo, a partir de la biología, la división asigna a cada quien cualidades que, analizadas, rebasan por mucho las propiedades corporales. Finalmente, el carácter de la división, la existencia de relaciones de poder entre hombres y mujeres basadas en el dominio del primero y en la subordinación de la segunda. Es en torno al grado que guarda esta relación, así como respecto a las asignaciones culturales que se montan en el cuerpo donde se pueden avisar ciertas particularidades que en México adquiere la masculinidad, la feminidad y el orden de géneros.

Si bien, toda empresa que busque generalizar corre el riesgo de producir estereotipos, se pueden delinear algunas de las características tangibles, a partir de considerar la existencia de modelos hegemónicos de sexualidad en Latinoamérica y en México. Estos puntos nodales posibilitan develar aquellos rasgos que dentro de este marco cultural permiten a los varones reconocerse así mismos como miembros de la colectividad de hombres, ser reconocidos por el resto y otorgar a los otros el reconocimiento de pertenencia.

En términos generales se puede afirmar que en México, las ideologías que giran en torno a la sexualidad promueven sentimientos y conductas en los varones, en los que, la manifestación pública y privada de la sexualidad representa un elemento siempre palpable. Los hombres muestran y demuestran su condición de sujetos sexuados a través del cuerpo hecho actitudes, palabras, expresiones y vestimenta. Ser hombre significa alardear y

evidenciar con orgullo su condición viril asociada al ejercicio activo de la sexualidad (Ramírez Rafael, 1997). En sentido contrario, para las mujeres la sexualidad significa recato y pudor, solo las *malas*, las mujeres públicas se atreven a exhibirse y por ello son condenadas. En todos los casos, la sexualidad de las mujeres se atiene a los deseos y las voluntades masculinas. En la relación sujeto-objeto las mujeres son justo el objeto del deseo, la seducción, el goce, aún de la sublimación artística. En esta formulación, hasta cierto punto, lugar común de la condición sexual en México, se plasma la operación fundamental del patriarcado, llevada a los límites bajo la cultura machista típica del país. Las mujeres son seres para otros, son cuerpo y su sexualidad dispuesta para el goce y la apropiación de hombre (Basaglia Franca 1983).

A partir de esa operación se producen fenómenos como la violación y la pornografía, la poligamia tolerada en ellos y la monogamia exigida para ellas, el sexo reducido a expresión coital, la industria de la anticoncepción y de la reproducción destinadas *naturalmente* a las mujeres. Todas estas manifestaciones desprendidas del control y del dominio de los hombres, se alzaron sobre un supuesto natural que devino otro de los mandatos centrales del patriarcado y del machismo: la heterosexualidad.⁴²

A pesar de la *homosociabilidad* de los múltiples espacios públicos y privados y del valor de estas prácticas en la identidad y vida de los hombres, el erotismo entre individuos

⁴² En un trabajo posterior al clásico *El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo*, Gayle Rubin encuentra en la sexualidad un campo de prácticas sociales propio y específico que debe ser distinguido del sistema de organización de género al cual quedó erróneamente subsumido. Si bien, sexualidad y género guardan vínculos inexorables, la sexualidad opera con una lógica interna propia, con regulaciones políticas, con inequidades y formas de opresión específicos construidos histórica y socialmente. En ese sentido, dentro de la modernidad occidental, la sexualidad se articula como un sistema jerárquico de valores y normas en los cuales el erotismo heterosexual marital y reproductivo se encuentra colocado en la cima de lo que es el sexo norma, sano y bueno, seguido de otras prácticas heterosexuales monógamas no sancionadas por el matrimonio, la autogratificación sexual y las heterosexualidades laxas de varones, en orden descendente, para desembocar finalmente en prácticas y sujetos considerados anormales, insanos y degradantes. Estos son los homosexuales, las lesbianas y los bisexuales, sobre todo aquellos promiscuos y escapistas de la institucionalización de lo gay. En el fondo de la pirámide se han colocado lo que llama las nuevas disidencias sexuales: las y los practicantes del sadomasoquismo, los transgéneros y transexuales, las prostitutas y trabajadores del sexo, entre otros (Rubin, 1993).

del mismo sexo se ha definido como una de esas fronteras que contienen la norma y su transgresión (Marqués Joseph- Vicent,1997). Es decir, las prácticas, los sentimientos y preferencias consideradas positivas y aquello que representa lo enfermo, lo depravado, lo pecaminoso y lo sucio.

La heterosexualidad, en tanto prescripción normalizada que castiga y niega la existencia de otras posibilidades del erotismo, guarda su raigambre en la cultura nacional con relación al imperativo de la reproducción. Así, erotismo y reproducción se asocian como parte de un mismo hecho. Por tanto, se entiende la trascendencia que ha significado la procreación de hijos para la identidad y el prestigio de los hombres. La sexualidad masculina en tanto manifestación y alarde se erige en el número de conquistas eróticas pero sobretodo, en los nichos culturales del machismo, la cantidad de hijos, especialmente varones, es fuente de reputación y afirmación de la *virilidad*⁴³.

Hecho el recorrido por algunos de los fundamentos que sostienen la sexualidad en el mundo patriarcal y machista, se puede afirmar que la virilidad, es decir, ese aspecto identitario masculino ligado a lo sexual, se alimenta del poder. De la capacidad de generar vínculos y situaciones de sometimiento, control y explotación de las otras y algunos otros que redundan en autoestima, prestigio y estatus.

Este poder, al emanar de una relación social, de un proceso que se mueve y se transforma, puede ser comprendido como un campo en donde el dominio masculino es susceptible de resentir fracturas. Como todo ordenamiento político, lejos de ser estable y homogéneo se encuentra atravesado por conflictos y por una dinámica fluida de relaciones sociales. Así, especialmente en las últimas cuatro décadas, la supremacía masculina ha sido

cuestionada y buena parte de estas críticas se han centrado en fisurar las formas de actuar, sentir, pensar articuladas alrededor de la sexualidad. Dichos emplazamientos han sido protagonizado por las mujeres, quienes de forma individual y a través de movilizaciones sociales, políticas y culturales subvierten el poder patriarcal. Al mismo tiempo, las políticas de estado, los cambios generacionales, las transformaciones en las mentalidades, así como los efectos económicos contribuyen, sin proponérselo, a generar fracturas y ajustes en las prácticas y los valores de la sexualidad patriarcal.

Entre los elementos que contribuyen a las transformaciones en la relación sujeto-objeto del esquema hegemónico de sexualidad, se encuentran aquellos factores que han permitido el empoderamiento de las mujeres. Este proceso se entreteje por el acceso de las mujeres a mayores niveles de educación, su creciente participación en el mercado de trabajo y, de manera significativa, a partir del control que tiene sobre la reproducción⁴⁴. Estos elementos han confluído para producir tránsitos hacia la subjetivación de las mujeres, es decir, la incorporación de pautas de individualización que, con distintos niveles e intensidades posibilita a ciertas mujeres descolocarse de la condición de objeto de los otros, a ampliar el horizonte de sus expectativas y sus oportunidades para devenir en sujetas con derechos al placer y a la sexualidad.

Por otra parte existen una serie de cambios no necesariamente vinculados a la producción de cismas patriarcales pero que podrían suponer impactos en las subjetividades, en los valores y en las prácticas de los hombres con respecto a sus relaciones amorosas e íntimas. Entre estos aspectos destacan las dinámicas que atraviesan los patrones nupciales

⁴³ De acuerdo con Norma Fuller, la identidad masculina puede ser analizada a través de dos categorías: la hombría y la virilidad. Esta última representa esa dimensión de la identidad asociada a los rasgos más naturalizados tales como la fuerza física y la sexualidad vista necesariamente como actividad y procreación. (Fuller Norma,2001).

y las rupturas de las uniones conyugales. Dentro de este abanico de fenómenos resultan significativos la tendencia, cada vez más tardía, en las que tanto hombres como mujeres formalizan su vida en pareja, el cierre de la brecha etaria que separan a los hombres y las mujeres en matrimonio o uniones libres y la diversificación de contratos conyugales⁴⁴. A falta de estudios más profundos cabría preguntarse con respecto al factor etario, si la disminución en las edades de los cónyuges juega algún papel en prácticas menos desiguales o es un dato irrelevante. De igual manera, si bien no es significativa, la tasa de divorcios y separaciones representa una tendencia creciente, sobre todo en ciertos sectores de la sociedad, ello podría estar hablando de la emergencia de cuestionamientos a la norma familiar y la generación de acuerdos diversos de la vida privada (Esteinou Rosario,2005).

Una de las transformaciones que en el terreno de la sexualidad sacuden las identidades masculinas se fragua en la prescripción heterosexual. Si bien, es conocido, aún dentro de los machismos más exacerbados, la existencia marginal de homosexuales y de prácticas sexuales entre hombres muy machos, la emergencia de movimientos por la diversidad y la irrupción de enfermedades de transmisión sexual, especialmente el SIDA, han iluminado la complejidad de la sexualidad humana, particularmente la sexualidad de los hombres en México y en el mundo. En primer lugar estos develan la presencia de sexualidades más fluidas, menos compartimentalizadas en categorías fijas, sobre todo anuncian tránsitos políticos y culturales por los que, en ciertos nichos y de manera parcial, la

⁴⁴ Las políticas de natalidad lanzadas durante los años setenta del siglo pasado tuvieron un fuerte impacto y explican la reducción en las tasas de fecundidad que se han sucedido en nuestro país. En 1976 las tasas eran de 5.7. en 1987 de 3.8. en 1996 de 2.8 y en el 2003 de 2.2 (INEGI. www.inegi.gob.mx).

⁴⁵ Un dato significativo de estas transformaciones se plasma en las distribuciones porcentuales por estado conyugal que vienen ocurriendo los últimos cincuenta años, con una decreciente significativa en los porcentajes de casados tanto en mujeres como hombres y en contraparte, el aumento de personas solteras, el aumento en las tasas de divorcio y separaciones así como de uniones. Así, por ejemplo en 1950 el porcentaje de hombres casados era de 52.5% y de mujeres el 48%; durante el año 2000, el nivel para los primeros se redujo en 45.8% y para la segundas, 43.6. En oposición, el aumento en los

diversidad adquiere legitimidad (Nuñez Noriega Guillermo,2001).

Finalmente, un aspecto último de la sexualidad sobre el cual parecen gestarse cambios de manera lenta y con mayores posibilidad de regresiones se relaciona como el empleo de anticonceptivos y en síntesis con todo lo referente a la salud sexual y reproductiva. Diversas investigaciones han señalado la notoria ausencia de los hombres en los estudios y las políticas de reproducción en México (Castro Patricia,1998). Así es de llamar la atención que las investigaciones sobre fecundidad, las estrategias de análisis y los indicadores empleados se basan exclusivamente en las mujeres, siendo los varones meros datos colaterales (Figueroa Juan Guillermo,1998).

Esta situación plasmada en las investigaciones y en las políticas de población tiene su correlato en las actitudes y comportamientos tradicionales de los hombres frente a la sexualidad. Todo parece indicar que resignificar el campo de la sexualidad en clave de derechos y responsabilidades constituye un verdadero reto para los varones para quienes éste ha representado el espacio por excelencia de privilegios y poderes. En consecuencia, los hombres mantienen un reducido uso de anticonceptivos, en particular del condón, cuando afirman emplearlos lo hacen dentro de un contexto de significados que parten de esquemas convencionales y reproductores de la doble moralidad de los hombres respecto a su libre sexualidad y al control del de las mujeres⁴⁶.

Dentro de este marco se producen las historias de vida de los varones de esta investigación, dentro de flujos que provocan rupturas e inercias que se refuerzan.

mismos años de las personas separadas fue el siguiente, en hombres de 30.8% a 39.% y en mujeres 27.8% a 34.6 (INEGI. www.inegi.gob.mx).

⁴⁶ Estudios que buscan la existencia de cambios en los valores tradicionales masculinos, han encontrado entre aquellos consumidores de condones la prevalencia, incluso en generación más jóvenes, el reforzamiento de conductas y representaciones de la sexualidad opresivas hacia las mujeres. La desconfianza de que potencialmente toda mujer pueda *embarcar* o contagiar enfermedades, y la autoafirmación de su virilidad a partir del número de *chavas* que puedan disponer,

3.4.2. Sexualidades y hombres cambiantes

Como se ha señalado más arriba, la sexualidad hace alusión a un conjunto de experiencias humanas que contienen lo erótico y lo reproductivo pero al mismo tiempo los excede. Son prácticas y comportamientos pero igualmente se configuran de valores y normas. Todas estas dimensiones se desarrollan y transforman en el transcurso de vida de los hombres y de las mujeres, en procesos contradictorios y sincréticos. En vista de la complejidad, sintetizar las trayectorias de vida de los hombres a través del cristal de su sexualidad ha supuesto privilegiar ciertos aspectos y dejar de lado algunos otros. En el presente apartado se busca saber si en el campo de la sexualidad existen movimientos hacia la equidad protagonizados por los sujetos de la investigación. Conocer dónde y cómo operan estas transformaciones, el estado en que se encuentran las percepciones y en la medida de lo factible, las prácticas sobre la sexualidad. Analizar las dinámicas de cambio y permanencia en torno a la sexualidad de las mujeres, sobre todo en esa dimensión de control sobre sus cuerpos y sus deseos eróticos (valoración social de la virginidad y representación de las mujeres como objetos de uso e intercambio), otro eje será el de los discursos en torno a la heterosexualidad vista como práctica obligatoria que niega y condena otras posibilidades. Finalmente develar los cambios o bien las resistencia de estos varones frente al usos de anticonceptivos y en general en materia de salud sexual y reproductiva.

A través del análisis de las biografías de estos hombres se pretende encontrar algunos hitos que explican el desarrollo de su sexualidad: la información recibida, la primera vez, las relaciones fundamentales, la utilización de anticonceptivos, los embarazos, las enfermedades

son algunas de las razones que los jóvenes suelen exponer al ser interrogados sobre el uso del condón (Arias y Rodríguez, 1998).

y trasgresiones a la norma. De igual forma, se pretende dar cuenta de las representaciones que hacen de su vida sexual y de las transformaciones que han sufrido los significados a lo largo de su historia. Analizar la dimensión de la sexualidad en su vínculo con la identidad y la autoestima masculina. Por último, dar cuenta de sus percepciones y valores frente a ciertos tabúes como la homosexualidad, el aborto y el ejercicio sexual activo de las mujeres.

A diferencia del eje del trabajo donde un mayor número de coincidencias y rasgos marcan tendencias comunes en la historia de los varones, en el caso de la sexualidad, la constante parece estar dada por la diferencia. Esta condición diversa se encuentra en las distintas preferencias eróticas y afectivas señalada por los entrevistados, en las formas múltiples de vivir el primer encuentro sexual, en las prácticas y valores diferenciados frente al uso de anticonceptivos y en general en las formas como viven y expresan su condición de sujetos sexuados.

Llama la atención que frente a un panorama de tal diversidad, uno de esos elementos compartidos se relaciona con el acceso a información y en general respecto a la educación sexual que reciben durante la infancia y la adolescencia. Esta formación en todos y cada uno operó por fuera de la escuela y de la familia. Lo interesante de este rasgo es el hecho de que son hombres a quienes, por condición generacional, les toca vivir una liberalización de las prácticas y los valores sexuales acontecida durante los años sesenta y sesenta, la operación de programas de planificación familiar que, entre otros conductos, tuvo en el sistema educativo uno de sus puntales.

No obstante el contexto, los hombres indistintamente de su lugar de origen y condición social tuvieron un acceso pobre a información que proporcionase datos científicos así como elementos integrales para vivir una sexualidad plena y responsable. Ante la ausencia de respuestas vía el sistema educativo formal y frente al tabú prevaleciente en las familias, la

mayoría refieren al núcleo de amigos que en la calle o en la propia escuela vertieron las primeras revelaciones llenas de mitos, prejuicios, errores y falacias. El carácter de esta información repercutirá en algunos de ellos de forma negativa: un caso de embarazo no deseado y el nacimiento de un bebé a los catorce años, en otro, expresado como la ausencia habilidades para relacionarse con las mujeres, en otros más una información que subrayó la percepción negativa de sus deseos sexuales *distintos*.

Mira yo tuve una vida y una información muy escasa de la sexualidad o sea yo realmente el estar en escuela de hombres nunca me atrajeron los hombres para empezar y nunca tuve contacto directo con niñas salvo mis hermanas, y mi papá se encargó mucho con esta ética protestante, esta ética bautista de que de lo sexual no se habla. Yo llegaba a ver libros de urología de mi papá, mi papá es urólogo y realmente hasta se veía feo porque era de libros muy mal hechos, entonces yo me acuerdo que realmente no estaba sexuado. Toda la primaria y secundaria sí me gustaban las niñas sí oía a niños que hablaban de las niñas, veía yo a las niñas pero no concebía la posibilidad de estar cerca de ellas, o sea, no me prepararon, nadie me dijo que había que acercarse a las niñas, cuando yo entro a la prepa sigo con ese esquema, las niñas me echaban los perros y a mí no me caía el veinte (Rodrigo).

Yo creo que era justamente un tabú muy fuerte ni en la escuela, en la secundaria alguna vez nos pusieron una película sobre sexualidad y obviamente todo mundo salió sonrojado y muy sorprendido, porque eran todavía cosas que no se trataban así, vamos ni profesores ni en la casa se trataban esos temas, eran así como muy exclusivos, ya cuando seas grande sabrás, etcétera, pero era difícil tener más información vamos tan abierta como se da en estos tiempos (Santiago).

La sensación compartida por la mayoría es la de haberse desarrollado como seres sexuados de manera incidental e improvisada, en un proceso en el que ellos mismos, sin guía alguna y con escasas herramientas, se fueron convirtiendo en hombres, desarrollando

en el camino las destrezas y adquiriendo los conocimientos de forma parcial y contingente.

Pues mira como soy de provincia digamos que todo fue aprendizaje manual, manual de mano no de manuales didácticos, porque no hay quién te diga ni quién te oriente, todo es más como de concursos o de juegos entre hombres y entre mujeres más como de macho y hembra. La familia nunca dijo nada, entonces fue como ir descubriendo eso por cuenta propia (Bruno).

La mayoría también habla de una sexualidad desarrollada a través de los juegos que sostienen con otros varones durante la infancia y la adolescencia, juegos que implican en ocasiones competencias relacionadas con el tamaño del pene, la cantidad de orina o, en la pubertad, la prueba de la eyuculación más rápida. Los inicios en la vida sexual, nombrada así desde la adultez, mencionan también caricias y toqueteos con primas, hermanas, amigas o amigos, una mujer mayor que no necesariamente se vivió como abuso y, en un caso, la ocurrencia de una violación por parte de un hombre adulto.

¡Híjole! yo recuerdo cuando tenía cuatro años, yo creo que la primera vez que tuve esa sensación de la sexualidad y que vi mi pene erecto fue cuando tenía unos cuatro años, toqué la media de la mujer y eso fue lo que me provocó una excitación fue como a los cuatro años, esa fue la primera. La segunda fue cuando yo tenía nueve años, no sé cómo llamarlo, no sé si llamarlo violación o abuso o iniciación no sé, una chava de quince años que era mi vecina pues ella se echaba sus agasajadas conmigo y ahí empecé aprender. Cuando lo comenté con una psicóloga mucho tiempo después, ella indagó si había sentido placer, sí, pero también hubo una parte lastimada, o sea que me digo ¡chale! porque reconozco que de ahí nació un poco de revancha con las mujeres, porque esta chava me utilizó, yo estaba clavado con ella pero después así como así me botó (Ricardo).

Es durante la adolescencia, sin embargo, cuando los juegos de la mayoría se convierten en actividades sexuales activas, así reconocidas. En estos varones la edad de

inicio está entre los 14, el más precoz y los 21 años, el de mayor edad. Son hombres jóvenes y, como se mencionó, con un vacío de información y falta de pericia para transitar hacia una vida sexual activa. Sólo uno de los varones menciona el pago de una prostituta como la fórmula de su primera vez, la mayoría lo llevó a cabo con sus novias de la preparatoria, la universidad o el barrio. Para Alejandro, su primera relación sexual fue con una vecina a la edad de catorce años con quien engendró su primer hijo. Es de llamar la atención la forma en que recrea este evento, ya que, a pesar de los años de reflexión y reeducación, los valores machistas siguen filtrándose en la forma de ver sus relaciones con las mujeres, el mito de la cualidad embaucadora y seductoras con éstas ejercen su sexualidad se deja ver en el siguiente relato.

Yo estaba en tercero de secundaria, la chava se llamaba Paty, le decían la chambacú, la chavita venía de un barrio más pesado que el de donde yo nací, más pesado en el sentido más violento y popular. En ese tiempo se hacían las fiestas en la calle y a esa chava le gustaba mucho ese rollo, posiblemente me llevaba dos años yo tenía 13 años ella tenía tal vez tenía 16 años, me acuerdo que yo entraba a la casa de esta familia porque el niño tenía juguetes y yo iba por los juguetes y la chava pensó que yo iba por verle los calzoncitos, sus hermanas iban por la tarde a la escuela y yo en la mañana, entonces cuando yo llegaba de la escuela me metía a su casa, porque le habían traído en ese tiempo los reyes un juguete que se llamaba chuta gol que eran unos monitos que se les presionaba la cabeza y le pegaban al balón. Entonces yo me metía a esa casa por ese juguete, porque no estaba el niño y tenía todo el tiempo para jugar. Me acuerdo una vez, la chavita me dijo; -pensé que los de la secundaria eran más hombres-, yo interpreté sus palabras ¿no?, intuía qué me quiso decir, me acuerdo que se subía a la litera a tenderla o buscar algo y yo veía sus calzoncitos, pero nunca me llamó la atención con morbo, nada, yo a los juguetes. Antes de eso que si alguna vez viera a mis padres teniendo relación, teníamos el mismo cuarto o que los haya escuchado no me acuerdo, cuando tuve el juego con mi hermana y con la amiguita pues nada, yo jugué mucho a los papás y a la mamá de una manera sana no como

ahora que escucho que juegan los chavitos, jugaba con la muñequita, pero nada de que vamos a tener hijos, y nada de vamos acostarnos. Entonces esta chavita finalmente en una ocasión no sé cómo se dio, pero yo recuerdo que la vi desnuda y vi su vello púbico y me espantó mucho, me dio mucho miedo. Yo no sabía en verdad ni por dónde se hacía el sexo, un día la chavita me enseñó revistas pornográficas porque su padrastro, que era carnicero, las tenía, entonces se veía cómo estaba penetrando y todo ese rollo a partir de ahí tuve contacto con ella, la chava salió embarazada. Yo no tenía información, no sabía que si la penetraba no sabía de la eyaculación, de los espermias, de la ovulación, de la virginidad, si tenía todo eso que ver o no con el embarazo, tampoco me interesaba menos si ella quedaba satisfecha (Alejandro).

Para los dos varones asumidos como homosexuales, la historia fue distinta. Uno de ellos muy joven experimenta su primer contacto de manera casual con otro hombre, el otro inicia su actividad con una mezcla de miedos, prejuicios y vergüenza, auto convenciéndose de su heterosexualidad, así su primera vez será con su novia.

Yo creo que he vivido dos vidas ahí una heterosexual reprimiendo al homosexual y esta primera fue o fueron paralelas, pero te digo no hice gran cosa en lo homosexual, prácticamente hasta los 27 años más o menos tuve mi primer encuentro. Mi sexualidad como tal se inicia a los once años con una prima, pero ella fue la que se me arrimó a mí eh, con esa prima me gustó y no se me hizo sucio ni nada por el estilo. Sin embargo yo desde siempre, desde muy chico no sabía tal vez de más chico no tenía muy claro, pero sí sentía una inclinación más hacia observar a los hombres no tal vez en una primera etapa no muy sexual o muy erotizado, pero sí algo me jalaba más para allá y las mujeres se me hacían bonitas y punto. Una muchacha muy bonita pues mucho gusto no, pero no me atraía, no me provocaba eróticamente nada salvo que hubiera contactos como que yo me imponía, porque así debería de ser. Entonces fue ese el primer contacto, después ya fueron novias, después cuando descubres que la chaqueta está en función de imágenes y pues ahí el cerebro es el que te ayuda, me descubrí que, a pesar de que yo quería chaquetearme con tal o cual mujer, acababa convirtiéndose en tal o cual compañero de la escuela o profe. Pero luego se me hacía

muy perverso y muy malo, sentía que era monstruo y todas esas cosas. Para mí fue una culpa muy grande, una cuestión muy, muy difícil de aceptar, así que entonces empecé a tener novias (Mariano).

Los sentimientos que recrean de esa primera vez son variados. Desde aquél a quien el sexo le resulta un evento con olores, sonidos y sensaciones no gratos, hasta los varios que les representa una maravilla digna de repetirse todas las veces posibles. Hay otros para quienes la sexualidad significó un sentimiento automático de ingreso a la madurez y la verdadera hombría y a los que no les sucedió nada, ni gusto ni disgusto, únicamente cumplieron un requisito implícito en su condición masculina que debía verificarse.

Mi sexualidad empieza circunstancialmente en el mismo bachillerato, los mismos juegos con alguna de las compañeras del grupo de danza, teatro y música en el que estaba, empezamos a separarnos, a compartir detalles mínimos pero que te hacen ver que hay una complicidad diferente a la complicidad que tienes como grupo. De la complicidad grupal pasas a una complicidad de pareja y de pronto te encuentras que estando en una breve relación de besos y abrazos y agarrando parte de la anatomía que de pronto dices ¡hay Dios! Y la chica igual tocando parte de la anatomía que nunca me habían tocado, es algo que me estuvo generando conflictos pero que fue muy rico. Finalmente es en una salida a Guerrero cuando sucede, en donde se dan las condiciones, muy coyunturales y siento que con mucha tolerancia de parte de nuestra profesora, quien siempre insiste en que utilicemos condón y que Dios nos bendiga. Pero también es una cuestión de tener esta relación más urgida por terminarla que por empezarla, esta cuestión que de pronto estás más nervioso, más excitado de ver el cuerpo de la otra persona que de estar compartiendo sensaciones y de pronto es un terminar y ya terminaste, sí, y a lo mejor sigues otro momento más pero hay esa situación un tanto de desilusión, de insatisfacción. Al final de cuentas, al día siguiente cada quien andaba yo con novia distinta y ella con novio distinto, un poco era una situación de las relaciones que hoy puedes estar con esta persona y mañana andas con otra y viceversa, que no duele mucho, quizá esta es una parte rica de esa clase,

en el que el afecto no se vincula en la relación y que al rato te permite, te genera otro tipo de relaciones, eso fue aquí ese punto el hecho de saber que además de las masturbadas que ya tenía yo, pues que podía eyacular en una vagina, obviamente que con condón, pero que además te genera esta situación de insatisfacciones porque de pronto te encuentras con situaciones inesperadas, olores, sudores y sensaciones que a lo mejor no te son tan agradables (Francisco).

La sexualidad de estos hombres en mayor o menor medida se ha tornado uno de los espacios en el que acontecen reflexiones críticas. En ese sentido, la experiencia más radical esté dada por la condición homosexual de dos de los entrevistados, no sólo por la homosexualidad en sí misma sino también por lo que ésta ha implicado en su historia, en términos auto reflexivos y de construcción de alternativas de vida profesional, afectivas y cotidianas.

A pesar del poder de las normas patriarcales que han condenado la homosexualidad a las categorías más sórdidas del erotismo y la afectividad, los varones de la investigación encarnan estrategias que, con sus matices, demuestran posibilidades de remontar los estigmas sociales para hacer de su preferencia una opción legítima para vivir y disfrutar. Para ambos la primera confrontación con propia homosexualidad fue el encuentro con la vergüenza, el miedo y los prejuicios sociales hechos voces internas que, terminaban por censurar cualquier deseo fuera de lo establecido. Sobre todo para uno, esa factibilidad resultó una opción imposible de elegir, además de la familia conservadora, la cultura del norte del país, lugar donde creció, el machismo y la homofobia exacerbaron el terror y una visión muy limitada de sus posibilidades de vida como gay.

Yo sí quería tener hijos y me decía -no nací para ser joto- Además en esa etapa yo pensaba que si se aceptaba ser homosexual estaba condenado a transitar hacia una *vestida* (travesti) y esa idea me aterraba, no podía ni quería ser eso, fue muy difícil

entonces empecé a tener novias (Mariano).

La trayectoria de Mariano respecto a lo que coloquialmente se ha llamado la salida del closet es larga y tortuosa. Después de algún número de novias, una mudanza a la ciudad de México y otra a Tijuana y sobre todo después de haber tocado fondo en el abuso del alcohol y un consiguiente procesos de rehabilitación, se permite reconocer su condición y aceptar vivir, de manera positiva, su erotismo y su afectividad.

Para el otro, la aceptación aunque en un primer momento difícil, le fue facilitada por la presencia de un hermano mayor también gay, quien se vuelve su amigo y con quien comparte secretos e intimidades así como la primera etapa de fiestas y antros. Eso y un entorno más flexible en donde sus encuentros con la vida homosexual se llevan a cabo dentro de un ambiente festivo y relajado, le posibilitan transitar sin tanto dolor y rechazo el periodo de reconocimiento de su preferencia.

Mi papá puso una tienda de abarrotes y mi hermano gay atendía, él iba y traía la mercancía, yo me la pasaba todo el día con él. En una ocasión cuando estaba en la secundaria me pregunto si yo tenía novia, yo le dije que no pero le confesé que me gustaba una persona. Había uno de la tienda, bueno habían varios muchachos que iban a la tienda y a mí me gustaba uno, yo creo que él lo observó y luego me preguntó cómo se llamaba mi amigo, yo le dije que Juan y a continuación y digo no será Juan el que te gusta. Por un momento me sentí sumamente incómodo, pero a los diez minutos ya comenzamos a platicar y fue muy difícil platicar de todo eso con él, a los dos días ya éramos super amigos, ya nos hablábamos de todo y cotorreábamos, luego ya me hablaba en femenino y yo le hablaba en femenino, comentábamos de los fulanos y a partir de ahí mi hermano siempre fue mi amigo, ahí es cuando yo me doy cuenta que soy gay. Terminando la secundaria me fui con otro hermano a Jalisco, llego a la casa de mi otro hermano, el mayor y su cuñado resulta ser la loca número uno de la ciudad, era el hombre más afeminado, más conocido, más popular de todos. Entonces los fines de semana él tenía visitas, tres hasta cinco hombres gays o bisexuales que

llegaban y pues yo me la pasaba super bien, yo quería estar todo el tiempo ahí con él (José).

En los dos casos los sujetos superan los sinsabores de la auto aceptación y edifican positivamente el sentido de su preferencia, esto les permite experimentar una vida en pareja, ambos con relaciones duraderas y satisfactorias, de enfrentar con éxito a sus familias y lograr ser respetados aún en sus espacios laborales. Sin embargo, el rasgo más sobresaliente se deja sentir en la elección de su quehacer profesional, caracterizado porque su condición sexual lejos de permanecer escindida o separada constituye un elemento de reflexión constante y de articulación de sus propias tareas. Así, uno desde la academia convierte sus preocupaciones en temas y problemas de estudio e investigación, el otro desde las organizaciones civiles impulsa acciones de trabajo con hombres gays. Son hombres que no sólo se limitan a vivir de forma abierta su condición, además de contar un amplio trabajo introspectivo, incluso terapéutico, son hombres con información y conocimientos no sólo para explicarse así mismos sino para generar impactos en el mundo en claves alternativas.

Los cuestionamiento a los modelos dominante de sexualidad son factible no sólo a través de las prácticas homosexuales, dentro de la experiencia heterosexual de los otros hombres investigados también pueden avizorarse algunos señalamientos discursivos. Curiosamente ello acontece en los dos varones quienes, de acuerdo con su narración, llevaron al extremo el ejercicio del poder en el campo de la sexualidad.

Estos dos hombres mencionaron comportamientos y valores plegados a las normas hegemónicas del hombre sexualmente activo. Ambos inician su vida sexual a una edad muy temprana y a partir de este inicio se muestran siempre muy activos, siempre dispuestos y a tener sexo con cuanta mujer se pueda, en una lógica de conquistas y trofeos típica de los

discursos machistas. Son hombres considerados exitosos dentro de los parámetros tradicionales de virilidad, a lo largo de su vida refieren a múltiples parejas. Aún cuando formalizan a través de matrimonio o la unión libre con una, mantienen por fuera otras relaciones. Saben, porque lo han vivido en carne propia, del prestigio que genera entre sus pares, los otros varones, el ser reconocidos por su capacidad de seducir y conquistar al mayor número de mujeres, a la más guapa o a la menos accesible.

Estaba yo en tercero de secundaria, entonces llegó una señora abajo, una guatemalteca muy guapa que había venido con su mamá y su hijo, su novio fue quien la trajo a vivir aquí, este cuate tenía su familia. El niño era muy pequeño no sé cuatro años y la señora no conocía aquí, entonces yo veía al niño que no comía y yo lo invitaba a la casa, le daba un taco o algo así. En una ocasión la señora tendía su ropa, toda la gente tendía afuera, en esa ocasión me dijo que estaba muy agradecida conmigo porque le invitaba un taco al niño, yo le dije que no había problema. En ese tiempo se escuchaba mucho la cumbia y a ella gustaba, yo sabía bailar y la invité, bailamos separados porque así se bailaba, la señora estaba muy joven y muy guapa, y aceptó bailar y luego que la tocara, primero mandó al niño afuera y bueno pues así estuve con la señora un buen tiempo. Ella me enseñó mucho del sexo, me enseñó controlar mi eyaculación, me acuerdo que ella me decía aguántate, cada vez cuando me iba a mojar la señora se quitaba, ella me decía sabes qué lo importante es que tú te aguantes, porque si te mojas va a tener reacción y en ese caso ella se quedaría con las ganas. Luego la señora era como mi novia, porque así nos veíamos Ya después todos se enteraron, primero uno chavos que yo conocía supieron que yo andaba con la señora y también mucha gente supo del embarazo de la otra chava. Entonces me volví famoso, cuando supieron que andaba con esa señora pues a mi me daba prestigio importante en el barrio (Alejandro).

Los dos cuentan como el placer por el sexo, los lleva a desarrollar habilidades que hacen de ellos buenos amantes, saben satisfacerse y satisfacer las necesidades de sus

parejas, uno de ellos incluso toma cursos de masaje corporal y erótico. No sólo cuentan cómo desarrollan destrezas sino cómo también aprenden a detectar mujeres susceptibles de engancharse en sus esquemas que hoy reconocen como enfermos.

Yo era muy chaparrito hasta medía uno cincuenta, entonces estaba muy acomplejado, en tercer semestre de preparatoria doy el estirón y todo cambió a partir de ahí, todo cambió. Entonces empecé a hacer lo que no me había atrevido, a partir de ahí cambió mi sexualidad que, por otra parte, ha sido muy buena. Empecé a estudiar muchas cosas sobre sexualidad, sobre el hombre y mujer, las diferencias, cómo satisfacerme, cómo satisfacer, como auto satisfacernos, como en pareja, entonces me gustan mucho los cursos, me aventé muchos cursos de relajación corporal, de masaje corporal, de masaje erótico, el libro del Kamasutra y cosas así (Bruno).

La sexualidad, sobretodo para uno, se convierte en el espacio de control y dominio de las mujeres, ahí el interés por buscar la satisfacción de las mujeres, por convertirse en un *gran amante*. Si bien en su momento no existía conciencia de ello, el sexo además del placer tiene un valor instrumental, constituyó una herramienta para generar el apego y sobre todo la dependencia de sus compañeras. A través de ésta, los vínculos adquieren ese carácter destructivo de la dignidad y la estructura emotiva de las mujeres pero igualmente perfilan secuelas contradictorias al poder que ellos detentan.

Yo me di cuenta que mis relaciones eran mucho de poder, de ver quién iba a chingar al otro, de te vas a enamorar de mi o yo de ti, un asunto de depender de mi dependencia, la enfermedad de depender del otro. Así, Alejandro pensaba que las tenía controladas, les decía me hablas a la una, eran cinco para la una y ya estaba yo esperando la llamada, era la una no había llamada, una cinco, una diez y yo estaba enojadísimo, porque no me hablaban y yo creía tener el control, entonces me doy cuenta que no estaba bien, estaba bien tronado, bien dependiente de mis relaciones (Alejandro).

Estas experiencias contradictorias ligadas a la sexualidad rebasaron los límites de control y en especial para uno se convierten en situaciones que vulneraron los puntales de su vida y su estabilidad: el matrimonio y la familia. Después del engaño sistemático, del uso sexual de otras mujeres, la infidelidad de Alejandro quedó expuesta ante su esposa y sus hijos, el dolor y los daños dejan secuelas que hasta la fecha se resienten. Sin embargo, al mismo tiempo ello brinda la posibilidad de un alto reflexivo y la búsqueda de alternativas en un intento por reparar y revertir los efectos más nocivos de su comportamiento. Alejandro inicia un largo camino de terapias, grupos de autoapoyo y otros espacios de reflexión que van desde la tanatología, Alanón y por supuesto CORIAC. En este último Alejandro aprende a distinguir cómo, en su experiencia, la sexualidad, el poder y la violencia conformaron parte de un mismo sentimiento, de una misma idea y de una misma conducta. De esta forma, parte del proceso de re aprendizaje propuesto en CORIAC representa la oportunidad de establecer un nuevo compromiso con su pareja y con él mismo en el terreno de la sexualidad. En ese sentido es la apuesta expresada al menos en el discurso.

En la historia de los otros varones entrevistados, la sexualidad no representa la experiencia central en donde se pongan en juego la necesidad de los cambios, no obstante, en algunos, a lo largo de la sexualidad, se registran cambios relacionados con los valores y las prácticas. Es el caso de Ricardo, quien reconoce que con su primera pareja tuvo una sexualidad muy limitada, poco preocupada por los sentimientos y los deseos eróticos de ella. Según sus palabras, una relación típica de las que establecen los machos, en la que sólo importa la satisfacción del hombre, de ausencia de reciprocidad y de responsabilidades.

Con Jimena tuve una sexualidad muy limitada, lo reconozco, porque era ahora sí de quien penetra, llega y hasta ahí. Reconozco que a ella no le gustaba, porque a veces

me sugería, qué te parece hacerlo así o de esta otra forma y yo respondía, -¿cómo crees? eso no me gusta,- y hasta ahí (Ricardo).

Después de su divorcio, de haber ingresado a los grupos de CORIAC y de comenzar una nueva relación, su comportamiento adquiere otro sentido, habla de una sexualidad más abierta sin menos tapujos. Sobre todo, una vida íntima en la que los requerimientos mutuos se comunican y respetan, en donde la procuración de las necesidades de la compañera representan también una prioridad. A pesar de esta nueva dimensión que cobra la sexualidad en la vida de Ricardo, es indudable que dicho *aprendizaje* tiene costos muy altos para él pero sobre todo para quien fuera su pareja inicial; costos verificados en una vida poco grata en términos afectivos y eróticos, sobre todo en una separación con la cual ella nunca estuvo de conforme.

Ahora en mi nueva relación hablamos mucho de sexo, yo me siento, sé y percibo que Gladys y yo estamos muy bien en ese aspecto, hay una unión muy grande, muy completa hay una satisfacción mutua. Porque no es nada más Ricardo lo importante sino también lo es Gladys. Es algo mutuo, muy pleno y es algo que de hecho a mí me agrada esa cualidad de ella, que existe esa unión en donde puedo hablar sin tapujos y e existe una gran diversidad, en cambio en mi anterior relación todo era muy escondido, muy tapado y con Gladys hay una apertura mayor (Ricardo).

En otras historias como la de Rodrigo, la sexualidad ha significado una vía sobre la que han ido afirmando la autoestima. Para todos en general, pero para él especial, la sexualidad representó el tema tabú por excelencia sobre el que imperó no sólo el silencio sino todo tipo de valores y prescripciones negativas. La consecuencia de ello se expresó durante la adolescencia y la juventud como impericia y falta de seguridad para relacionarse con las mujeres. Así en comparación con el resto, la vida sexual activa de éste comienza

relativamente tarde.

Mira yo tuve una vida y una información muy limitada y pobre sobre la sexualidad. Al estar en una escuela de puros hombres nunca me veía, en principio nunca me atraieron los hombres pero tampoco tuve contacto directo con niñas, salvo mis hermanas, y mi papá se encargó mucho con esta ética protestante, esta ética bautista de negarme lo sexual, de eso no se habló y si alguna vez se tocó era malo. Yo llegaba a ver los libros de urología de mi papá, mi papá es urólogo y realmente hasta se veía feo porque los libros estaban muy mal hechos. Yo me acuerdo realmente que yo no estaba sexuado, toda la primaria y secundaria, vaya sí me gustaban las niñas sí oía a niñas que hablaban de las niñas, veía yo a las niñas pero no concebía la posibilidad de estar cerca de ellas, a mi no me prepararon, nadie me dijo que había que acercarse, cuando entro a la prepa sigo con ese mismo esquema, las niñas me echaban los perros y a mí ni me caía el veinte (Rodrigo).

Relata, sin embargo, el inicio de sus prácticas sexuales como placenteras y amorosas, bajo la singularidad de ser relaciones propiciadas por la iniciativa de su novia. Con el tiempo el sexo comienza a perder el estigma de ser una práctica negativa para asumirse con mayor libertad, él por su parte remonta la timidez e inseguridad y descubre en el transcurso una mayor plenitud de su condición sexuada. De acuerdo con su historia de vida, la sexualidad nunca representó una experiencia de sujeción y de poder con sus compañeras, por el contrario, en la reconstrucción de su vida estas experiencias se recuerdan como relaciones en donde afectos y erotismo se ligaron y para quien los vínculos amorosos, a pesar de las separaciones, estuvieron marcadas por ser compromisos estables y de larga duración.

Finalmente, para los otros dos varones la sexualidad tampoco constituye un espacio de problematización de su condición de género ni un ámbito en el que se plasmen cambios con respecto a su identidad y al carácter de sus relaciones. Los dos son varones con historias de pareja longevas que inician después de noviazgos igualmente duraderos. En

ambas situaciones el vínculo afectivo está dado por su construcción inicial en donde los desequilibrios parecen no ser tan obvios ni prominentes como en el resto. En ambos casos las parejas son profesionistas y mantienen proyectos propios, incluyendo la militancia de una de ellas dentro de organizaciones sociales. Por su parte, ellos argumentan que nunca fueron del tipo de hombres para quienes las mujeres significasen objetos de su propiedad. Son hombres cuyas experiencias escolares, sus redes de sociabilidad, inclusive sus valores éticos y políticos los han colocado en espacios donde la sexualidad vista como dominio y poder goza de poca legitimidad, al menos expresarlo abiertamente es criticable y condenable. Así, de acuerdo con su relato, su vida sexual comienza con otras novias o parejas eventuales, no obstante, sus actuales relaciones representan la parte más significativa de ésta, su crecimiento y maduración en tanto seres sexuados y sexuales. Los dos hombres describen sus relaciones como un transcurrir en el cual a pesar de los conflictos, las tensiones, *las altas y bajas*, impera el compromiso y el afecto. Estas afirmaciones, deberán ser contrastadas frente al testimonio de las mujeres como parte de la agenda de próximas investigaciones. Es significativo justo en estos casos donde la pertenencia de los varones a circuitos sociales en los cuales imperan valores, conocimientos y normas impregnadas por la cultura feminista, los discursos deban ser tomados con mayor cautela porque, efectivamente, son construcciones auspiciadas por el deber ser, discursos que, en el mejor de los casos, corren de forma asincrónica con las prácticas enarboladas.

En una síntesis muy ajustada, lo anterior intenta delinear las trayectorias sexuales de estos hombres desde una perspectiva que busca resaltar las tensiones entre la necesidad del cambio y la resistencia a perder privilegios. Un aspecto fundamental obviado en esa parte se refiere a la posición de los hombres frente al uso de métodos anticonceptivos y en relación a la salud sexual y reproductiva. Este aspecto de la sexualidad se ha querido analizar de

manera separada por sus implicaciones como una de las dimensiones de la desigualdad genérica más difíciles de desmontar.

Por norma hegemónica, la sexualidad ha sido un espacio del goce “instintivo” y de la satisfacción de “las necesidades” de los hombres. Por esa misma operación en que se naturalizan los impulsos y deseos masculinos, sobre las mujeres recaen las cargas de la reproducción. Dentro de este enfoque tradicional, no hay discusión, es en el cuerpo de las mujeres donde acontecen los “designios naturales” de la reproducción y la crianza. Bajo estas prescripciones, se desprende una presencia accesorio de los hombres, en contra partida las mujeres y de sus cuerpos constituyen el espacio y el objeto en los que se verifican los avances médicos, los desarrollos tecnológicos, las políticas de estado, los estudios y las ocupaciones cotidianas.

Los hombres, por su parte, han transitado de ser opositores al control natal, recordemos el valor de la procreación en los significados de la virilidad, a tendencialmente, asumir valores positivos y promover entre sus compañeras el uso de anticonceptivos (Esteinou 2005; Learner 1998; Figueroa 1998). Sin embargo, pese a las políticas globales de promoción de la corresponsabilidad, prevalece una marcada resistencia al empleo del condón, único medio de anticoncepción diseñado para varones y del rechazo mayor a las técnicas no reversibles como la vasectomía.⁴⁷ Aún cuando los hombre asumen un papel protagónico en el empleo de anticonceptivos, las resistencias pasan también por los significados adjudicados al uso de anticonceptivos, la reedición, en un marco de aparente apertura, de valores conservadores tales como la doble moral, la prueba de la hombría, la cosificación de las mujeres y su peligrosidad (propagadoras de enfermedades y de la

⁴⁷ En México de acuerdo con informaciones proporcionadas por mujeres, sólo un 1.4% de hombres habían sido sometido a esa intervención quirúrgica. (Castro Patricia,1998;342).

maternidad como herramienta de chantaje) (Arias y Rodríguez, 1998).

Dentro de este contexto general, los comportamientos y los significados descritos por los sujetos de la investigación respecto al empleo de anticonceptivos y de forma general relacionados con la salud sexual y reproductiva guardan fuertes coincidencias con las normas dominantes, al mismo tiempo, presentan ciertas particularidades cercanas a las alternativas de corte democrático. Las actitudes de todos distan de presentarse en un bloque. Cada cual expresa matices de un proceso signado por la tensión entre la búsqueda de tránsitos democráticos e igualitarios y el arraigo al conservadurismo y a la tradición. Hombres que registran olvidos y falta de responsabilidad, así como reacciones negativas ante la pérdida del placer supuesta en el uso del condón, pero hombres que alimentan la idea de participar más activamente en las obligaciones y responsabilidades en materia sexual. Otra consideración relevante se relaciona con las transformaciones que cada uno ha experimentado a lo largo de su vida. Así, los comportamientos y significados no constituyen un todo homogéneo sino también han sufrido transformaciones radicales o de matiz a lo largo de las etapas de su historia.

Como parte de esas historias signadas por la carencia de educación sexual, el inicio de la vida sexual de estos hombres sucede, como podrá esperarse, sin la incorporación de métodos anticonceptivos, mucho menos el uso del condón. El desconocimiento que algunos manifestaron fue de tal grado que reconocieron no saber, durante sus inicios, la relación entre coito y embarazos. En estos, la ignorancia es el factor preponderante detrás de sus actitudes primarias. A partir de cero y en el transcurso de su práctica se irán haciendo de los conocimientos *ad hoc* y que redundarán en modificaciones de conducta y concepciones referentes a la sexualidad. Algunas de estas experiencias constituyen verdaderas lecciones de vida y representan hitos en el aprendizaje de la sexualidad. En esta línea se encuentra, en

primer lugar, los embarazos no deseados y los enfrentamientos con la paternidad, impactos que se traducen en las actitudes más activas respecto a la anticoncepción que algunos hombres comienzan a desarrollar.

Significativamente cuatro de los hombres mencionaron que sus hijas o hijos primogénitos no fueron el resultado del deseo expreso o de decisiones consensadas de ante mano con su pareja. En uno de ellos, el embarazo adolescente tiene su causa directa en la ausencia de información y formación sexual. Si bien, en cierta medida la ignorancia puede ser un elemento presente en las historias, las razones de los embarazos en los otros hombres tienen más que ver con incidentes como descuidos o la falla en el método elegido. En todo caso, hablan también del lugar en que los hombres se colocan frente a estos asuntos, caracterizados como de menor compromiso con el uso adecuado de técnicas anticonceptivas.

Sí tenía cierta información sobre anticonceptivos pero no los utilizaba, con mi primera pareja que era Jimena reconozco que los hice a un lado, ella también insistía en no usarlos, se le hacía feo y con Gladys ha habido más apertura en usar anticonceptivos, usar condón en las relaciones. Pero con Juana en ese aspecto reconozco que no asumí una responsabilidad y así al poco tiempo de juntaros nació nuestro primer hijo y luego los otros (Ricardo).

Todos los hombres sin importar su preferencia sexual reconocen haber utilizado el condón alguna vez durante sus experiencias sexuales. Sólo para uno el condón ha sido un elemento permanente desde el inicio de su vida sexual, es el único quien en la escuela, una profesora le habla de forma abierta sobre su uso e importancia como método anticonceptivo y de prevención de enfermedades de transmisión sexual. El resto lo incorpora posterior al inicio de sus actividades, con distintos niveles de constancia y distintos significados.

En le bachillerato teníamos una maestra de danza que siempre nos dijo chavos con condón lo que quieran hacer, era la más alivianada de todos los profesores, era la profesora que se alivianaba y ella siempre nos insistió, con condón todo sin condón nada (Francisco).

Por ejemplo para Ricardo, durante la historia con su primera pareja refiere nunca haber utilizado condones, en parte, dice él, porque su esposa no los admite y el asumen cómodamente una situación que no le exige perder sus prebendas. Sin embargo, la falta de responsabilidad hace que en pocos años la familia aumenta con hijos e hijas que llegan sin planeación ni deseo. El reconoce que esta situación de hijos e hijas nacidas sin ninguna planeación le parecía molesta pero nunca tomó la iniciativa para evitarlo. Con su segunda pareja, “como buen machín”, le cuesta trabajo incorporar el condón, ella es quien plantea e insiste en la necesidad de utilizarlos para prevenir embarazos, finalmente termina aceptándolo. Pero lo más importante, entra en otro nivel, en donde, según su relato, se transforman sus prácticas a tal grado que es capaz de reconocer que la anticoncepción le implica y es su responsabilidad.

Un caso que ilustra los desfases entre prácticas y discursos en un sentido poco observado se verifica en la biografía de Alejandro.

Con relación al cambio en los hombres se señala, de manera reiterada, las incongruencias entre lo que se dice y aquello que se hace, Alejandro, por el contrario, muestra un lado de la inconsistencia dada por el lado de los discursos. Después de tener un hijo a los catorce años y de otras experiencias adquiere conciencia de la importancia de utilizar condones y de asegurarse a través, del sexo protegido, de prevenir riesgos como embarazos y enfermedades de las que empezó a tener conocimiento. Una conducta en la que él, al asumirse como sujeto responsable de la anticoncepción y la salud sexual, podría

ser vislumbrado como hombre avanzado. Sin embargo, una vez entrado al terreno de los significados, la práctica responsable deja entrever una representación del uso del condón conservadora y profundamente misógina. Durante su vida poligámica, Alejandro asegura que las razones por las que se ocupa el condón y los óvulos están relacionadas a la idea de las mujeres vistas como embaucadoras, las mujeres que utilizan la maternidad para asegurarse la compañía de los hombres, su dinero, su protección o su apellido. El condón, señala, lo protegía de los chantajes e intentos de envolverlo y al mismo tiempo le daba la libertad para continuar de “canijo” con múltiples parejas, de andar de infiel sin riesgos que lo pudiesen comprometer y destruir esa suerte idílica de *Don Juan*. Admite que esa misma fue la razón que lo orilló a realizarse la vasectomía, además del interés de no tener más hijos dentro de su matrimonio, la decisión de operarse fue tomada en función de seguir gozando con diversas parejas.

Después yo ya me cuidaba bastante, siempre cargaba mis condones y mis óvulos porque luego supe de la bronca de la eyaculación y de los embarazos, sabía que era la enfermedad la gonorrea, entonces yo me cuidaba con el condón y mis óvulos para evitar embarazo e infecciones. Muchas quisieron embarcarme, lo que son las cosas, muchas quisieron embarazarse. Yo me operé tengo presente, mi hijo el mayor tendría unos ocho años, y me operé por esa situación, porque yo no iba andar embarazando no me lo iba a perdonar. Si el niño al que le di mi apellido y que si era mi hijo fue por mi ignorancia, no me iba a perdonar andar regando hijos. Entonces sí me cuidaba y cuidaba mucho a las chavas, sabes muchas chavas querían embarazarse casi todas (Alejandro).

En otro de los hombres, los problemas más significativos apuntan, más que al control de la natalidad, al reverso de la reproducción: la infertilidad. Santiago es uno de los varones que cuenta con una relación de pareja larga, en muchos sentidos estable y satisfactoria, él

narra que al inicio de su relación, de novios, utilizaron condones y algún otro método adicional. Cuando deciden unirse aplazan la decisión de los hijos en función de una mayor estabilidad como pareja, laboral y económicamente, al paso del tiempo se percatan, ante varios intentos fallidos en donde incluso llega a sucederse algún aborto, de que ambos presentan problemas físicos que dificultan la reproducción. Después de diez años de unión y de someterse a pruebas y tratamientos de fertilidad consiguen su primer embarazo, posteriormente recorren el mismo camino para lograr un segundo bebé. Lo trascendente del relato, se refiere a la disposición que muestra en todo momento de acompañar a su pareja, de su interés por tener hijas o hijos y prestarse a los procedimientos médicos en un ámbito especialmente sensible para los hombres: la virilidad en su perspectiva hegemónica asociada a la procreación.

Sin embargo, a pesar de que todos afirman utilizar el condón de manera constante, para aquellos quienes cuentan con una pareja estable, es frecuente que sea ella quien por diversas razones termine responsabilizándose por la anticoncepción. Si bien existe el reconocimiento y la convicción de su papel como sujetos con deberes respecto a la reproducción y a la salud sexual, en la práctica esta conciencia se desvanece y como sucede con los costos de la sexualidad son asuntos delegados a las compañeras.

Significativamente uno de varones más involucrados en las reflexiones y acciones de acciones de género fue quien manifestó la actitud más clara de resistencia al empleo de condones. Una actitud que aparece después de la ruptura con su pareja de mucho tiempo y la posibilidad que hoy se le presenta de mantener una relación más abierta con su actual compañera, lo que incluye la posibilidad de otros encuentros sexuales.

Algo que me ha costado es el uso de anticonceptivos y eso me llama eso la atención, porque yo usaba muy bien condón con mi ex pareja sin mayor problema. Ahora me ha

costado mucho, o sea, no me gusta usar anticonceptivos pero sé que lo tengo que hacer, es algo que debo trabajar, tengo que erotizar el condón y bueno lo tengo que trabajar. (Rodrigo).

Finalmente, desde otra posición de la sexualidad se encuentran los hombres gays de la investigación. Si bien para el resto de los entrevistados, el uso del condón se asocia a la protección de enfermedades y se pondera como una de las razones por las que se emplea, para los dos varones que expresan una preferencia homosexual, la protección se alza como la única motivación. De esta manera, la experiencia en relación al uso del condón, dentro de este grupo, está marcada no por las finalidades anticonceptivas de la sexualidad sino a la aparición del SIDA y la propagación de otras enfermedades de transmisión sexual que ha afectado de manera particular a las comunidades homosexuales de México y el mundo. Lo que para los demás aparece en el horizonte lejano para éstos tiene un impacto que cruza sus vidas y marca, desde sus inicios, sus prácticas eróticas. Uno de ellos, recuerda que al poco tiempo de haber comenzado su vida sexual los rumores sobre una nueva enfermedad que mataba homosexuales se esparcen y si bien le toca iniciar su vida sexual previa a la aparición del SIDA, prácticamente transcurre con el condón presente, aún con su pareja de largo tiempo. En cambio, la vivencia de Mariano está atravesada por su dificultad y conflicto por reconocer y aceptar su condición distinta, en ese sentido no es la falta de información lo que propició las prácticas riesgosas que le siguieron a su destape sino un deseo muy grande por castigarse y ponerse en situaciones límites.

En Tijuana desde esa primera noche fue acostarme sin pensar en nada, Tijuana fue una etapa de locura, fue un no pensar en nada y pasaron tantas cosas que de repente parecía que lo único que quería era acabarme de una vez. Entonces yo no me cuidé en ningún sentido, no me importaba con quién me iba, ni a dónde me iba, no me acordaba, al otro día despertaba con alguien a lado ¡chin! No pasó nada terrible y no

me cuidé, yo creo que ahí yo recuperé la idea de Dios, muy a mi manera (Mariano).

El proceso de recuperación de su alcoholismo le permitió sanear también sus conflictos frente a la homosexualidad, en consecuencia, sus prácticas de riesgo cesaron para posteriormente comenzar una relación de pareja que ha durado diez años.

Para concluir el apartado sobre sexualidad, haré referencia a ciertos cambios en los valores y percepciones que, a lo largo de sus narraciones, los hombres expresaron sobre temas polémicos, algunos de los cuales concitan los mayores rechazos por parte de la cultura machista como la homosexualidad, el aborto y el ejercicio libre de la sexualidad femenina.

Para la cultura patriarcal y para los hombres identificados con los valores más tradicionales, la homosexualidad es objeto de escarnio y rechazo abierto, de actitudes de franca hostilidad e inspiración de estigmas comunes en la cultura popular. Frente a esta situación de homofobia, los hombres auto identificados en el campo heterosexual reconocen el asunto de la homosexualidad como una preferencia tan legítima como la suya. Sólo uno de ellos expresó haber tenido un encuentro sexual con otro hombre cuando jóvenes, el resto dijo jamás haber sentido atracción o curiosidad. Algunos mencionaron desde siempre mantener una actitud abierta e incluso solidaria con amigos o amigas gays, a otros, el proceso de aceptación de la diversidad ha sido gradual, para éstos, CORIAC y otros aprendizajes han sido las claves para el cambio operado en sus mentalidades. Todos afirmaron contar con algún amigo o amiga o por lo menos no hacer de la homosexualidad una objeción para serlo. Más allá, aquellos con hijas o hijos manifestaron no tener problemas de aceptarlos en caso de que optaran por preferencias sexuales distintas.

Sin embargo ciertos prejuicios se filtran en las posiciones donde se asienta una

supuesta tolerancia, algunos mitos sobre la conducta posible de los homosexuales a quienes hay que fijarles límites siguen permanentes en los recuentos de vida de algunos varones, tal como se puede observar en el siguiente fragmento.

Yo creo que totalmente heterosexual aunque conozco y llegué a tener amigos que eran homosexuales. Nunca sentí una atracción en ese sentido, si bien yo los respetaba mucho en su rollo, yo lo único que les decía mira somos buenos cuates a mí nada más no me insinúes nada y yo te respeto en tu rollo (Santiago).

Frente al tema del aborto, los hombres igualmente mantuvieron una posición distinta a la reportada por estudios que recogen la opinión de los hombres con relación al asunto.⁴⁸ Para éstos, el aborto representa una decisión dolorosa que corresponde sobre todo a las mujeres, incluso en el caso hipotético de enfrentarse al dilema, varios expresaron respetar la resolución de sus parejas, a pesar de que no fuese la mejor desde su óptica.

Yo haría lo posible porque no abortara, pero si es su decisión, no me gustaría reconocer que no, pero si ella como mujer ella decide eso, es su cuerpo, es su decisión y terminaría respetándola (Ricardo).

Solo en dos casos los hombres mencionaron la ocurrencia de abortos, los dos de carácter no intencionado. El primero de ellos derivado de problemas fisiológicos de la compañera, el otro por un accidente ocurrido sin conocimiento de su estado. En ese sentido, el aborto como disyuntiva es sólo un supuesto, un caso hipotético sobre el cual nunca han tenido que decidir, sin embargo, lo reconocen como opción legítima que, en primera instancia, compete a las mujeres, por gestarse en su cuerpo y por todo lo que significa para

⁴⁸ Respecto a este tema, Guillermo Figueroa señala que de acuerdo con sus estudios, la mayoría de los hombres está en contra de la autodeterminación reproductiva de las mujeres, sólo hacen una excepción cuando la vida de éstas peligran. Señala que el 80% obligaría, intentaría convencer o de plano abandonaría a su mujer en caso de que ésta no tuviera hijos sólo por su elección. (Figueroa Juan Guillermo, 1998:172).

ellas una maternidad no deseada. Para estos hombres, el estado debería garantizar la opción del aborto y evitar la intervención de la iglesia o de los grupos conservadores como Provida.

Por último, respecto a los valores respecto a la sexualidad de las mujeres, espacio por excelencia del dominio patriarcal, los hombres investigados manifiestan una actitud que con matices comienza a reconocer el derecho a la libertad, la autonomía y el derecho al placer de las mujeres. Frente al marco de doble moral respecto a la sexualidad femenina (objeto de deseo y objeto de control) y al alto valor que juega la virginidad, estos varones, al menos en sus discursos, se han colocado a distancia de las prescripciones que convierten a las mujeres en objetos de uso e intercambio. En esa dirección, por ejemplo, varios de los varones hablaron de la celopatía como una de las características con las cuales no se identifican. Aquellos que cuentan con relaciones de pareja de larga duración manifestaron que, si bien los acuerdos, explícitos o implícitos, definían la monogamia como regla, entendían, hasta cierto punto, que los deseos, las fantasías y las necesidades eróticas de sus parejas podrían estar dirigidas a otros hombres. Alguno reconoció, que a pesar del dolor de una situación así, sabía que ni el cuerpo ni la sexualidad de su compañera eran de su propiedad.

Si ella me fuese infiel por algo será y yo reconozco que yo no soy ni dueño ni poseedor de su cuerpo, si ella desea me dolería un poco, pero no soy yo quién para juzgarla. Me sentirme engañado, pero sí me cuestionaría, bueno algo la llevó a eso y creo que no me sentiría meno sentirme menos hombre, pero pensaría que habré hecho yo Ricardo para que Gladys pueda tener una relación con otra persona y si sucede pues ni modo, es su cuerpo yo no puedo poseer ni decir esto es mío, no es mi propiedad (Ricardo).

En cambio otro, aquel que se definió como un infiel durante buena parte de su vida, asume que muy probablemente sería incapaz de entender un escenario a la inversa, afirma no tener la capacidad de perdonar como lo hizo con él su pareja. Una actitud típica en donde existen escalas de valores para medir la conducta de los hombres de manera diferenciada a la de las mujeres. En el terreno de la sexualidad significa flexibilidad y tolerancia para las transgresiones masculinas, rigidez y condena para las mujeres.

De eso platicamos cuando mi compañera me dio la oportunidad de regresar a la casa; ella me preguntaba que qué iba hacer yo en su caso, yo le dije sabes qué no estamos en la situación; pero si quieres una respuesta yo no lo aceptaba, yo no lo aceptaría, no tendría capacidad para perdonarte (Alejandro).

Entre estas dos posiciones delante de los celos, existen variables. Lo importante, además de la resolución que cada hombre encuentra a su sentimiento de posesión, es resaltar las posibilidades de someter a crítica los valores y discursos tradicionales. En ese sentido, las experiencias proporcionadas en CORIAC y los otros espacios de análisis han sido definitivos para enunciar de forma distinta los celos y la posesividad pero también los discursos que positivizan la virginidad de las mujeres, su valor como objetos de disfrute y de control sexual.

La sexualidad como hemos visto es el escenario de poderes y luchas políticas, es un espacio complejo en el que los cambios en los hombres ocurren de manera gradual, no homogénea y sobre todo con la posibilidad latente de retrocesos y reafirmaciones con fuerte contenido machista. La sexualidad como un todo complejo presenta a su vez discordancias entre valores y normas, prácticas y discursos, visiones y acciones, más aún, contradicciones dentro del conjunto de valores o de las conductas que se expresan en estos individuos de forma particular. La intención ha sido mostrar esas tensiones en un escenario de anclajes

profundos con la tradición y la norma, estas identidades conflictivas tendrán en la paternidad otro lugar de disputa, un territorio que bajo distinta perspectiva se iluminen los claro oscuros de dichos procesos.

3.4.3 Conclusiones

Alrededor de la sexualidad se entretajan historias signadas ante todo por la contradicción. Tensiones entre discursos que enarbolan valores de compromiso con la equidad, el respeto, y la corresponsabilidad frente a momentos recreados donde la sexualidad se expresa como satisfacción personal, ajena a compromiso con la salud, la reproducción, en buena medida utilitaria del cuerpo de los otros, particularmente de las mujeres. De tal suerte, la sexualidad es quizá el espacio de la experiencia de los hombres investigados donde aparecen con mayor nitidez las múltiples aristas, los niveles y las sutilezas que se sobreponen, se contradicen, configurando sujetos más bien sincréticos con oscilaciones permanentemente entre la conservación de privilegios y la aspiración a cambiar.

Una de los hallazgos más sorprendentes es la forma primaria de allegarse de información sobre estos temas. Sorprendente por constatar el tabú que sobre el sexo y la sexualidad persiste, abarcando incluso a las generaciones más jóvenes. De tal suerte, lejos del sistema educativo, de los padres y de las madres, los varones reciben información imprecisa, plagada de mitos y fantasías de parte de otros varones, niños o adolescentes como ellos mismos. Estas primeras informaciones develan un mundo indefinido, construido por premisas falsas e ideas incompletas así como por innumerables prejuicios sexistas. Las consecuencias de esta formación tendrá repercusiones importantes sobre todo al inicio de su vida sexual.

Parte de los embarazos inesperados que suceden con la mayoría de quienes son

padres tienen su origen en esta ausencia de información certera, pero igualmente se desprenden de esos valores, profundamente enraizados y muy tempranamente adquiridos, por los que los varones permanecen ajenos y faltos de compromisos con las tareas de la salud sexual y reproductiva.

Si bien, sólo uno de los varones explicitó una forma de relacionarse con las mujeres a través de una sexualidad abusiva, en los otros, los relatos verifican atisbos de estos mismos dispositivos. Especialmente significativo es su ausencia en las responsabilidades de la anticoncepción. Las resistencias al uso del condón bajo argumentos como la pérdida de sensibilidad y una suerte de anticlímax expresan una postura invariable donde los hombres evitan cualquier costo o sacrificio que les merme su placer. Una de las salidas más efectivas es depositar en las mujeres las obligaciones de estos asuntos aduciendo razones que ligan naturalmente los cuerpos a las tareas reproductivas.

Sin embargo, pese a mantener comportamientos ligados a una sexualidad más tradicional, existen entre estos la posibilidad de una reflexión crítica de sus prácticas así como de los valores que las sustentan. En buena medida ello se desprende de la conciencia sobre el lugar que ocupan en tanto hombres comprometidos con los cambios y, en consecuencia, por ese intento de dotarse cierta coherencia discursiva, particularmente sensible a la hora de una entrevista. Pero igualmente es factible reconocer en ellos y en su discurso, la incorporación de saberes, conocimientos así como normas y valores que, en calidad de elementos emergentes, comienzan a impactar, al menos, en lo relativo a su subjetividad.

A lo largo del eje de la sexualidad se gestan también algunas rupturas, entre las cuales una significativa se escenifica en torno a la obligatoria heterosexualidad masculina. No sin costos para quienes enfrentan la posibilidad de trasgredir la norma, los hombres viven

un erotismo y una afectividad relativamente libre y gozosa dentro de los límites de una sociedad y una cultura básicamente homofóbica. Estas historias confirman las posibilidades de subvertir normas aun por rígidas e inamovibles que parezcan. Claro después de largos procesos de confrontación, crisis y búsqueda de ayuda para remontar los efectos de la estigmatización, la discriminación y la exclusión.

3.5 LA PATERNIDAD

3.5.1. Paternidades, identidad y cambios globales.

La experiencia de la paternidad está definida, sobre cualquier otra característica, por su realización en *otro* cuerpo y no en el propio (Lagarde,2001(a);742-743). El cuerpo masculino no constituye el escenario en donde se gestan los nuevos seres, este rasgo marcará la posición de la paternidad en la identidad y el ser social de los hombres. Una identidad y una relación que, significada en el entramado de normas, valores y prácticas, coloca a los varones en la disyuntiva de estar entre la lejanía y la trascendencia.

Los hombres concretos se mueven entre las tonalidades preescritas por la distancia afectiva, la presencia fugaz, su función proveedora y por el otro lado, el valor, el prestigio, la autoafirmación y otras dimensiones trascendentes inscritas también como valores de ser padre.

Como señala Marcela Lagarde (2001a), en los hombres la sexualidad procreadora no ocupa el centro de su subjetividad, en esa medida, refiere a una actividad y condición vital pero distinta y menos trascendente que la maternidad para las mujeres. La experiencia paterna remite a una serie de actividades y posiciones históricamente acotadas en

contraposición a las implicadas en la práctica materna sobre las que se vuelcan las principales energías vitales, afectivas y de tiempo de las mujeres en general.

En esa dirección, buena parte de los entramados sociales que edifican la noción y el ejercicio de la paternidad propician un modelo cuyo máximo de cercanía está dado por la figura del proveedor. Ese padre presente en la vida de sus hijas e hijos en tanto gestor de los satisfactores materiales necesarios para la reproducción, un padre hecho presencia a través de los bienes materiales y, por el mismo efecto, sujeto central de la jerarquía familiar, sujeto del poder y de la autoridad. Una figura omnipresente pero al mismo tiempo ausente de los aspectos vitales de la crianza, la educación y el desarrollo afectivo. Autoridad ausente, el padre proveedor representa la opción más positiva que el espectro de la distancia es capaz de propiciar.

En esta misma línea, en otro extremo, la paternidad simboliza un sinnúmero de razones toleradas de irresponsabilidad estructural, padres que engendran y se marchan, padres que abandonan sin garantizar la subsistencia económica, en muchos casos ni siquiera el reconocimiento legal de su descendencia. En síntesis, una forma de paternidad biológica, socialmente tolerada que propicia niñas o niños sin padre, la expresión paterna más nítida de las tendencias distantes inscritas en la paternidad pero que al mismo tiempo se vinculan a la otra dimensión de la contradicción del padre: la trascendencia.

Si la existencia de ciertos códigos promueven, a partir de la lejanía y la falta de apego, la irresponsabilidad paterna, las exigencias de trascender completan el modelo del padre macho cuya singularidad es la procreación de hijos sin importar si el nacimiento ocurre en casa grande o casa chica. Los machos engendran, procrean, esparcen su semilla y valen, entre otras razones, por la cantidad de hijos. Estos hijos, sobre todo si son varones, aseguran la continuación de su estirpe y dan testimonio de su virilidad. Los hijos e hijas,

dentro de estos contextos de machismo son fuente de prestigio y de poder. Además de los imperativos económicos o de otra índole, los motivos de una reproducción numerosa han tenido en los valores asociados a la virilidad uno de sus fundamentos.

Así entre la lejanía y la trascendencia, la condición de padre se ha ido afirmando y a la vez modificando, dando lugar a múltiples formas de paternidades, algunas de las cuales subvierten la contradicción y se sitúan en otro piso de prácticas que propician una mayor cercanía, la posibilidad del afecto y el ejercicio de la responsabilidad.

Sin negar la pluralidad de formas de ser padre y sobre todo las múltiples experiencias que pasan por posiciones ajenas a la ausencia, la irresponsabilidad y la procreación sin medida, es indudable el poder vinculatorio de las normas hegemónicas. Un modelo que propicia padres cuya función y valor se concreta en la manutención de sus hijas e hijos. Una paternidad edificada sobre supuestos naturales por los cuales se atribuye a las madres la obligación del cuidado, la alimentación, la educación, la procuración de afectos y del amor. Una concepción de la paternidad que pone distancia entre los hombres y sus criaturas desde el momento mismo de la concepción, que hace varones poco involucrados en el proceso de embarazo y el desarrollo subsiguiente y que privilegia el papel de autoridad sobre cualquier otro vínculo posible.

Como toda hegemonía, la paternidad vista como síntesis de manutención, lejanía e imperativos de procreación, ha sido puesta en cuestión desde el ejercicio de la paternidad misma y sobre todo a partir de transformaciones estructurales y cambios en las relaciones sociales. Los puntales de esta transformación provienen sobre todo de los cambios ocurridos en la condición de las mujeres y de la maternidad, la situación económica que imposibilita la figura del padre proveedor y lesiona la autoridad de jefe de familia, por cambios políticos y culturales que transforman el perfil de las familias en ciertos sectores del país, especialmente

en la ciudad de México.

La paternidad, dicho a forma de Perogrullo, tiene sustancia y escenificación dentro de la familia, esa unidad orgánica de la sociedad donde se celebran lo íntimo y los acontecimientos de la vida privada. Por lo tanto, cualquier transformación en la condición paterna guarda estrecha relación con los sucesos que se celebran dentro de las relaciones familiares. Las fisuras en la condición tradicional de padre pueden rastrearse en esas mutaciones experimentadas por la familia nuclear, de padre proveedor, madres reproductora e hijos que requieren el cuidado y la procuración de los adultos⁴⁹.

Como se señaló en apartados anteriores, la situación económica expresada como depreciación del salario y en general, empobrecimiento del valor del trabajo, ha sido un factor detrás de la generación de dos consecuencias simultáneas: la incapacidad de un sólo proveedor (el hombre proveedor) para sostener la economía familiar y el ingreso cada vez más importante de mujeres al mercado remunerado como suerte de compensación. Ambos movimientos han trastocado el orden tradicional de la familia, de varón del trabajo y mujer de la casa. Los arreglos a las nuevas situaciones económicas y laborales no se traduce automáticamente en la presencia activa de los varones en el hogar y en la crianza de hijas e hijos, muchas veces sólo se ha producido la exacerbación de una doble jornada para las mujeres (Esteinou Rosario,2005). No obstante, existe una situación generalizada que transforma la estructura misma de la familia, cimbra las relaciones sociales y cuestiona uno de los vértices fundamentales de la identidad masculina.

Otro elemento destacable se relaciona con las tasas globales de fecundidad. En el

⁴⁹ De acuerdo con Rosario Esteinou, para que opere el concepto de parentalidad (concepto que incluye tanto maternidad como paternidad) ha sido necesario la construcción de la niñez comprendida como el periodo donde se requiere de espacios y tiempos separados de las dinámicas más hostiles de la sociedad. Un periodo de desarrollo donde los humanos en ese proceso de humanización estén cobijados por los cuidados de los padres, resultando la madre la protagonista de los mismos. (Esteinou Rosario,2005;237-238).

país, durante más de dos décadas se experimentaron tasas de descenso cuyas magnitudes, para citar un comparativo, tardaron hasta un siglo en producirse en Europa. A principios de los años setenta, las políticas poblacionales del estado mexicano enfilaron sus baterías hacia la reducción de los índices de fertilidad, transformando radicalmente la composición numérica de las familias mexicanas. Esta tasa de fecundidad de 5.7% en 1976 pasó a 2.2 en el 2003. Las familias se redujeron significativamente y, si bien, la responsabilidad del control natal ha recaído en el ámbito de las atribuciones femeninas⁵⁰, lo cierto también es que se han ido promoviendo cambios paulatinos en las percepciones y valores relacionadas a la cantidad de hijos como elemento de autoafirmación masculina.

En el tenor de los discursos y los valores, a raíz de las campañas mediáticas y las políticas públicas, sobre todo a partir de las Conferencias Mundiales de Cairo y Beijing, comienzan a hacerse visibles, por lo pronto en los terrenos discursivos, modificaciones notables referidas a la condición paterna. Como se menciona son cambios en valores, más de las veces sin correlación con las prácticas cotidianas que, comienzan a perfilar prescripciones orientadas al auspicio de la corresponsabilidad, la cercanía afectiva, en suma, la participación activa y constante de los hombres en la crianza y educación de niños y niñas. En ese marco, resulta ilustrativo que en un porcentaje elevado de hombres (81%) en la actualidad sostenga que los infantes pueden ser cuidados en forma adecuada tanto por la madre y como por el padre (García y de Oliveira,2005;270)⁵¹.

Los cambios en la condición paterna vistos a través de las percepciones, los valores y las normas, pueden ser leídos a la luz de la dimensión práctica de ser padre y subrayarse las

⁵⁰ De acuerdo con datos proporcionados por CONAPO para 1997, el 69% de las mujeres unidas en algún tipo de relación reportaron el uso de anticonceptivos. Ello brinda un indicativo que la anticoncepción se vive como un asunto de las mujeres, mientras los hombres siguen sin involucrarse de manera activa. (García y de Oliveira,2005;265).

inconsistencias y contradicciones entre los discursos y las prácticas. Sin embargo, también indican cambios culturales operados en tiempos de larga duración, cuyos resultados, lejos de ser absolutos e inmediatos, son acotados a ciertos hombres bajo determinadas condiciones (edad, clase social, escolaridad, etcétera), y se inscriben, lentamente, de forma parcial (cambios que privilegian ciertos aspectos y abandonan otros).

Sobre la misma línea de tránsitos socioculturales es importante mencionar algunos fenómenos señalados con anterioridad, cuyos influjos se dejan sentir en la composición de las familias mexicanas y en las relaciones sociales que se celebran en su interior. Estos movimientos se relacionan con los patrones de nupcialidad y las disoluciones conyugales⁵² que, entre otros hechos, propicia una incipiente pluralidad de acuerdos familiares y privados que rigen la vida doméstica e íntima. Si bien, estos procesos lejos de ser masivos y ampliamente extendidos en la población, resultan significativos para los grupos sociales en lo que se inscriben los hombres de la investigación, varones cuya historia personal está cruzada este tipo de movimientos que a continuación se describen: a) el aumento en los índices de las familias monoparentales,⁵³ básicamente familias dirigidas por mujeres adultas frente a la ausencia paterna por migración, separación o abandono; b) el crecimiento de las familias extensas sobre todo como respuesta a las crisis económicas; c) familias

⁵¹ Esta información se recuperó de una encuesta probabilística a varones que residen en Monterrey y en la ciudad de México, los dos conglomerados urbanos más importantes del país. En esa medida son resultados acotados a esos dos universos, no es generalizable al resto de los mexicanos (García y de Oliveira, 2005).

⁵² Diversos estudios señalan que de acuerdo a los datos recabados por INEGI y CONAPO, los índices de divorcio en México en comparación con otros países siguen manteniendo perfiles bajos. No obstante, Esteinou señala que la cuantificación de las disoluciones conyugales es particularmente difícil a partir de las fuentes censales y estadísticas, problemas metodológicos y falta de acuerdos para disgregar y agrupar la información presentan algunos de esas dificultades. Por ejemplo, datos del INEGI reportan que en 1950 la tasa de divorcio era de 4.4% para 1996 alcanzó sólo el 5.7%, un crecimiento notoriamente bajo, otros datos del INEGI (1999) manejan índices de 7.7 para 1995, CONAPO (1999), por su lado, estimó que para 1997 las tasas de separaciones y rupturas fue de 14.4 y el DIF (1998) reportó para 1996 una proporción de separaciones que ascendía al 23% (Esteinou Rosario, 2005; 230-231).

⁵³ En 1995 el INEGI (1997) develó que la ciudad de México se encontraba como una de las entidades federativas con mayor proporción de hogares encabezados por mujeres, el 21% de total de los hogares, mientras a nivel nacional descendía a 17.8%. (Rojas Olga, 2000; 92).

compuestas, resultado de las separaciones y la factibilidad de nuevos arreglos; y d) la presencia de individuos que optan por la soltería y el rechazo a los vínculos familiares.

Como se ha insistido, las respuestas a esta situación pueden experimentar formas tendientes a la construcción de pactos equitativos entre padres y madres para la crianza y cuidado de su descendencia. También puede resignificarse en clave conservadora bajo la noción de crisis, la crisis de la familia, origen de los males de una sociedad, cuya única solución está en el regreso y reforzamiento de los valores y normas de una familia única, supuestamente armónica y feliz. La crisis de la familia y sobre todo de la figura paterna ha surcado los senderos de la misoginia y se ha convertido en materia de luchas frontales contra el feminismo. Como se analizó extensamente, sobre la noción de derechos vulnerados, los padres en el mundo y en México denuncian una situación de injusticia sancionada por las leyes e inscrita en las mentalidades de jueces, abogados y trabajadores sociales que otorgan superioridad a la maternidad y disminuyen el valor de los padres frente a la omnipresencia de la madre.

En México, de acuerdo con Benno de Keijzer las expresiones contemporáneas más significativas de la paternidad son: a) El padre ausente, aquellos varones que, de forma parcial o total, diluyen sus vínculos con sus hijas e hijos por razones tan diversas como las impuestas por el fenómeno migratorio, el divorcio o las situaciones derivadas de embarazos no planeados y mucho menos deseados; b) el padre o patriarca tradicional, es decir, el varón identificado plenamente con su papel de proveedor, profundamente rechazante de la cercanía afectiva, para quien la lejanía es condición necesaria para mantener su posición de autoridad y los sentimientos signos de debilidad que vulneran su hombría, padres que no establecen formas de diálogo y negociación y que logran mantener su voluntad recurriendo a la violencia; c) el padre neomachista, es aquel que acepta ciertas formas de negociación en

casa y “permite”, entre otras cosas, que su mujer trabaje fuera de casa, siempre y cuando no cuente con un salario más alto ni descuide las tareas del hogar; finalmente c) el padre que intenta ser igualitario y a veces lo logra, es aquel que genera empatía y procura mantener una cercanía afectiva con sus hijas e hijos, es un padre en proceso de construcción y quien, de forma generalizada, es objeto de críticas y burlas en el entorno social (Citado en Rojas Lorena,2000;127-128).

Sobre la construcción de una paternidad más equitativa, García y de Oliveira apuntan que el concepto de nueva paternidad implicaría *una participación compartida, comprometida y responsable de los varones en una amplia gama de dimensiones: la decisión de tener y cuándo tener hijos, su presencia en las diferentes etapas de gestación, procreación, el reconocimiento legal de los hijos e hijas, el compartir el cuidado físico y emocional, desde temprana edad, su manutención económica y reproducción cotidiana, la socialización, educación, disciplina y soporte moral y establecer una relación íntima de comunicación y cercanía afectiva* (García y de Oliveira, 2005;258-259).

Diversos estudios tanto cuantitativos como cualitativos que intentan rastrear la producción de paternidades dentro un horizonte más democrático y equitativo concluyen que estos procesos distan de ser homogéneos e integrales, en el sentido de abarcar todas y cada una de las dimensiones significadas en las nuevas paternidades. Sobre todo, son tránsitos que lejos de ser lineales y acumulativos, en dirección de menos a más, pueden presentar quiebres y regresiones notables.

A pesar de todas las salvedades existe toda la gama de cambios estructurales en lo económico, lo político y lo cultural que han confluído en la generación de padres que intentan ser *distintos* a aquellos que los precedieron y definieron los contenidos más tradicionales de la paternidad. Diversas investigaciones dan cuenta de estos tránsitos celebrados a nivel

discursivo y de percepciones pero también de las prácticas que permiten hablar de fenómenos incipientes de paternidades equitativas.

Algunos de estos estudios (Rojas,2000, Hernández Rosete,19996; Esteinou,2005; García y de Oliveira,2005) señalan que, en el contexto del trabajo doméstico, la participación marginal y acotada de los hombres se centra en la atención y el cuidado de los hijos e hijas. Es decir, frente a la gama de actividades de producción de bienes y servicios dirigidos al consumo de la familia (Rendón Teresa,2003), los hombres eligen aquellas concernientes al cuidado y la recreación de los infantes, en contraposición, relegan para las mujeres, las tradicionalmente vinculadas a la condición femenina tales como el aseo, la preparación de alimentos, el lavado de ropa, etcétera.

Sin embargo, esta presencia de los hombres, como se ha insistido, no es un fenómeno absoluto, de acuerdo con las mismas investigaciones, los hombres más activos en las tareas de crianza guardan características específicas. Por principio, las paternidades distintas ocurren en poblaciones urbanas, en hombres de clase media con altos niveles de escolaridad, hombres cuyas parejas laboran fuera del hogar y quienes, además, pertenecen a las generaciones más jóvenes de la sociedad⁵⁴.

La conformación de nuevas paternidades tiene lugar en nichos particulares de la sociedad mexicana, al mismo tiempo, al analizar las cualidades de esta presencia activa, se han develado ciertas modalidades que hablan de hombres cuyas formas de intervenir pasan por acciones que discriminan el sentido de su participación. Entre los elementos más elocuentes de este proceso, está el hecho de que los hombres prefieren y se muestran más

⁵⁴ Pese a que la edad siempre se considera una variable positiva en términos de cambios hacia la equidad y responsabilidad, García y de Oliveira descubrieron que no son los hombres más jóvenes(20-29) quienes sobresalen por presentar cambios en los modelos de paternidad sino otra generación intermedia (García y de Oliveira,2005). Con independencia de otras interpretaciones, la información es coincidente a propósito de valores y percepciones en el uso del condón en donde, de nueva cuenta, los varones más jóvenes se caracterizaron por su conservadurismo y misoginia. (Arias y Rodríguez, 1998).

activos en las actividades recreativas, es decir, en el juego, los deportes, y el esparcimiento, así como en el cuidado y la protección. En sentido contrario, las tareas asociadas a la educación, la alimentación, el aseo, incluso a cierta dimensión de la disciplina siguen siendo labores realizadas por las madres (García y de Oliveira,2005; Esteinou,2005).

Otro factor que matiza la participación de los hombres se relaciona con la edad de los hijos e hijas. Se ha encontrado que durante los primeros años de existencia, los padres se muestran menos involucrados en las actividades de crianza y el cuidado que cuando sus descendientes crecen y cumplen seis años o más. Ello se explica, entre otras circunstancias, por la facilidad que representa para los hombres de relacionarse mejor cuando es posible una comunicación verbal y cuando existe menores exigencias de atención, especialmente respecto a la alimentación y al aseo personal (García y de Oliveira,2005;276-277).

De la misma manera que la edad guarda implicaciones diferidas, el sexo de los hijos continúa significando un factor que media el grado de involucramiento en las actividades de los infantes. En esa línea algunos estudios siguen reportando la preferencia de los padres por realizar actividades y estar más atentos al desarrollo de sus hijos varones que de sus hijas. Así, es común que los varones acompañen a sus hijos a los partidos de fútbol y procuren un interés mayor cuando se trata de sus hazañas deportivas o escolares, mientras mantienen un perfil menos próximo cuando son actividades convencionalmente femeninas relacionadas a los intereses de sus hijas (García y de Oliveira,2005).

No obstante la parcialidad de los cambios en la condición paterna, una de las expresiones más significativas de que algo ha ocurrido tiene en el ejercicio y la demostración de los afectos uno de sus signos. Frente a su experiencia, en tanto hijos, los hombres de las generaciones más jóvenes procuran manifestar su cariño y amor a través de las palabras y el contacto físico (Rojas Olga, 2000). En este sentido, la variable tiempo, es decir, los cambios

generacionales y culturales operados durante las últimas generaciones, sea el factor relevante para explicar las posibilidades afectivas de las paternidades más recientes. Este mismo movimiento puede estar en la trama de esa pérdida de legitimidad que el autoritarismo, en tanto valor supremo del comportamiento paterno, viene igualmente experimentando. Al menos en los discursos y en ciertas ideologías modernas se verifica un rechazo a las formas violentas y autoritarias de paternidad y en general como forma de relación al seno de la familia, en contraparte se promueven fórmulas que contemplan el diálogo y la alientan la construcción de acuerdos negociados.

Los cambios en la paternidad como en las otras dimensiones de la masculinidad representan un proceso complejo carente de sentido y resoluciones únicas. En todo caso, constituyen procesos en ciernes con posibilidades múltiples como se verá en el estudio de los hombres cambiantes.

3.5.2. Los hombres cambiantes y su condición paterna.

En este apartado, se analiza la paternidad a partir de dos experiencias fundamentales en las biografías de los sujetos: su vivencia en tanto hijos y su propia trayectoria como padres. La idea de reconstruir la vida de estos hombres, a través del continuo padre-hijo-padre, provino de pensar la paternidad como el campo más nítido en el que las transformaciones y las continuidades pueden reconstruirse de forma contundente. La paternidad tiene en todos un referente externo y primario de donde extraen aprendizajes, valores y principios que configuran los componentes sustantivos de su personalidad. Saberes y principios que se reciclan aún sin saberlo y se filtran en su propia práctica paterna.

Sin embargo, la paternidad vivenciada desde la condición de hijo es también principio y posibilidad de ruptura. La construcción de nuevas paternidades sucede en buena medida

frente a los padres y ello se expresa como rompimiento, por mucho que en sus relatos los hombres se refieran a los progenitores en términos de reconciliación, perdón u olvido. Los hombres persiguen el cambio a partir de saberse o buscarse distintos a sus padres, a partir de desidentificarse y descolocarse del lugar ocupado por éstos, muchas veces a fuerza de violencia y autoritarismo. Es decir, la mayor parte de los hombres investigados adquiere conciencia de la necesidad de encontrar fórmulas distintas de ser hombre frente a esas figuras primigenias y fundamentales de masculinidad encarnada en cada uno de sus padres. *Ser distinto o no ser como él* son algunas de las fórmulas que en algún momento se plantean como el inicio de búsquedas que los llevarán ya sea a CORIAC o aventurarse en otros procesos.

Mi papá fracasó de manera sistemática, mi papá tiene un problema de angustia muy fuerte, yo creo que es hasta un rollo psiquiátrico, más bien psicológico. Cuando veía que le iba a ir bien fracasaba irremediablemente, o sea, hacía todo para fracasar, se angustiaba mucho cuando se iba a presentar en público, repasaba una y otra y era una angustia tremenda. Ahora que yo preparo presentaciones pues las realizo media hora antes y sin problema y yo recuerdo a mi papá cómo sufría, con esa parte no me de mi papá no me identifico para nada (Rodrigo).

No es una relación causa-efecto, sin embargo, la desidentificación con la figura del padre tradicional, encarnado en sus padres, constituyó una de las tesis que se buscó verificar en la historia de los varones, como uno de los elementos centrales que posibilitan, a la luz de su condición de hijos y de sus propias prácticas paternas, la existencia de quiebres o por lo menos cuestionamientos a la posición tradicional del padre.

Una vez develadas las razones y los motivos de una búsqueda distinta de paternidad, se pretende reconstruir algunos de los principales aspectos de su vivencia en tanto padres de hijos e hijas en sus distintas fases de su crianza, encontrar a lo largo de esa trayectoria,

los elementos tradicionales y aquellos en donde se vislumbres cuestionamiento y rupturas. Recrear las experiencias durante la maternidad, los partos y los primeros años de crianza para, posteriormente, según los casos, describir las transformaciones ocurridas durante su adolescencia y la edad adulta. Finalmente reflexionar en torno a las causas por las que algunos de los entrevistados optan por no tener hijos y los significados que ello tiene en su identidad y lugar en el mundo.

Una primera característica en el conjunto de estos varones tiene que ver con que no todos son padres ni todos tuvieron un padre presente en sus vidas, aunque sí una figura paterna que de forma parcial y fallida ocupó ese sitio. En ese sentido, la segunda dimensión de la historia paterna es más homogénea que la primera, es decir, todos tienen una vivencia más o menos próxima ya sea con su padre biológico, el padre sustituto o la figura que, durante su infancia y desarrollo, fungió como tutor.

Otro hecho notable tiene que ver con el escenario en donde tienen lugar las relaciones padre hijo: las familias de los varones investigados. Lo trascendente aquí son las descripciones que dibujan esquemas familiares en donde las estructuras y relaciones atienden al prototipo conservador de la familia mexicana apuntalado por los discursos oficiales, paralelamente, en juego, subyacen rasgos que subvierten la norma y definen dinámicas y jerarquías poco convencionales. Así, todas las biografías refieren a un padre proveedor y una madre básicamente dedicada a las tareas del hogar, familias relativamente numerosas, propias de su tiempo, que en su haber cuentan con cuatro, cinco y hasta ocho hijos cada una.

Mi familia puedo describirla así, padre obrero, madre dedicada al hogar, hija mayor la mandan a internar para estudiar una actividad profesional básica, la otra hermana con estudios truncados, mi hermano se titula de derecho después que yo, luego sigo

yo que soy la oveja negra, ya te comentaré porqué, después mi hermana que es enfermera. La experiencia laboral de mi padre estaba relacionada con la industria pesada, vaciar metales, algo que nunca me lo inculcó y la verdad nunca me interesó, la única vez que lo acompañé a un vaciado de metales de niño fue suficiente para saber que por ahí no estaban mis intereses. No sé si tu has estado en esos lugares, son temperaturas de más de 40, 50 grados por los hornos que están a fuego, al rojo vivo y el metal te produce una serie de sensaciones de ambiente pesado, oscuro, insalubre, entonces como que ese mundo a mi no me apetecía pero era el mundo de mi padre, un mundo ajeno a mi madre y al resto de la familia y en el que definitivamente no me imaginaba poder estar (Francisco).

Así las familias de procedencia son, por lo general, de extracción popular y de condición económica baja, con niveles de educación elementales por lo que toca al padre como a la madre. Son familias que se mantienen con el sueldo exclusivo de los padres, quienes tienen ocupaciones manuales como obreros, trabajadores de servicios, comerciantes y jornaleros. Solamente uno refirió la condición profesionista de su padre, el resto subrayó las limitaciones formativas de los suyos, las cuales se tradujeron en condiciones económicas modestas que privaron en sus hogares. Hubo incluso quien mencionó la carencia de estudios primarios y la forma en que a través de familiares o vecinos su padre y madre aprendieron a leer y a escribir.

Mis papás son de un rancho y pues no tenían estudios ni de primaria, mis papás estudiaron con sus parientes para aprender a leer y escribir, no sé si una tía, un tío o una vecina les daba clases y así aprendieron a leer y a escribir, porque ellos no fueron ni un año a la primaria, eran prácticamente analfabetas. Sus padres o sea mis abuelos eran campesinos y mi papá, supongo, fue campesino de joven también, mi mamá fue educada como se estilaba en un rancho, para que estuviera en su casa atendiendo hijos y esposo (José).

De acuerdo con la reconstrucción de su historia familiar, al mismo tiempo que en éstas

prevalecían dinámicas estrictamente tradicionales, las relaciones y las identidades de los padres y las madres desentonaban en aspectos significativos con respecto a los modelos más tradicionales. Por ejemplo, se evoca a un padre que preparaba la cena, una madre abocada a los negocios y poco afecta a atender las tareas domésticas, otra madre con mayor carisma y proyección social que el padre. Historias en donde el modelo tradicional encaja en aspectos medulares con las experiencias gestadas en las familias originarias pero simultáneamente rebasadas por otras características que hacían de éstas organizaciones poco convencionales, particularmente singulares en dentro del contexto prevaleciente en su momento histórico.

Especialmente relevante para estos tiempos y en vista de las pautas de divorcio y separaciones bajas en México, es notable que en cuatro de las historias familiares, la resolución final haya sido el divorcio o la ruptura del vínculo conyugal entre los padres. En otra más, una familia compuestas por las segundas nupcias de la de la madre. Otra historia remite al tradicional esquema del hombre con varias mujeres, uniones e hijos previos a la familia de origen. En suma, familias más bien diversas.

La síntesis contradictoria entre elementos tradicionales y disruptivos en todas las familias curiosamente no constituyó un punto de reflexión de los sujetos o un elemento puesto a consideración para explicar su condición cambiante. El hecho de provenir de familias en muchos sentidos singulares en donde las funciones tradicionales, las jerarquías, la organicidad y las dinámicas no se cumplieron con estricto apego a los mandatos de la conyugalidad puede ser un de los factores detrás de la posición crítica de estos varones. Es posible que esta situación haya significado la constatación vivencial de una diversidad cultural en ciernes, la introyección de valores y normas más flexibles de ser padre y también de ser madre o el desarrollo de habilidades y preferencias distantes de los mandatos de

género. Cualquiera de estas probables razones, lo significativo es que la *diferencia* aparece en el origen mismo de todos estos hombres en forma de familias en donde convive la tradición y lo alternativo, la norma y la subversión.

Dentro de estas familias singulares acontecen las relaciones que se dan con los padres. Aquí la particularidad como característica de la organización familiar es sustituida por patrones, en muchos sentidos, más comunes de lo que ha sido la paternidad mexicana hegemónica.

A partir de los relatos que cada uno de los sujetos realiza a propósito de sus padres, en común existe un sentimiento ambivalente producto de una relación complicada y conflictiva, resultado de una vivencia que se desarrolla con diversos matices; relaciones complejas llenas de momentos luminosos y también de situaciones dramáticas y dolorosas. A pesar de que muchas de las reflexiones hoy están cruzadas y filtradas por sentimientos ocurridos a raíz de la muerte, la distancia, el crecimiento de unos y la vejez de otros, la remembranza de los padres sobre todo cuando se evoca la infancia es particularmente dura.

Con mi papá no había relación, no convivía con nosotros, la mayor parte del tiempo se la pasaba en el trabajo y fuera de casa. Bueno, no era tanto que trabajara sino que se ausentaba mucho tiempo. Mi padre era alcohólico y además infiel, siempre andaba en sus actividades de infiel y de alcohólico. Él vivió con conmigo, con nosotros, que yo recuerde, de los ocho a los doce sus ausencias eran muy prolongadas y ya a los doce fue última vez que llegó a la casa, a partir de esa ocasión ya nunca regresó. Yo siempre lo odié, había mucho resentimiento. En vida de él no pude perdonarle muchas cosas ahora tengo que trabajar para trascenderlo, trabajar el perdón (Alejandro).

En el mejor de los casos los padres son figuras proveedoras, hombres comprometidos con el trabajo, disciplinados y responsables, padres que cuentan con jornadas de trabajo

largas por lo cual son ante todo presencias ausentes. Hombres del trabajo que van y vienen, en ocasiones fuera de la ciudad por razones que aducen a su responsabilidad laboral pero que entrañan esos comportamientos en donde la doble moral brinda el marco para el segundo frente, la casa chica o la otra.

Bueno, mi papá trabajaba y además rolaba turnos rolaba cada semana y no descansaba en fin de semana sino sus descansos eran un día a la semana, podía ser un lunes, a veces un martes pero no el fin de semana y en sus tiempos libres los dedicaba a otro tipo de actividades, raramente lo teníamos en casa, mi papá siempre fue muy metido de las cuestiones del deporte, entonces cuando no estaba entrenando un equipo de voleibol estaba entrenando un equipo de handbol, después se dedicó a entrenar judo, pero en la casa pocas veces lo teníamos, que yo me acuerde que fuera a alguna junta fueron casos escasos, la que generalmente estaba al pendiente de cómo iba en la escuela, las tareas, etcétera fue siempre mi mamá (Santiago).

La mayoría son presencias distantes por lo que toca a la dimensión física pero también por lo que representan en términos afectivos. Los padres como el de Santiago, especialmente cuando niños, son figuras hoscas de carácter fuerte a quien nadie se atreve a reclamar o hacer insinuaciones contrarias a su voluntad. Son la autoridad de la casa, las reglas de la tradición así lo refuerzan, justo a través del desapego y la falta de cercanía afectiva. La ausencia física puede ser un evento de ruptura definitiva como sucedió con Alejandro y su familia, cuyo padre polígamo y alcohólico deja la casa a iniciativa de la madre, en ese mismo instante, por el mismo efecto, se abrió la puerta de la irresponsabilidad frente a sus hijos, situación que se prolongó durante toda la infancia y juventud.

Las narraciones de los hombres hablan de padres física y emocionalmente ausentes pero también de presencias trascendentes y poderosas. De hombres con el poder y los atributos para transformarse en las figuras centrales del hogar, aún cuando sus apariciones

fuesen intermitentes. Las normas y los valores consuetudinarios sancionaron una organización de tales características pero también se fueron produciendo en las relaciones sociales mismas, como lugar *naturalmente* confeccionado por la madre y el lugar derivado de su función proveedora. De tal suerte, los padres se significaron por representar el principio de la autoridad permanente en los hogares.

En mi casa las cosas se hicieran como mi papá quería, ese era el objetivo de su forma de ser. Si mi papá decía es verde yo le podía decir es blanco, mira no ves que es blanco, y mi papa terminaba siempre por imponerse, hasta que uno no dijera que era verde no paraba. En ese aspecto mi papá es muy terco y bueno tuvimos una relación muy conflictiva, de chavito fue más o menos relajada, pero creciendo se volvió más conflictiva, no solo conmigo sino con todos, con mi mamá y con todos mi hermanos (Ricardo).

Por voluntad propia y derivado de un contexto que así lo exigió, las prácticas de estos padres se concentraron en las tareas de protección, manutención y autoridad, en esa medida, privilegiaron la disciplina, los castigos, los permisos y los premios como las formas de relacionarse con sus hijas e hijos. En función de la autoridad y de lo que se pensó mejor para la familia, las formas disciplinarias se impusieron a través de un amplio repertorio, que incluyeron, en mayor o menor medida, los gritos y las amenazas, los golpes y los castigos. Si bien las madres también reprendían, los padres, sobre todo a la luz de lo que hoy conocen y resignifican los sujetos, protagonizaron los episodios de la violencia sucedidos en el hogar.

De niño fue la relación con mi padre era más o menos llevadera, pero con mucha violencia de mi padre hacia mamá y también hacia nosotros, de golpearnos, darnos luego con el cinturón y también discusiones eternas entre mi papá y mi mamá, a veces discusiones de 12 horas ¡cabrón! Yo no entendía cómo aguantaban tanto y todo con la finalidad de que las cosas se hicieran como mi papá quería (Ricardo).

La violencia podía ser sistemática, sin filtros ni mediaciones, como en algunas historias se mencionó, en otras tantas eran eventos ocasionales que no se manifestaron en forma de golpes, pellizcos o cinturonzos sino como palabras duras, miradas fulminantes, maltrato emocional o castigos. Una gama de actos y omisiones que hoy los sujetos reconocen como las formas imperantes de la violencia en sus hogares. Violencia que podía ser generada e instigada también por la madre como así sucedió, de acuerdo con algunos relatos. No obstante, el elemento común en la mayoría de las historias es la presencia paterna asociada al ejercicio de la violencia.

La violencia en la mayoría de los relatos aparece como una constante sobre todo en la infancia, desapareciendo gradualmente porque los padres son echados o abandonan el hogar. Pero también porque los hijos comienzan a crecer y a intervenir, sobre todo saliendo en defensa de sus madres. Sin embargo, en algunas situaciones la violencia surge durante la adolescencia, así ocurrió en el caso de José, uno de los hombres gays entrevistados.

De adolescente la relación con mi padre fue muy mala, nos peleábamos todos los días era como mucho el maltrato de mi papá hacia mí, yo lo sentía con mucho coraje, como que le caía yo muy mal y era así como que mucha violencia. Yo sentía mucho rechazo de su parte (José).

Sólo en dos casos la existencia de violencia nunca se menciona como un ejercicio ni común ni tampoco eventual. En uno de ellos, sin embargo, los conflictos frente a la paternidad son agudos tanto por lo que respecta a la relación con su padre biológico como con aquel que devine en sustituto a raíz del segundo matrimonio de la madre. Para Mariano las dos experiencias resultaron frustrantes y dolorosas, el menosprecio y el rechazo del primero, la rigidez e incompreensión del segundo. En consecuencia, las dinámicas familiares en las que se desarrolla nunca le ofrecen la posibilidad de establecer vínculos estrechos con

las figuras paternas, sólo su abuelo representa una imagen positiva pero al mismo tiempo le es distante. Frente al resto de las historias en donde hubo la posibilidad de reconciliarse y establecer relaciones distintas con los padres, en el caso de Mariano, la única opción es la distancia afectiva y la desidentificación con aquello que representaron los hombres que en ocuparon el lugar de padre.

Cuando mi mamá se volvió a casar yo tenía como unos cinco o seis años, estaba saliendo del Zinder, me acuerdo y me acuerdo muy bien, entonces ese cabrón llegó Pedro, ahora sí que Pedro Domínguez, el de no me chingues, el típico Pedro Domínguez de oficio mecánico, un mecánico de Ensenada que, bueno dentro de sus rudezas nunca me entendió. En su lógica yo tenía que ayudarle, tenía que o ser mecánico o contador porque de eso era lo único que había en su familia. Conforme iba creciendo me confronté mucho con esos bueyes con Pedro, mi padre sustituto y con el Mariano, el supuesto real. Al ir creciendo me di cuenta claramente del rechazo de Mariano, con la figura de Pedro, quien supuestamente podía haber salvado la situación como en una alianza, pues era peor, hubo un momento que me percaté de ¡puta pues para dónde volteo! con Pedro no me puedo llevar y con mi papá pues hasta la palabra se me hacía rara, entonces no me sentí querido, la alternativa fue mi abuelo, mi abuelo materno, mi tata como se dice allá. Mi tata fue músico, un hombre muy alivianado, creo que liberal para su entorno y para su época, él me dio ese cariño que yo necesitaba de una figura paterna, porque creo sí la necesitaba, más si se la daban a mis hermanos. Entonces me acerqué mucho a él, me apapachó mucho, me entendió bien, entonces yo fui muy cobijado por mi abuelo y eso hizo sentirme un poco distante de mis hermanos (Mariano).

Los padres a pesar de su ausencia y de la violencia que marca parte de su actuación pueden profesar actos de amor y solidaridad en momentos clave y significativos en la vida de estos varones. Tal como Francisco y Alejandro evocan; en situaciones complicadas sus padres aparecieron acompañándolos e intentando solucionar sus problemas, encontrando

respuestas a las disyuntivas, producto de alguna travesura infantil o de una crisis de salud de adulto. Alejandro recuerda, por ejemplo, el ofrecimiento de su padre cuando enfermo de los riñones se ve ante la necesidad de un trasplante.

Cuando me enfermé de los riñones me di cuenta que mi familia me quiere mucho, todos querían donarme su riñón, hasta mi padre antes de morir quiso darme su riñón, mi mamá, mis hermanos, buscamos mucha información y mucha ayuda y gracias a que me decían que no era necesario el trasplante pues no hubo necesidad (Alejandro).

Son momentos que les refieren a las otras dimensiones positivas también inscritas en la personalidad de sus padres, contenidas de afecto, solidaridad, cercanía, las cuales algunos de los varones recuperan para salvar la imagen paterna y reconstituir la relación, muchas veces cuando el padre ha fallecido. Es interesante subrayar el momento de las intervenciones, así la actitud del padre de Alejandro obedece, en parte, a las normas por las cuales la presencia paterna se amerita sólo en situaciones de verdadera importancia. Los padres aparecen en escena cuando las decisiones e implicaciones en la vida de los hijos son trascendentes. Al igual que los permisos cotidianos son otorgados por la madre, la presencia de los padres se requiere cuando los permisos tienen una mayor envergadura, es en estas circunstancias cuando las decisiones implican autoridad y poder en donde aparecen los padres (Rojas Olga, 2000).

Hay otros relatos, la minoría, en el que el padre es un hombre cariñoso y sensible, un hombre que condensa principios y saberes que aún hoy son valorados y recuperados como parte fundamental de la identidad de uno de los entrevistados. Si bien este es un caso único en donde la imagen paterna remite sustancialmente a contenidos positivos, este padre se entiende dentro de una estructura familiar más flexible, por lo que hace a sus dinámicas y

relaciones, a la típica familia de aquellos tiempos. Dentro de una estructura familiar inusual el padre es una figura fundamentalmente amorosa, contrapuesta a las prescripciones hegemónicas, sobre todo de las generaciones precedentes, en las que difícilmente los hombres expresaban libremente su afectividad con sus hijos e hijas.

Yo creo que algo que le aprendo a mi papá es la sensibilidad y las ideas nobles de socialismo y comunismo. Mi papá nos leía mucha poesía, era un hombre muy noble en ese aspecto, leía poesía, era muy hogareño, era un hombre que tocaba música, que nos abrazaba, que era muy cercano a nosotros (Rodrigo).

Si bien, las relaciones con los padres son complejas y cargadas de diversos matices, en los relatos de todos los varones, con distintos grados de intensidad, existe un momento en su proceso de autoafirmación, de búsqueda de caminos propios, de ser hombre y de relacionarse con el mundo, marcado por la ruptura. Esa tensión, en primera instancia, está puesta como desidentificación con el padre y con todo lo que simboliza.

Como se vio en el apartado del trabajo, estos deslindes aparecen también a manera de elecciones y aspiraciones distintas en el terreno profesional. En esos *no querer* o *no poder* desarrollar las capacidades manuales de sus padres, en la importancia del estudio para acceder a una condición de vida distinta, en acceder a bienes simbólicos y culturales se fueron definiendo algunas rutas cada vez más distantes de los senderos trazados por sus padres. Caminos distintos que, como alguno expresó, fueron tornándose en verdaderos abismos.

Hay un momento de la relación que se vuelve conflictiva, a partir de la adolescencia, y se marca mucho por el mundo en donde yo me empiezo a desenvolver, en ese sentido es curiosa la forma porque, su proyecto de vida choca contra mi proyecto de vida. Para mí se me abre un mundo distinto y que finalmente poco o nada se parece a lo que te enseñaron de valores formativos (Francisco).

En otros casos, la distancia identitaria no sólo pasa por la dimensión profesional, el trabajo o los ámbitos culturales cada vez más ajenos. Las diferencias se verifican en otros niveles de las prácticas y los posicionamientos en torno al género que cruzan la preferencia erótica y amorosa, los pactos contra la violencia y la misoginia, las formas en como establecen sus parejas o como construyen sus propias dinámicas familiares. En ocasiones esta experiencia es una opción radical, como lo relata Mariano, un deslinde y una ruptura que se celebra sin cortapisas ni matices

Nunca tuve claro cómo quién ser pero sí sabía que no quería ser como el Mariano (padre biológico) porque era un culero y no quería ser como Pedro (padre sustituto) porque no había ninguna afinidad (...). No soy como el Mariano en cuanto a su incapacidad de expresar cosas, en cuanto a su arrogancia, yo casi siempre escucho a todo mundo o comparto o expreso, creo que en eso no quiero ser como él, además no quiero convertirme en un viejo panzón. No soy como Pedro en cuanto a su conformismo, en cuanto a su visión limitada de la vida, en cuanto a su dejadez también, no sé no me identifico ni en lo malo ni en lo bueno. (Mariano).

Menos contundente que el ejemplo anterior, en todas y cada una de las historias de vida, se recrean etapas y procesos de oposición, rechazo, incluso situaciones de odio que finalmente se acentúan con los años pero que hacen de ellos hombres que intentan ser diferentes a sus padres y diferentes a otros hombres. En ese sentido el ejercicio propio de su paternidad los coloca en una situación donde se ponen en juego las rupturas y las continuidades, en esos resultados sincréticos por los cuales pueden asumir rasgos en una lógica de la equidad y compromisos igualitarios y, por el otro, tendencias que les acercan no sólo a sus padres sino a los contenidos más tradicionales de la paternidad.

Una de las principales características en la práctica paterna de la mayoría de estos los

coloca justamente cercanos a las pautas más tradicionales⁵⁵ por lo que hace a su participación en la decisión de tener hijos por vez primera. De los cinco varones que son padres, a tres la paternidad les llegó por sorpresa. En esos casos, su paso a la paternidad no estuvo dado por el deseo, los acuerdos y la planeación sino como producto de accidentes y falta de preparación. La llegada de ese primer hijo o hija precipita la formalización de sus noviazgos vía el matrimonio y, en consecuencia, el imperativo de asumir mayores responsabilidades, en primer lugar un trabajo fijo con ingresos seguros para enfrentar las nuevas necesidades que los trascienden en tanto individuos para situarlos en la disyuntiva de cumplir con su responsabilidad y mantener a una familia.

Para Alejandro, la paternidad lo pone delante de una realidad inimaginable en plena adolescencia, de un solo golpe, con juicio de por medio, debe hacerse cargo de un hijo, proveerle de reconocimiento legal y de sustento económico. Como muchos hombres a esa edad y mayores, cumple lo primero y se desentiende del resto, pone distancia de por medio y nunca más vuelve a saber de su hijo ni tampoco de la madre. Una situación prototípica de los hombres que ocurre en diversos momentos de la vida y debido a múltiples circunstancias, padres biológicos que engendran y abandonan a sus descendientes dentro de una cultura que promueve y tolera la falta de responsabilidad de los varones en materia de reproducción y paternidad.⁵⁶

Rodrigo, por su parte, reconoce no haber deseado que su hijo naciera y presionar a su

⁵⁵ De acuerdo con la propuesta analítica de Olga Rojas las paternidades ancladas en esquemas tradicionales tienen entre otras dimensiones un bajo nivel de comunicación con sus parejas en temas relacionados con la reproducción. Por lo tanto, su paternidad es producto de la falta de acuerdos explícitos para decidir en conjunto el momento de iniciar su vida reproductiva. Además, son hombres que por carencias formativas y de diversa índole poco reflexionan sobre su papel en materia de fecundidad y mucho menos muestran corresponsabilidad en el uso de métodos de control natal. (Rojas Olga, 2000).

⁵⁶ Los crecientes niveles de familia monoparentales, es decir, familias dirigidas ante todo por mujeres, están asociadas, de forma indirecta al peso que tiene la paternidad sin correspondencia, la irresponsabilidad de los padres es uno de los factores puestos en juego para la emergencia de estas familias cuya cabeza son mujeres solas (García y de Oliveira, 2005).

compañera para ponerle fin al embarazo, sin trabajo y con proyectos para estudiar en el extranjero, el bebé no podía llegar en peor momento.

El día de su nacimiento me agarró un chorrillo que no salía del baño, cuando llegamos a la casa con el bebé y lo veía ahí dormidito yo me preguntaba ¿qué hago ahora con este bodoque? (Rodrigo).

Para Francisco la vida también le da un vuelco radical, acuerda con su compañera seguir adelante y asumir las responsabilidades que le corresponden. Se casa y consigue un trabajo fuera de la ciudad de México, un trabajo que lo convierte en padre de fines de semana y días festivos. Así acontecen, en un ir y venir, los dos primeros años de la existencia de su niña.

El nacimiento de mi hija coincide con que en ese momento yo consigo un trabajo para irme a la Sierra Norte a vivir, entonces se da esa coyuntura de la bebé, la nena está muy pequeña como para llevárnosla a esos climas extremos y lugares en donde finalmente no teníamos la infraestructura necesaria, entonces se da una situación curiosa porque durante dos años y medio soy padre de fin de semana. Es decir yo estaba allá y bueno en los periodos de vacaciones mi pareja y mi hijita me acompañaban, ahora si que era su guía de turistas de allá, pero la estancia familiar era aquí en la casa de los padres de ella (Francisco).

Del lado opuesto de la experiencia se encuentra Santiago para quien el embarazo de su compañera no sólo es deseado y planeado sino justo por sus problemas de infertilidad, asistido y supervisado por un equipo médico durante toda su gestación. La llegada de su hija constituye el día más extraordinario de su vida, un evento largamente esperado después de años de buscar por medios propios, de transitar por los laberintos legales de la adopción y finalmente someterse a los tratamientos médicos. Para Santiago la paternidad es asumida

con emoción desde el primer momento y como una constante a partir de entonces, sus hijas ocupan un lugar central en su vida y procura estar presente en aquello que significa su cuidado, atención, crianza y educación.

Un día extraordinario de mi vida fue el día que nació mi hija la mayor Aurora, un día anterior, recuerdo, fui a dejar a mi esposa porque estaba programada para cesárea, entonces la fui a dejar al hospital y me regresé a casa en la noche, a la mañana temprano me fui al hospital, era un día bastante nublado, así como los que están ahorita, tal vez un poco más. Me quedo ahí afuera esperando informes, ahora sí que bastante nerviosón, porque no hay chance de subir a los pisos sino desde afuera le dan a uno los informes, y fue chistoso que por ahí de las once de la mañana estaba yo sentado afuerita esperando, de pronto vi que se abrió la nube y salió un rayito de luz, sin saberlo a esas horas estaba naciendo mi hija (Santiago).

Finalmente, para Ricardo la paternidad es también un evento que ocurre siendo él muy joven. A pesar de su edad y de su condición económica más bien modesta, espera con ilusión y se involucra afectivamente con la llegada de su primer hijo. Posteriormente, se suceden sin ninguna planeación el nacimiento de otro niño y dos niñas más, cuatro en total. La falta de planeación sumada a la situación precaria de la familia y sobre todo al deterioro de su relación de pareja hacen que el interés de Ricardo se desvanezca y comience a mostrar actitudes más bien distantes durante los embarazos y la crianza de los bebés. La relación con sus hijos toma la misma suerte que su relación de pareja, llega un momento de ruptura que, en muchos sentidos significa también la separación afectiva y económica con sus hijas e hijos. A pesar del dolor y los sentimientos de culpa expresados durante las sesiones, un hecho insoslayable es su decisión y posibilidad en tanto hombre de emprender una nueva historia amorosa y familiar con otra mujer, decisión que ha implicado por diversas

razones un alejamiento y una ausencia de responsabilidades con sus hijos⁵⁷.

Si bien por lo que hace a su ingreso a la paternidad, muchos de los varones registran comportamientos y prácticas cercanas a los patrones tradicionales, no todo el ejercicio paterno se reduce a una práctica enteramente conservadora. En otros ejes de la paternidad, existen visos de actitudes modernas, por ejemplo en la cantidad de hijas e hijos. En este sentido es importante subrayar que ellos son un factor directo en la decisión de mantener bajos el número de hijas e hijos en sus respectivas familias, salvo Ricardo, el resto cuenta con uno y hasta dos hijos. De acuerdo a lo que relatan, ello no sólo constituye una decisión que se toma bajo el supuesto que la responsabilidad de la anticoncepción recae únicamente en sus parejas sino también ellos asumen el control con el uso recurrente del condón.

La cantidad de hijas o hijos fue de acuerdo mutuo. Si, realmente con una tuvimos y bastamos, la verdad creo que no teníamos el proyecto de tener familia, eso no lo teníamos tan arraigados, de hecho no lo pensábamos, no lo teníamos contemplado, se dio el caso, tuvimos a la niña pero de ahí a plantear y proponer alguna situación de más, no, hasta ahí llegamos (Francisco).

Salvo dos, el resto de estos hombres, muestran, de acuerdo a sus relatos, un interés por estar involucrados en el proceso de embarazo, en acompañar a sus parejas a las consultas médicas y estar atentos a los malestares, los síntomas y los antojos que presentaron sus compañeras. Los dos que señalan haber mantenido distancia de los procesos exponen que ello respondió a la mentalidad machista que esos momentos permanecía inalterada. Sobre todo Alejandro justificaba su falta de atención con la idea de que esas cosas le correspondían por entero a la mujer, sólo ocasionalmente, recuerda, la acompañó a las consultas médicas. Santiago es quien, por las circunstancias que se

⁵⁷ Marcela Lagarde señala que la paternidad al estar estrechamente vinculada a la conyugalidad explica el porqué suele

mencionó, mantiene la presencia muy próxima durante los embarazos de su compañera, los cuales implicaron supervisión constante y cuidados especiales de los médicos y de él mismo.

Así como la anticoncepción en el terreno de la sexualidad representa uno de los núcleos duros de las resistencias patriarcales, diversos estudios sobre paternidad apuntan que la preferencia por los varones, sobre todo cuando son los primogénitos representa una de las pautas tradicionales difíciles de subvertir (Rojas,2000; Hernández Rosete,1996). Frente a esas conclusiones, es significativo que dentro de este estudio, únicamente uno de los entrevistados recordó haber deseado que su primer hijo fuese varón, para el resto, el sexo no constituyó una preferencia determinada sino algo indistinto. Curiosamente, la mayoría tuvo hijas.

Para algunos, la paternidad representa el hito a partir del cual se confrontan con las necesidades del cambio. Como se describió más arriba, en algunos el hecho de tener una responsabilidad así de contundente, una hija o un hijo con necesidades vitales e impostergables los lleva a una crisis profunda. Para Rodrigo, de ese primer sentimiento de rechazo, de no saber cómo actuar y qué hacer ante la disyuntiva entre sus propios planes de vida y el hecho de un bebé que los trastocaría por completo, lo colocó ante la urgencia de hacerse de apoyos externos que le permitieran reflexionar y compartir con otros esa condición. Así Rodrigo se encuentra con los grupos de CORIAC que al llamado de promover paternidades responsables convoca a hombres a intercambiar experiencias y, en un esfuerzo colectivo, construir alternativas integrales más amorosas y responsables de paternidad. A partir de este espacio pero sobre todo de la relación que se va construyendo cada vez más próxima y amorosa con su hijo, su proceso reflexivo y vital lo lleva a replantarse elementos más profundos de su condición de hombre y a establecer compromisos de cambio. Hoy en

sucedier que al romperse la segunda, la primera relación también tiende a diluirse (Lagarde Marcela, 2001)

día ya separado de la madre comparte la custodia de su hijo adolescente, ello significa una prioridad que se constata a través de la recreación de un día ordinario de su vida. Así como a partir de la utilización de esa técnica se pudo verificar la trascendencia del trabajo, el relato diario de Rodrigo refirió a una vida cotidiana cruzada fundamentalmente por sus dinámicas como padre, por los tiempos y espacios que comparte con su hijo, por los requerimientos escolares, de salud y recreativos de éste, por el amor y los vínculos profundos que existen entre ambos y que hacen de Rodrigo un padre inusual dentro del contexto mexicano.

Bueno un día normal es pararse como a las seis y media y levantar al chaparro, Tadeo, hacer el desayuno y bañarme, corretear al chaparro para que se cambie, cambiarme yo y después voy y lo dejo a la escuela, comúnmente vamos platicando en el camino, después de ahí a veces voy al café Jarocho ahí en Coyoacán, a veces desayuno por ahí cuando es temprano. Frecuentemente voy a alguna cita que tengo o me vengo para acá, cuando me vengo para acá comúnmente es llegar y ponerme a chambear, hablar por teléfono, hacer acuerdos buscar proyectos, hablar con mi asistente de las cosas del programa, hablar con la secretaria de las cosas de la administración y hablar mucho hacia fuera, establecer muchos vínculos hacia fuera y cosas hacia adentro de toda índole, la cuestión de la papelería, del material del programa para los grupos de reflexión. Así dan las tres y media más o menos llega Tadeo y nos vamos a comer, ya sea que yo le preparo en la casa, frecuentemente yo cocino y le pregunto qué quiere de comer, vemos qué hay también si falta algo lo voy a comprar, mientras él se queda, comúnmente descansando, se limpia lo que se tenga que limpiar comúnmente es levantar la casa, levantar la cama, levantar la cocina, preparar la comida y estamos comiendo a eso de las cuatro y media o cinco. A veces vamos a comer afuera, vamos a Mr. Kelly's, si comemos hamburguesas o vamos a los tacos de de las flautas y comemos juntos, después de comer sea en la casa o sea fuera nos dormimos un rato, cada quien se duerme una siesta yo comúnmente de media hora o veinte minutos, Tadeo a veces es una hora, y ya después de eso pues él se pone a hacer sus tareas, si es lunes yo me vengo al grupo y lo dejo, porque a las siete tengo que estar aquí en el grupo, mientras él hace su tarea o ve la tele. Si es

cualquier otro día es me quedo con él haciendo su tarea, así cualquier duda me la consulta, a veces trabajo algo en la tarde, a veces descanso me pongo a leer, me pongo a ver la tele o hago quehacer, lavo la ropa por ejemplo y a eso de las ocho y media más o menos vemos Los Simpson que es así como una hora muy familiar, vemos Los Simpson o apagamos la tele y nos vamos a caminar un rato, las cuerdas de por ahí por la casa son muy bonitas, a veces tomamos unos churros o compramos algo para la cenar, regresamos, frecuentemente cenamos juntos quesadillas, estamos platicando, vemos la tele a veces él se va a la cama o no se quiere ir y yo le tengo que recordar que se tienen que ir, se va a dormir y otras veces nos cambiamos me voy con él y me pongo a leer, estamos leyendo, le leo un rato al enano y tan tan (Rodrigo).

En el caso de Alejandro, la paternidad, por otros motivos, constituye también uno de los puntales que promueven su transformación. Alejandro recrea los años de infancia y adolescencia de sus hijos marcados por la distancia afectiva, por episodios de violencia recurrentes, por la infidelidad y la ruptura dolorosa, la exigencia perfeccionista, el machismo y el egoísmo.

Les hice mucho daño a mis hijos porque como buen obsesivo yo quería que mis hijos hicieran las cosas como yo lo hacía, cualquier actividad desde clavar un clavo, meter un tornillo, barrer, lo tenían que hacer tal cual yo indicaba y no los bajaba de pendejos sino lo hacían como decía. A mi hijo el mayor fue a quien le hice más daño, fui violento verbal, física y psicológica, me acuerdo una vez hasta le compré un cuaderno pautado porque tenía que dibujarme los números perfectos, con esos cuadernos con renglones dobles no tenía excusa de algún error, hace poco me dijo, te acuerdas cuando me exigías la letra perfecta, ahora la hago con la computadora. A él le pegué, me acuerdo que a los diez años, el día de su cumpleaños le pegué y le abrí la boquita, eso me dolió mucho, me acuerdo que me dolió mucho y me sentí mal. Con el menor mi hijo igual no le pegaba pero lo regañaba bastante, en ese momento no sabía que era también violencia. Mis hijos me tienen miedo, el chico me tiene mucho miedo, el más grande ha podido trabajar eso un sus terapias de recuperación de las drogas, pero el

chico no me permite acercármele, está muy enojado y resentido y pone doble chapa, tripe chapa para que no me le acerque. Fui un padre frustrado, un padre que no sabía como serlo y ahora estoy tratando, no de tapar esos daños, pero si de ser responsable (Alejandro).

Después de iniciar su trabajo terapéutico, de ingresar a los grupos de autoapoyo de CORIAC y después de una grave crisis de salud, la relación con sus hijos devela una de las secuelas más dramáticas que acontecen con los jóvenes y que en buena medida responden a esas situaciones vividas en el hogar: la adicción a las drogas. Alejandro y su compañera se enfrentan con la farmacodependencia de sus dos hijos, especialmente grave la del mayor. Ello pone a prueba los aprendizajes nuevos, así se evitan las tentativas autoritarias y violentas para encontrar solución al problema, en su lugar la pareja inicia una búsqueda de alternativas que los lleva a encontrarse con los grupos de *Alanón*, los programas para familiares y amigos de alcohólicos y farmacodependientes. En ese espacio y ante una situación extrema, dada la adicción aguda del mayor de sus hijos, Alejandro descubre caminos y medios para reencontrarse con ambos en términos amorosos y, por primera vez, de cercanía afectiva. En los grupos construye, al mismo tiempo, el deslinde de responsabilidades, aprende a trabajar la culpa y se allega de un círculo que lo contiene y lo comprende en lo más íntimo.

Afecté a mi hijo y le hice mucho daño y pues eso es en parte la consecuencia, no digo de la adicción de mis hijos, porque he aprendido, que no soy culpable, responsable sí pero culpable no (Alejandro).

El círculo de *Alanón* elegido por Alejandro tiene la particularidad de estar conformado mayoritariamente por mujeres, este hecho significa poner en marcha nuevas ideas y valores aprendidos sobre las mujeres que le permiten reconocer su valor y su

legitimidad en tanto portadoras de enseñanzas así como compañeras de ese espacio común. Esta presencia femenina en los grupos de Alanón le significa poder mirar críticamente el machismo y la misoginia propios y avergonzarse de la forma concibió y se relacionó desde muy joven con todas las mujeres, las cuales sólo podían ser reconocidas como objetos sexuales.

Alejandro aprendió que el amor hacia los hijos adictos pasa por devolverles la responsabilidad de su vida y de su dependencia, comenta que por ello y frente a la transgresión de todos los límites, su hijo tuvo que ser conminado abandonar el hogar familiar con la esperanza de tocar ese *fondo* con el cual pueda iniciar finalmente su recuperación.

Le tuvimos que pedir que se retirara y eso me costó mucho trabajo, fue muy doloroso. En dos ocasiones me tuve que salir de la casa porque él se violentó verbalmente y yo, por retomando la sugerencia de CORIAC, también me tuve que retirar. En CORIAC nos retiremos por una hora para tranquilizarnos y no responder con violencia, yo me tuve que retirar por días, porque yo no podía estar con mi hijo. Hoy está con un tío, mi familia por parte de mis hermanos le cerraron la puerta por la situación de que tienes que fondear, tocar tu fondo de sentimiento. Hace poco nos pidió regresar a la casa, tenía un mes que se había ido que le habíamos pedido que se retirara, yo ya estaba por decirle que sí, pero en eso Jimena tomó la palabra y le dijo no. A mí me sorprendió que su mamá le dijo no, que Jimena podía decir que no y le argumento su negativa, le digo que sus actitudes no habían cambiado y mi hijo se fue bien triste (Alejandro).

Otra de las historias que ilustran la complejidad de los tránsitos se encuentra inscrita en el relato de Ricardo. Como se mencionó con anterioridad, Ricardo es, de todos, quien cuenta con el mayor número de hijas e hijos, cuatro y otro más a punto de nacer al momento de la entrevista. Sus hijos mayores, producto de su primera unión, viven fuera de la ciudad de México, la distancia, la difícil separación con la madre y la situación económica

precaria se han conjuntado para hacer de la relación, un vínculo cada vez más distante que se concreta en llamadas telefónicas de vez en cuando y en visitas esporádicas. Paradójicamente, de todos los hombres es Ricardo quien expresa con mayor convicción su apuesta por los cambios dentro de una perspectiva más democrática de género. Un compromiso que lo ha llevado a vincularse con CORIAC y convertirse en facilitador de los grupos de violencia. No obstante, por lo que hace su práctica paterna, aún después de la experiencia en CORIAC, se muestra ligado a esquemas propios de una paternidad impregnada de machismo, cuya expresión radical de desapego se encuentra en el abandono. Esa fue su elección, pese al dolor y la culpa que lo pueden invadir ha optado por rehacer su vida, con las posibilidades de las que sólo disponen los hombres al lado de su nueva pareja y de la nueva criatura que estaba por venir durante la entrevista.

Para concluir el apartado de paternidad, una última reflexión se relaciona con la decisión temporal o definitiva que tres de los ocho entrevistados han realizado respecto a la no paternidad. En dos casos, la orientación de sus preferencias sexuales y afectivas explica, en un sentido, la carencia de hijos. Para uno de ellos, la ausencia se ha vivido como un hecho lamentable, un deseo altamente abrigado pero cada vez más alejado de concretarse. Justamente, a partir de la ausencia, Mariano, devela una de las motivaciones profundas detrás de la paternidad en los hombres: el deseo de la trascendencia. Para él y buena parte de los varones, la paternidad está asociada con el deseo de traspasar la finitud y dejar en el mundo a otro encargado del recuerdo, para perpetuar la estirpe, la memoria y la historia. Para Mariano, la trascendencia es una de las razones en juego de su deseo paterno, pero no sólo, también saberse capaz de proveer el afecto, el amor y los cuidados, como el mejor de los padres. Sentirse un hombre responsable y con los medios materiales y afectivos necesarios para criar a un niño o niña al lado de su pareja. Ante la imposibilidad de adoptar y

las dificultades de recurrir a otros medios, la lejanía de un hijo es un hecho aceptado, aunque persiste el sentimiento negativo de vivenciar esto como un costo, el precio de elegir una forma distinta de expresar su erotismo y sus afectos.

Creo que lo único que lamento de ser gay es eso el no tener la facilidad de ser papá biológico digo creo que se puede hacer no es un imposible hoy día pero tampoco es tan fácil, incluso emocionalmente me mueve mucho eso. De chico, de joven o de más joven porque no estoy tan ruco pensaba en mi futuro y pensando en la opción de la homosexualidad lo primero que me daba mucho miedo era llegar a ser una vestida y estos tipos de cosas, pero también me daba mucho miedo la soledad, la no trascendencia, me daba como tristeza no poder tener un hijo o hija, y como que me aterraba esa idea decidí tener novias para poder ver si me casaba y tener una familia y todo el rollo, pero la vida me fue como dejando muy claro que no tenía caso. Desde hace tiempo la idea de la paternidad me provoca un sentimiento cómo de carencia pero también de aceptación pero sí de hubiera sido bonito, creo que para mí hubiera sido importante (Mariano).

Los dos hombres restantes expresan otras posibilidades de vivir la carencia de hijos no como estigma o costo sino como situación vital para poder realizar las actividades laborales, sociales, educativas y formativas que dan sentido a su vida. Sobre todo José, el otro de los entrevistados que se auto define homosexual, reconoce que la idea de la paternidad jamás le cruzó por su mente ni siquiera como fantasía lejana. Las decisiones que definen su estilo de vida, tanto de él como en buena medida las de Bruno, se hacen cada vez menos compatibles con la responsabilidad que podría representar un niño o una niña. Así, derivado del egoísmo, el hedonismo, la ética del trabajo o de una preferencia sexual diferente algunos hombres eligen una vida de soltería, en donde, los infantes parecen no tener cabida. Estas elecciones van configurando una tendencia importante de varones que reniegan de todo compromiso que los ate y les represente límites a su libertad, homosexuales,

heterosexuales y bisexuales conforman un patrón de hombres solteros, significativo dentro de las tasas de conyugalidad.⁵⁸

En el eje de la paternidad, las tendencias al cambio resultan tan significativas y elocuentes como aquellos rasgos persistentes de la tradición. Si bien, los hombres con respecto a la cercanía afectiva, a su participación en la crianza y educación han representado un salto cualitativo frente a las prácticas de sus propios padres, existen aún situaciones como el abandono que regresan a modelos atávicos, profundamente conservadores del ejercicio paterno que, como vimos, se encuentran también presentes en el conjunto de los hombres investigados. Son contradicciones que se registran en las identidades de cada uno de estos hombres y dan cuenta de esa cualidad cambiante, vista como un proceso inacabado y en constante definición.

3.5.3 Conclusiones

La paternidad representa un evento crítico en la vida de los varones por diversas razones. La primera de ellas se debe a la forma en que ocurre para la mayoría. Como bien se señaló, aquellos que experimentan por vez primera la eventualidad de ser padres lo hacen como resultado de un hecho fortuito, es decir es un evento no programado ni mucho menos deseado. Ello es una constante que cruza a los dos grupos investigados. Resulta especialmente significativo dentro de los académicos y dirigentes de organizaciones civiles; varones con estudios profesionales, ubicados en espacios sociales donde las políticas de natalidad y ciertas formas de paternidad más moderna suele tener un impacto mayor.

De esta manera, lejos de los supuestos que vienen definidos las paternidades más

⁵⁸ De acuerdo con datos obtenidos desde 1950, la proporción de hombres solteros, no necesariamente hombres que no tienen hijos ha ido creciendo de manera significativa: 29.2% (1950), 38.6%(1960), 40.4 (1970) 40.9% (1990), finalmente en el

contemporáneas, cuyo primer indicador deviene de la decisión de cómo y cuándo tener hijas e hijos, estos varones se caracterizan por un comportamiento más cercano al de sus padres y otros hombres tradicionales, en donde la decisión fortuita responde a la ausencia de compromisos con la sexualidad. Sin embargo, la paternidad representa también una posibilidad de remontar esta experiencia primaria. Curiosamente esta posibilidad se abre a la sombra de confrontar sus vivencias en tanto hijos de padres poco cariñosos, autoritarios y distantes.

Para algunos, a pesar de que la llegada del recién nacido rompe con sus proyectos y los obliga a tomar responsabilidades que trascienden su persona, la nueva criatura conlleva la oportunidad de desarrollar o explorar sentimientos que sólo en esa nueva relación pueden encontrar. De esta forma, algunos mencionan que, desde el nacimiento comienzan a involucrarse en las tareas de la crianza y cuidado de los niños, unos de forma más intensa otros con mayores reservas.

Sin embargo, existe un caso en donde, la posibilidad de comprometerse afectivamente con el desarrollo y la educación de sus hijos no se sucede sino hasta pasado el tiempo, ya cuando estos son grandes. Desencadenado por una crisis severa, como pueden ser las adicciones a las drogas, el lugar y la forma de ejercer una paternidad, hasta entonces autoritaria y poco amorosa se vuelve objeto de reflexión crítica y de intentos por ajustarse a los requerimientos en crisis de hijos. A veces un evento de esta índole conlleva, como fue el caso, a comprometerse con a la salud y la vida de los hijos. Quizá la gravedad del evento sea la razón por la cual los varones se movilizan en sus deberes paternales, sólo cuando se requiere una presencia fuerte, con autoridad y la posibilidad de contención se destraben esos mecanismos conocidos por ellos para intervenir.

2000 se redujo a 37.2%.

En otros casos la posibilidad de reconfigurar una nueva forma de paternidad opera sólo en el contexto de una nueva familia. Es decir, si con los hijos e hijas, producto de una primera relación, el abandono y la falta de responsabilidades constituyen el sello de su comportamiento, ante la posibilidad de comenzar una nueva relación y una nueva paternidad, la intención, al menos, es otra. La certeza de haber causado un daño irreparable y el sentimiento de estar lejos de sus primeros hijos resulta una razón dolorosa para procurar, en esta oportunidad, no repetir el esquema.

Finalmente, dos consideraciones que parten de la narración de quienes, por diversas razones, no han sido padres iluminan, en la ausencia, significados centrales de esta condición. La primera de ellas se refiere al motor que anima el deseo por ser padre. Sin pretender hacer generalizaciones, parece que uno de los valores detrás de estas decisiones se halla en la necesidad de trascender la propia finitud. Dejar un legado, una estirpe, un apellido, constituyen razones poderosas pero, más allá de lo simbólico y de las prescripciones patriarcales existentes, guarda implicaciones prácticas cómo lo constata uno de los relatos. Ante la idea futura de una vejez carente de la atención y la preocupación de hijos o hijas, la sensación de cometer un error pesa sobre uno de ellos.

Del análisis de la vida de quienes no son padres, se desprende también que, la experiencia paterna no representa un componente fundamental para su identidad de varones. A diferencia de lo que se sostiene sobre el papel de la maternidad para la condición femenina, la ausencia de hijos, al menos por lo que significa para el presente de estos hombres, no se describe como falta, ni déficit, tampoco se pondera como elemento necesario para un estado de plenitud o de realización. Por el contrario, ante la ausencia de una obligación de estas dimensiones, pueden invertir el tiempo y las energías necesarias para lograr una proyección personal en el espacio público del trabajo.

CONCLUSIONES

I Tiempo, espacio y hegemonía

Las experiencias intelectuales, colectivas e individuales analizadas a lo largo de esta tesis guardan características temporales y espaciales indispensables para reconocer y ponderar tanto la dimensión como los límites de estos procesos.

En primer lugar, se puede subrayar la temporalidad reciente como uno de los rasgos definitorios para comprender los alcances de dichas experiencias. Sea en el ámbito académico, de la participación ciudadana o bien de los procesos individuales, todas estas dimensiones analíticas se encuentran definidas por su corta duración, su carácter emergente y, derivado de ello, su factura inacabada y en proceso de construcción. Si bien es cierto que de hace tiempo existieron varones preocupados por las desigualdades entre mujeres y hombres, sus iniciativas constituyeron esfuerzos aislados, carentes de articulación y, en general, condenados al olvido.

A diferencia de lo mencionado anteriormente, a partir de los años noventa del siglo pasado, es decir, sólo una década atrás, estas iniciativas cobraron, en México, una factura social distinta. En ese momento se comenzó a prefigurar una suerte de *corriente* de varones críticos de las masculinidades dominantes que, tal como se señalado, se expresaron fundamentalmente en el terreno académico/intelectual y en el ámbito de las acciones político/civiles. En estos ámbitos, los varones se implicaron personalmente en la llamada política sexual y tematizaron asuntos propios relacionados con la paternidad y la violencia, principalmente. Por primera vez, más allá de la actitud solidaria y de apoyo a la *causa* de las

mujeres, durante los noventa, los varones elaboraron razones propias y definieron intereses personales para protagonizar y sobre todo institucionalizar iniciativas en el campo del género.

Estas configuraciones novedosas se expresaron también como posibilidades de constituir vínculos más o menos estables y fluidos entre los varones que incursionaron dentro de la política sexual. Dicha convergencia fue factible, en buena medida, por la existencia previa de espacios fundados por las mujeres feministas. Dentro de estos espacios, los hombres encontraron los recursos teóricos, técnicos, las experiencias y las posibilidades de socialización que les permitieron construir iniciativas propias y sobre todo encontrar un lugar común para gestar una experiencia colectiva más o menos estable de hombres en pro de la equidad.

Así como el feminismo constituyó el nicho político y cultural que cobijó las tendencias críticas de las masculinidades, otras condiciones globales intervinieron no sólo para su surgimiento sino también para su institucionalización. En este sentido, la existencia anterior de experiencias en otras partes del mundo, especialmente en los países anglosajones, constituyeron una fuente de inspiración y referencia fundamental tanto académica como política. Así, las corrientes pro feministas en México nacieron dentro de oleadas globales que, con mayor envergadura les antecedieron y ayudaron a definir temas y aproximaciones para enfrentar problemas enunciados. De tal suerte, intelectuales como Michael Kaufman, Robert Connell, Michael Kimmel o Victor Seidler, programas puntuales en contra del sexismo y la violencia como el *Man Allied Against Living In Violent Environments* (MANALIVE) de San Francisco California, o proyectos culturales como la revista inglesa *Achilles Heel*⁶² y

⁶² Achilles Hee fue una revista inglesa de corte radical que aglutinó a un colectivo de hombres de izquierda, provenientes de los grupos de autorreflexión de los años setenta, la revista duró menos de una década pero representó el escaparate para el análisis de temas de política sexual, socialismo y masculinidades.

campañas políticas como *White Ribbon*⁶³ representaron un cúmulo de ideas así como de caminos probados que impactaron, de forma directa e indirecta, en la conformación en el país de esta corriente de varones críticos de la masculinidad.

Otro factor de considerable importancia ha sido el de los financiamientos públicos y privados que desde el exterior y en menor medida dentro del país han obtenido las agrupaciones así como los programas de estudios sobre hombres. Si bien estos recursos, a decir de los miembros de CORIAC (Entrevistas a Roberto Garda y Eduardo Liendo) han sido acotados y paulatinamente ha mermado su cantidad, contribuyeron sin lugar a duda a la existencia de estas instituciones así como de los estudios sobre varones.

De esta manera, una de las primeras conclusiones que se pueden extraer se relaciona con los elementos que posibilitaron el nacimiento y la conformación de esta corriente de hombres. Se puede afirmar entonces que, además de las historias particulares y las motivaciones subjetivas detrás de la postura crítica de sujetos particulares, concurren factores externos que dan lugar a la conformación de una estructura de oportunidades. Condiciones, más allá de los sujetos, favorables para la puesta en marcha de iniciativas y sobre todo para el entrecruzamiento de voluntades individuales que, al cabo del tiempo, confluyen en espacios colectivos e institucionales.

Aquí radica una de las innovaciones de los fenómenos analizados, la conformación de un proceso colectivo más allá de las acciones individuales y aisladas que signaron la presencia de varones en los debates y manifestaciones en torno a las relaciones de género. Sin embargo es importante precisar que esta corriente, lejos de representar un esfuerzo

⁶³ La campaña *White Ribbon* nació en Canadá en 1991 como un intento de hacer pública la toma de postura de hombres en contra de la violencia contra las mujeres. A partir de entonces la campaña ha salido de las fronteras canadienses y se ha extendido a lo largo del mundo, constituyéndose el esfuerzo más grande de hombres que trabajan para poner fin a la violencia contra las mujeres.

acabado, resulta una configuración en ciernes en donde la propia autoidentificación se encuentra en disputa. Ello significa la persistencia de discrepancias explícitas e implícitas frente al uso de categorías para el análisis académico, divergencias ante el reconocimiento de la tradición en la cual se inscriben así como en la adopción de posiciones unificadas frente a temas y discusiones públicas.

Esta fragilidad identitaria se desprende, en parte, de la temporalidad reciente de los procesos mencionados. A su vez esta temporalidad explica parcialmente la dimensión y el impacto de esta tendencia en la generación de conocimientos, de proyectos políticos y por su puesto también en las prácticas, las ideologías y las relaciones que los hombres en lo particular establecen con las mujeres y con otros varones. Ello significa que, estamos frente a acontecimientos que navegan en contrasentido de lo que ha imperado de forma contundente y se ha decantado en los imaginarios, en el sentido común como un ordenamiento de género eterno, dispuesto así por siempre y para siempre, una realidad imperecedera por lo que respecta al pasado como al futuro.

Si bien las fuerzas de la eternización más que metafísicas tienen factura terrenal (Bourdieu, 2001) y el tiempo del patriarcado lejos de ser eterno resulta una construcción con temporalidad acotada, es cierto también que la supremacía masculina y el dominio sobre las mujeres representan estructuras sociales añejas, procesos históricos de gran aliento. De esta forma, frente a los cuestionamientos y la experimentación de nuevas formas de ser hombre y ser mujer se encuentran siglos de historia que no pueden ser borrados por el deseo y las voluntades de un sujeto social emergente.

La insistencia en subrayar el factor tiempo como eje constitutivo del ordenamiento hegemónico patriarcal, tiene como propósito dimensionar la fuerza de la tradición y, en contraparte, el poder incipiente de las alternativas gestadas por los varones. Por

consiguiente, reconocer los alcances de los cambios requiere valorar esos tiempos de larga duración. Tiempos que se enraizan en las estructuras mentales, las prácticas sociales y relaciones de género de forma tal que parecen inamovibles. Sin embargo, los cambios se suceden aunque de forma gradual a través de articulaciones contradictorias en donde el peso del conservadurismo no se elimina sino permea las acciones individuales y colectivas de los hombres que se pronuncian a favor de la equidad.

El tiempo no es el único factor que constriñe los alcances de esta nueva tradición, de igual manera los espacios en donde surge y se desarrolla han implicado una suerte de barrera social que dificulta una socialización más extendida de los valores, las prácticas y los conocimientos más allá de sus pequeños espacios *naturales*. Las preocupaciones por cuestionar y proponer alternativas frente a la sexualidad, la violencia, la paternidad y el trabajo, permanecen como competencias de ciertos hombres acotados por la clase social, el nivel de escolaridad, el ámbito profesional, los espacios culturales, las posiciones políticas e ideológicas. Las corrientes de hombres críticos de las masculinidades se gestan en espacios sociales minoritarios, dentro de estos, hombres con ciertas peculiaridades son quienes se involucran y participan experimentos sociales a favor de la equidad. Estos varones se caracterizan, entre otros rasgos por ser sujetos ilustrados, trabajadores del arte, la educación y la cultural, políticamente cercanos a la izquierda o a movimientos sociales alternativos, hombres próximos también al feminismo y a las feministas.

Fuera de esos ámbitos y de ese perfil particular, sin embargo, han existido varones que se suman y emprenden proyectos personales y colectivos en la orientación arriba señalada. Hombres situados en espacios sociales poco probables para la acogida de posturas crítica pero quienes debido al alcance de los medios electrónicos de comunicación entran en contacto con mensajes que de otra forma permanecerían ajenos. A partir de la

difusión del trabajo de grupos como CORIAC y de la presencia en los medios de algunos de los intelectuales en discusiones sobre puntos problemáticos de la masculinidad, los planteamientos que hablan de otras posibilidades de ser hombres en el mundo llegar a un público más amplio que sus referentes tradicionales: los sectores universitarios y de la cultura.

El papel de los medios masivos, en especial de algunos programas radiales y televisivos, ha sido clave para socializar la postura teórica, ética y política de los hombres pro feministas, hacerla llegar a una mayor cantidad de varones con diversos perfiles de clase, educativos, ideológicos y profesionales. Sin embargo, los espacios donde se proyectan y difunden posiciones críticas y alternativas siguen representando un oasis en medio de un mar de información, mensajes y códigos de corte sexista. Las mujeres-objeto, los hombres fuertes y temerarios, la familia tradicional, los padres proveedores y las madres encargadas del cuidado de hijos y marido, por citar las imágenes menos virulentas, se multiplican por millones en cine, radio, televisión y ahora en internet, reproduciendo así los valores, las normas y los modelos que sustentan la estructura patriarcal. Frente a esa avalancha, los espacios que procuran dar voz a las opciones distintas de ser hombres y ser mujer pasan perfectamente inadvertidos y generan un impacto mínimo si se toma en cuenta las dimensiones del contexto social donde se producen y dirigen.

Para sintetizar, se puede afirmar que la tendencia o, como se ha denominado también, la corriente de varones críticos del patriarcado se gesta en espacios sociales reducidos y es el resultado de movimientos culturales, económicos y políticos de muy reciente fecha. El tiempo y el espacio son dos elementos estructurales que explican la presencia a penas reconocible de estos varones en los debates políticos y académicos, la falta de interlocución y de legitimidad que han alcanzado, en contraparte, sus colegas feministas.

II Sincretismo y los varones críticos del dominio masculino

Un hecho destacado de la investigación se relaciona con el origen de las resistencias y alternativas analizadas en los diversos capítulos. Además de los factores tiempo y espacio, la presencia disidente desde el lugar del privilegio, de quienes potencial y realmente disfrutaban los beneficios derivados del ordenamiento de género, resulta un elemento fundamental para explicar los alcances y por su puesto las resistencias a los cambios analizados. La disidencia discursiva desde el colectivo que histórica y de forma latente se beneficia de la exclusión, el dominio y la explotación de las mujeres constituye un elemento que configura las acciones académicas, políticas, las posturas y los discursos personales de los varones que se suscriben dentro de estas corrientes a favor de la equidad de género.

El resultado por tanto son discursos y expresiones caracterizadas sobre todo por el *secretismo*, es decir por la existencia de contradicciones e incongruencias entre los discursos y las prácticas, entre las actitudes adoptadas en la vida pública y los comportamientos cotidianos en el espacio privado, entre las normas y los valores y entre tradiciones ideológicas encontradas. Contradicciones resultado de acciones concientes e intencionales y otras tantas producto de la costumbre y las lógicas del inconsciente. Escisiones entre la voluntad del cambiar y generar pactos por la equidad, frente a las ganancias que representa para los hombres seguir constituyendo el centro de la vida, el eje de la sociedad, la familia, la pareja, la producción intelectual y las riquezas.

Este sincretismo lejos de asumir una expresión única se manifiesta de diversas maneras. A lo largo de la exposición de los tres espacios donde se analizan las experiencias de los varones esta condición escindida aparece de las siguientes maneras.

a) Dentro de las corrientes de pensamiento académico e intelectual cercanas al feminismo, las tensiones entre cambio y permanencia guardan dos expresiones principales.

La primera de carácter más teórico y la segunda derivada de prácticas y comportamientos de los varones frente al feminismo y las feministas.

En primer lugar, se puede observar en algunas de las categorías y premisas centrales, lanzadas por intelectuales prominentes adscritos a las tendencias pro feministas, ciertas consecuencias contrarias a la equidad de los géneros. Cuando los varones reflexionan sobre los problemas implicados en las formas dominantes de ser hombre en el mundo, uno de los resultados ha sido la producción de visiones cargadas de autocomplacencia y victimización. Al enfatizar los costos que los varones pagan por mantener al patriarcado se han conseguido efectos contrarios al deseo de comprometer al mayor número de hombres en su desmantelamiento. Subrayar las pérdidas afectivas, los mecanismos de censura, la coerción a la sensibilidad y la expresividad emotiva, entre otros elementos, no sólo abre áreas de suspicacia y conflicto real con las feministas, también aproxima a estos varones con aquellas expresiones de las masculinidades como las promovidas por Robert Bly y más terrible aún con las tendencias abiertamente misóginas. Esta forma de argumentación puede fácilmente concluir en afirmaciones del tipo donde los hombres terminan siendo los damnificados históricos del mismo orden desigual dispuesto justo para encumbrar a los varones y a lo masculino.

Develar y centrar la atención en esos lados oscuros del poder, en esas *experiencias contradictorias*, para decirlo en palabras de Kaufman, resulta en posturas carentes de crítica frente al dominio que los hombres ejercemos en la relación con las mujeres, pero además, puede conducir en planteamientos donde prive la comprensión incluso la simpatía frente a expresiones como la violencia masculina o las paternidades irresponsables. En la medida en que los varones somos producto histórico del patriarcado existe una excusa histórica y estructural para conductas y decisiones de la vida particular. Con ello la responsabilidad

concreta de los hombres encuentra resquicios por donde diluirse cuando enfrenta situaciones como la violencia.

En sentido inverso se desprenden señalamientos en donde las mujeres en general, las madres, las esposas, las maestras, en lo particular vuelvan a ser señaladas como las principales causantes de la estructura desigualdad de género. De acuerdo con ese tipo de posiciones ellas son las encargadas de formar y educar tanto a mujeres como a hombres y lo hacen con todo el peso de la tradición a cuestas, por tanto, son quienes forman a los machos y a las abnegadas mujeres.

Esas constituyen algunas de las tensiones que se desprenden respecto de las elaboraciones intelectuales. Por lo que se refiere a las prácticas y actitudes de los académicos se puede señalar, entre las más observables, la incapacidad de algunos por reconocer en el feminismo el afluente principal de sus propios trabajos, de asumir abiertamente que los insumos teóricos y metodológicos utilizados para el estudio de los varones han sido un aporte al conocimiento de las mujeres feministas y que los espacios académicos, es decir, los centros de estudio y los programas de investigación de género son el resultado de la labor persistente de las mujeres en uno de los ámbitos sociales androcéntricos por excelencia, el de los saberes y conocimientos. De tal manera, la llegada de los hombres a este terreno, justo cuando los estudios de género comienzan a disfrutar de reconocimiento y legitimidad ha sido interpretada como actos con potenciales consecuencias expropiatorias. La impresión se extiende y comienza a ser tematizada por las mujeres feministas frente al monólogo de género que algunos varones realizan. En ese sentido, el cuestionamiento para estos hombres no sólo se lanzan desde los grupos y tendencias más autónomas dentro del movimiento feminista, diversas intelectuales, así como también algunos varones alertan sobre esta predisposición de los hombres así como de las

estructuras sociales para entronar a los varones en los lugares máximos de la autoridad académica.

b) En los espacios de la acción política ciudadana, las contradicciones de los varones se expresan como posibles disputas por la interlocución y la competencia por los recursos económicos y políticos. Por lo que se refiere a la primera forma de conflicto potencial los mecanismos que se despliegan son semejantes a aquellos descritos en el inciso anterior. Así como existen estructuras sociales y mentales dispuestas para promover y sancionar la autoridad epistémica de los hombres, en el terreno de la política, aun de las formas de política ciudadana donde se enarbolan valores y normas alternativas, estructuras similares funcionan para privilegiar la voz y la posición de los varones sobre las mujeres. De esta manera, los hombres, a pesar de reconocer en esta situación una fuente de injusticias y de perpetuación de desigualdades, suelen capitalizar para su beneficio propio y de sus causas estas condiciones. Así, la presencia de los varones en la discusión de temas aportados al debate público por el feminismo, tiende a recibir mayores reflectores y mayor crédito aunque lo dicho sean sólo reediciones de tesis elaboradas con anterioridad por las feministas.

En síntesis, el terreno de la política resulta un espacio ideal para la persistencia de comportamientos y actitudes expropiatorias de la interlocución y la autoridad. Así los hombres críticos de las masculinidades pueden reforzar aun sin esa intención una de las reglas de la hegemonía patriarcal consistente en excluir o marginar de la esfera pública a las mujeres.

Esta impresión suele reforzarse cuando la competencia por los financiamientos públicos y privados se presenta en medio de las relaciones entre los grupos feministas y aquellos de varones. Si bien, a decir de los miembros de CORIAC, existen lineamientos que prohíben al Colectivo recibir recursos destinados a los grupos de mujeres, persisten entre

algunas feministas dudas respecto a la forma tan rápida con la que el grupo de varones se dotó de recursos monetarios, de un espacio propio y de esa interlocución que hoy mantiene con los medios masivos de comunicación y las instancias de gobierno. Un lugar que a las organizaciones feministas les ha llevado décadas conseguir, CORIAC en poco tiempo capitalizó recursos y oportunidades, situándolos, de acuerdo con algunas analistas, en una posición privilegiada

CORIAC supo aprovechar y se benefició del momento en el cual, las políticas dentro de las agencias financiadoras alentaron la inclusión de los varones en programas y proyectos de género, dentro de perspectivas que subrayaron la necesidad de movilizar acciones para hacer frente a problemas como la violencia, la propagación de enfermedades sexuales, los embarazos entre las adolescentes, etcétera. Hasta la llegada de CORIAC, en México se adoleció de espacios en donde los hombres tuvieran los elementos para cuestionaran su participación en la generación de la violencia y encontrar las herramientas para poder renunciar a su ejercicio. En ese sentido, fue vital para los promotores de CORIAC hacerse de los recursos dispuestos en ese momento con el fin de arrancar e institucionalizar esta opción, aunque con ello despertasen las suspicacias de algunos sectores del feminismo.

Si bien en la caso concreto de CORIAC, los resquemores sobre su lugar en el debate así como por los recursos que posee no ha dado lugar a señalamientos más serios donde se les acuse de pretensiones expropiatorias y de aprovechamiento de los privilegios de género; estos dos temas potencialmente conflictivos se encuentran permeando las relaciones entre las mujeres feministas y los hombres críticos de las masculinidades hegemónicas.

c) El carácter *cambiante* y *sincrético* de estas experiencias tiene su concreción más nítida en la vida de los hombres concretos que conforman la parte sustantiva de la presente investigación. El *sincretismo* en tanto categoría para analizar la identidad y los procesos de

transformación en la condición y las relaciones de género nos permite vislumbrar esos claros-oscuros, esas contradicciones que se desprenden de los discursos a través de los cuales los hombres reconstruyen su vida laboral, su sexualidad, su paternidad así como sus experiencias frente a la violencia. Los discursos extraídos nos brindan una idea cercana de la forma en que se edifican las masculinidades en nuestros días, elaboradas a partir de múltiples y a veces encontrados fragmentos de normas, informaciones, códigos e ideologías, en donde la tradición y el cambio lejos de significar dicotomías excluyentes, representan herramientas de análisis para manejar la complejidad y formalizarla a través del lenguaje.

Entre los enormes privilegios que se desprenden de mantener un sistema patriarcal y los horizontes de la igualdad y libertad inter e intra genérica prescrita por el feminismo, los hombres de la investigación encaran estas disyuntivas de forma distinta. Sin embargo, una de las conclusiones a este respecto podría enunciarse de la siguiente manera, la hegemonía del orden de género tal y como hoy en día se conoce parece incluso exceder a las voluntades individuales que expresan en sus discursos la necesidad del cambio. Esta conclusión se puede extraer después de analizar las propias reflexiones de los hombres sobre sus relaciones con las mujeres y otros hombres, en donde se puede inferir un trecho largo para remontar.

De esta forma, tal como se ilustra en la línea del *trabajo*, las prescripciones normativas ligadas a los esquemas tradicionales que han hecho del trabajo el *sine qua non* de la masculinidad resultan tan vinculantes como antaño. Los hombres de la investigación se encuentran sobreidentificados por su actividad laboral, son sujetos definidos ante todo por ser académicos, dirigentes de organizaciones o empleados de cierta empresa. Esta centralidad del trabajo tiene varios puntos de lectura y aproximación. Uno de estos se plasma en los valores que a lo largo de la historia de vida los hombres expusieron y refirieron como

los más apreciados y respetados, los mismos con los cuales mantienen una mayor proximidad e identificación. Estos valores centrales para la vida de la mayoría están ligados a las virtudes ideales del trabajo tales como la responsabilidad, la entrega, la disciplina, el compromiso. Una y otra vez, a decir de los sujetos, estos valores vertebran su actuación no sólo en el ámbito laboral sino también frente a otros espacios y relaciones sociales, incluso se mencionan como los rasgos que mejor recuerdan y más respetan de sus padres; la mejor herencia que les pudieron haber legado.

La centralidad del trabajo tiene otro punto de inferencia en los discursos de los sujetos investigados. Este se desprende de la recreación de las actividades que conforman el día a día, en donde la dimensión laboral en sí misma ocupa la mayor porción del tiempo y de las energías vitales que los hombres invierten en su transcurrir cotidiano. Aunado a ello, las múltiples acciones diarias que preparan o se ligan directa e indirectamente al trabajo conforma el porcentaje mayoritario de los días y las noches de estos hombres; las tareas previas como el vestido, los traslados o bien posteriores como los pendientes a resolver aun después de la jornada, marcan la existencia ordinaria de la gran mayoría.

La mayoría son hombres para quien el trabajo provee no sólo de los recursos económicos para sostenerse a sí mismo y a sus familias, sobretodo representa una fuente importante de satisfacciones personales: el reconocimiento, el prestigio, la trascendencia, la realización. El trabajo también significa la posibilidad de concretar aspiraciones que trascienden beneficios particulares y se encaminan a responder a necesidades colectivas, ayudar a otros, impulsar proyectos para otros, y principios de esa índole también se encontraron como elementos que explican la trascendencia del trabajo en la vida de los sujetos de la investigación.

En síntesis, son hombres que gozan de éxito relativo en su ámbito laboral, varones quienes, en ese sentido, prologan, con matices, una de las normas fundamentales del modelo hegemónico de masculinidad en donde el trabajo hace al hombre. Pero las contradicciones no sólo suceden por el apego al trabajo, sino también por sus vínculos con el espacio doméstico y de vida privada. Si bien todos los hombres reconocen la valía del trabajo doméstico y expresan participar incluso en tareas que los varones sistemáticamente se niegan a realizar (lavar los platos o ropa), lo cierto es que dada la importancia del trabajo público y remunerado, las actividades del hogar resultan en muchos sentidos residuales, continúan siendo atendidas por las esposas o las compañeras y también por empleadas domésticas con toda la carga de explotación con la cual se llevan a cabo estas labores en México.

Con matices plasmados en discursos, valores y presumiblemente en las prácticas, la dicotomía público/privado sobre la que históricamente se han asentado las actividades productivas y reproductivas, marcadas ante todo por la condición de género, permanece, de acuerdo con la investigación, como uno de los ordenadores vigentes en la vida de estos hombres. Si bien menos rígida que la antigua forma en que, por ejemplo, se estructuró la vida de sus padres y madres, resulta una división persistente, lejos de la equidad e igualdad aspirada.

Uno de núcleos duros documentado tanto por la literatura como por esta tesis tiene lugar en el ámbito de la *sexualidad* y se relaciona concretamente con el uso de anticonceptivos por parte de los varones. Así, tal como sucede con los hombres en general, algunos varones, significativamente los más comprometidos en la lucha por la equidad, expresaron abiertamente una fuerte resistencia a incorporar el condón en sus prácticas sexuales. A pesar de la autocrítica que media estas prácticas, los argumentos socorridos son

la típica incomodidad y la disminución del placer, en consecuencia se deja a cargo de las mujeres no sólo todo lo implicado con la anticoncepción sino en general lo referente a la salud sexual. Se asume así una visión francamente conservadora de las mujeres y de su cuerpo como el lugar natural de las tecnologías reproductivas, las políticas poblacionales, la práctica médica y la industria farmacológica.

Si bien esta descripción representa una posición extrema, la resalto justo por provenir de un personaje clave, además porque muestra cómo la sexualidad permanece como espacio poco factible para emprender negociaciones más justas entre hombres y mujeres debido a su papel histórico como fuente de privilegios masculinos. De esta forma, por más lecturas, seminarios, cursos y dinámicas de sensibilización los varones siguen renuentes a compartir las responsabilidades implicadas en la sexualidad y la reproducción. En ese sentido, un dato contundente está dado por la paternidad sucedida en la vida de la mayoría de estos sujetos que, lejos de representar una experiencia moderna ha resultado del descuido, la contingencia y la ausencia de planeación. Como sucede con muchos hombres con menos recursos intelectuales y materiales, la paternidad se sucede como un hecho fortuito, un evento que trastoca los planes de los varones, quienes tienen puesta sus miras en otros proyectos. De esta manera dista de expresar un deseo intencionado, una decisión conciente puesta en práctica con los recursos y los medios ofrecidos por la modernidad a los hombres, especialmente a hombres como los de la investigación. Así, la paternidad en tanto experiencia fortuita dejó entrever cómo la falta de una actitud más activa y de una mayor corresponsabilidad por parte de los varones.

En torno a la sexualidad orbitan valores encontrados no sólo frente a las aspiraciones libertarias sino relacionadas también con esos dobles estándares con los que se mide ética y moralmente los comportamientos sexuales de las mujeres y la de los hombres de forma

diferenciada. De acuerdo con una de esas narraciones, en donde se recrean las actividades sexuales de uno de los hombres, previo a su ingreso a los grupos de reflexión de CORIAC, quedan establecidos los valores que, por una parte glorifican el desfreno sexual de los varones y por el otro estigmatizan a las mujeres que expresan sus deseos y actúan en consecuencia. Incluso después de largos procesos de sensibilización en equidad, los hombres suelen manifestar ideas, juicios y valoraciones donde persiste el sexismo y la misoginia. Visiones de hombría en la que resuenan los ecos de aquella construcción cosificadora, edificada en la conquista erótica de toda mujer posible, en el goce de ellas y en su posesión, ostensible sobre todo cuanto más codiciadas y *difíciles* resultan.

En resumen, los relatos permiten encontrar en estos hombres sedimentos de una cultura entera de valores y normas por las cuales las relaciones con las mujeres en el ámbito sexual nunca terminan por ser el encuentro pleno de sujetos con deseos, fantasías y necesidades igualmente legítimos. En el mejor de los casos, la sexualidad se articula en un entramado de prácticas que verifican las tensiones producidas por los tabúes, las enseñanzas primarias, el deseo utilitario así como las aspiraciones y los aprendizajes tendientes a eliminar las tendencias cosificadoras y dominantes de la sexualidad masculina. Un amalgama en donde lo viejo no termina por sucumbir ni lo nuevo por nacer.

La *paternidad*, es otro espacio en la experiencia genérica atravesada por múltiples contradicciones. Sin embargo, es quizá también la dimensión en donde se registran algunas de las innovaciones más significativas, vistas sobretodo a la luz de sus vivencias en tanto hijos frente a la educación y crianza de sus padres. De cara a su historia de infancia y juventud, especialmente críticas en relación con los padres, la mayoría de estos hombres con hijos e hijas asumen en la condición paterna una parte sustancial de su vida afectiva, de sus ocupaciones y preocupaciones cotidianas.

De esta forma, para algunos de los entrevistados, la paternidad y el trabajo constituyen las dos actividades vitales no sólo por lo que respecta al tiempo invertido a estas sino por los valores, los sentimientos, las expectativas y las necesidades cifradas en ellas. A diferencia de la mayoría de sus propios padres, los sujetos de la investigación, de acuerdo con su testimonio, se consideran muy involucrados en las distintas tareas y responsabilidades implicadas en la atención de sus hijas e hijos. En términos afectivos, los hombres pueden demostrar con mayor facilidad sus sentimientos y emociones de lo que la autocensura y las normas de su tiempo permitieron a sus propios progenitores. Los discursos de estos varones exponen una forma de paternidad en la que sobre todo experimentan placeres y gozos disfrutables con anterioridad únicamente por las madres

A pesar, como se señaló más arriba, de haberse convertido en padres por accidente o falta de responsabilidad y de que la llegada de los hijos trastocó planes futuros, desencadenando conflictos y crisis, el ejercicio de paternidades de estos varones coinciden con las transformación en las pautas registradas por diversas investigaciones que, ubican la gestación de nuevas formas de paternidad en nichos sociales específicos. Se trata de paternidades, comparativamente más involucradas en la crianza de hijas e hijos acontecida en las nuevas generaciones de hombres con altos niveles de escolaridad y pertenecientes a las clases medias, nuevas actitudes y prácticas que se acentúan sobre todo en familias en las cuales ambos adultos trabajan fuera del hogar. Coincidente con estas características los hombres parecen más comprometidos y gozosos de su paternidad, realizando incluso actividades que muy pocos hombres se involucran tales como el cambio de pañales, la alimentación o llevárselos a sus oficinas cuando no hay quien los cuide.

Es probable que estas formas de paternidad más amorosas y responsables se deban más que nada a cambios generacionales. Cambios en la cultura y en las relaciones sociales

que se verifican en las familias, sobre todo por el hecho de existir mujeres que realizan un trabajo fuera de la casa. Ante situaciones donde se sanciona positivamente la participación activa de los varones y delante de una realidad que precisa de padres comprometidos con las responsabilidades de la crianza y la educación se gestan prácticas correspondientes con los nuevos imperativos. De esta manera, los hombres de la investigación son producto de una circunstancia histórica distinta a la vivida por sus padres, pero también es cierto que son hombres que toman partido y eligen una forma de expresar sus emociones y sus compromisos con sus hijas e hijos. Es decir no son mero reflejo sino sujetos de su historia, por lo menos, eso se desprende de sus relatos con respecto a la paternidad.

No obstante, en las narraciones aparece también la persistencia de rasgos típicos de las paternidades tradicionales por lo que hace a sus cualidades más negativas, me refiero al autoritarismo y al abandono. En estos casos, dichas experiencias se ubican en un tiempo previo al ingreso a los grupos de CORIAC y en general al proceso de reflexión y cuestionamiento del machismo, la violencia y la pobreza afectiva que marcó buena parte de la vida de estos varones. Sin embargo, las consecuencias de la lejanía y los efectos de la violencia con los hijos hizo estragos que difícilmente se pueden tener remedio. El abandono después de su ruptura con su primera pareja y los casos de adicción en los hijos de uno de los sujetos resultan las expresiones más claras de esta dimensión perjudicial de la paternidad ejercida por estos varones.

Finalmente, con respecto a la *violencia*, tanto para quienes asistieron a CORIAC como, en general, para el resto de los varones existe un antes y un después. La violencia representa un parteaguas en las experiencias y en las ideologías sobre la condición de ser hombres en el mundo. Se significa por transmutar de un hecho más o menos ordinario y naturalizado a problematizarse y convertirse en fuente de cuestionamientos y búsqueda de

alternativas. La violencia conduce a situaciones de dolor y pérdida, muchas veces, la pérdida del poder mismo o su desafío por quienes se encontraban subordinados. En ese sentido, la violencia guarda una doble arista, representa una herramienta fundamental para la perpetuación de relaciones de dominio y subordinación pero suele desembocar justo en su efecto contrario: reacciones de las víctimas que se niegan a seguir siéndolo.

La violencia en tanto constante en la vida de los hombres así como también debido al carácter contradictorio implicado en su ejercicio se ha convertido en la experiencia de quiebre más significativa en las historias de cambio de los varones investigados. De igual forma, representa una de las constantes que articulan las energías teóricas y políticas de las corrientes que conforman los debates en torno a las masculinidades. Así, la violencia constituye paso obligado en los análisis y las acciones colectivas que tienen como propósito reflexionar e incidir en la configuración de los valores, las ideologías, las normas y los modelos de lo masculino en la sociedad.

La centralidad de la violencia como fuente de problematización de la masculinidad y de la condición genérica de los hombres se desprende de su carácter medular en la configuración de la identidad y la pertenencia al conjunto masculino. El hombre y lo masculino se define sobre todo por el poder. En el mundo patriarcal, los hombres serán los sujetos del poder y para el poder. Aunque para muchos éste se concretará más como aspiración que como una posibilidad fáctica. No obstante el ejercicio del poder está mediado por el uso de la fuerza física, psicológica, sexual y económica. Poner en cuestión el ejercicio de estas atribuciones impacta directamente al poder y en consecuencia a una de las aristas de la identidad masculina.

En las historias de vida narradas para la presente investigación, los límites a la violencia impuestos o autoimpuestos significaron el inicio de recorridos en búsqueda de

ayuda para contener los arranques agresivos en contra de sus parejas, sus hijas e hijos. Para quienes encontraron en CORIAC un alto en este trayecto, la ayuda para eliminar la violencia cruzó procesos de reflexión sobre la construcción de la masculinidad en general y la suya en particular. La violencia representó un escaparate por donde se inauguraron pautas distintas para recrear su historia así como discursos y percepciones sobre sí mismos dentro de una perspectiva más bien crítica. En principio CORIAC constituyó el espacio donde la violencia dejó de ser hechos impensado y sobre todo prácticas consuetudinarias naturalizadas para ser reformulada como construcción social dañina e injusta y lo más importante, factible de erradicar.

A partir de las claves de la educación y el re aprendizaje, los varones reastrean en su historia personal el origen y las dimensiones de esos dispositivos detrás de las respuestas violentas cometidas durante su vida de adultos. Aprenden e identificar en su propia persona la relación íntima de la violencia con los modelos de masculinidad basados en la supremacía de los hombres frente a las mujeres y de competencias con los otros. De esta forma al nombrar la violencia redescubren aspectos vitales de su ser como hombre que requieren ser transformados.

Si bien esta narración remite a experiencias particulares se puede decir que forma parte de tramas colectivas sancionadas incluso en las teorías críticas sobre la violencia y la masculinidad. Es decir, son narraciones documentadas como parte de los procesos de cambio a partir del eje de la violencia de género. Sin embargo, una de las especificidades encontradas en los relatos de vida de los hombres y que hace de estos excepcionales incluso dentro del contexto de asistentes a los programas de CORIAC se encuentra en el tono adquirido por la narrativa. Lejos de ser épicas en donde la recreación de la violencia se matiza con cierto ingrediente de heroicidad, el ejercicio de la violencia nunca se presentó,

a excepción de uno solo caso, como una acción extrema, como actos cargados de virulencia. Por el contrario, de acuerdo con estos varones, la fuerza utilizada en contra de sus compañeras, hijas e hijos estuvo entremezclada con sentimientos de vergüenza y culpa a pesar de saber estar haciendo lo propio de un hombre.

Dichas emociones de arrepentimiento forman parte de los ciclos de violencia también documentados ampliamente, en donde a todo episodio violento le corresponden etapas de reconciliación, armonía y paz, promovidos por el remordimiento y la constrictión de quienes ejercen la fuerza y el poder. Estos periodos que pueden ser prolongados pero tarde o temprano se rompen una vez puestos en entredicho los mecanismos autodisciplinarios que crean las relaciones de poder entre mujeres y hombres. En los casos específicos de los usuarios de CORIAC existe un salto entre la culpa y las promesas de redención a una actitud de reconocimiento afectivo e intelectual de la responsabilidad. Sentirse y saberse responsables de los daños ocasionados los hizo recurrir a opciones modernas y alternativas para encontrar formas distintas de relacionarse con las mujeres y con otros hombres.

Ese sentimiento de vergüenza experimentado en el acto violento mismo se explica entre otras causas justo por el reconocimiento del lugar ocupado por las personas violentadas. La experiencia violenta tiene historia en la vida de los hombres y por lo general remite a episodios donde ellos mismos han sido violentados, la más de las veces por otro hombre que es su padre. De esta forma, el sentimiento de no ser como fueron sus padres representa la señal de freno y de alguna manera constituye una de las razones de su compromiso con el proceso de renuncia a la violencia encontrado en CORIAC.

Una de la singularidades de estos varones ese precisamente el grado de compromiso que desarrollan frente a su proceso de reflexión crítica y de reeducación. A diferencia del la mayoría de los varones que llegan a CORIAC enviados por sus compañeras o esposas, a

éstos les corresponde por entero la iniciativa de ingresar al programa, ellos mismos hacen su cita y acuden puntualmente por voluntad propia. A diferencia del grueso que abandonan CORIAC después de la sesión introductoria, los varones de la investigación continúan y concluyen cada una de las etapas del programa. Uno de ellos además se convirtió en parte del equipo de apoyo. Ello expresa el grado de convicción que adquieren y se demuestra de manera discursiva a la hora de recrear su vida. Igualmente habla de las motivaciones profundas que los llevan a ese espacio y los mantiene ejercitando una cualidad poco desarrollada de los hombres: la capacidad de autorreflexiva.

En efecto, constatar las aseveraciones en torno a los cambios relatados por los hombres precisaría de otras voces, otros recursos metodológicos, es suma, otras etapas de la presente investigación. Sin embargo, una de las características corroborables de los procesos de cambio refiere a la capacidad autorreflexiva de la que más arriba se habló. Este ejercicio dialógico consigo mismos no sólo describe un fluido de discursos racionales, de opiniones e ideas, lo significativo son los sentimientos, las emociones, la intimidad con los que opera este verse y contar su propia historia, sobre todo compartirla con un extraño.

Recrear su historia a través del dolor, la angustia, la tristeza, el miedo o bien, la alegría, el gozo y la satisfacción constituye en sí mismo un acto que hace de éstos sujetos difícilmente clasificable dentro de las normas hegemónicas de la masculinidad. Hablar con la gama de sensaciones y sentimientos así como exponerlas frente a otros hombres los convierte en sujetos que, al menos por lo que hace a la factura de su discurso, trascienden una de las constricciones sobre los que se monta el deber masculino. Los hombres no lloran, pero sobre todo los hombres tienen una existencia donde las emociones y los sentimientos son materia de control y censura. El hombre en tanto sujeto del poder y para el poder precisa de someter y cancelar todo aquello susceptible de vulnerar su estatuto, la contención es la

norma ideal de todo hombre que se aprecie de serlo. Así los sujetos de la investigación no sólo han desarrollado las habilidades para reconocer y nombrar lo que sienten y han sentido a lo largo de su existencia, además la exponen frente a otros varones. Rompen así otra de las características definitorias de la masculinidad: la inexistencia de vínculos íntimos entre los hombres. Los varones pueden compartir los *grandes* hechos de su historia con otros, sin embargo una tensión presente en los vínculos homosociales está dada por la prohibición de lazos donde los intercambios afectivos se sucedan. El tabú de la homosexualidad proscribía las posibilidades de encuentros más íntimos en los que se circulen sentimientos y emociones.

En ese marco, los varones investigados emergen como seres a los cuales las experiencias particulares con la violencia, la paternidad y la sexualidad representan catalizadores de ejercicios de auto heurística que pasan por la razón, los juicios de opinión, lo políticamente correcto pero de igual forma cruzan por esa sensibilidad y emotividad expresada durante las conversaciones. Este es quizá el dato más sobresaliente de los procesos de cambio en los que hoy se encuentran los sujetos de la presente investigación.

BIBLIOGRAFÍA

- ACOSTA Vargas Gladis, "Marco de los derechos humanos: principios, compromisos y mecanismos para su promoción y protección" Simposio 2001: Violencia de género, salud y derechos en las américas", Cancún, Mimeo, 2001.
- AMORÓS Celia, "Violencia contra las mujeres y pactos patriarcales", en Maqueira, Virginia y Cristina Sánchez (Comp.) *Violencia y sociedad patriarcal*, Madrid, Pablo Iglesias, 1990.
- ALSINA, Cristina y Laura Borràs Castanyer "Masculinidad y violencia" en Marta Segarra y Ángeles Carabí (Eds.) *Nuevas Masculinidades* Barcelona, Icaria, 2000
- AMORÓS Celia, *Feminismo y filosofía*, Madrid, Síntesis, 2000.
- AMUCHÁSTEGUI Herrera Ana, "Masculinidad; una categoría en problemas" en *MEMORIA*, 2002.
- ANDRÉS Rodrigo "La homosexualidad masculina, el espacio cultural entre masculinidad y feminidad, y preguntas ante una crisis" en Marta Segarra y Ángeles Carabí (Eds.) *Nuevas Masculinidades* Barcelona, Icaria, 2000
- ARIAS Rosario y Marisela Rodríguez "A puro valor mexicano. Connotaciones del uso del condón en hombres de la clase media de la ciudad de México" en Susana Lerner (Ed.) *Varones, sexualidad y reproducción. Diversas perspectivas teórico-metodológicas y hallazgos de investigación*, México, Colmex-SOMEDE, 1998.
- BARBIERI, Teresita de, "Sobre género, prácticas y valores: notas acerca de posibles erosiones del machismo en México" en Ramírez Sáiz, Juan Manuel (Coord.), *Normas y prácticas morales y cívicas de la vida cotidiana*, México, CIIH-UNAM/Miguel Angel Porrúa, 1990.
- BARBIERI, Teresita "Certezas y malos entendidos sobre la categoría de género" en Laura Guzmán Stein y Gilda Pacheco Oreamuno (Comps.) *Estudios Básicos de Derechos Humanos IV* San José, Instituto Interamericano de Derechos Humanos-Agencia Sueca para el Desarrollo Internacional-Comisión de la Unión Europea, 1996.
- BARTA Roger, *La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano*, México, Grijalbo, 1996.
- BASAGLIA Franca y Dora Kanoussi, *Mujer, locura y sociedad*, Puebla, UAP, 1983.
- BENHABIB Seyla, "Models of Public Space: Hannah Arendt, the Liberal Tradition, and Jürgen Habermas", en Calhoun Craig (Ed.), *Habermas and the public sphere*, Cambridge, MIT Press, 1991.
- BLY Robert, *Hombres de hierro. El libro de la nueva masculinidad*, Buenos Aires, Planeta, 1990.

- BONINO Méndez Luis, "Develando los micromachismos en la vida conyugal. Una aproximación a la desactivación de las maniobras masculinas de dominio" en CORSI, Jorge, et al. *Violencia masculina en la pareja. Una aproximación al diagnóstico y a los modelos de intervención*, Buenos Aires, Paidós, 1995.
- BONINO Luis "Varones, género y salud mental: deconstruyendo la normalidad masculina" en Marta Segarra y Ángeles Carabí (Eds.) *Nuevas Masculinidades* Barcelona, Icaria, 2000.
- BOURDIEU Pierre, *La dominación masculina*. Barcelona, Anagrama, 2000.
- BURÍN Mabel e Irene Meler, *Varones. Género y subjetividad masculina*, Buenos Aires, Paidós, 2000
- BUTLER Judith, "Variaciones sobre sexo y género: Beauvoir, Wittig y Foucault" en Lamas Marta *El género. La construcción cultural de la diferencia*, México, PUEG-UNAM/Miguel Angel Porrúa, 2000.
- CALABRESE Elena, "La violencia en el hogar" en *Leviatán*, Madrid, 1997.
- CANO Gabriela, "Más de un siglo de feminismo en México" en *Debate Feminista*, año 7, vol. 14, octubre 1996.
- CANWAY Jill, et al. "El concepto de género" en Lamas Marta, *El género. La construcción cultural de la diferencia*, México, PUEG-UNAM/Miguel Angel Porrúa, 2000.
- CARABÍ Ángeles "Construyendo nuevas masculinidades: una introducción" en Marta Segarra y Ángeles Carabí (Eds.) *Nuevas Masculinidades* Barcelona, Icaria, 2000.
- CASTRO Morales Patricia "¿Qué razones exponen los hombres que están recurriendo a la vasectomía sin bisturí para limitar su fecundidad en Susana Lerner (Ed.) *Varones, sexualidad y reproducción. Diversas perspectivas teórico-metodológicas y hallazgos de investigación*, México, Colmex-SOMEDE, 1998
- CAZÉS Daniel, "Metodología de género en los estudios de hombres" en *La Ventana*, núm. 8, 1998.
- CAZÉS Daniel, *La perspectiva de género: guía para diseñar, poner en marcha, dar seguimiento y evaluar proyectos de investigación y acciones públicas y civiles*, México, CONAPO, 1998.
- CAZÉS Daniel, "Un trabajo entre hombres en América Latina: investigación y práctica, resultados y experiencias" en *OMNIA*, año 17-19, núm. 41, 2001-2002.
- CAZÉS Daniel, "El tiempo en masculino" *VII Congreso Español de Sociología del Tiempo*, 20-22 de septiembre 2001.
- CERVANTES Francisco, "El Colectivo de hombres por relaciones igualitarias: Reflexiones de una experiencia de trabajo con hombres que se reconocen violentos" Mimeo.

- CERVANTES Francisco, "Hombres violentos. Para salir de la guarida", en *Isis-Internacional*.
- COHEN Jean y Arato Andrew; *Sociedad civil y teoría política*, México, FCE, 2000.
- COLTRANE Scott, "La teorización de las masculinidades en la ciencia social contemporánea" en *La Ventana*, núm 7, 1998
- CONNELL Robert, "La organización social de la masculinidad", en Teresa Valdés y José Olavarría (Eds.), *Masculinidad/es*, Santiago, Isis Internacional/FLACSO-Chile, 1997.
- CONNELL Robert, "Politics of Changing Men", Mimeo.
- CONNELL Robert, "Formas Inéditas de articular las masculinidades", en *Letra S. Suplemento La Jornada*, México, Diciembre 7 de 2000.
- CONNELL Robert, *Masculinidades*, México, 2003, PUEG-UNAM.
- CONNELL Robert "Maculinites and globalization" en Zinn Maxime Bacca et al *Gender through the prism of difference*, New York, Oxford University, 2005.
- CORSI Jorge (comp.), *Violencia familiar. Una mirada interdisciplinaria sobre un grave problema social*, Buenos Aires, Paidós, 1994.
- CORSI Jorge, "Abuso y victimización de la mujer en el contexto conyugal" en *Violencia Doméstica*, Cuernavaca, 1998.
- CORSI Jorge, et al. *Violencia masculina en la pareja. Una aproximación al diagnóstico y a los modelos de intervención*, Buenos Aires, Paidós, 1995
- DE LAURETIS Teresa, *Alicia ya no: feminismo, semiótica y cine*, Madrid, Cátedera, 1992
- DEL VALLE Teresa, "Violencia de las mujeres en la ciudad. Lecturas desde la marginalidad", en Maqueira, Virginia y Cristina Sánchez (Comp.) *Violencia y sociedad patriarcal*, Madrid, Pablo Iglesias, 1990.
- DUARTE Patricia y Gerardo González, *La lucha contra la violencia de género en México. De Nairobi a Beijing*. México, COVAC, 1994.
- DUQUE Isabel, "Las redes, sus estrategias y propuestas" Simposio 2001: Violencia de género, salud y derechos en las américas", Cancún, Mimeo, 2001.
- ESCOBAR Latapí Agustín, "Los hombres y sus historias. Reestructuración y masculinidad en México" en *La Ventana*, núm. 8, 1998.
- ESTEINOU Rosario, "La parentalidad en la familia: cambios y continuidades" en Ariza, Marina y Orlandina de Oliveira (coords), *Imágenes de la familia en el cambio*

de siglo, México, IIS-UNAM, 2005.

FERNÁNDEZ Ana María, "Violencia y conyugalidad: una relación necesaria. La gestión de las fragilidades y resistencias femeninas en las relaciones de poder entre los géneros" en *Violencia Doméstica*, Cuernavaca, 1998.

FERNÁNDEZ Villanueva Concepción, "El concepto de agresión en una sociedad sexista", en Maqueira, Virginia y Cristina Sánchez (Comp.) *Violencia y sociedad patriarcal*, Madrid, Pablo Iglesias, 1990.

FIGUEROA Juan Guillermo "La presencia de los varones en los procesos reproductivos: algunas reflexiones" en Susana Lerner (Ed.) *Varones, sexualidad y reproducción. Diversas perspectivas teórico-metodológicas y hallazgos de investigación*, México, Colmex-SOMEDE, 1998.

FIGUEROA Juan Guillermo, "Identidad de género masculino y derechos reproductivos. Algunas propuestas analíticas para la delimitación del concepto de derechos reproductivos en la experiencia de los varones" en *La Ventana*, núm. 13, vol. II, 2000.

FIGUEROA Juan Guillermo, "Varones, reproducción y derechos. ¿Podemos combinar esos términos?" en *Desacatos*, núm. 6. primavera-verano 2001.

FLOOD Michael, "Grupos de hombres" Mimeo.

FOUCAULT Michel, "El sujeto y el poder" en Dreyfus Hubert y Paul Rabinow, *Michel Foucault: Más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, México, 1988, IIS-UNAM.

FOUCAULT Michel, *La arqueología del saber*, México, Siglo XXI, 1984.

FRASER Nancy, "¿Qué tiene de crítica la teoría crítica? Habermas y la cuestión del género" en Behabib Sheyla, *Teoría feminista y teoría crítica*, Madrid, Ediciones Alfonso el Magnanim, 1990.

FULLER Osorio Norma, *Masculinidades : cambios y permanencias : varones de Cuzco, Iquitos y Lima*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2001.

FRASER Nancy, "Repensar el ámbito público: una contribución a la crítica realmente existente" en *Debate Feminista*, no. 7, México, marzo 1993.

GALLEGOS Mendez Ma Teresa, "Violencia, política y feminismo. Una aproximación conceptual" en Maqueira, Virginia y Cristina Sánchez (Comp.) *Violencia y sociedad patriarcal*, Madrid, Pablo Iglesias, 1990.

GALTUNG Johan, *¡Hay alternativas! 4 caminos para la seguridad y la paz*, Madrid, Tecnos, 1984.

GARCÍA G Brígida, Mercedes Blanco Sánchez y Edith Pacheco Gómez Muñoz, "Género y trabajo extradoméstico" en Brígida García Guzmán (Coord.), *Mujer*,

género y población en México, México, Colmex, 1999.

GARCIA Brígida y Orlandina de Oliveira, "Cambios socioeconómicos y división del trabajo en las familias mexicanas" *Investigación Económica*, Vol. LXI, abril-junio 2001.

GARCIA Brígida y Orlandina de Oliveira, "El ejercicio de la parentalidad en el México urbano", en Ariza, Marina y Orlandina de Oliveira (coords), *Imágenes de la familia en el cambio de siglo*, México, IIS-UNAM, 2005.

GARCÍA Canal María Inés, "La casa: lugar de la escena familiar", en Maldonado Martínez, Ignacio (Ed.). *Familias: una historia siempre nueva*, México, CEIICH-UNAM/Miguel Ángel Porrúa, 1993.

GARDA Roberto, "Modernidad y violencia de los hombres. Reflexiones desde la masculinidad sobre el espacio-tiempo y el poder" en *La Ventana*, núm. 8, Guadalajara, 1998.

GARZA Enrique de la, "Los sujetos sociales en el debate teórico" en Garza, Enrique de la (Coord.), *Crisis y sujetos sociales en México*, México, CIIH-UNAM/Miguel Ángel Porrúa, 1992.

GENOVÉS Santiago, *Sexo y violencia: un acercamiento lento y distinto*, México, 1993, UNAM-IIA.

GENOVÉS Santiago, *Violencia. Entender más y juzgar menos*, México, 1996, Fundación Valenciana de Estudios Avanzados-Comisión Nacional de Derechos Humanos.

GONZALEZ Gerardo, Elena Azaola, et. al. *El maltrato y el abuso sexual a menores: una aproximación a estos fenómenos en México*. México, UAM-UNICEF-COVAC, 1993.

GÓNZALEZ Pérez César Octavio, "La identidad gay: una identidad en tensión. Una forma de comprender el mundo de los homosexuales" en *Desacatos*, núm. 6. primavera-verano 2001.

GUEVARA Ruiseñor Elsa S. "La masculinidad como posición social: un análisis desde la perspectiva de género" en *OMNIA*, año 17-19, núm. 41, 2001-2002.

GUTMANN Matthew, "Los hombres cambiantes, los machos impenitentes y las relaciones de género en México en los noventa" *Estudios Sociológicos*, año XVI, núm 33, septiembre-diciembre 1993.

GUTMANN Matthew, "Los verdaderos machos mexicanos nacen para morir", en Teresa Valdés y José Olavarría (Eds.), *Masculinidad/es*, Santiago, Isis Internacional/FLACSO-Chile, 1997.

GUTMANN Matthew, "Traficando con hombres; la antropología de la masculinidad" en *La Ventana*, núm. 8, Guadalajara, 1998.

- GUTMANN Matthew, *Ser hombre de verdad en la ciudad de México. Ni macho ni mandilón*, México, El Colegio de México, 2000.
- GUTMANN Matthew, "Introduction: Discarding Manly Dichotomies in Latin America" en Gutmann Matthew (Ed.), *Changing men and masculinities in Latin America*, Durham, Duke University, 2003.
- GUYER Jane, "Las tradiciones en el estudio de la paternidad en la antropología social" Lerner, en Susana (Ed.) *Varones, sexualidad y reproducción. Diversas perspectivas teórico-metodológicas y hallazgos de investigación*, México, Colmex-SOMEDE, 1998.
- HAIMOVICH Perla, "El concepto de los malos tratos. Ideología y representaciones sociales" en Maqueira, Virginia y Cristina Sánchez (Comp.) *Violencia y sociedad patriarcal*, Madrid, Pablo Iglesias, 1990.
- HERNÁNDEZ Cabrera Porfirio Miguel, "La construcción de la identidad gay en un grupo gay de jóvenes de la Ciudad de México", en *Desacatos*, núm, 6. México, primavera-verano 2001.
- HERNÁNDEZ Castillo Rosalva Aida; "Los cuerpos como materia prima" en Isis Internacional.
- HERNÁNDEZ Rosete Daniel, *Genero y roles familiares: la voz de los hombres*. Tesis de Maestría, México, CIESAS, 1996.
- HUERTA Fernando, *El juego del hombre: deporte y masculinidad entre obreros de Volkswagen*, México, Plaza y Valdés-BUAP, 1999.
- JELIN Elizabeth; "¿Ciudadanía emergente o exclusión? Movimientos sociales y ONG'S en los años noventa" en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 56, núm. 4 México, octubre-diciembre 1994.
- JIMENEZ Guzmán Ma. Lucero, *La reproducción de los varones en México. El entorno sexual de la misma. Estudios de casos. Tesis doctoral*. México, FCPyS-UNAM, 2001.
- KAUFMAN Michael, "La construcción de la masculinidad y la triada de la violencia masculina" en *Violencia Doméstica*, Cuernavaca, 1998.
- KAUFMAN Michael, "Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres" en Teresa Valdés y José Olavarría (Eds.), *Masculinidad/es*, Santiago, Isis internacional/FLACSO-Chile, 1997.
- KAUFMAN Michael, *Hombres. Placer, poder y cambio*, Santo Domingo, CIPAF;1989.
- KAUFMAN Michael, *Las siete P's de la violencia de los hombres*, mimeo, 1999

- KAUFMAN Michael, "Masculinidad dominante, armadura que paraliza, en *Letra S Suplemento de La Jornada*, México, 6 de abril de 2000.
- KIMMEL Michael, "Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina" en Teresa Valdés y José Olavarría (Eds.), *Masculinidad/es*, Santiago, Isis internacional/FLACSO-Chile, 1997.
- LAGARDE Marcela, *Género y feminismo. Desarrollo humano y democracia*, Madrid, 1997, Horas y horas editorial.
- LAGARDE Marcela, "Prólogo", en Ramírez Hernández Felipe Antonio, *Violencia masculina en el hogar*, México, Editorial Pax México, 2000.
- LAGARDE Marcela (a), *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, México, UNAM, 2001.
- LAGARDE Marcela (b), *Claves feministas para la autoestima de las mujeres*, Madrid, 2001, Horas y horas editorial.
- LAGARDE Marcela, "Claves éticas para el feminismo en el umbral del milenio" en *OMNIA*, año 17-19, núm. 41, 2001-2002.
- LAMAS Marta, "El movimiento feminista en la década de los ochenta" en Garza, Enrique de la (Coord.), *Crisis y sujetos sociales en México*, México, CIIH/UNAM-Miguel Angel Porrúa, 1992.
- LAMAS Marta, "Por un marcaje feminista o lo personal sigue siendo político después de 25 años" en *Debate Feminista*, año 7, vol. 13, abril 1996.
- LAMAS Marta, "La antropología feminista y al categoría género" en Lamas Marta *El género. La construcción cultural de la diferencia*, México, PUEG-UNAM/Miguel Angel Porrúa, 2000.
- LAU Jaiven Ana, *La nueva ola del feminismo*, México, Planeta, 1987.
- LERNER Gerda, *La creación del patriarcado*, Barcelona, Editorial Crítica, 1990.
- LERNER Susana "Participación del varón en el proceso reproductivo: recuento de perspectivas analíticas y hallazgos de investigación" en Susana (Ed.) *Varones, sexualidad y reproducción. Diversas perspectivas teórico-metodológicas y hallazgos de investigación*, México, Colmex-SOMEDE, 1998.
- LEWONTIN Richard, Steve Rose y Leon K. Lamin, *No está en los genes. Racismo, genética e ideología*, México, CNCA, 1991.
- LUCIANO Ferdinand Dinnys, "Silencios que matan" en Isis-Internacional.
- MACKINNON Catherine, *Hacia una teoría feminista del Estado*, Madrid, Ed. Cátedra, 1989.

- MALDONADO Ignacio, *Familias: una historia siempre nueva*, México, 1993, CIICH/UNAM-Miguel Angel Porrúa.
- MARQUÉS Josep-Vicent, "Varón y patriarcado" en Teresa Valdés y José Olavarría (Eds.), *Masculinidad/es*, Santiago, Isis Internacional/FLACSO-Chile, 1997.
- MAURO Amelia, Kathya Araujo y Lorena Godoy "Trayectorias laborales masculinas y cambios en el mercado de trabajo" en José Olavarría (Ed.) *Hombres: identidad/es y violencia : 2o Encuentro de Estudios de Masculinidades identidades, cuerpos, violencia y políticas públicas*, Santiago de Chile, FLACO, 2001.
- MEDINA Andrea, *Elementos para la regulación de la violencia intrafamiliar en el Estado de Jalisco*, Tesis de licenciatura. Guadalajara, ITESO, 1998.
- MELUCCI Alberto; "Las teorías de los movimientos sociales" en *Estudios Políticos*, vol. 5, núm. 2, México, abril-junio de 1986.
- MELUCCI Alberto, "El reto simbólico de los movimientos contemporáneos" en *Política de El Nacional*, 10 de agosto de 1989.
- MILLET, Kate, *Política sexual*, Madrid, Cátedra, 1995.
- MINELLO Nelson, *La masculinidad en México al fin del milenio*. Tesis Doctoral, Guadalajara, CIESAS-Occidente-Universidad de Guadalajara, 2001.
- MINELLO Nelson, "Maculinidad/es: un concepto en construcción" en *Nueva Antropología*, México, vol. 18, núm. 61, 2001.
- MIRANDA Guerrero Roberto, "Exploración histórica sobre la masculinidad" en *La Ventana*, núm. 8, 1998.
- MIRANDÉ Alfredo, "Los hombres latinos y la masculinidad: un panorama general" en *La Ventana*, núm. 8, 1998.
- MIRIZIO Analiza "Del carnaval al drag: la extraña relación entre masculinidad y travestismo" en Marta Segarra y Ángeles Carabí (Eds.) *Nuevas Masculinidades* Barcelona, Icaria, 2000.
- MORENO Ruiz Maria José "Masculinidades en la cultura de la globalización" en José Olavarría (Ed.) *Hombres: identidad/es y violencia : 2o Encuentro de Estudios de Masculinidades identidades, cuerpos, violencia y políticas públicas*, Santiago de Chile, FLACO, 2001.
- MURIEDAS Juárez Pilar, "Erradicar la violencia: un compromiso político por la salud y los derechos de las mujeres" *Simposio 2001: Violencia de género, salud y derechos en las américas*, Cancún, Mimeo, 2001.

- NÚÑEZ Noriega Guillermo, "Reconociendo los placeres, desconstruyendo las identidades. Antropología, patriarcado y homoerotismos en México", en *Desacatos*, núm. 6. primavera-verano 2001.
- OFFE Claus, "Los nuevos movimientos sociales cuestionan los límites de la política institucional", en Offe, Claus, *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Barcelona, Sistema, 1992.
- OLAMENDI Torres Patricia, *El cuerpo del delito: los derechos humanos de las mujeres en la justicia penal*. UNIFEM-PGR, CONMUJER.
- OLAVARRIA José "Hombres e identidades: crisis y globalización", en José Olavarría *Hombres: identidad/es y violencia : 2o Encuentro de Estudios de Masculinidades identidades, cuerpos, violencia y políticas públicas*, Santiago de Chile, FLACO, 2001.
- OLIVEIRA Orlandina de, Marcela Eternod y Maria de la Paz López 1999 "Familia y género en el análisis sociodemográfico" en Brígida García Guzmán (Coord.), *Mujer, género y población en México*, México, Colmex, 1999.
- ORTIZ Enrique y Benno De Keijzer "Los hombres enfrentando su violencia" Encuentro Continental sobre Violencia Familiar. Mimeo.
- PAZ Octavio, *El laberinto de la soledad*, Madrid, Cátedra, 2002.
- RADFORD Jill y Diana E.H. Russell (Ed.), *Femicide. The Politics of Woman Killing*, New York, Twayne Publishers, 1992.
- RAMÍREZ Hernández Felipe Antonio, *Violencia masculina en el hogar*, México, Editorial Pax México, 2000.
- RAMÍREZ Juan Carlos, "Violencia masculina: algo más que gobernarse a sí mismo" en *La Ventana*, núm. 7, 1998.
- RAMREZ Rodríguez Juan Carlos; "Violencia doméstica masculina contra las mujeres" mimeo.
- RAMÍREZ Rodríguez Juan Carlos y Griselda Uribe-Vázquez; "Mujer y violencia: un hecho cotidiano"
- RAMÍREZ Juan Carlos y Noemí Patricia Vargas Becerra; "La cifra negra de la violencia doméstica contra la mujer"
- RAMÍREZ Juan Carlos y Noemí Patricia Vargas Becerra; "Una espada de doble filo: salud reproductiva y la violencia doméstica contra la mujer"
- RAMÍREZ Juan Carlos y Ma. Concepción Patiño Guerra; "Violencia doméstica contra la mujer" en *Estudios jaliscienses sobre mujeres*.
- RAMOS Samuel, "En torno a las ideas sobre el mexicano", en Cuadernos Americanos, núm. 3, vol. LVII, México, mayo-junio 1951.
- RIOSECO Luz y Ximena Rojas, "Redes. Intervenir la realidad" Isis Internacional

- RIQUER Florinda, "Violencia masculina hacia el género femenino: Un intento de conceptualización" Ponencia presentada en el III Congreso Nacional de Investigación en Salud Pública. enero 1992.
- RENDÓN Gan Teresa, *Trabajo de hombres y trabajo de mujeres en el México del siglo XX*, México, CRIM-PUEG/UNAM, 2003.
- ROJAS Martínez Olga Lorena, *Paternidad y vida familiar en la ciudad de México: un acercamiento cualitativo al papel desempeñado por los varones en los ámbitos reproductivo y doméstico*, Tesis doctora, Centro de Estudios Demográficos-Colmex, México, 2000.
- RUBIN Gayle, "El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo" en Lamas Marta, *El género. La construcción cultural de la diferencia*, México, PUEG-UNAM/Miguel Angel Porrua, 2000.
- RUBIN Gayle, "Thinking sex: notes for a radical theory of the politics of sexuality" en Abelove Herry, Michèle Aina Baralek and David Halperin *The lesbian and gay studies reader*, New York, Routledge, 1993.
- SCOTT Joan, "El género: una categoría útil para el análisis histórico" en Lamas Marta *El género. La construcción cultural de la diferencia*, México, PUEG-UNAM/Miguel Angel Porrua, 2000.
- SÁEZ Buenaventura Carmen, "Violencia y proceso de socialización genérica: enajenación y transgresión, dos alternativas extremas para las mujeres", en Maqueira, Virginia y Cristina Sánchez (Comp.) *Violencia y sociedad patriarcal*, Madrid, Pablo Iglesias, 1990.
- SEGARRA Marta "Modelos de masculinidad y medios de comunicación" en Marta Segarra y Ángeles Carabí (Eds.) *Nuevas Masculinidades* Barcelona, Icaria, 2000.
- SZASZ Ivonne "Los hombres y la sexualidad: aportes de la perspectiva feminista y primeros acercamientos a su estudios en México" en Susana Lerner (Ed.) *Varones, sexualidad y reproducción. Diversas perspectivas teórico-metodológicas y hallazgos de investigación*, México, Colmex-SOMEDE, 1998.
- SEIDER Victor J. *La sinrazon masculina. O Masculinidad y teoría social*. México, Paidós/PUEG-UNAM/CIESAS, 2000.
- TORRES Falcón Marta, "La parte visible del iceberg: una aproximación al fenómeno de la violencia intrafamiliar" en *Premio 1996. Investigación sobre las familias y los fenómenos emergentes en México*, México, 1997, PUEG-DIF.
- TORRES Falcón Marta, "El marco jurídico de la violencia doméstica en México" en *Violencia Doméstica*, Cuernavaca, 1998.
- TORRES Falcón Marta, *La violencia en casa*, México, Piados, 2001.
- TUNÓN Esperanza, *Mujeres en escena: de la tramoya al protagonismo*

(1982.1994), México, 1997, PUEG-Ecosur.

TOURAINÉ Alain, *Producción de la sociedad*, México, IIS-UNAM/IFAL 1995.

VALDEZ Santiago Rosario, "Panorama de la violencia doméstica México: Antecedentes y perspectivas" en *Violencia Doméstica*, Cuernavaca, 1998.

VIVEROS VIGOYA Mara, "Contemporary Latin America perspectives on masculinity" en Gutmann Matthew (Ed.), *Changing men and masculinities in Latin America*, Durham, Duke University, 2003.

YANUZOVA María, "Los derechos humanos y la violencia contra la mujer en la familia" en *La violencia y los derechos humanos de la mujer*, Lima, 1992.

ZEMELMAN Hugo y Guadalupe Valencia, "Los sujetos sociales una propuesta de análisis" en *Acta Sociológica*, vol. III, núm. 2.

DOCUMENTOS

Análisis de la condición de las mujeres que viven violencia en sus hogares, Secretaría de Gobernación-Comisión Nacional de la Mujer.

Memoria 1er Taller Nacional sobre Violencia Intrafamiliar Legislación y su aplicación. Comisión de Equidad y Género-Cámara de Diputados LVII Legislatura.

Programa Nacional contra la Violencia Intrafamiliar 1999-2000, Secretaría de Gobernación, Programa Nacional de la Mujer.

Quítate la venda. Por el derecho a vivir una vida sin violencia, Secretaría de Gobernación, UNICEF, Comisión Nacional de la Mujer.

CORIAC, Lineamientos Institucionales.

CORIAC, Presentación ejecutiva en Power Point

CORIAC, Dossier, Carpetas de presentación.

Encuesta Nacional sobre la violencia contra las mujeres 2003 ENVIM, México: Instituto Nacional de Salud Pública, 2003

Violencia de género en las parejas mexicanas. Resultados de la Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares 2003. México: Instituto nacional de las Mujeres, 2004.

Encuesta Nacional sobre la dinámica de las relaciones en los Hogares 2003
ENDIREH.: Estados Unidos Mexicanos. México: Instituto Nacional de las
Mujeres, 2004.

Ley de asistencia y prevención de la violencia familiar para el Distrito Federal y
reglamento , Modelo de unidad de atención a la violencia familiar (UAVIF)
México: Gobierno del Distrito Federal , 2000

Violencia feminicida en la República Mexicana, Cámara de Diputados del H.
Congreso de la Unión-LIX Legislatura, Comisión Especial para Conocer y Dar
Seguimiento a las Investigaciones Relacionadas con los Femicidios en la
República Mexicana y a la Procuración de Justicia Vinculada. Tomos I y II.
México, 2006.

VIDEOS

CORIAC; Qué ganamos con cambiar, Video 1 y 2.

CORIAC, Primer encuentro de hombres.

PAGINAS ELECTRÓNICAS

Comunicación e Información de la Mujer A.C., Base de datos periodística,
www.cimac.org.mx

American Union of Men, Manifiesto,
<http://www.geocities.com/qim/manifiestohtml.htm>

Christian Men Network,
<http://www.edcole.org/>

Council on Biblical Manhood and Womanhood
<http://cbmw.org/index.htm>

Fathers Rights and Equality Exchange
<http://dadsrights.org/index.html>

Instituto Nacional de las Mujeres
<http://www.inmujeres.gob.mx>

Instituto Nacional de Estadística y Geografía
[http:// www.inegi.gob.mx](http://www.inegi.gob.mx)

Man Issue Page,
[http:// www.menweb.org/throop/](http://www.menweb.org/throop/)

Men Web, Men Voices Magazine,
[http:// www.menweb.org/](http://www.menweb.org/)

National Center for Men Voluntary Fatherhood Project
<http://www.nas.com/c4m/>

National Congress For Fathers and Children
<http://www.ncfc.net/>

National Organization for Man
<http://www.tnom.com/>

The men activism. Men's right news and information,
<http://www.mensactivism.org/sponsorship.shtml>

Men's Center
<http://www.themenscenter.com/>

Sistema Nacional de Indicadores para el seguimiento de la situación de la mujer en México
<http://dgcnesyp.inegi.gob.mx/sisesim/>

ENTREVISTAS

Marta Torres Falcón, Coordinadora del Programa Interdisciplinarios de Estudios de la Mujer, Especialista en temas de derechos humanos, mujeres y violencia de género. Entrevista realizada el 20 de septiembre del 2002.

Norma Banda Bustamante, Psicóloga, coordinadora del área de violencia en la Fundación para la Equidad, APIS,A.C. Entrevista realizada el 15 de octubre de 2002

Daniel Cazés Menache, Director del Centro de Investigaciones Intersdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, especialista en democratización en México, democratización de la vida cotidiana y género, y educación superior. Entrevista realizada el 5 de diciembre de 2002

Fernando Huerta Rojas Antropólogo, especialista en género, estudios de los hombres, deporte y recreación. Entrevista realizada el 13 de diciembre de 2002.

Roberto Garda, Sociólogo, coordinador del programa Hombres y Violencia del Colectivo de Hombres por Relaciones Igualitarias. Entrevista realizada el 27 de enero de 2003.

Eduardo Liendo, Antropólogo, fundador y coordinador General del Colectivo de Hombres por Relaciones Igualitarias. Entrevista realizada el 27 de enero de 2003.

Juan Guillermo Figueroa Perea, Profesor-investigador del Colegio de México, especialista en derechos reproductivos, salud y políticas públicas, procesos reproductivos de los varones. Entrevista realizada el 7 de febrero de 2003

Nelson Minello Matini, Profesor-investigador del Colegio de México, especialista en sociología del poder, género y masculinidad. Entrevista realizada el 20 de junio de 2003

Francisco Cervantes, Psicólogo, fundador y coordinador del programa de paternidades del Colectivo de Hombres por Relaciones Igualitarias. Entrevista realizada Enero del 2004.

Cuadro 4

Marco Jurídico Internacional para erradicar la Violencia contra las Mujeres

Año	Nombre del evento internacional	Síntesis
1975	Primera Conferencia Internacional del Año Internacional de la Mujer (México)*	Se discuten los mecanismos para forjar la igualdad de las mujeres en los ámbitos político, laboral y civil. El tema de la violencia es tangencial y se circunscribe a la llamada violencia familiar. Sobre ésta se hacen recomendaciones para hacer eficaces los trabajos en tribunales judiciales y promover la labor de consejeros familiares.
1980	Segunda Conferencia Internacional de la Mujer (Copenhague)*	La discusión sobre la violencia cobra mayor relevancia. Se reconoce en la violencia un atentado contra los derechos humanos de las mujeres. Se concibe como un problema de índole pública y política que compete a los Estados resolver.
1981	Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos y su protocolo Facultativo**. Adoptado en 1966 y suscrito por México en 1981	Se reconoce derecho de las mujeres a la igualdad para el goce de todos sus derechos civiles y políticos. Se consagran derechos aplicables para la erradicación de la violencia contra las mujeres.
1985	Conferencia Mundial para el Examen y la Evaluación de los Progreso del Decenio de las Naciones Unidas para la Mujer (Nairobi)*	Se aborda la violencia enunciada como un obstáculo para la consecución de la igualdad, el desarrollo y la paz, así como una ofensa intolerable para la dignidad humana. En dichas estrategias se estableció como prioridad impulsar leyes y realizar acciones concertadas y en múltiples niveles para prevenir la violencia y ayudar a las mujeres víctimas de ella.
1993	Declaración y Programa de Acción de la Conferencia Mundial sobre Derechos Humanos (Viena)*	En un hito sin precedentes en materia de derechos humanos se reconocen los derechos de las mujeres y las niñas como derechos humanos universales, inalienables e indivisibles. Se insta a los estados combatir y erradicar todas las formas de discriminación contra las mujeres. En relación con la violencia establece que ésta y todas las formas de acoso y explotación sexual son incompatibles con la dignidad y la valía de las personas.
1993	Declaración sobre la Eliminación de la Violencia contra las Mujeres*	Constituye un instrumento invaluable porque contiene las definiciones de la violencia como actos basados en el género cuyo resultado es el potencial o real daño físico, sexual o psicológico. Establece los ámbitos en donde acontece la violencia contra las mujeres como la familia, el ámbito de la comunidad así como la violencia perpetuada o tolerada por el Estado.

Cuadro 4

Marco Jurídico Internacional para erradicar la Violencia contra las Mujeres

1994	Convención Interamericana para Prevenir, Sancionar y Erradicar la Violencia contra la Mujer o Convención Belém Do Pará. Aprobada en 1994. México la firma en la misma fecha y la ratifica en 1996, entró en vigor hasta 1998**	Representa el único instrumento regional de su tipo en el mundo. Los aportes de este instrumento están en sus definiciones conceptuales que reconocen las múltiples formas de violencia (física, sexual y psicológica), así como los diversos ámbitos donde acontece (familia, comunidad, Estado). Compromete a los estados miembros de la OEA (Organización de Estados Americanos) a modificar leyes y normas para prevenir y sancionar la violencia y a diseñar programas y políticas públicas para erradicarla. Al ratificar la Convención, México se obliga a ejecutar acciones en los ejes de prevención, sanción y atención integral de las víctimas.
1994	Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo (El Cairo)*	En esta conferencia se continua abonando la lucha por el reconocimiento de los derechos humanos de las mujeres y su participación activa en el desarrollo. Los resolutivos de la Conferencia ponen énfasis en lograr la igualdad y la equidad entre hombres y mujeres, potenciar la participación de la mujer en el desarrollo sostenible y en la formulación de políticas públicas, garantizar a las mujeres su acceso a la educación. Se insiste en la necesidad de eliminar todas las prácticas discriminatorias contra las mujeres, incluyendo la violencia. En el Cairo se dedica un capítulo especial a las niñas bajo la lógica de que es indispensable hacer inversiones específicas en su salud, nutrición y educación.
1996	Convención Americana sobre Derechos Humanos y su Protocolo Adicional en Materia de Derechos Económicos, Sociales y Culturales. Conocidos también como Pacto de San José y Protocolo de San Salvador. El primero entró en vigor en México en 1981 y su protocolo ratificado en 1996, entró en vigor hasta 1999**	Esta convención se estipulan varios derechos que refuerzan el derecho de las mujeres a vivir una vida sin violencia. Entre los más sobresalientes están el derecho a la vida, a la integridad física, psíquica y moral, la prohibición de la esclavitud, la servidumbre y la trata de mujeres, derecho a la salud, la libertad y la seguridad personales.

Cuadro 4

Marco Jurídico Internacional para erradicar la Violencia contra las Mujeres

1995	IV Conferencia Mundial de la Mujer (Beijing)*	Esta es la primera conferencia donde la violencia contra mujeres y niñas constituye una de las doce esferas de preocupación. Si bien no tiene carácter vinculatorio representa un marco programático para potenciar la condición de las mujeres. La Declaración y la Plataforma de Acción son las primeras elaboradas desde una perspectiva de género, así la violencia se considera relacionada con el bajo estatus social y económico de las mujeres. Distingue entre la violencia física, sexual, psicológica, los abusos a las niñas, la violencia relacionada con la dote, la violación marital, la mutilación genital y la violencia por explotación. Amplía aún más el espectro de espacios donde ocurre y además del la familia, la comunidad y el estado, incluye el trabajo y las instituciones educativas. Insta a los estados a aplicar leyes y políticas para eliminar la violencia, castigar a los victimarios, proteger y reparar el daño.
1998	Convención sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación contra la Mujer (CEDAW). Se adoptó por la Asamblea General de la ONU en 1979 y entró en vigor tras su ratificación por 20 países, incluido México, en 1998.**	Es el primer instrumento internacional vinculatorio cuyo objetivo es erradicar la discriminación de género. Comprende la discriminación y la desigualdad como problemas estructurales de las sociedades que debe ser enfrentado a través de políticas públicas dirigidas hacia todos los ámbitos de la vida de las mujeres. La convención establece la obligación de los estados de garantizar los derechos y libertades de las mujeres y de ejecutar medidas, incluyendo el ámbito legislativo, para asegurar su pleno desarrollo y evitar cualquier forma de discriminación. Los países que ratificaron el Protocolo Facultativo pueden ser denunciados por el incumplimiento de los artículos de la convención. El protocolo posibilita que personas o grupos denuncien violaciones graves o sistemáticas cometidas por un Estado. En México esto ha sido un recurso central para la lucha contra la violencia feminizada, particularmente con los casos de muertes y desapariciones en Ciudad Juárez
2000	Beijing+5 Mujer 2000: Igualdad entre Géneros, Desarrollo y Paz para el Siglo XXI*	Se celebró en el periodo extraordinario de sesiones de la Asamblea General de la ONU con la intención de dar seguimiento a las doce esferas de acción de la Plataforma de Beijing. Se centró advertir las medidas positivas, los obstáculos y los principales retos e insistió en la adopción de nuevas medidas para lograr la igualdad entre los géneros.

*Instrumentos no vinculantes

** Instrumentos vinculantes